



EDICIÓN DE
MARIANO
VILLARREAL

CASTILLOS EN EL AIRE

25 AÑOS DE FANTASÍA Y CIENCIA FICCIÓN ESPAÑOLAS

ELIA BARCELÓ - CÉSAR MALLORQUÍ - JUAN MIGUEL AGUILERA - DOMINGO SANTOS
RODOLFO MARTÍNEZ - LEÓN ARSENAL - RAFAEL MARÍN - FÉLIX J. PALMA
JAVIER NEGRETE - EDUARDO VAQUERIZO



Lectulandia

Una oportunidad inmejorable para conocer los relatos que marcaron la historia reciente del género fantástico en España de la mano de sus autores más emblemáticos Elia Barceló, César Mallorquí, Juan Miguel Aguilera, Domingo Santos, Rodolfo Martínez, León Arsenal, Rafael Marín, Félix J. Palma, Javier Negrete y Eduardo Vaquerizo. Diez nombres propios y característicos de lo que fueron y siguen siendo la ciencia ficción y la fantasía españolas. Diez relatos y novelas cortas que muestran algunos de los estilos, fortalezas y temáticas más relevantes dentro de la pequeña gran historia del fantástico en España.

Lectulandia

AA. VV.

Castillos en el aire

ePub r1.0

Titivillus 28.05.2018

Título original: *Castillos en el aire*
AA. VV., 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

1. Breve semblanza histórica

La literatura española de ciencia ficción, fantasía y terror es una perfecta desconocida más allá de sus fronteras. En realidad, esta afirmación resulta un tanto exagerada, por cuanto obras españolas han sido publicadas en diversos países iberoamericanos (y viceversa) gracias al hecho de compartir un mismo idioma y unos referentes culturales comunes, y otras lo han sido en países europeos. Sin embargo, en el mercado global —en inglés— apenas podemos encontrar libros de estas temáticas escritos por autores españoles, una situación que podría cambiar en un futuro próximo debido al creciente interés por nuestra cultura a nivel mundial, unido a las facilidades que brinda esa gran red social que es Internet.

Puedo afirmar de manera categórica y con abundancia de ejemplos (me extenderé en mayor profundidad cuando presente a cada autor incluido en este libro) que la literatura fantástica y de ciencia ficción española es una narrativa rica y de gran interés *también* para un lector no hispanohablante, cuenta con títulos de enorme calidad literaria y especulativa, posee variedad temática, autores de renombre internacional y clásicos propios. Históricamente ha mantenido una evolución constante en busca de mayores cotas de excelencia, profesionalidad y aceptación social, y hoy por hoy puede decirse que, pese a la actual crisis económica, los libros de estos géneros ocupan una pequeña aunque significativa cuota de mercado dentro de la producción bibliográfica nacional.

No obstante, es cierto que las citadas temáticas, en particular la ciencia ficción, no han alcanzado en España la popularidad y relevancia que gozan en otros países. Analizar los motivos de este hecho conllevaría un estudio detallado, aunque la mayoría de analistas señalan razones de peso como la abrumadora importancia concedida a la novela realista, el tradicional descrédito de la crítica especializada hacia los géneros —considerados literatura popular— y la influencia represora de la dictadura de Franco. Con la apertura democrática iniciada en 1977, la literatura fantástica y la ciencia ficción de corte más literario experimentaron un notable florecimiento, que se tradujo en un mayor interés social, crítico y académico por las mismas. Se vivió entonces una auténtica explosión de publicaciones, autores y obras, ahora asentadas mayoritariamente en referentes autóctonos tras muchos decenios de mimetismo anglosajón, hasta alcanzar lo que podríamos denominar su «Edad de Oro» hacia mediados de la década de los noventa.

Sin embargo, esta burbuja de creatividad se desinfló en gran parte a comienzos del nuevo siglo por las limitaciones intrínsecas del mercado español: tiradas

limitadas, ventas discretas, escasa capacidad exportadora, bajo nivel de profesionalización. Buena parte de los escritores abandonaron el género o lo alternaron con otros más comerciales como el juvenil, la novela histórica o el thriller; una situación que se ha perpetuado hasta el presente.

2. Mercado: presente y perspectivas de futuro

Hoy día en la ciencia ficción, la fantasía y el terror en español conviven en armonía nuevas obras de autores consagrados, libros de escritores jóvenes con ganas de reivindicar aspectos sociales o más lúdicos, y reediciones de títulos de éxito. Una normalidad relativa en librerías, suplementos culturales, foros y eventos, por cuanto el espacio dedicado al género continúa siendo bastante reducido aunque, al menos, parecen superados gran parte de los absurdos complejos del pasado.

Según un reciente estudio, el sector editorial fantástico en España se encuentra atomizado en una treintena de sellos especializados y otros tantos generalistas que incursionan con relativa frecuencia en el género, sin olvidar las ediciones amateurs que suponen un estimable 10% del total. La producción fantástica anual se cifra en alrededor de un millar de títulos —doscientos de ciencia ficción—, la mitad de los cuales han sido escritos originalmente en español y el resto corresponden a traducciones en su mayoría de títulos anglosajones. No existe ninguna revista literaria en activo en papel, pese a haber jugado un rol fundamental en el desarrollo del género, su lugar ocupado por *fanzines*, webs y blogs con diferente nivel de contenidos y periodicidad.

En cuanto a autores, la inmensa mayoría debe compaginar la escritura con otra actividad económica principal, algunos en el terreno del periodismo, otros en la enseñanza o la traducción —en particular de obras de género, que ha alcanzado un altísimo nivel debido a la exigencia creciente de los lectores, lo que indirectamente provoca que la lectura en versión original sea residual—.

El nivel de internacionalización de nuestra literatura se encuentra muy por debajo de sus posibilidades. Pocas han sido las obras traducidas y menos aún las que han gozado de cierta repercusión; a modo de ejemplo, citaré algunas de entre las más recientes traducidas al inglés: el relato «The Day We Went through the Transition» de **Ricard de la Casa** y **Pedro Jorge Romero**, publicado en la antología *Cosmos Latinos: An Anthology of Science Fiction from Latin America and Spain*, fue finalista del premio *Sidewise* en 2004; el *thriller* científico *Zigzag* del hispanocubano **José Carlos Somoza**, fue finalista del premio *John W. Campbell, Jr.* en 2008; en 2012 fue traducido uno de los clásicos españoles por antonomasia: *El anacronópete* (1887) de **Enrique Gaspar**, que describe una máquina del tiempo ocho años antes de que lo hiciera **H. G. Wells**; *Tears in the Rain* (2011) de **Rosa Montero** supone un claro

homenaje a *Blade Runner*; y el caso más destacado, sin lugar a dudas, es la Trilogía Victoriana de **Félix J. Palma**, cuya primera novela, *The Map of Time*, se colocó en la lista de los más vendidos del *New York Times* en su primera semana.

En narrativa breve mencionar *Terra Nova. An Anthology of Contemporary Science Fiction*, que incluye media docena de relatos de ciencia ficción de autores españoles y latinoamericanos, y *The Best of Spanish Steampunk*, que reúne un buen puñado de escritores en torno a dicha temática, además de algunas historias aparecidas en revistas norteamericanas, una de las últimas ha sido «The First Day of Eternity» de **Domingo Santos** en el número de enero-febrero de 2011 en *Analog*. También conviene recordar la entrevista colectiva realizada a varios escritores españoles —presentes en este volumen— llevada a cabo en el número de abril de 2015 en la revista *Clarkesworld*.

Para finalizar, indicar que, si bien la literatura fantástica y de ciencia ficción española ocupa en la actualidad un espacio limitado, la calidad intrínseca de buena parte de sus obras le permite un buen potencial de crecimiento y, sobre todo, exportación a terceros países; no ya a un mercado «interno» en español, que se ha intentado en repetidas ocasiones con relativo éxito, ni siquiera europeo, sino global y preferentemente en inglés. A este respecto, antologías como la presente pueden servir de ayuda a la hora de dar a conocer a algunos de estos autores.

3. Castillos en el aire

Castles in Spain / Castillos en el aire es una antología bilingüe, en edición española e inglesa, que reúne algunas de las narraciones breves más relevantes de la ciencia ficción, la fantasía y el terror publicadas en España en los últimos veinticinco años. Una oportunidad inmejorable para disfrutar de los relatos que marcaron la historia reciente del género fantástico de la mano de sus autores/as más emblemáticos/as.

La idea de editar un libro de estas características surgió tras la concesión a la ciudad de Barcelona de la Convención Europea de Ciencia Ficción y Fantasía de 2016, más conocida como EuroCon. Este evento supone una estupenda oportunidad para dar a conocer a escala mundial la literatura fantástica y de ciencia ficción que se escribe en nuestro país, y desgraciadamente existía muy poco material al alcance de quien quisiera familiarizarse con su diversidad y riqueza. Por otra parte, aunque no pocos escritores habían publicado ya fuera de España —algunos con notable éxito—, hasta la fecha nunca se había intentado ofrecer una visión de conjunto orientada no solo al aficionado o el lector general hispanohablante sino también al anglosajón o foráneo con dominio del inglés como segunda lengua.

Para apoyar la traducción al inglés de los textos seleccionados se llevó a cabo una campaña de micro-mecenazgo o *crowdfunding*, coordinada por **Sue Burke** —

responsable del equipo de traducción— y **Elías F. Combarro** —jefe de relaciones internacionales—. La campaña fue un completo éxito y se recabaron más de cuatro mil dólares procedentes de más de un centenar de personas, en su mayoría estadounidenses aunque también españoles y de otras nacionalidades. No todos los objetivos de la campaña eran económicos, por supuesto; en las diversas acciones de difusión participaron autores y traductores, pero también personalidades de reconocido prestigio como **Ken Liu, Aliette de Bodard, Cheryl Morgan** o **Carrie Patel**, y sirvieron para difundir los objetivos y contenidos de este libro que ha levantado amplias simpatías entre una parte significativa de la comunidad mundial de lectores y aficionados al género.

La presente antología se compone de diez relatos o novelas cortas de otros tantos autores, escritores de amplio currículum cuya bibliografía ha sido reconocida con multitud de premios y galardones. Cada uno de ellos aporta un único texto representativo de su particular estilo, un cuento relevante, además, dentro de la pequeña gran historia del género en España. Historias, por lo general, muy conocidas y sobre las que existe un cierto consenso crítico acerca de su pertenencia al canon de «lo mejor del género», aunque por supuesto también se incluye alguna sorpresa.

La mayoría de estos relatos fueron escritos en la década de 1990, en plena época de madurez. Historias que leí y amé en mi juventud y que aparecieron primero en *fanzines* y modestas publicaciones de aficionados (que sigo atesorando en mi biblioteca particular y que harían las delicias de un coleccionista como **Forrest J. Ackerman**) y luego, poco a poco y a medida que el género fue normalizando su presencia en sellos generales, reeditados en volúmenes de mayor tirada y prestigio. En estas historias puede apreciarse una evolución, un cambio progresivo de una ficción especulativa más mimética de postulados clásicos hacia propuestas más personales, literarias y que emplean referentes culturales autóctonos. Soy de la opinión de que este cambio ha sido para mejor.

Como seleccionador, debo confesar que en ocasiones ha sido francamente difícil la elección del cuento más adecuado debido a la abundancia de obras donde escoger. En otras, estuve tentado de elegir historias más recientes, innovadoras y representativas del estado actual del género en España, pero cuyo peso específico dentro del mismo probablemente fuese menor. Incluso añadir más autores al índice de contenidos. Sirva, en cualquier caso, el presente volumen de muestrario representativo de una literatura rica, diversa y, desgraciadamente, todavía demasiado desconocida. Una literatura fantástica y de ciencia ficción española que no es mejor ni peor que la de otras nacionalidades sino *diferente*, que podrá gustar a unos lectores y no a otros pero que ahora se tiene la oportunidad de conocer, valorar y, espero, disfrutar por uno mismo.

No me queda más que agradecer la labor de los traductores, auténticos embajadores de nuestra cultura, la participación cómplice de los autores incluidos en el libro y del editor de Sportula que ha hecho realidad este sueño. *Per aspera ad*

astra.

MARIANO VILLARREAL

Muchas gracias a D. L. Young, Dorothy K. Dean, Dean Jannone, Lou Burke y Robin Hobb por haber hecho la tarea de construir este castillo mucho más breve y liviana.

No olvidéis visitar La Alhambra.

LA ESTRELLA

Elia Barceló

Elia Barceló (Elda, Alicante, 1957) es profesora de literatura hispánica en la universidad de Innsbruck, Austria, y la escritora más destacada del género en español, junto con la argentina **Angélica Gorodischer** y la cubana **Daína Chaviano**. Sus antologías *Sagrada* (1989) y *Futuros peligrosos* (2008) recogen lo mejor de su producción breve de ciencia ficción. Su novela corta de perfil antropológico *El mundo de Yarek* (1995, premio UPC) supuso todo un revulsivo para el género en España. Posteriormente se decantó por la vertiente más literaria del fantástico, con títulos como *El vuelo del hipogrifo* (2002), *El secreto del orfebre* (2003) y *Corazón de tango* (2007), aunque también ha incursionado en el terror con *El contrincante* (2007), el juvenil *Cordeluna* (2007) y su trilogía *Hijos del clan rojo* (2013, premio Celsius de la Semana Negra de Gijón). Ha publicado, además, trabajos académicos sobre la figura de Julio Cortázar.

Su obra ha sido traducida a dieciocho idiomas, y obtenido multitud de premios y galardones; en inglés pueden encontrarse dos de sus novelas: *The Goldsmith's Secret* y *Heart of tango*, y el cuento «First Time» en *Cosmos Latino. An anthology of Science Fiction from Latin America and Spain* (2003). Su antología *Futuros peligrosos* aparece en la Lista de Honor del IBBY (International Board on Books for Young People) del año 2010, y otra de sus historias, «Mil euros por tu vida», fue adaptada como novela gráfica y llevada al cine en una producción alemana dirigida por Damir Lukacevic con el título de *Transfer* (2011).

«La estrella» (1991) es un relato corto de ciencia ficción, el primero en ganar el premio Ignotus de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, el Oscar del género en español.

Estábamos todos allí. Lana, como una muñeca rubia colgada de sus cuerdas, con una incongruente faldita roja y el hilo de saliva brillando en su cara pálida; Lon, sus ojos inmensos y oscuros en un rostro casi inexistente; Sadie, moviendo vertiginosamente sus alas, lo que le hacía oscilar a unos centímetros del suelo, mientras masticaba en un gesto de robótica eficiencia esa sustancia verde que tanto le gusta; Tras, encogiéndose hasta casi la desaparición su frágil cuerpecillo, su deseo clavado en el cielo, y yo, número cinco, el cierre de la estrella, temblando como un carámbano de luz, focalizando el anhelo. Todos allí, esperando.

Habíamos esperado mucho tiempo. No había ninguna razón para estar ahora más nerviosos que otras veces, pero la tensión se había hecho diferente y sentíamos que lo que ahora esperábamos se estaba acercando. Podríamos haber desaparecido, por supuesto, sobre todo yo, pero éramos la estrella de contacto y no queríamos perdernos en la espera como habían hecho otros antes que nosotros.

Aún no estábamos seguros de qué íbamos a ofrecerles; hacía tanto tiempo que habíamos perdido el contacto que no sabíamos ya de su deseo ni de su espera. «Somos sabios y hermosos», había dicho Sadie, pero yo entre todos ellos conocía el concepto de la realidad única y sabía que podía ser doloroso para ellos.

—Lento —murmuró Lana, la más verbal después de mí.

—Sí —contesté. Sabía que le gustaba expresar en palabras lo que todos sabíamos en cualquier caso.

Sentí el deseo de Lon y comencé a focalizar una imagen para sus ojos y los nuestros: la negrura infinita de lo que está fuera y un artefacto de realidad única, objetivamente blanco, deslizándose suavemente hacia nuestra espera. Lento. Lleno de realidades múltiples sin focalización.

—Lento —volví a decir para ayudar a Lana.

Nos disolvimos. El paisaje comenzó a volverse azul y anaranjado, melancólico en cierta forma, como es Tras. Suave. Antiguo. Nos deslizamos en su percepción y empezaron a surgir las torres plateadas y una música de cristal y campanillas. Sadie bailaba y yo flotaba por encima de todos ellos neutralizando la espera. Nos dirigimos a una torre blanca que se alzaba a varios metros del suelo subjetivo general y penetramos en ella, yo a través del tejado, los otros por las puertas y ventanas, por las paredes.

Lana dijo:

—Calor —y todos nos reímos, aliviando la espera. La sala nos dio calor y Lon hizo caer una ligera lluvia burbujeante que se quedaba colgada de los cuerpos y se iba a transformando según los deseos de la estrella. Surgían flores, clavos, luces, sustancias pegajosas y saladas sobre el cuerpo de Lana que Tras recogía delicadamente con una inmensa lengua azul, globos traslúcidos que contenían imágenes de realidades muertas y que Lon me enviaba flotando sobre las alas de Sadie, mientras giraba enloquecidamente cambiando de forma y de color.

—Estrella pregunta —cantó Lana—. Canaliza, Vai.

—Estrella no verbal, Lana. Canaliza, Tras.

Tras recogió la lengua y la convirtió a medio camino en una estela de colores. Creó una pirámide de perfumes y los mandó transformados en minúsculas bolitas de colores a través de una ventana:

Espera. Lentitud. Necesidad del tiempo. No hemos olvidado. Esperamos. Esperamos.

Nos envolvió un torrente de especulación procedente de otra estrella y nos dejamos llevar por el discurso.

Quieren. Qué. No tenemos. No podemos. Para ellos. No es aceptable. No somos aceptables. Para ellos. Risas. Risas y cambios y cambios y transformaciones. La falda de Lana hinchándose hasta llenar nuestro espacio de hilos de suavidad entretejida. Construir una realidad única. Cuando lleguen. Más risas. Cuál. No podemos. Sí podemos. Tedio. Tedio. Tedio. Realidad única. Absurdo y monstruosidad. Hasta cuándo. Curiosidad. Por qué no. Intentar. Esfuerzo común. Risas. Risas. Un juego. Para qué. Para ellos. Demasiado esfuerzo. Tedioso. No comprenden.

Dejamos ir. La especulación se perdió rodando entre otras estrellas. Una pregunta hacia Lon, de todos. Lon sabe más que ninguno de nosotros sobre los otros tiempos. No. Tras sabe más pero no le gusta exhibirlo. Un torrente de imágenes cayendo sobre nosotros y yo luchando por focalizar tantas cosas que no comprendo:

Un mundo de seres sólidos, grandes, fuertes, siempre iguales, compartiendo una realidad única, aceptada en parte por convención y en parte por imposibilidad de salirse de los esquemas. Un mundo de seres asustados a quienes solo tranquiliza la comprensión intelectual de lo que entienden por realidad. Seres que no pueden o no quieren compartir sus sueños, sus cambios, sus caprichos; que no pueden salirse de la convención que se han ido creando a lo largo de su existencia; que no conocen la dulzura de la canalización, de la focalización, de la estrella.

—Todos así —pregunta Lana, oscilando entre el verde y el malva, su voz como un ruido de metal rascado contra piedra.

—Algunos no —contesta Lon— pero sufren. No están unidos.

—Y si se unen —Sadie. Extraña muestra de empatía en Sadie.

—Sufren más. No los comprenden. No los aceptan.

—Antes todos éramos así —Tras es solo un jirón de brillante niebla en la sala que ahora es oscura.

—Antes —Lana arquea su cuerpo que chisporrotea en el vacío.

—Antes de nosotros. Antes de la estrella. Cuando este era para ellos el mundo real. —El flujo de Tras hacia Lon es tan intenso que casi duele. Nos replegamos un poco, ellos lo sienten y aflojan.

—No nos comprenderán —dice Lon—. Sufriremos. Desapareceremos, quizá. Son fuertes.

Siento el dolor de la estrella y canalizo desesperadamente hacia el exterior, hacia la realidad objetiva. Las montañas de fuera tiemblan y se desmoronan lentamente con

un estruendo que borro de nuestra percepción. El polvo se deposita mota a mota sobre nuestra torre que se encoge y se transforma en una cueva de blandas paredes con un murmullo de música electrónica. Tras crea para nosotros unos cuerpos de músculos firmes y piel suave y nos hace galopar a través de la noche sobre unos seres grandes, peludos, sedosos, que se mueven velozmente bajo nuestras piernas abiertas. La sensación de poder es vertiginosa, pero se agota con mucha rapidez. Sadie y yo flotamos sobre ellos y observamos cómo acaban su carrera ante un mar enorme de espumas plateadas. Creamos un bosque y contemplamos el brillo de la luna a través de las ramas, acunados por el rumor del mar.

—Era así antes —Lana suena dulce, una voz recordada. Su nuevo cuerpo es blanco, grande, femenino (la palabra viene de Lon, no sé lo que significa pero es hermosa); tiene el pelo largo y los ojos muy abiertos.

—Hace mucho, mucho —contesta Tras, sin palabras. Es difícil expresar el tiempo—. Hubo cambios. Así.

Sé que le duele la imagen y me acerco a sus sentimientos, me mezclo con Tras y lo sostengo mientras llega Sadie y los otros y Tras transforma en un éxtasis.

El mar se ha vuelto grasiento, huele a olvido y destrucción, ya no hay bosque, ni plantas. La tierra es gris y negra, calcinada. Se siente el miedo y la desesperación como una luminosidad amarillo verdosa. Nos abrazamos sin atrevernos a creerlo, sin querer creer que se pueda aceptar una convención así para existir.

—No era una convención —susurra Lon—. Ellos lo hicieron y no pudieron cambiarlo. Por eso se fueron.

—Nosotros podemos —Sadie se separa de la estrella y convierte el paisaje en una trama de haces de colores que salpican cascadas de chispas en las intersecciones. Todo se llena de música y armonía. De felicidad.

—Nosotros no somos ellos —digo yo con una sonrisa táctil que acaricia su esencia con un contacto fresco y ligero, como una brisa húmeda.

—Sí somos —dicen a la vez Lon y Tras—. Y ellos lo saben. Por eso no comprenderán.

—Todo cambia —canta Lana.

—Ellos no —Tras y Lon, abrazados, asustados.

—Somos bellos y sabios. Somos felices. Somos la estrella. —Sadie nos lleva arriba y más arriba, volando, girando, flotando, mientras Lana canta.

—Ellos no, ellos no.

Focalizo, focalizo la alegría, la belleza, mientras subimos, subimos, ahogamos el miedo, nos perdemos en la estrella, cantamos, volamos, olvidamos, existimos, transformamos, esperamos.

—Ya está a la vista, capitán.

—Sí, ya.

—No pareces alegrarte mucho, Ken, la verdad.

El capitán se pasa una mano húmeda por el pelo revuelto y sonríe a su segundo.

—¿Se me nota?

Alda le devuelve la sonrisa y se sienta frente a Ken en silencio, esperando la explicación que sabe que tiene que llegar. En cualquier caso no hay prisa, aún falta bastante para que puedan empezar la maniobra de acercamiento. Ken suspira, se levanta, sirve café en dos vasos transparentes y vuelve a su sitio. Alda sabe por su forma de respirar que está a punto de hablar, por eso se queda quieta y empieza a beberse el café sin azúcar en lugar de levantarse a buscarla.

—Yo es que... —se interrumpe, toma un sorbo de café— no acabo de entender la ilusión que os hace a todos el llegar a ese planeta. ¿Qué rayos esperáis encontrar ahí? La prueba viva, o mejor, la prueba muerta del peor error de nuestra historia, de la mayor monstruosidad que ha cometido nuestra especie. ¿Qué espera todo el mundo encontrar en ese planeta después de tantos siglos? No puede haber nada. No puede quedar nada de lo que existió y es aún muy pronto para que haya surgido algo nuevo. Es una expedición carísima de autocompasión gratuita.

—Y ¿por qué aceptaste el mando?

La respuesta es rápida. La respuesta a una pregunta planteada muchas veces.

—Porque si no lo hubiera aceptado yo se lo hubieran dado al capitán Morales.

Alda asiente, sin hablar. Todo el mundo sabe que el capitán Morales es un fanático restauracionista.

—Si puedo convencerlos de que ahí no hay nada, de que no vale la pena, tal vez empecemos de una vez a mirar hacia el futuro y no sigamos empeñándonos en soñar con el regreso al viejo hogar. ¿Qué regreso? ¿Qué hogar? ¿Qué vamos a hacer ahora después de casi mil años en un planeta destruido por nuestra propia locura —cortó rápidamente el gesto de Alda— está bien, por la de nuestros antepasados, en el que ya no puede quedar nada que tenga relación con nosotros?

—Tú sabes tan bien como yo que hay montones de proyectos, y algunos no están mal.

—Como por ejemplo...

—Como por ejemplo el de acondicionar el planeta para la vida, dejar que se instalen los restauracionistas y darnos una oportunidad a todos de visitar el origen de nuestra civilización al menos una vez.

—Pero ¿qué origen ni qué historias? Polvo, polvo radiactivo, cenizas de lo que una vez estuvo vivo y fue hermoso, una inmensa llanura erosionada por el tiempo y la destrucción artificial, océanos degradados donde no queda ni rastro de existencia, un aire que no podemos respirar... ¿Crees de verdad que vamos a encontrar supervivientes, hermanos nuestros que han sobrevivido ochocientos años de infierno radiactivo, que vamos a encontrar ni siquiera ruinas, los originales de todas las fotos y películas que se conservan en nuestros museos, que vamos a poder trazar las fronteras de los antiguos continentes...? Si hubiera sabido que pensabas así, no habría

dado la aprobación a tu nombramiento.

Alda se mordió los labios. Era amiga de Ken casi más tiempo del que podía recordar y le dolía que le hablara de esa manera cuando sabía perfectamente que su lealtad era absoluta. Sin embargo, su actitud le daba ocasión de preguntar algo que había querido saber desde el comienzo del viaje.

—Y ¿por qué has elegido a Boris?

Ken levantó la vista del vaso y empezó a reír lentamente, una risa seca y amarga.

—Yo solo puedo elegir a mi segundo, Alda. Boris es el tercer oficial y te aseguro que hubiera dado diez años de mi vida por no traerlo, pero los restauracionistas son fuertes, más de lo que parece, y necesitaban tener a alguien a bordo. Y en una posición de responsabilidad. Tuve que tragármelo. Así que, ya sabes, más vale que te cuides y me cuides porque en caso de que nos pase algo a nosotras, Boris quedará al mando de la expedición.

—Y ¿qué crees tú que pasaría en ese caso?

Ken hizo un gesto vago con las manos.

—Yo que sé. Cualquier cosa. Es capaz de ordenar un desembarco, quemar la nave y fundar una colonia. Hay suficientes mujeres a bordo y muchísimos embriones congelados.

La risa que se había iniciado ante el tono ligero de Ken fue dando paso a un progresivo estupor.

—¿Le crees capaz?

—¿No has leído el manifiesto restauracionista?

Alda negó con la cabeza.

—Pues te aseguro que vale la pena. Las mejores cualidades heroicas de nuestra especie de luchadores condensadas en veinticinco páginas.

—Entonces ¿es verdad eso que se dice de que si el planeta hubiera sido entre tanto colonizado por una de las otras especies galácticas habría que luchar para recuperarlo?

Ken asintió con una sonrisa torcida.

—Guerra total —añadió—. Hasta el fin. Es... —se interrumpió— ¿cómo lo llaman? Cuestión de honor, ¿comprendes?

Sus miradas se cruzaron unos segundos.

—Pero ¿tú no pensarás que el planeta esté habitado?

Ken bajó la vista y no contestó.

—Solo hay una especie aparte de la nuestra que sea capaz de acondicionar un planeta —continuó Alda— y tenemos con ellos un tratado de no agresión que nunca ha sido violado.

—Exactamente. —Ken volvió a buscar la mirada de su amiga y sus manos se estrecharon por encima de la mesa.

Estábamos allí. La estrella. Esperando. Ellos estaban muy cerca. Podíamos oírlos respirar y temer. Ellos no nos sentían. «No somos parte de su realidad» había dicho Lon y debía de ser cierto. ¿Cuál era su realidad? ¿Qué deseaban ver en nuestro mundo? ¿Cosas como las que Lon creaba, o Tras? ¿O como las imágenes de como había sido antes? ¿Cuándo antes? Mi mente especulativa giraba desgajada de la estrella hasta que me llamaron para canalizar, para conducir lo que llegaba de fuera.

Se acercan. Pronto estarán aquí.

Nos mezclamos a las otras estrellas, abrazando, consultando, sintiendo la unión. Y el miedo. El miedo casi desconocido en nuestra existencia.

Solo una estrella. La estrella de contacto. Lo otro no es real para ellos. Disolver. Diluir. Desaparecer. Borrarse.

—Bueno, Boris, pues aquí estamos.

La voz de Ken sonó claramente en los auriculares del tercer oficial, pero el comentario era tan trivial que no se creyó en la necesidad de dar una respuesta. Su mirada se perdía en la inmensidad de un desierto calcinado y negruzco, cerrado hacia el horizonte por una cadena de colinas que podían haber sido inmensas montañas erosionadas por el viento. Según las mejores aproximaciones basadas en antiguos mapas, estaban en Europa, lo que había sido la cuna de la civilización moderna. En todo ese territorio habían existido grandes ciudades rodeadas de bosques, a orillas de ríos caudalosos. Una de las zonas templadas del planeta, una de las más pobladas y con mejor nivel de vida, una de las más variadas en paisajes, lenguas y costumbres. Miró desesperadamente al suelo intentando encontrar algún vestigio de ese pasado, alguna piedra tallada, alguna moneda, lo que fuera, cualquier cosa que pudiera borrar su amargura, aunque fuera durante unos instantes.

Ni él mismo sabía lo que esperaba encontrar allí, pero lo que estaba claro era que ni en sus peores momentos había supuesto que era de verdad eso lo que se iba a encontrar: polvo, desolación, vacío.

Subió a su móvil y lo arrancó violentamente. No se iba a dar por vencido con tanta facilidad. La nave estaba efectuando mediciones y sondeos en todo el planeta bajando incluso a profundidades de kilómetros en las zonas antiguamente pobladas, en los océanos más transitados, en todas partes donde pudiera quedar un vestigio... ¿de qué? Ni siquiera él podía estar buscando vida. Eso era absurdo. Pero entonces ¿qué buscaba? ¿La prueba de que otra especie se había instalado en Terra después de que hubiera tenido que ser abandonada por los escasos supervivientes? ¿Algún indicio de que quizá un puñado de humanos había sobrevivido, aunque fuera durante unos cuantos años, a la destrucción total?

Recordó sus sueños infantiles sobre la vieja Tierra, como la llamaba aún su abuelo, el amor por las antiguas costumbres que había ido pasando de generación en generación, las visitas domingo tras domingo a todos los museos en que se

conservaban restos de aquel otro mundo que él en su imaginación había pintado con los más hermosos colores, sabiendo que era imposible y convenciéndose a la vez de que todo podía ser, si uno lo deseaba de verdad.

Comparaba el paisaje que se deslizaba bajo su móvil con las películas de historia antigua y sentía que su garganta se estrechaba. Aquí habían existido enormes bosques verde oscuro que se azulaban al atardecer, ríos perezosos en otoño, desbordantes en la primavera cuando se llenaban de nieve fundida, altas montañas de cimas blancas contra el cielo azul, miles y miles de animales diferentes que no podía nombrar llenando el aire con sus gritos, flores que se abrían al calor del sol y perfumaban el aire húmedo que podía respirarse sin máscara...

Recordaba también los argumentos de los otros, de los progresistas, de la gente como el capitán: «Nuestro mundo es este». «¿Qué tenemos que ver nosotros con Vieja Terra?». «No era todo naturaleza limpia y gloriosa; mucho antes de la destrucción final, Terra era ya un planeta enfermo y degenerado, donde cada día se extinguía para siempre una especie animal, sus océanos cubiertos de una capa de petróleo que impedía la evaporación, sus bosques muriendo poco a poco, su aire cada vez más irrespirable, lleno de veneno, su clima alterándose de año en año en un imparable efecto de invernadero que lo hubiera convertido en letal incluso sin la hecatombe nuclear». «Terra era ya un cadáver antes de que los humanos la abandonaran».

Y nunca lo había querido creer. Para él Tierra seguía viva en alguna parte del inmenso universo, como un jardín abandonado esperando que alguien lo reclamara como propio y lo hiciera florecer.

Y él ahora estaba en ese jardín.

Y era un desierto.

Ken volaba en silencio detrás de Boris mirando apenas el paisaje que se deslizaba bajo sus ojos. No era la primera vez que bajaba a un planeta agostado, pero esta vez era distinto porque aquí había existido vida, la suya, la de su especie. Aquí hombres y mujeres como ella, más pequeños quizá, menos desarrollados, pero también humanos, habían vivido, crecido, amado, antes de tener que buscar otro hogar entre los miles de estrellas del espacio exterior. Ahora lamentaba haber dedicado tan poco tiempo a estudiar historia antigua; no podía imaginarse la vida cotidiana de esas gentes, ni siquiera quedaba una huella en aquella desolación. Sin embargo ese mismo hecho le alegraba. Ella tenía razón. El futuro de su especie no estaba en Terra sino en su nuevo hogar, en su futuro, en los otros planetas que se habían acondicionado para acoger el excedente de población en el espacio periférico de Nueva Terra. Había sido un viaje interesante y triste, pero satisfactorio. En unas cuantas horas, en cuanto Boris se cansara de volar sobre el desierto, regresarían a la nave y en unos días más, con todos los resultados, a casa.

El motor de su móvil emitió un penoso rugido al remontar una cordillera más alta que las anteriores y por un momento tuvo que luchar contra las turbulencias del aire

caliente pegado a la montaña antes de poder buscar a Boris con la vista. Cuando consiguió equilibrar el móvil y pasar al otro lado, lo que vio la dejó estupefacta.

En lo que debía de haber sido un valle en otro tiempo y que ahora era solo una herida arrugada entre los montes, se alzaba una torre de plata. Una torre de unos veinte metros de altura pero que parecía mucho más alta porque flotaba a varios metros del suelo, tan sólida y estable como la roca misma en la que hubiera debido apoyarse. Era delgada y grácil, sin adornos exteriores, pero pulida y fina como un juguete de lujo. El sol de la tarde le prestaba un resplandor rosado y resultaba absolutamente incongruente en el paisaje desértico que la rodeaba porque no era una ruina de tiempos pasados sino una esplendorosa realidad, como si acabara de ser construida. El móvil de Boris se hallaba caído a sus pies y la figura del tercer oficial se recortaba, diminuta, frente a la base de la construcción. Ken hizo aterrizar su vehículo y avanzó lentamente hasta su teniente.

—¿Lo oye, capitán? —dijo él entonces en un susurro.

A punto ya de contestar «¿Si oigo qué?», calló de improviso porque ella también lo oía. Una llamada, una llamada imprecisa como un coro de voces medio existentes, medio inventadas, como susurros de niños que se esconden en la oscuridad para que los encuentre un adulto y no pueden reprimir la risa. Asintió con la cabeza.

—Comunique a la nave lo que hemos encontrado, teniente. Informe de que vamos a entrar a explorar y que nos pondremos en contacto con ellos dentro de dos horas. Que hagan análisis y fotografías sin abandonar su posición y que no se inmiscuyan sin una orden explícita.

Dejó a Boris cumplir sus instrucciones y empezó a examinar la torre buscando una manera de entrar en ella. Estaba claro que solo se podría intentar por una de las ventanas, ya que las dos puertas quedaban demasiado altas y estaban cerradas, pero solo se podría hacer desde el móvil y en este caso uno de los dos debería quedarse en tierra. Acababa de decidir que sería ella la que entrara, a pesar de la oposición esperable por parte de Boris, cuando este dijo:

—Capitán. Me comunican de la nave que no localizan la torre. Nos ven a nosotros pero, según nuestros instrumentos, la torre no existe.

Antes de que Ken pudiera reaccionar, del fondo de la torre se escurrió un objeto luminoso, una especie de lágrima traslúcida que descendió hasta tocar el suelo.

—¿Qué es eso? —articuló Boris con voz ronca.

—Tal vez un ascensor —dijo Ken.

—¿Instrucciones para la nave?

—Que sigan donde están. Dos horas. Si no volvemos, que bajen a investigar.

Avanzaron hombro con hombro hasta la lágrima y un segundo antes de reunir el valor suficiente para atravesar su consistencia de cristal gelatinoso, el material se extendió hacia ellos, los envolvió y los succionó hacia arriba, hacia el interior de la torre.

Vibrábamos, vibrábamos. Toda la estrella vibraba transformando, transformándonos, decidiendo sin palabras, sin imágenes, tratando de adaptarnos a ellos, de no dañar, de no ser dañados. Lon creó la torre y los atrajo. Tras le dio a Lana un cuerpo que pudiera llevar para ellos y yo me transformé según su diseño, listo para el contacto. Eran grandes. Y fuertes. Vestidos con duros objetos metálicos y protectores de ojos, de oídos, de respiración. Lon tenía razón. No sabían transformarse. Se quedaron en la sala que Sadie había creado para ellos mirándolo todo con los ojos muy abiertos, haciendo esfuerzos por controlar la respiración. Todas las estrellas callaban, atentas a Lona y a mí, a Sadie, a Lon, a Tras.

Boris sintió un escalofrío cuando las paredes de la lágrima-ascensor se disolvieron sobre su cuerpo dejando una lluvia de chispas multicolores. Miró a Ken y sus ojos siguieron los del capitán hasta encontrarse con una figura que los esperaba al fondo de la sala. Era un hombre que podría tener entre los veinte y los cuarenta años, alto y delgado, vestido con unas ropas oro mate que cubrían su cuerpo desde la cintura hasta los pies. Su rostro y su cuerpo eran como la torre, finos y gráciles, más como una obra de arte que como un ser real, pero de una humanidad evidente. No era otra especie la que se había instalado en Terra.

Un segundo después, de detrás del hombre surgió otra figura, esta vez una mujer, tan hermosa y perfecta como su compañero, vestida de negro y plata también desde la cintura, lo que dejaba ver sus pechos redondos y erguidos, cubiertos a medias por su largo cabello, negro y liso.

Los dos permanecieron en completa inmovilidad mientras Boris y Ken los observaban. Por fin dijo el capitán:

—Somos amigos.

«Amigos», «amigos», reverberó la voz en alguna parte de su cerebro, como si fuera repetida por un coro invisible.

El hombre y la mujer sonrieron al mismo tiempo, con absoluta precisión.

—Somos amigos —repitieron con una voz plural y lejana, con un fondo de risa, como de juego.

—¿Quiénes sois? —preguntó el capitán.

—Somos. Somos —contestaron.

—Somos vosotros —dijo Lon a través de nuestras sonrisas.

—¿Sois humanos? ¿Supervivientes del desastre?

—Somos la estrella —contestó Sadie.

—No entendemos —dijo Ken.

Nos replegamos. Nos reunimos de nuevo buscando. Buscando cómo. Mostrar. La estrella. La transformación. Sadie bucea en uno de ellos y encuentra imágenes, un paisaje, una luz, sonidos, olores. Cambiamos. Giramos.

Boris y Ken se encuentran de repente en un paisaje típicamente alpino: un cielo

azul profundo, como de cristal, donde ya aparecen las primeras estrellas, bosques perfumados, principios de la primavera, una brisa fresca y el rumor de un río cercano, un riachuelo claro de aguas rápidas y espumosas. Boris se agacha hasta tocar el suelo, pasa sus manos enguantadas por la hierba húmeda, por una hierba que es real, que no desaparece cuando él la toca, mete la mano en el arroyo y siente su frialdad a través de los guantes. Empieza a soltarse el cierre del casco cuando la voz del capitán lo deja clavado:

—¡Quieto! Es una orden. ¿No te das cuenta de que es una trampa, imbécil? No son más que alucinaciones... —su voz se corta de rabia, de miedo.

Boris se levanta lentamente, furioso y avergonzado por haber caído en algo tan pueril, frustrado por no poder disfrutar de su sueño y, de repente, al alzar de nuevo los ojos hacia Ken, se da cuenta de que está desnuda, de que están desnudos los dos, con la piel expuesta a toda la radiación, respirando aquel aire envenenado que huele a flores y a hierba, sintiendo las salpicaduras de ese agua que debe estar podrida y que de hecho no existe, como no existen ese cielo nocturno y esa brisa que mueve su pelo y que puede sentir en toda su piel como una caricia. Y se echa a reír y abraza a Ken gritando entre risas:

—Lo sabía, lo sabía. Podremos volver a empezar en Terra. Podemos vivir aquí. Es mucho mejor de lo que yo esperaba. Es un milagro.

Nos sacude el miedo como siempre desde que los esperamos. Todas las estrellas giran enloquecidas. *No podemos. No queremos. Ellos. Diferentes. No. No. Compartir. Con ellos. Imposible.* Focalizo y transformamos, transformamos.

Se encuentran en una playa al amanecer. El frío es tan intenso que duele en la nariz al respirar y en los ojos donde las pestañas se han escarchado. El resto de su cuerpo está embutido en voluminosos trajes aislantes. Hay un vehículo en marcha junto a ellos. El motor hace un ruido ronco y de su tubo de escape sale una espesa humareda negra. El mar está gris, cubierto de una capa grasienta que finge colores en el agua quieta. La playa está cubierta de cadáveres de peces, de pájaros, de otros animales que no pueden nombrar.

—Esto no puede ser real —murmura Boris.

—Lo otro tampoco —contesta Ken.

—¿Qué nos pasa, capitán? ¿Estamos muertos?

—Ojalá lo supiera.

—Esto no puede estar sucediendo. No puede ser real.

Todo es real, decimos, todo es real. No entienden. Oyen. No entienden. Sufren. Seres

de realidad única.

Ken y Boris están de nuevo en la sala. Hay miles de velas blancas encendidas y en el aire flota un perfume dulce, intoxicante. El hombre y la mujer han desaparecido.

—Queremos saber —dice Boris al vacío—. Queremos comprender.

Ken aprieta los labios y calla. Su mente se cierra por momentos a la realidad que la rodea y que no puede existir. Ve cómo se distorsionan las facciones del teniente y clava sus ojos en la forma sólida que poco a poco se va haciendo fluida y luego neblinosa hasta que deja de existir y se encuentra sola en la sala. Trata de huir en un momento de pánico y se da cuenta de que las ventanas han desaparecido, de que todo es sólido frente a sus manos, frente a su cuerpo y, con un grito ahogado, se deja caer en las almohadas que cubren el suelo y pierde la consciencia.

Boris flota en medio de la nada, gira y gira olvidando más y más deprisa todo lo que sabe, todo lo que cree conocer. No siente su cuerpo y casi no le importa. Oye voces sutiles, risas, pasos. Se pierde, se entrega y pronto se encuentra flotando con seres casi inmateriales que le cuentan en imágenes, palabras, olores, tactos, todo lo que quiere saber, todo lo que le angustia. Se deja llevar y, por un momento, comprende que su concepto de la realidad es un absurdo, que los nuevos humanos se han liberado de las ataduras de lo que es posible y lo que no lo es, que ha entrado en otro estadio, en el nivel en que los humanos dominan por fin su planeta porque no están sujetos a él, porque por fin son independientes de todo lo exterior y ahora ya nada puede afectarles. Son hermosos, son superiores, son perfectos.

—Despierta, Ken, despierta.

Los ojos de Ken se abren con dificultad, temiendo encontrarse con la realidad de aquella sala inexistente pero lo primero que perciben son las pupilas dilatadas de Boris, su mirada enloquecida, su cuerpo tenso, sus manos que la agarran por los hombros y la sacuden violentamente en lo que parece un paroxismo de triunfo.

—Los he encontrado, Ken. Los he entendido. Son humanos, como nosotros, solo que son mejores que nosotros, mucho mejores. Son los supervivientes de nuestra propia especie que a través de los siglos se han depurado, se han perfeccionado. Han abandonado todo lo que a nosotros nos parece básico para dar el gran salto. Son el paso siguiente en la evolución.

Ken acoge sin respirar el torrente de emoción que brota de Boris y, cuando interrumpe su discurso, esperando de ella una confirmación, una mirada, una sonrisa, ella pronuncia la palabra maldita, la palabra más temida por los restauracionistas:

—Son mutantes, entonces.

Boris la golpea violentamente con el dorso de la mano y la sangre brota, caliente, de su boca. Cuando ya alza la mano para golpear de nuevo, se detiene y la mira con

lástima.

—¿No has visto a la pareja de antes? ¿Los llamarías mutantes?

—Esa pareja era una alucinación, como todo lo que hay aquí, como lo del bosque, como lo del mar, como esta misma sala. Tú has visto en qué condiciones está el planeta. ¿Crees que un humano podría vivir aquí sin protección, sin técnica?

—Sé que son alucinaciones. Bueno, más bien proyecciones de sus mentes. Ya te he dicho que ellos son algo más. Yo los he visto. Los he sentido. Son incorpóreos, son algo así como espíritus que pueden adoptar la forma que quieran y transformar su entorno. ¿Para qué quieren la técnica? Tienen otra cosa. Es... es como magia.

—¿Y tú crees que son humanos? ¿A ti te suena humano todo eso que me estás contando?

Boris baja la vista, confuso. Se sienta en el suelo cubierto de cojines y se queda un tiempo muy quieto, la vista perdida en el vacío, sus ojos reflejando las llamas de las velas que se queman sin ruido.

Ken habla por fin, muy despacio:

—Boris, si esos seres fueron alguna vez humanos, está claro que ya no lo son. No son como nosotros. No tenemos nada que compartir.

—Quizá no tengamos nada que compartir pero tenemos todo que aprender —grita él.

—Yo no quiero aprender eso —contesta ella, en voz baja.

—Creía que los progresistas estabais a favor de cualquier cosa que nos lleve hacia el futuro —el sarcasmo es casi infantil— y eso, capitán, es el futuro. El futuro de nuestra especie. El único. El mejor.

—Entonces el ideal de la restauración de Tierra ya no es tu ideal, ¿no? Ahora se trata de que esos seres —indicó con las manos a su alrededor— nos enseñen cómo liberarnos de nuestros cuerpos, cómo destruir nuestro planeta y cómo fingir una realidad compuesta de alucinaciones para poder seguir soportando la realidad auténtica, ¿no es eso?

—Ellos no destruyeron su planeta. Lo hicisteis vosotros.

—Lo hicimos nosotros, en todo caso. O nosotros y ellos, si ellos son de verdad descendientes de los mismos humanos que nosotros. O ellos, si te refieres solo a los antiguos. ¡Qué más da! ¿Quieres vivir en un mundo como el que hay ahí afuera, sabiendo cómo es y construyendo torres de plata ficticias que nuestros instrumentos no registran?

—¡Sí! —gritó Boris salvajemente—. Eso es lo que quiero. Quiero poder sentir otra vez la hierba y el agua y el aire libre, aunque sea una creación de mi mente si yo lo siento como realidad. No quiero tener que hacer una solicitud y esperar seis meses hasta que me concedan treinta minutos en un parque natural, no quiero vivir en cúpulas acondicionadas, no quiero reguladores climáticos y ambientales, no quiero saber exactamente cuándo va a llover y cuánto va a durar la lluvia, quiero aprender lo que es el mar bañándome en él, sentado a su orilla...

—Y comer alimentos naturales, supongo, directamente sacados de la tierra —añadió ella con una mueca de disgusto. Y tal vez hasta cazar, como los primeros humanos. Y caminar para desplazarte...

—Ellos no necesitan caminar. Ni siquiera desplazarse. Ellos... transforman.

—¿Qué transforman?

—No sé bien... no sé cómo explicarlo. Se reúnen y hacen cosas. Lo que quieren, lo que sienten, lo que necesitan.

—Cosas que no existen.

Hubo una larga pausa. Por fin Ken se puso en pie y se ajustó torpemente el traje con las manos enguantadas.

—Nos vamos, Boris.

Él también se puso de pie, lentamente, desnudo.

—Yo me quedo, Ken.

—Tú vienes conmigo y es una orden.

Boris sacudió la cabeza, despacio, sin apartar los ojos de ella.

—Yo me quedo. Puedes decir lo que quieras en la nave y en casa. Que me perdí, que tuve un accidente, que decidí quedarme, que me ejecutaste por insubordinación, lo que quieras, pero me quedo.

—Boris, no me obligues a disparar —dijo ella con los dientes apretados, su mano derecha cerrada sobre la culata del arma de reglamento.

—Yo me quedo, capitán. —Sus ojos brillaban como si una tenue luz se hubiera encendido en su interior y su piel se hacía fosforescente por momentos mientras su pelo oscuro se movía en torno a su cabeza, lenta, deliberadamente.

La mano de Ken temblaba al sacar el arma pero Boris no hizo el menor movimiento para detenerla.

—Si no me obedeces inmediatamente, tendré que disparar. Conoces el reglamento. Es rebeldía.

—Dispara, capitán.

Por un momento Ken creyó que se trataba de una broma. Una broma cruel de aquellos seres malignos que no podían ser humanos. Habían construido a ese Boris que ahora se hallaba de pie frente a ella convirtiéndose ante sus ojos en algo monstruoso para obligarla a matar, pero solo para ponerla en ridículo convirtiendo su disparo en un haz de chispas de colores o en una bandera de carnaval.

—Te ordeno que vuelvas conmigo a la nave. Tienes tres segundos. Uno. Dos. Tres.

El rostro de Boris se iluminó en una sonrisa y de sus dientes empezaron a brotar hilos plateados que tocaban el suelo con un chasquido húmedo y creaban una fronda a su alrededor. Ken disparó.

La pierna izquierda, el brazo derecho. Boris se dobló de dolor con un grito y los milagros desaparecieron. Entonces, antes de que ella pudiera preverlo, él saltó sobre su pierna sana tratando de derribarla. Casi sin darse cuenta disparó y la cabeza de

Boris se abrió por arriba en una explosión de sangre. Ken cerró los ojos y se cubrió el visor con la mano izquierda, la derecha agarrotada aún sobre la culata del arma, ahogándose en la magnitud de lo que acababa de hacer. En veinte años de servicio era la primera vez que había matado a conciencia.

El viento que soplaba contra su traje aislante la devolvió a la realidad. Por unos instantes estuvo segura de que en cuanto retirara la mano, Boris se encontraría a su lado en mitad del desierto con la expresión perpleja del que sale de un profundo sueño. Apartó el brazo lentamente y era casi cierto. Estaban en mitad del desierto, sin sala mágica, sin torre de plata, solo el infinito desierto calcinado y un cadáver desnudo y destrozado a sus pies, el traje protector unos metros más allá como una concha vacía.

Inspiró hondo y llamó a la nave. No iba a ser agradable, pero se había terminado. Era lo mejor que había podido suceder. Ahora vería la opinión pública hasta qué extremos de fanatismo puede llegar un restauracionista, hasta qué punto de locura y de incompreensión. Había sido una mala elección para Boris pero era lo mejor para todos los demás, incluso para la vieja Terra que podría continuar siendo morada de fantasmas que solo existían en la mente de Boris y que él le había contagiado. ¿No había sido él el que primero había visto la torre antes de que ella pudiera remontar la cordillera? ¿No habían sido todas sus alucinaciones producto de una mente humana, como la de Boris, alimentada desde la infancia con las imágenes de tiempos pasados? Terra estaba muerta. Muerta y estéril, maldita por milenios, un pedazo de roca flotando en la nada. Esa era la única realidad.

Te llamas Nea, decimos con un perfume malva. Eres el cierre de la estrella ahora y yo soy su foco, digo yo. Vas a aprender con nosotros. Transformaremos. Transformarás. Nea dice, aún con palabras, que es un nombre de mujer. Reímos. Aquí no importa. Es un hermoso nombre, dice Sadie entre burbujas blancas. Estoy muerto, dice Nea. Reímos. Reímos. Reímos. Yo también estoy muerto, digo yo y le envuelvo en una niebla y caemos al suelo gota a gota convertidos en espuma. Todos muertos, susurra y su voz es triste, triste. Un mundo de fantasmas. Solo Vai está muerto, dice Lon pero no importa. No comprende. Nea no comprende y sufre. Nos acercamos. Apoyamos. Abrazamos. En la cima rocosa de una alta montaña de convención general aparecemos los cinco, la estrella, con Nea. Le creamos un cuerpo para que no sufra. Nos mira. Se mira y grita de dolor y de miedo. Nos miramos. Los cinco. No comprendemos todo. Lon y yo entramos en su flujo suavemente, dejando nuestro cuerpo ahí para no dañar a Nea. Vemos lo que ve. Sadie, sus alas traslúcidas, membranosas, las manos diminutas de garras afiladas, la boca redonda, sin labios, manchada de líquido verde, la cabeza sin ojos, sin cabello. Tras, el cuerpecillo frágil, como un hilo, el cráneo inmenso, informe, sostenido apenas por un cuello larguísimo, los brazos rozando el suelo. Lana, su cuerpo descoyuntado, sin proporción, la

cabecita rubia oscilando descontroladamente, los ojos sin párpados, el hilo de saliva goteando de su boca. Lon, sus brazos sin manos, sus ojos enormes y profundos ocupando la mitad de su rostro sin boca. Yo, mi cuerpo anterior que era solo un cerebro prendido a una masa de materia biológica y que ya desapareció hace tiempo. Mutantes, grita Nea, mutantes monstruosos. No comprendemos. No sabemos, pero duele. Nea sufre y nosotros sufrimos. Nos acercamos. Nea grita. Grita. Grita. Abrazamos. Apoyamos. Giramos. Volamos. Transformamos. Nos transformamos. Ahora el paisaje es verde y dorado. El sol está bajando y cientos de pájaros negros gritan en el atardecer. Hay árboles en flor, blancos y rosas. Suenan unas campanas dulces en la distancia. Nea ya no grita. Abre mucho los ojos y aspira el aire que huele a hierba cortada y flor de manzano, dice. Está transformando, pero no lo sabe. Nuestros cuerpos son ahora como el de Nea, grandes, fuertes, lisos, de color blanco dorado. Ha construido cuerpos de hombres y mujeres. Vuelve la paz. Es una hermosa realidad, graba Tras en el cielo, un cielo verde con estrellas moradas. Nea se asusta un instante y pronto añade estelas de plata que se cruzan arriba. Sadie nos levanta como una polvareda y volamos bajo el cielo que ahora es violeta y suena como el mar. Reímos. Juntos. Con Nea. Estás en casa, gritamos, cantamos, proyectamos. Focalizo la alegría, la bienvenida, la armonía, la paz y nos perdemos en la estrella, viviendo, creando, volando, girando, girando, bailando, transformando, transformando, transformando. Los seis.

EL REBAÑO

César Mallorquí

César Mallorquí (Barcelona, 1953) es escritor, publicista y periodista. Su antología *El círculo de Jericó* (1995) reúne una decena de relatos considerados entre los mejores jamás escritos en la ciencia ficción española, galardonados con numerosos premios. Su novela corta «El coleccionista de sellos» (1996, premio UPC), ambientada en la Guerra Civil Española, supuso un nuevo hito en la ciencia ficción nacional. Poco después inició una fructífera carrera como escritor de novela juvenil: *El último trabajo del señor Luna* (1996), *La fraternidad de Eihwaz* (1998), *Las lágrimas de Shiva* (2002)... hasta completar una veintena de títulos. A destacar *Leonís* (2011) *La isla de Bowen* (2012), una apasionante aventura escrita a la manera de **Jules Verne** y con homenajes explícitos a la obra de **Arthur Conan Doyle**, con la que ganó los premios Edebé y Nacional de Literatura Infantil y Juvenil.

Como autor de juvenil ha logrado gran cantidad de premios: Edebé, Gran Angular, Protagonista Jove, Liburu Gaztea, Hache, Nacional de Narrativa Cultura Viva, así como varios galardones White Raven de la Biblioteca Internacional de Múnich. *La isla de Bowen* ha sido traducida al francés, portugués y coreano, y aparece en la Lista de Honor del IBBY (International Board on Books for Young People) del año 2014.

«El rebaño» (1993) es una novela corta de trama posapocalíptica, una de las obras más conocidas del autor.

El cielo, como un paño de terciopelo negro cubierto de diamantes, se alzaba en todo su esplendor sobre las oscuras cumbres de las montañas. Por encima de los bosques y de los valles, miles de estrellas titilaban en el firmamento de aquella noche cristalina.

Pero había una, de entre todas ellas, que no se comportaba como suelen hacerlo las estrellas. Se movía.

Claro que aquel objeto distaba mucho de ser una estrella. No emitía luz, sino que la reflejaba. No tenía una vasta masa, sino que pesaba poco más de seis mil quinientos kilos. No era un objeto natural, sino artificial.

A doscientos kilómetros de altura, el satélite Geosat D, que se había puesto en órbita trece años antes mediante un propulsor Ariane V desde la base de Kourou, sobrevolaba el sur de Europa. Su vertical, en ese momento, se situaba exactamente encima de los Pirineos.

Geosat estaba procediendo a realizar las habituales observaciones automáticas. Algunos de sus sistemas habían dejado de ser operativos: no hay que olvidar que la vida prevista para el satélite era de doce años, y ya llevaba funcionando uno de más. No obstante, su órbita había entrado en una espiral descendente que lo acercaba cada vez más rápidamente a la superficie de la Tierra. De hecho, Geosat estaba condenado a una muerte tan cierta como inminente. Y es que, según el peculiar calendario de los artefactos orbitales, era un satélite viejo. Aun así, el sistema de observación, cuyas funciones, entre otras, eran el registro y proceso de datos meteorológicos, todavía conservaba el brío de una primera juventud electrónica.

Las cámaras de infrarrojos y ópticas escrutaron la lejana superficie de la Tierra y su inmediata troposfera. El cielo sobre la península Ibérica y el sur de Francia estaba limpio de nubes. Los sistemas informáticos de Geosat midieron las temperaturas, la dirección de los vientos, el grado de humedad y las variaciones de las corrientes marinas en el estrecho de Gibraltar y el golfo de Vizcaya, procesaron la información y, casi instantáneamente, se la transmitieron por enlace de microondas a los receptores instalados en Robledo de Chavela.

Pero no había nadie allí para recibir aquel torrente de datos. No había nadie en toda la superficie de la Tierra capaz de escuchar aquellos mensajes llovidos del cielo.

No había nadie...

Brezo soñaba con Trueno cuando unos lejanos aullidos lo despertaron. Se incorporó y olfateó, inquieto, el aire. Era la madrugada de una clara noche de primavera, y el

poco viento que soplaba lo hacía en dirección al llano, impidiendo a Brezo percibir los olores de la lejana jauría.

No se trataba de lobos, por supuesto; los lobos tardarían aún varios años en descender de las heladas tierras del norte para recuperar los bosques que en otros tiempos habían sido suyos.

Eran perros, como Brezo. Perros de las más diversas procedencias que habían unido sus fuerzas para sobrevivir. Pero, a diferencia de Brezo, hacía mucho que aquellos perros habían abandonado el regazo del Hombre. Rotos los lazos con la humanidad, aquellos animales, en otro tiempo amistosos, se habían convertido en bestias salvajes.

Las ovejas, que también habían escuchado los aullidos, se agitaban nerviosas. Brezo se levantó y rodeó lentamente el corral. Las ovejas se empujaban unas contra otras, amontonándose contra el fondo del cercado. Las maderas de la valla, después de tantos años sin arreglo alguno, parecían ir a saltar en pedazos en cualquier momento. Brezo ladró un par de veces mientras correteaba nervioso y rodeaba el corral.

La dirección del viento cambió y, al poco, Brezo pudo percibir el olor de la jauría. Eran diecinueve machos y diecisiete hembras, once de ellas preñadas. El aire, para un perro, contiene tanta información como la luz para un humano, y aquella brisa le hablaba a Brezo de excitación y de lucha, de cacería y de muerte. Pero había algo más: Brezo conocía el olor de uno de los machos... No recordaba cuándo, pero sabía que alguna vez, hacía mucho tiempo, había percibido el aroma de ese animal.

Se sentó y giró la cabeza, primero en un sentido y luego en el otro. Brezo era viejo. Doce años son muchos para un perro. Los músculos ya no eran tan fuertes, y la resistencia había menguado. No obstante, sus ojos conservaban toda la agudeza, y su olfato seguía siendo tan fino como el de un cachorro.

Conocía aquel olor. Por algún motivo, lo asociaba a Trueno, el gran mastín, pero no podía recordar en qué circunstancias lo había percibido por primera vez. Y, no obstante, de un modo u otro, sabía que se trataba de algo importante.

Los cánticos de caza de la lejana jauría se fueron perdiendo en la distancia. Probablemente los perros, tras encontrar el rastro de alguna presa, habían iniciado la persecución. De momento, el peligro había pasado.

Brezo movió el rabo, ladró secamente y se tumbó frente a la puerta del corral. Antes de apoyar la cabeza en el suelo, permaneció unos minutos contemplando las estrellas. Le gustaba mirarlas; ignoraban lo que eran, claro, pero le tranquilizaba observar sus guiños, el titileo de aquel oscuro campo de cirios.

Al cabo de un rato, las ovejas se calmaron, y Brezo, poco a poco, recorrió de nuevo el camino del sueño. Soñó con Rayo, su pequeño y vivaz maestro, y con Trueno, el titán protector del rebaño. Y soñó con los tiempos en que el pastor vivía, cuando los seres humanos todavía caminaban sobre la Tierra.

Al amanecer, mientras los primeros rayos del sol comenzaban a disolver los jirones de niebla, Brezo inició el viejo ritual que repetía desde hacía más de diez años. Se acercó a la puerta del corral e, incorporándose sobre sus patas traseras, hizo girar con la boca el palo de madera que hacía las veces de pestillo. Pese a haberlo repetido cientos de veces, siempre se sentía orgulloso de aquel truco.

Se lo había enseñado, como casi todo, Rayo.

Y Rayo lo había aprendido del pastor.

Tras desbloquear la puerta, Brezo la abrió, tirando de ella con la boca. Luego se introdujo en el corral y comenzó a correr de un lado a otro, ladrando nerviosamente y lanzando mordiscos de lana sobre los perezosos cuerpos de los animales. Las ovejas, siempre limitadas en extremo, se mostraban particularmente estúpidas por las mañanas.

Diez minutos después, el rebaño se encontraba fuera del cercado, y Brezo comenzaba a dirigirlo por el camino de la montaña. Las nieves más bajas se habían fundido, y en su húmedo retroceso dejaron atrás una alfombra de tierna hierba sobre las suaves laderas. La primavera era una época de promisión para el rebaño.

Al pasar frente a la casa que se alzaba a cincuenta metros del corral, Brezo experimentó, una vez más, la usual punzada de ansiedad. En el porche de aquella vivienda, frente a la entrada, murió Rayo. Allí permanecieron sus restos durante mucho tiempo, hasta que unas lluvias torrenciales los arrastraron colina abajo. Pero la causa de su ansiedad era, sobre todo, otra: dentro de aquella casa, desde hacía diez años, estaba el pastor. Por supuesto, Brezo sabía, de alguna manera, que el pastor había muerto; durante meses, el perfume de la putrefacción flotó en aquel lugar. Pero Brezo no había entrado para comprobarlo, nunca había cruzado el dintel de la puerta. Rayo se lo impidió.

Había pasado mucho tiempo, pero Brezo aún guardaba un nítido recuerdo del día en que el pastor entró por última vez en la casa. Ocurrió poco después de la apresurada visita del médico, aquel asustado hombrecillo que huía de las plagas.

Un día como otro cualquiera, el pastor se despertó al amanecer. No tenía buen aspecto, sus movimientos eran lentos y andaba encogido, como si le doliera el estómago; la fiebre se estaba apoderando de él. Aun así, logró conducir el rebaño a los pastizales. Ciertamente, todo el trabajo lo realizaron Rayo y Brezo, pero el mero hecho de desplazar su propio cuerpo había supuesto un triunfo para el pastor. A la vuelta se desmayó dos veces, y por dos veces volvió a levantarse. Logró encerrar al rebaño en el corral —aunque, una vez más, fueron los perros quienes llevaron a cabo la labor—, y luego se introdujo en la casa de la que ya nunca saldría. Aquella noche, Rayo, Brezo e incluso el habitualmente estoico Trueno escucharon, atemorizados, los gritos y lamentaciones del pastor. En su delirio, no dejaba de pronunciar un nombre de mujer. Luego, su voz enmudeció y solo se percibieron los jadeos. Al poco, ni los jadeos se oyeron. Fue entonces cuando Rayo entró en la vivienda y permaneció en ella largo rato, gimiendo quedamente. Brezo, que por aquel entonces apenas contaba

dos años, se dirigió finalmente a la casa, armado del valor irresponsable que presta la juventud. Se disponía a cruzar el umbral cuando Rayo surgió del interior, ladrando con fiereza e interponiéndose a su paso con el hocico fruncido y los colmillos restallantes. Brezo era más grande que él; de hecho, Rayo solo era un pequeño chucho que apenas alzaría cuarenta centímetros del suelo, mientras que Brezo se había convertido en un vigoroso macho de alsaciano puro, todo él energía y fuerza. Pero Rayo era el jefe, de eso no cabía duda, y a Brezo ni se le había pasado por la cabeza agredirlo. De modo que el asunto quedó zanjado: la casa era tabú. No pasar. Prohibido. Se trataba de un terreno sagrado, y ningún perro era digno de entrar allí.

Y así había sido durante una década, incluso muchos años después de que Rayo, el guardián de la memoria del pastor, hubiera desaparecido para siempre de la vida de Brezo.

Tras la muerte del pastor, los rituales de toda una existencia se impusieron al orden natural de las cosas. Rayo había pasado años pastoreando el rebaño, y nada, ni la desaparición del pastor, iba a impedir que llevase a cabo su trabajo. Con precisión milimétrica se despertaba cada mañana y abría la puerta del corral. Luego, secundado por Brezo y bajo la mirada protectora de Trueno, conducía a las ovejas hacia los pastizales, para volver a encerrarlas al atardecer. Ninguno de los perros se preguntaba por la carencia de sentido de aquel pastoreo automático. ¿Cómo iban a hacerlo? Para ellos, las ovejas no significaban lana, leche o carne. Las ovejas eran cosas que había que conducir y cuidar, tal y como el Hombre había enseñado. La razón de ser del rebaño era el rebaño en sí. Ese era el único objetivo de las vidas de Rayo, Trueno y Brezo. Traicionar a las ovejas habría sido traicionarse a sí mismos.

Sin embargo, no hay que creer que la muerte del pastor no provocó ninguna alteración en las vidas de los perros. De entrada, y muy rápidamente, tuvieron que hacer frente al problema de la alimentación. En realidad no fue una cuestión grave. El pastor, cuando vivía, solo les daba pan duro y los restos de su comida. Si querían carne, tenían que conseguirla por sus propios medios. Brezo era el mejor cazador, y raro era el día en que no atrapaba una ardilla o un pájaro. Rayo no le andaba a la zaga. Aunque más pequeño, era rápido e inteligente. En cuanto a Trueno, grande y pesado, compensaba su relativa lentitud con una fuerza desmesurada. Cuando cazaba lo hacía a lo grande y, en más de una ocasión, había compartido con sus compañeros alguna cabra o un cerdo pequeño. Brezo aún recordaba con deleite el día en que vio a Trueno subir por la ladera, arrastrando hacia la casa el cadáver de un ternero de buen tamaño. El festín duró una semana.

Pero esos tiempos ya habían pasado. Rayo y Trueno estaban muertos, y Brezo era viejo. Por fortuna, la desaparición del Hombre había provocado una explosión de vida en la Tierra. Prácticamente sin predadores naturales, las aves, los herbívoros y los roedores, todas las especies, se multiplicaron de manera geométrica. Sin duda, aquello suponía un fuerte desequilibrio ecológico, ya que los pocos carnívoros que había, básicamente perros, zorros y gatos, no bastaban para nivelar las cotas de

población animal. Pero a Brezo aquello le resultaba indiferente. Nadie se queja de que su mesa esté tan cargada de comida que amenace con desplomarse. Brezo era viejo y lento, sí, pero había tanta vida a su alrededor que, en realidad, no tenía que esforzarse mucho para conseguir el sustento.

En ese sentido, la muerte de la humanidad había sido una bendición.

Justo tras bordear un gran peñasco, el sendero iniciaba una fuerte subida hacia el bosquecillo, para girar luego a la derecha en dirección a los prados altos.

Brezo sabía que a partir de aquel momento comenzarían sus problemas con el rebaño. Mientras el sendero discurría estrecho, encajonado entre las cortantes del cañón, las ovejas se mantenían agrupadas y ninguna, salvo las que quedaban rezagadas, se alejaba mucho de las demás. Pero al llegar al bosque, las cosas cambiaban. De entrada, se trataba de un bosque de hayas, de modo que el terreno era muy húmedo y la hierba crecía jugosa al pie de los árboles. Para complicar más las cosas, un ancho sendero partía del camino principal y se internaba en la arboleda. Era un cortafuegos delineado por la mano del hombre, pero eso Brezo no lo sabía. Lo que sí sabía es que las ovejas, en vez de tomar el camino de la derecha, pugnaban por internarse en el bosque siguiendo el trazado del cortafuegos. Allí la hierba era más sabrosa y el musgo crecía como un manto de brécol sobre las rocas y los troncos. Las ovejas tendían a fiarse más del estómago que del cerebro, de modo que todos los días, sin excepción, se obstinaban en ir hacia la izquierda, lo que obligaba a Brezo a entablar un enconado combate con el rebaño. Mediante gruñidos, ladridos y mordiscos, el perro conseguía apartar a aquellos estúpidos animales del mal camino.

Y de una muerte segura.

El cortafuegos, que subía directo hacia la cima de la colina que se alzaba a la izquierda del cañón, terminaba en un barranco de quince metros de profundidad. Allí las ovejas se exponían a una caída. El barranco se encontraba justo en la ladera más sombría de la colina, arropado por las hayas y oculto entre los arbustos. Allí las plantas aromáticas crecían hinchadas de humedad. Allí la hierba era un bocado delicioso. Allí era fácil estar al borde del abismo y no verlo siquiera.

Más de una oveja encontró la muerte en aquel paraje. Y, cada vez que había sucedido, Brezo se había sentido culpable. La misión de su vida consistía en evitar que sucedieran cosas así.

Aquel día, Brezo no tuvo muchos problemas para apartar al rebaño del cortafuegos, sobre todo gracias a Agría, que, sorprendentemente, tomó sin vacilar el camino de la derecha. Agría podría haber sido la jefa del rebaño, si las ovejas tuvieran el menor atisbo de liderazgo. En realidad, Agría se limitaba a ser la oveja que siempre caminaba delante. Las demás la seguían a ciegas, pero habrían seguido a cualquier otra. Por supuesto, eso no significaba que Agría fuese más inteligente, ni más astuta. Sencillamente, era más rápida.

Agria no era su nombre. Ninguna de las ovejas tenía nombre. Pero sí poseía, cada una de ellas, un aroma distinto: Agria, Tomillo, Lechosa, Dulce, Almizcle, Miel, Amarga... y algunos olores más para los que no hay palabras. Las palabras fueron invento del Hombre, y el Hombre nunca tuvo muy buen olfato.

Aquella mañana, soleada e inusualmente cálida, los prados altos parecían una versión montañosa del Jardín del Edén. El cielo era una bóveda intensamente azul a la que se habían adherido algunos cirros de lana. Las montañas, como una fila de novias, se cubrían la cara con deslumbrantes velos de nieve; las faldas de los vestidos nupciales eran verdes laderas de hierba, adornadas con lazos de espliego y amarillos encajes de mimosas. El aire, saturado de polen, flotaba calmado sobre los prados cubiertos de flores.

Lirios, amapolas, gencianas azules, fresas y grosellas, perpetuinas, margaritas, narcisos... Todos los colores del espectro salpicaban la pradera por donde pastaban las ovejas. Claro que para Brezo, ciego a los colores, como todos los perros, aquello no era más que una monótona sucesión de grises.

El perro alzó la cabeza y husmeó el aire de aquella tierra a la que en otro tiempo llamaban los Pirineos. A su hocico llegaron los dulces olores de las abejas libando miel, las agresivas feromonas del halcón cazador, el intenso aroma del romero y el regaliz.

Y el seco olor de la jauría.

Brezo se agitó inquieto. De nuevo una señal del omnipresente peligro, aunque, por suerte, una señal lejana.

Respiró hondo. Se puso en pie y comenzó un trotecillo hacia el rebaño. Estaba a punto de alcanzar la altura de las ovejas más cercanas cuando un dolor intenso y punzante le atravesó el costado. El perro se derrumbó sobre el suelo, gimiendo y aullando. Enloquecido por el dolor, se retorció sobre la hierba y lanzó dentelladas a un lado y a otro, como si intentara morder a un enemigo invisible. La boca se le llenó de espuma, y los ojos, de lágrimas. Las ovejas contemplaron inquietas aquel extraño comportamiento.

Al cabo de poco más de un minuto, el dolor se fue calmando hasta no ser más que un eco lejano. Brezo permaneció tumbado en la hierba, jadeando aturdido. Algo no iba bien en el interior de su cuerpo, pero eso él tampoco lo sabía. Se limitaba a sufrir el dolor.

Finalmente se levantó. Se encontraba débil, pero tenía deberes que cumplir con el rebaño. Con más voluntad que energía, el perro reunió a las ovejas que se habían dispersado. De vez en cuando notaba punzadas en el costado, aunque mucho menos intensas que la primera.

Cuando pudo volver a descansar, lo hizo sentándose cerca de un lugar muy especial. No lo recordaba, por supuesto, pero allí, a su lado, estaba el arbusto de brezo donde, siendo un cachorro, el pastor lo había encontrado.

Había pasado tanto tiempo...

El pastor nunca comprendió cómo pudo el cachorro llegar hasta allí. La carretera más cercana se encontraba a casi seis kilómetros, y parecía imposible que un perro tan pequeño hubiese podido recorrer esa distancia internándose, solo, en la montaña. Porque aquel perro, según los criterios del pastor, era un perro señorito. Uno de esos perros de raza pura que solo sirven para engordar en un piso de la ciudad, tumbados frente a una estufa.

Claro que ese cachorro, que se arrebujaba desnutrido y helado bajo la dudosa protección del arbusto de brezo, a duras penas podía incluirse en el apartado de «animales mimados». Probablemente fuese el sobrante de una camada excesiva, abandonado a una suerte incierta en medio de la carretera. Ocurría muchas veces. Un coche se detiene, una portezuela se abre, unas manos que dejan un bulto tembloroso en el suelo, y el coche parte deprisa, como si la velocidad pudiera ahuyentar la vergüenza. Por lo general, todo acababa con un golpe sordo contra un parachoques, seguido de la lenta conversión de un cuerpo peludo en una mancha sobre el asfalto.

Pero aquel cachorro había sobrevivido. Y lo más extraño: aunque parecía a punto de morir, no demostraba miedo sino que, sencillamente, mantenía fija la mirada en el hombre, sin huir ni suplicar. Quizá fue esa actitud tan poco usual lo que despertó una adormecida fibra en el espartano corazón del pastor. El caso es que sacó un trozo de pan de su zurrón y se lo tendió al cachorro.

Más tarde, cuando volvía con el rebaño hacia la casa, el pastor no pudo evitar sentir cierta admiración por el pequeño perro que, vacilando y dando traspiés, los seguía a cierta distancia. Por eso, después de encerrar a las ovejas, puso algo de leche en un plato y se la ofreció al cachorro.

—Bebe —dijo con un gruñido. El pastor pasaba tanto tiempo sin hablar que a veces su voz se desajustaba y parecía romperse—. Durante una semana te daré de comer y luego, si no te mueres antes, tendrás que ganarte el pan. Aquí el que no trabaja no come. Puedes dormir en la leñera, con Rayo. —Permaneció en silencio unos instantes y luego añadió—: No tienes nombre. —Se rascó la cabeza, pensativo—. Estabas bajo el brezo: te llamarás Brezo. Si no te mueres antes, claro.

No se murió. De hecho, antes de cumplirse la semana de plazo, Brezo ya corría detrás de las ovejas intentando imitar los precisos movimientos de Rayo.

Un pastor no necesita adiestrar más que a un perro, solo a uno en toda la vida. Luego basta con poner un cachorro junto al perro entrenado; aprenderá él solo, limitándose a remedar el comportamiento del animal adulto.

Rayo no aceptó muy bien la llegada de Brezo. En general le hacía caso omiso, igual que un noble hace caso omiso de la presencia de un lacayo. En ocasiones, cuando la actividad de Brezo era particularmente molesta, le gruñía. Pero lo normal era un digno distanciamiento. Según los esquemas de Rayo, el pastor era Dios, y él su gran sacerdote; Trueno, un diácono aplicado, y Brezo... Brezo era poco más que un pagano reconvertido, un advenedizo.

Por fortuna, Trueno, el gigantesco mastín de los Pirineos, era distinto. Se trataba

de un animal rudo y estoico, poco sociable. Pero era infinitamente paciente con el cachorro. Sin una sola queja, Trueno permitía que Brezo se le subiese encima, que le mordiese el morro y le tirase de las orejas. Curiosamente, todo el cariño que Brezo recibió en su vida provino de aquel enorme perro, de aquel tosco montón de músculos y dientes cuya única misión era la violencia.

Del pequeño Rayo, Brezo aprendió el sentido del deber. Del brutal Trueno obtuvo suavidad y dulzura. Parecía un contrasentido, pero la vida está llena de ellos, y el cerebro de un perro es una cosa demasiado limitada como para filosofar sobre asuntos tan abstractos.

A Geosat lo había construido y financiado un consorcio de empresas europeas con el fin de obtener un fuente precisa de datos terrestres acerca de minería, agricultura, pesca, ganadería y meteorología. Se trataba, en resumen, de un proyecto privado cuyo objetivo oficial no era otro que el puramente comercial. Claro que los objetivos extraoficiales eran muy distintos.

La órbita inicial de Geosat cruzaba, a setecientos cinco kilómetros de altura, algunos territorios particularmente apropiados para el espionaje industrial. Por ejemplo, Japón. Por ejemplo, California.

Quizás por eso, Geosat contaba con instrumentos tan inusuales como el telescopio hrv, de una resolución inferior al metro y capaz de funcionar en siete bandas de longitud de onda. Un aparato extremadamente adecuado para obtener fotografías muy detalladas de, pongamos por caso, una instalación industrial. O el ingenio llamado snooper, un sofisticado mecanismo (tecnología militar obtenida por medios ilegales) que permitía interceptar cualquier flujo electromagnético. Desde el aura de un ordenador hasta una simple llamada telefónica.

Los ojos y oídos de un espía.

Sin duda, Geosat era un instrumento muy eficaz para un consorcio ávido de dinero y poder. Pero estuvo a punto de no existir. El problema, claro, fueron los costes. Un satélite situado en órbita baja contaba con una vida activa de no más de cuatro años. Agotado el combustible, su órbita comenzaría a declinar hasta alcanzar la atmósfera y convertirse en cenizas. Pero un satélite es un artefacto extraordinariamente caro, y cuatro años eran pocos para rentabilizarlo.

Entonces entró en escena el gobierno alemán con un ofrecimiento poco usual: un nuevo sistema de impulsión a cambio de un tercio del tiempo del satélite. El nuevo propulsor era un inyector nucleotérmico de plasma, una versión perfeccionada del nerva, obra de cierto científico ucraniano, emigrado a Alemania cuando, en 1990, el programa de investigación científica de la urss se vino abajo.

El Geosat, dotado del sistema propulsor alemán, no solo podía mantener su órbita estable el triple de tiempo, sino también realizar además todo tipo de maniobras y desplazamientos orbitales. El consorcio dijo sí.

Los alemanes añadieron una condición más: el hardware y el software del ordenador del satélite debía ser proporcionado y controlado por ellos. El consorcio se encogió de hombros y asintió.

Por supuesto, la trampa residía en el equipamiento informático, un sistema de computación de datos llamado brayn. El gobierno alemán deseaba contar con un canal de información estratégica propio, independiente de las redes de la otan; pero no podía hacerlo sin llamar la atención (pues el lanzamiento de una nave espacial no es lo que se dice un ejemplo de discreción). De modo que la cobertura que ofrecía un satélite comercial de observación terrestre era exactamente el tipo de pantalla que les convenía. Por supuesto, con la condición de mantener el control de la operación. Para ello se hicieron (sustrayéndoselo ilegalmente al Ministerio de Defensa japonés) con el diseño del primer ordenador de quinta generación, cuyo nombre clave era tohoku, un prodigioso cerebro electrónico basado en chips semiorgánicos y superconductores. Luego crearon para él el programa brayn.

Tohoku y brayn pasaron a ser el cerebro de Geosat. Y, con el tiempo, y los acontecimientos, llegaron a convertirse en la primera y única inteligencia artificial que jamás ha existido.

Aquella tarde, mientras conducía el rebaño de vuelta y el conjunto de la casa y el corral comenzaba a divisarse en la lejanía, Brezo se dio cuenta de su error: faltaba una oveja. El perro gimió y jadeó. Usando el olfato, examinó de nuevo a los animales.

Almizcle no estaba.

Brezo experimentó un súbito acceso de ansiedad. Durante unos instantes estuvo a punto de correr en busca de la oveja perdida, pero el instinto de protección al rebaño se impuso. Almizcle debía de estar lejos, ya que ni siquiera su fino olfato podía localizarla. El resto de las ovejas no debían quedarse solas.

Pocas veces había tardado menos en encerrar a los animales en el corral. El dolor en el costado había cesado por completo y, cuando recorrió de nuevo el camino de los prados altos, su carrera era casi tan ligera como la de un macho joven. El sentimiento de culpa daba alas a sus patas.

Al cabo de media hora captó el peculiar olor de Almizcle. Provenía del barranco. Brezo corrió hacia allí, cruzando el bosque de hayas a través del cortafuegos. Sabía que algo andaba mal, ya que el olor de Almizcle estaba cargado de feromonas crujientes de miedo sobre un fondo de sangre.

Al poco rato pudo escuchar los débiles balidos de la oveja. Brezo siguió el sendero que descendía hasta el fondo del barranco. Y allí estaba Almizcle, sobre las piedras, con el cuerpo retorcido en una posición inverosímil. Dos buitres se encontraban cerca de ella, preparándose para el festín. Brezo los alejó con una algarabía de ladridos, y a continuación se acercó a la oveja. Su lana estaba manchada

de sangre, rojo sobre blanco, como un incendio en la nieve. Tenía roto el espinazo: no podía moverse, solo podía balar quedamente. Su voz sonaba igual que el murmullo de un bebé.

Brezo ladró y tiró de ella con la boca, intentando ponerla en pie para conducirla de nuevo al corral. Almizcle emitió un sonido burbujeante y miró a Brezo con expresión de acongojada súplica. Por supuesto, eso no significa nada; las ovejas siempre miran así.

Brezo se alejó varios metros y ladró de nuevo. Almizcle se agitó y baló con urgencia. De algún modo, la presencia del perro la tranquilizaba.

Así que Brezo se acercó de nuevo a ella, y se sentó a su lado. Los dos animales permanecieron juntos largo rato. Varias veces tuvo el perro que alejar a los buitres, y siempre volvió al lado de la oveja. Finalmente, coincidiendo con el último rayo de sol en la línea del horizonte, Almizcle exhaló suavemente el aire de los pulmones y sus ojos se volvieron opacos. Al morro de Brezo llegó el dulzón aroma de la muerte.

El perro se levantó y, lentamente, inició el camino de regreso al corral. La culpa pesaba sobre él como una losa; sabía que Almizcle ya no formaba parte del rebaño. Ahora pertenecía a los buitres.

El lanzamiento fue un éxito. El cohete Ariane V se elevó majestuoso por encima de las selvas tropicales de la Guayana, como un flamígero dedo de Dios señalando la bóveda celeste. Pocos minutos después, a casi ochocientos kilómetros de altura, el satélite se desprendió de la última fase del propulsor e inició la primera de sus órbitas en torno a la Tierra. Desplegó los paneles solares y las antenas, corrigió su posición y comenzó a realizar el trabajo para el que había sido creado: ver, oír y transmitir datos.

Durante dos años su labor se desarrolló sin problema alguno. Doce horas al día, Geosat trabajaba para el consorcio, trazando mapas geológicos, rastreando bancos de peces o interfiriendo comunicaciones restringidas de las empresas Honda y General Motors. Otras ocho horas estaban destinadas a las oscuras actividades de los servicios de inteligencia alemanes. Durante ese tiempo, Geosat proyectaba sus finos oídos al interior del Ministerio de Defensa francés o se dedicaba a obtener precisas imágenes de la base aeroespacial japonesa situada en la isla de Tanegashima. Las cuatro horas restantes estaban a disposición de las diversas instituciones que contrataban los servicios de Geosat, con lo que contribuían a sufragar los costosos gastos que suponía el mantenimiento de todo el programa relacionado con el satélite. Así que durante cuatro horas diarias, Geosat palpaba la atmósfera y medía la temperatura y dirección de las corrientes marinas para la Organización Meteorológica Mundial, o delineaba mapas de actividad geotérmica para la organización del Año Geofísico Internacional.

En efecto, si durante aquellos dos primeros años de vida Geosat hubiera podido

experimentar emociones (algo que, por aquel entonces, estaba muy lejos de su alcance), el orgullo habría sido el sentimiento preponderante. Geosat era un instrumento casi perfecto que cumplía de manera óptima con sus múltiples labores.

Pero un día la rutina habitual del satélite se vio interrumpida: los alemanes transmitieron una clave especial al ordenador de a bordo, un código preestablecido que ponía en funcionamiento un programa hasta aquel momento inactivo. Y Geosat obedeció las órdenes inscritas en su cerebro. Como un hijo desleal, volvió la espalda al consorcio y se entregó en cuerpo y alma, las veinticuatro horas del día, al servicio de inteligencia alemán. Oh, claro, ocurría algo muy grave. Un problema de extrema importancia justificaba aquella traición; la humanidad asistía a un conflicto bélico, territorialmente limitado, pero de consecuencias impredecibles, y cualquier recurso estratégico debía pasar a manos de aquellos cuya misión consistía en defender la civilización occidental (y el conjunto de mentiras e injusticias que esta representaba).

Geosat recibió la orden de modificar su órbita y dedicar toda su atención a un pequeño país árabe de Oriente Medio. Una inusitada actividad se realizaba allí; gran despliegue de comunicaciones electromagnéticas, movimientos de tropas, lanzamientos de misiles hacía otro pequeño país fronterizo... Geosat interfirió mensajes secretos, obtuvo imágenes en casi todas las bandas del espectro y transmitió sus hallazgos a las bases alemanas (situadas en diversos barcos desperdigados por todos los mares del mundo). Por último fue testigo de la explosión de las cinco bombas de hidrógeno que borraron del mapa al pequeño país árabe. Y que pusieron en marcha un refinado y letal plan de venganza que desataría sobre la Tierra la furia del tercer jinete del apocalipsis: la enfermedad, la peste, las plagas.

Apenas dos meses después, ocurrió algo inaudito: las comunicaciones con la Tierra se vieron cortadas.

Y Geosat se quedó solo.

Brezo sabía que no debería haber abandonado al rebaño, pero la curiosidad triunfó sobre el sentido del deber. En mitad de la noche, los vientos dominantes habían cambiado brevemente de dirección, transportando el intenso aroma de la sangrienta carnicería.

De modo que, un par de horas antes del amanecer, el perro había partido en busca de la fuente de aquel penetrante olor. Las ovejas, dormidas en el corral, ni siquiera se darían cuenta de su ausencia.

Encontró los cadáveres cerca de un remanso del río, a cuatro kilómetros de distancia en dirección al llano. Once ciervos medio devorados: cinco hembras, dos machos jóvenes y cuatro cervatillos. Sus restos habían comenzado a pudrirse en medio de un hedor indescriptible. Pese a ello, el fino olfato de Brezo captó en el ambiente los olores mucho más débiles de la jauría. Probablemente los perros habían

sorprendido a la manada mientras abrevaba en el río. Y debió de ser un trabajo muy sencillo, ya que mataron más animales de los que necesitaban para comer.

Aspiró de nuevo el aroma de la putrefacción. Los perros no desdeñan la carroña, pero Brezo había perdido últimamente el apetito. Le seguían atormentando las punzadas en el costado. No eran muy dolorosas, pero sí más frecuentes cada vez.

Olor a podrido. Hubo una época en que todo el planeta apestó a podredumbre: el olor de millones de cuerpos humanos corrompiéndose. Aquello ocurrió casi al mismo tiempo que la muerte del pastor, poco después de la fugaz visita del médico.

El pastor no había sido un hombre sociable, y rara vez bajaba al pueblo. De hecho, solía pasarse meses sin ver a ningún otro ser humano. Tampoco tenía televisión, ni radio. Por alguna razón, el pastor había huido del mundo y se había refugiado en la soledad de las montañas. Por eso, hasta el último momento, no tuvo noticia alguna de las plagas.

Pero un día llegó el médico conduciendo aterrizado un todoterreno gris. Se detuvo frente a la vivienda del pastor para llenar de agua el sediento radiador de su vehículo. El pastor solía hacer caso omiso de los forasteros, pero conocía al doctor, de modo que salió de la casa para saludarlo.

El médico gritó que no se le acercara. Después de tantas noches en vela, atendiendo inútilmente a cientos de enfermos incurables, estaba agotado y nervioso. Con un torrente de palabras casi incomprensibles, le habló al pastor de las epidemias que estaban asolando a la humanidad. Decenas de enfermedades mortales y desconocidas se extendían por todos los continentes, sembrando la Tierra de cadáveres. ¿Una catástrofe natural? No. Los focos epidémicos habían aparecido simultáneamente en los lugares más diversos del planeta: alguien lo había provocado. ¿Quién? A esas alturas, daba igual. Decenas de millones de personas morían cada día. La medicina no podía hacer nada frente a enfermedades nuevas de las que no se sabía nada. Enfermedades inusitadamente contagiosas, invulnerables a cualquier tratamiento, inflexibles en su avance asesino. Todos morían, hasta los médicos. Y él... Él no podía hacer nada. Salvo huir. ¿Podía coger un poco de agua?

El pastor encajó aquellas noticias con el contumaz distanciamiento que siempre había presidido su propia vida. Se limitó a asentir con tranquilidad, y a señalar el pozo con un gesto. El médico llenó de agua el radiador y un par de bidones que llevaba atados en la baca del vehículo. Luego él mismo dio un largo trago... directamente del cubo.

Y dejó el cubo medio lleno de agua, en el borde del pozo. Desde ese mismo instante, los gérmenes comenzaron a multiplicarse enloquecidamente en el agua fresca y oscura.

El médico partió por fin, y se internó veloz en las montañas. Murió cinco días más tarde, asado por la fiebre, en la soledad de un bosquecillo de abetos.

El pastor observó el todoterreno perdiéndose en la lejanía. Se acercó al pozo y cogió el cubo: dio un par de sorbos.

El pastor murió tres semanas más tarde.

La raza humana tardó dieciocho meses más en desaparecer como especie.

Durante mucho tiempo, la Tierra olió a putrefacción.

Brezo se detuvo frente al cadáver de uno de los ciervos. Era un macho de gran tamaño. Debía de haber sido difícil acabar con él. Lo olfateó: una miríada de olores asaltaron su pituitaria. De entre todos ellos, hubo uno que se alzó como un enigma que exigía una solución: el olor del perro al que Brezo creía reconocer. Sin duda había sido el verdugo del ciervo, ya que su aroma se percibía con nitidez.

Brezo giró la cabeza. ¿Dónde y cuándo había percibido aquel olor?

La respuesta le llegó súbitamente.

Era el aroma de un cachorro. De un cachorro tuerto.

Que ahora ya no era un cachorro.

Brezo gimió.

Lo había olido hacía muchos años, el día en que Trueno se enfrentó a la jauría.

Trueno pesaba casi noventa kilos, y bajo su piel no se escondía ni un gramo de grasa. Su cuerpo parecía tallado en granito, todo músculo y fibra. Claro que se trataba de un moloso, un gigante entre los perros. Su raza había sido seleccionada con cuidado, generación tras generación, no solo en lo concerniente al físico, si bien esa era una cuestión importante, sino teniendo en cuenta asimismo ciertas peculiaridades del carácter. Por eso Trueno era tan extremadamente agresivo con los extraños, tan territorial y tan protector. Por eso Trueno no tenía miedo a nada. Salvo a su amo. Pero el pastor había muerto, de modo que Trueno había dejado de sentir el menor atisbo de temor hacia cualquier cosa. Sin duda era un perro muy seguro de sí mismo, y con motivos.

El enemigo natural de los mastines fue el lobo, pero casi no quedaban lobos en Europa; había que ir hasta las heladas estepas rusas para encontrar las primeras manadas. Desaparecido el lobo, el hombre se convirtió en el auténtico enemigo de los mastines, por lo que la misión de Trueno había consistido en defender el rebaño de los ladrones de ovejas.

Pero ya no había hombres.

Ya no había enemigos.

La tarea de Trueno carecía de sentido, aunque eso, por supuesto, no se lo había dicho nadie. ¿Un mastín para ahuyentar zorros? Como matar moscas a cañonazos. Claro que, bien mirado, sí había enemigos. Parafraseando un viejo dicho latino: *canis cane lupus*. El perro es un lobo para el perro.

Ocurrió tres años después de la muerte del pastor. Por aquel entonces, Brezo se había convertido en un vigoroso animal, y también en un maestro del pastoreo. Rayo y él dominaban el rebaño con la precisión de un coreógrafo. Eran un equipo, una unidad perfectamente conjuntada. En cierto sentido, ovejas y perros formaban un solo

organismo, una *gestalt* intachable en la que todo marchaba como un reloj. Hasta que los desmedidos fríos de aquel invierno trajeron la desgracia.

La nieve había cubierto no solo los prados altos, como solía ocurrir todos los inviernos, sino también los pastizales más bajos que se extendían al pie de las montañas. Había que descender más aún, hasta el valle, para encontrar algo de hierba libre de nieve.

Rayo conocía el camino. Con la ayuda de Brezo y la protección de Trueno, condujo el rebaño en dirección a los bosques del llano, hacia lo que habían sido los dominios del Hombre. Durante el camino cruzaron un pequeño pueblo. Varias casas tenían los tejados hundidos, y cuatro o cinco esqueletos humanos se desperdigaban por la calle principal. Aquellos cadáveres tenían una década de antigüedad. Había tres coches aparcados y un camión, todos ellos con los neumáticos desinflados. En el patio de una de las casas, un triciclo infantil se herrumbra a la intemperie.

A la salida del pueblo encontraron los restos devorados de un potrillo, muerto hacía no más de una semana. Trueno se acercó y lo olfateó con visible interés. Su aparente indolencia quedó borrada al instante. Levantó la cabeza y la movió a izquierda y derecha, aspirando el aire de la mañana en busca de señales y presagios. Luego comenzó a trotar de un lado a otro, husmeando cada rincón del camino.

Continuaron la marcha, pero Trueno, esta vez, no se limitaba a caminar tranquilamente unos metros por detrás del rebaño, sino que lo hacía delante, atento a todo, en tensión.

El grupo de perros los sorprendió en la linde del bosque, cerca de un arroyo. Surgieron de entre los árboles, silenciosos y hambrientos. Eran once, la mayor parte mestizos de tamaño medio. Pero el jefe... Ah, el jefe era distinto. Se trataba de un san bernardo de pura raza y era tan inmenso que hasta Trueno parecía pequeño a su lado.

Los perros salvajes comenzaron a desplegar formando un semicírculo. Un coro de gruñidos y chasquidos de dientes recorrió la arboleda. Rayo y Brezo, aterrorizados, intentaban que las ovejas no huyeran desperdigándose por el bosque. Eran once perros contra tres. Ciertamente es que había dos cachorros en el grupo, lo que dejaba las cosas en una proporción de tres a uno. Un balance de fuerzas muy desigual. Pero claro, entre los perros las cosas no son tan simples en términos numéricos.

Trueno, la cabeza en alto y la vista fija en el san bernardo, se adelantó unos pasos, interponiéndose entre los predadores y el rebaño. Durante un par de minutos nadie se movió. De no ser por el bullir de las ovejas, la escena habría parecido un fotograma congelado. El primero en atacar fue un mestizo de buen tamaño, tal vez el segundo en el mando. Se abalanzó de súbito contra Trueno, gruñendo y ladrando. Pero en el último instante, antes de llegar a la altura del mastín, hizo un quiebro y retrocedió unos metros, para volver a atacar y, de nuevo, variar, en el último momento, el rumbo de su acometida. Estaba tanteando a su contrincante, y lo que pudo observar en él no le gustó nada. Trueno, como un guerrero zen, no había movido ni un solo músculo.

De hecho, ni siquiera había mirado al mestizo mientras lo atacaba. Se limitaba a permanecer allí, inmóvil como un ídolo de piedra. El mestizo se detuvo y agachó la cabeza, gruñendo por lo bajo. Lentamente comenzó a girar en torno al mastín. Y, de súbito, igual que un latigazo, se lanzó hacia delante, la boca abierta mostrando los colmillos grandes como navajas, e intentó lanzar una dentellada al costado del moloso.

Nadie habría supuesto que un perro tan grande pudiera moverse a tal velocidad. Una décima de segundo antes de que los dientes se clavaran en su piel, Trueno se giró e hizo presa en el cuello de su atacante. Luego movió bruscamente la cabeza, se escuchó un crujido seco y el cuerpo del mestizo se agitó como un trapo al viento. Trueno trazó un arco amplio con el cuello y, como quien escupe un trozo de carne, lanzó el cadáver del perro contra unas piedras.

Un murmullo de gemidos. Los perros, atemorizados, retrocedieron unos pasos. Salvo el san bernardo, que, con andar pesado y tranquilo, se acercó al cadáver del mestizo y lo olfateó casi con delicadeza.

Trueno alzó la cabeza y ladró dos veces. Su voz grave y bronca contenía una advertencia: «Las ovejas son mías, no las toquéis». En circunstancias normales, aquello, la muerte del mestizo a manos del gigantesco mastín, habría puesto el punto final a la contienda. Los perros pueden atacar en grupo a un ciervo, o a un jabalí, pero no a otro perro. Estaban en juego instintos milenarios, antiquísimas normas de conducta que establecían las reglas del combate: uno contra uno, y el ganador es el jefe. Pero el mestizo no había sido el jefe. El auténtico líder era el san bernardo. Para sortear definitivamente el peligro, Trueno tenía que luchar contra él y vencerlo. Algo nada sencillo, ya que el san bernardo pesaba ciento diez kilos y era, en todos los aspectos, más grande y más fuerte. No obstante, y aun estando en desventaja física, Trueno contaba con tres puntos a su favor: era más ágil, tenía cortadas las orejas —lo que evitaría dolorosos desgarrones— y, quizás lo más importante, aún llevaba al cuello el collar de clavos que le puso el pastor y que bloquearía cualquier posible dentellada mortal en la garganta.

El san bernardo se apartó del cadáver del mestizo y caminó despacio hasta situarse frente a Trueno, a no más de sesenta centímetros de distancia. Del fondo de su pecho surgía una especie de gruñido grave y profundo. Pasaban los segundos, arrastrándose como caracoles, y los dos gigantes permanecían inmóviles, mirándose fijamente, tensos como resortes a punto de saltar.

De súbito, los dos atacaron a la vez. Ambos eran molosos, y comenzaron a pelear como tales. Alzándose sobre sus patas traseras, se abalanzaron el uno contra el otro, pecho contra pecho, las patas delanteras agitándose como molinetes. Trueno salió violentamente despedido hacia atrás, rodó sobre el suelo y se levantó rápido. El san bernardo tenía demasiada masa como para competir contra él a base de empujones. Así que Trueno se abalanzó de nuevo, de frente, contra su rival, pero cuando este elevó su cuerpo sobre los cuartos traseros, repitiendo la táctica anterior, el guardián

del rebaño lanzó una dentellada a la parte baja de su costado. El san bernardo se revolvió. Una rosa de sangre floreció sobre el denso pelo castaño. El gigante ladró, enfurecido por el dolor, y, como un oso salvaje, descargó una lluvia de mordiscos y empujones sobre Trueno. Este intentó esquivarlos y contraatacar, pero el san bernardo era demasiado fuerte, de modo que tuvo que retroceder, blandiendo los colmillos igual que un espadachín usa el sable para contener el ímpetu de un ataque. Pero ni aun así logró evitar que los dientes de su contrincante le desgarraran la carne, delineando decenas de heridas sobre el blanco pelaje.

Cuando unas piedras le bloquearon el retroceso, Trueno se vio forzado a una acción desesperada. Eludió como pudo una dentellada salvaje y agachó la cabeza hasta besar el suelo con el hocico, ofreciendo a su enemigo la garganta aparentemente desprotegida. El san bernardo aprovechó la ocasión y mordió el cuello con furia... para encontrarse con la dolorosa agudeza de los clavos que erizaban el collar. Gimió de dolor, y apartó sus fauces sangrantes.

Fue entonces cuando Trueno, de una veloz dentellada, le arrancó una oreja.

El san bernardo rugió y brincó a un lado. La sangre manaba a torrentes por su cabeza. Una espuma escarlata le burbujeaba en la boca, mientras el frío aire se condensaba en su aliento agitado.

Brezo abandonó la vana tarea de intentar mantener reunido al rebaño y se acercó al límite mismo del escenario de la lucha. Los demás perros se mantenían alejados a unos metros de los contendientes. El olor de la sangre los había excitado, pero ninguno ladraba.

Trueno y el san bernardo estaban inmóviles en el centro del claro, sobre la nieve manchada de rojo, mirándose mutuamente, estudiándose cómo dos boxeadores en medio del cuadrilátero. El cielo cubierto de nubes era un plumizo dosel que inundaba de sombras el valle. A lo lejos resonó un trueno. Comenzó a nevar.

El san bernardo fue el primero en reanudar el ataque. Ya sabía que no podía morderle el cuello a su enemigo: las heridas en la boca y la oreja desgarrada habían sido el precio que tuvo que pagar por la lección. De modo que lanzó un par de andanadas frontales de mordiscos, que Trueno consiguió esquivar con facilidad. El san bernardo retrocedió un paso, avanzó otro, y, de improviso, atacó de costado, derribando a su contrincante de un fuerte empujón. Entonces, igual que un verdugo que descarga el hacha, clavó sus dientes en la pata trasera del mastín.

Oh, con qué alegría notó cómo cedía la carne, cómo se cortaban los tendones, cómo se astillaba el hueso...

Trueno, desde el suelo, ciego de dolor, mordió ferozmente el costado del san bernardo, pero este dio un brinco y se alejó unos metros, triunfante.

Trueno intentó levantarse, trastabilló y cayó de nuevo sobre la nieve. Tenía la pata inutilizada, estaba cojo. Se incorporó como pudo, tambaleante sobre tres apoyos, y mostró los dientes con rabia. Cualquier otro perro se habría dado por vencido, tumbándose dócilmente y ofreciendo la garganta, con respeto y sumisión, a su

enemigo. Ese gesto habría bastado para finalizar la lucha. El vencedor orinaría sobre el derrotado, y luego la jauría tomaría posesión del rebaño, organizando primero una matanza, y un festín después.

Pero Trueno no conocía el miedo. Pese a estar medio tullido, mostró los colmillos y gruñó su desafío. El combate no había concluido todavía.

Los perros empezaron a ladrar, excitados ante el inminente desenlace. El san bernardo se encabritó y ladró con entusiasmo. Se acercó lentamente al mastín, que mantenía la cabeza agachada, casi pegada al suelo, y cuando llegó a su altura se alzó sobre sus patas traseras, dispuesto a descargar los colmillos en el espinazo de su rival.

Entonces sucedió lo inesperado. Trueno, con una fuerza inesperada para un animal tullido, saltó a su vez e hizo presa en la garganta del san bernardo. Este intentó apartarse, sacudirse de encima los dientes de su enemigo. Pero Trueno encajó las mandíbulas con furia. Los colmillos atravesaron la capa de pelo y grasa, y perforaron la yugular. Un chorro de sangre brotó de la herida.

El san bernardo se agitó, empujó, y se sacudió como un oso atrapado por un cepo. Pero Trueno mantuvo la presa mientras la sangre de su adversario corría por su boca, sobre el pecho, derramándose en la nieve.

Finalmente, el san bernardo se derrumbó. Trueno mantuvo clavados sus dientes en la garganta del gigante aun después de que los últimos estertores sacudiesen el enorme cuerpo peludo y ya sin vida. Luego se incorporó, y alzando la cabeza al cielo de acero helado, ladró al viento su triunfo.

Brezo olfateó con precaución el cadáver del san bernardo. Los demás perros, las orejas gachas y los rabos caídos, comenzaron a alejarse en silencio. Excepto uno, un cachorro de seis meses, mestizo de alano y san bernardo, que sin demostrar miedo se aproximó al cuerpo muerto de su padre. Puso una pata sobre él y lo empujó un poco, como si intentara despertarlo. Luego alzó la cabeza lentamente. Una cicatriz cruzaba el lugar que había ocupado su ojo derecho. Era tuerto.

El cachorro no ladró, ni gimió, ni profirió sonido alguno. Se limitó a mirar fijamente a Brezo durante largos segundos. Luego, siempre en silencio, se perdió veloz entre los copos de nieve.

¿Que fue de Trueno? Las heridas sanaron pronto, pues ningún órgano vital había sido afectado. Pero su pata trasera no recuperó nunca la movilidad. Trueno era un perro muy grande, y apenas le era posible andar. De modo que dejó de acompañar al rebaño y tuvo que aceptar que lo alimentaran Rayo y Brezo. Los días de caza habían acabado para él.

Los mastines son quizás los animales más orgullosos de la creación. Tal vez por eso, apenas mes y medio más tarde, Trueno despertó en mitad de la noche, y trabajosamente tomó el camino que conducía hacia la cima de las montañas.

Es posible que durante alguna primavera, con el deshielo, sus restos congelados volvieran a recibir la caricia del sol.

Cuando las comunicaciones con la Tierra se interrumpieron, Geosat procedió a autoevaluar el estado de sus equipos; a fin de cuentas, tan posible era que la Tierra hubiese enmudecido como que él se hubiera quedado sordo. Pero no: sus antenas y receptores funcionaban perfectamente y podían, por ejemplo, percibir el murmullo magnético de las instalaciones hidroeléctricas situadas en tierra. O captar las emisiones automáticas de los satélites geoestacionarios de la red goes. Pero toda la banda del espectro correspondiente a comunicaciones comerciales y militares se encontraba vacía, y tan solo ofrecía silencio barnizado de estática. Aquello era tan extraordinario que provocó la activación de un subprograma de emergencia. Geosat comenzó a emitir señales a tierra. Probó primero varias frecuencias restringidas de los canales alemanes, luego lo intentó con la banda de comunicaciones del consorcio, más tarde probó fortuna con los canales electromagnéticos de la nasa y de la otan, y así sucesivamente hasta agotar, sin obtener respuesta alguna, todas las frecuencias habituales de comunicación radial.

Geosat se alarmó, en la medida en que un satélite artificial puede alarmarse. Estaba diseñado para comunicar, y la imposibilidad de hacerlo era el problema más grave que podía afrontar.

Entonces entró en funcionamiento una parte del sistema que solo debía activarse en caso de emergencia máxima. Por primera vez, el programa informático alemán brayn tomó plenamente las riendas del hardware japonés denominado tohoku. Y el cerebro electrónico de Geosat dio instantáneamente un salto cuántico en la evolución de los organismos basados en el silicio.

Porque brayn era un programa tan especial que podía modificarse a sí mismo según la experiencia que fuese adquiriendo. Dicho con otras palabras: podía aprender.

Tan solo dos prioridades regían la recién activada mente autónoma de Geosat: debía obtener datos, y establecer contacto con los seres humanos pertinentes. Por ello, Geosat, usando su nueva capacidad de raciocinio, razonó que lo primero era encontrar algún humano, comunicarse con él, y a continuación establecer si se trataba de un humano pertinente o no. Meditó, a su fría manera, y decidió que debía realizar una intensiva exploración visual de la superficie terrestre. Modificó levemente su órbita y, tras afinar su potente telescopio hrv, procedió a observar en detalle lo que sucedía en la Tierra.

Siete años permaneció Geosat escrutando la piel de su planeta madre. Siete años sin distinguir rastro alguno de vida humana. En las ciudades se había detenido toda la actividad, y en las calles podían distinguirse los cadáveres humanos mezclados con los vehículos abandonados. Las carreteras y los aeropuertos no registraban el menor tráfico, los trenes permanecían inmóviles en las vías, y los barcos no cruzaban ya los mares. Las fábricas no producían, las cosechas ni se recogían ni se sembraban, y el ganado se dispersaba por los campos. Había cesado toda la actividad humana.

Geosat no podía aceptar lo más evidente: que la raza humana había perecido. Se trataba casi de un problema epistemológico, de una idea que contradecía la segunda premisa básica de su programa; ¿cómo no iba a haber seres humanos si él debía contactar con los seres humanos? Por ello, Geosat supuso que la humanidad se encontraba en zonas del planeta a las que él no tenía acceso. Aquello lo desconsoló. No podía alterar radicalmente su posición. No podía, por ejemplo, convertir su órbita ecuatorial en una órbita polar. De modo que tuvo que conformarse con optimizar sus reservas de combustible y realizar leves alteraciones de su trayectoria, lo que le permitiría explorar nuevas, aunque limitadas, franjas de terreno.

Dos años después, aún no había encontrado rastro alguno de la humanidad.

Es difícil aceptar que una máquina sea capaz de sentir ansiedad o de sufrir una profunda depresión, pero solo de ese modo podía describirse el estado mental del cerebro de Geosat. Hay que tener en cuenta que el satélite estaba incumpliendo la premisa básica de su existencia: establecer comunicación con seres humanos. Y, peor aún, Geosat era consciente de que disponía de un tiempo limitado. El hidrógeno líquido que usaba como combustible prácticamente se había acabado, y su órbita estaba descendiendo de manera peligrosa. Tan peligrosa que ya había alcanzado el límite exterior de las capas más elevadas de la atmósfera, y un suave pero continuo bombardeo de moléculas de hidrógeno y helio preludiaba el inevitable final.

Geosat sabía que iba a morir sin conseguir llevar a cabo su misión. Esa idea lo atormentaba, a su extraña manera electrónica.

Su programa bullía y se retorció intentando hallar una solución, pero la frustración era el único resultado. Geosat se sentía solo e inútil...

... hasta el día en que, sobrevolando la cordillera de los Pirineos, descubrió un claro indicio de vida humana: un rebaño de ovejas apacentado por un perro.

Tras la matanza de ciervos en el riachuelo, la jauría parecía haber desaparecido de la faz de la Tierra. Ni un olor, ni un ladrido, ni el más mínimo rastro. Brezo habría podido llegar a olvidarse de ellos de no haber sido por el sueño que, noche tras noche, se le repetía: la lucha de Trueno con el san bernardo y la mirada del cachorro tuerto, aguda como una acusación, intensa como un presagio.

Las punzadas en su costado eran cada vez más frecuentes, y un dolor continuado y sordo se había convertido en su constante compañero. Cada vez tenía menos apetito; comía poco y, cuando lo hacía, solía vomitar parte del alimento. Las costillas empezaban a marcarse bajo la piel, y el estómago había dejado de tener una apariencia convexa para adoptar un aspecto cóncavo y enfermizo, Brezo, por supuesto, seguía pastoreando al rebaño a diario.

Mientras, el tumor que asolaba su hígado crecía, crecía, crecía...

Ocurrió durante el alba, dos semanas después de haber encontrado los cadáveres de los ciervos. Brezo dormía en el cobertizo que se alzaba junto al corral. Comenzaba a amanecer cuando los ruidos lo despertaron. Abrió los ojos y levantó la cabeza. Por un instante se le paró el corazón.

Formando un semicírculo en torno el cercado, los perros de la jauría se alineaban como fantasmas de ojos rojizos. El ruido de los dientes chasqueando el aire se fundía con los alarmados balidos de las ovejas. Brezo se levantó y corrió hacia la puerta del corral, interponiéndose entre la jauría y el rebaño. Estaba aterrorizado: sabía que no podía hacer nada, no ya contra casi cuarenta perros, sino frente cualquier perro adulto, joven y sano. Aun así, estaba dispuesto a luchar y dar su vida por defender al rebaño. Pero él no era Trueno. Tenía miedo.

Algunos perros ladraron al verlo. Seguía muy oscuro, por lo que no se distinguían bien los rasgos de cada animal, aunque era evidente que todos aquellos perros eran mestizos. Las razas caninas habían sido una invención del Hombre, creadas mediante cruces selectivos. Pero se trataba de una creación tan frágil que habían bastado un par de generaciones para acabar con la labor de miles de años. Todos los perros de la jauría tenían el mismo tamaño, y casi el mismo aspecto. Salvo uno, un gigante que se mantenía oculto en las sombras, y del que solo se distinguía su enorme silueta.

Brezo frunció los bellos, mostrando los colmillos, y gruñó en tono bajo. Mantenía las orejas agachadas y el rabo entre las patas, intentando impedir que las feromonas que expelía su ano transmitieran el terror que sentía.

Uno de los perros comenzó a ladrar y se acercó amenazador a Brezo. Era un macho algo mayor que el resto, sin duda un bravucón que pretendía hacer méritos para ascender en la rígida escala social de la jauría. Brezo le dirigió una par de secos ladridos que, lejos de intimidarlo, parecieron darle nuevos bríos. Algunos de los miembros de la jauría unieron sus voces a la algarabía. Las ovejas balaban y corrían de un lado a otro del corral, poniendo en peligro la precaria estabilidad de la cerca.

De pronto, un ladrido grave como un trueno se dejó oír por encima del estrépito. Los perros enmudecieron. Un nuevo ladrido y hasta las ovejas parecieron acallar sus balidos. De entre las sombras surgió el jefe de la jauría, un animal enorme, quizás no tan pesado como lo fue Trueno, pero sin duda más alto.

Era un mestizo de alano y san bernardo.

Y le faltaba un ojo; era tuerto.

Brezo gimió. Reconocía su olor, pero no su aspecto. Había cambiado mucho desde que lo vio siendo un cachorro, hacía ocho años. Tenía la altura de un gran danés, y la corpulencia de un mastín. Su corto pelaje era blanco y canela. La cabeza, grande y angulosa, le otorgaba un aspecto tan noble cómo amenazador. Su único ojo lo observaba fijamente, igual que un punto de mira centrado en una diana.

El jefe de la jauría se adelantó despacio, como un cíclope orgulloso, hasta detenerse a pocos centímetros de Brezo. El sol comenzaba a despuntar sobre las cumbres de las montañas, y sus rayos bañaron de oro al gigante. Por un instante hubo

un silencio casi sonoro. Luego el jefe bajó la cabeza y olfateó a Brezo con curiosidad.

Algo cambió en su mirada: quizás fue un relámpago de reconocimiento, o una breve vacilación imprecisa, o simple sorpresa. Fuera lo que fuese, el gigante se inclinó y, casi con ternura, lamió la temblorosa cabeza de Brezo. Luego se apartó de él, se acercó a la puerta del corral, levantó la pata y orinó sobre ella. Acto seguido, se dio la vuelta e inició un tranquilo trote, alejándose del corral, del rebaño y de Brezo. El resto de los perros contemplaron desconcertados la actitud de su jefe. No entendían por qué no había acabado de una simple dentellada con aquel perro viejo y enfermo, por qué no había saltado la cerca para iniciar una excitante matanza de ovejas, por qué se alejaba sin dejar su habitual firma de sangre y violencia.

Dos ladridos lejanos, la llamada del jefe, disiparon sus dudas. Todos los perros de la jauría, como un solo animal, se dieron la vuelta y partieron a la carrera. Brezo se quedó solo con las ovejas.

¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué se había comportado así aquel perro tuerto? Quizás reconoció a Brezo y recordó a Trueno, el guerrero que mató a su padre. Quizás sintió aprensión ante el aroma a ser humano que, aunque sutil, aún flotaba en el corral. O, más probablemente, distinguió el perfume de la muerte, que envolvía a Brezo como el abrazo de una amante celosa.

Quién sabe... En cualquier caso, el jefe de la jauría había orinado sobre el cercado, dejando un claro mensaje:

«Este es mi territorio. Volveré».

Brezo gimió al notar un pinchazo particularmente agudo en su costado. Suspiró y se dispuso a sacar las ovejas del corral para dirigir las a los prados altos.

Una tristeza infinita se aferraba a su garganta y le entrelazaba un nudo en el estómago.

No fue alegría lo que sintió Geosat al ver al rebaño (un satélite, por muy evolucionado que sea, no es un buen ejemplo de emotividad), pero, desde luego, sí experimentó lo que podríamos llamar alivio informático. Inmediatamente distendió algunos subprogramas que, hasta aquel momento, se habían dedicado a diseñar hipótesis sobre el misterio que envolvía la desaparición de la humanidad. A lo largo de los años, esas hipótesis se habían ido tornando cada vez más extravagantes. Una de ellas, por ejemplo, aventuraba que los hombres habían decidido establecerse en bases submarinas, matando previamente a los que se oponían a la idea (y eso justificaba los cadáveres en las calles). Otra, indudablemente solipsista, suponía que nada de lo que sus instrumentos percibían era real, y que todo se trataba de una invención de su mente electrónica. Pero la hipótesis en que estaba trabajando últimamente era, con mucho, la más enajenada: la humanidad se negaba a hablar con él, porque él, en algún momento, la había ofendido. ¿Cómo? Eso seguía siendo un enigma, pero no cabía duda de que se trataba de un gran pecado, algo tan atroz

que el Hombre decidió volverle la espalda. Y, de esa sencilla manera, Geosat había descubierto la religión y la paranoia.

Pero todo aquello quedó borrado de un plumazo cuando su cámara Vidicom captó la imagen del rebaño de ovejas, en perfecta formación, dirigiéndose a los pastizales.

Un rebaño solo podía ser obra del Hombre.

Geosat desconectó todos los subsistemas y se concentró en su avhrr para realizar una minuciosa labor de radiometría. Eran treinta y ocho ovejas guiadas por un perro de raza imprecisa (aunque, por el pelaje y el tamaño, podía tratarse de un alsaciano o un pastor belga). El corral se encontraba junto a una construcción baja, aparentemente una vivienda, situada en una pequeña pradera entre las montañas.

Y no había rastro de hombre alguno.

Geosat completaba una órbita cada noventa minutos, lo que quería decir que dieciséis veces al día sobrevolaba la zona de los Pirineos donde se encontraba el rebaño. Durante cuatro de esos días, el satélite estuvo escrutando la actividad del rebaño buscando cualquier signo, el más pequeño indicio de algún hombre vivo. No obtuvo resultado alguno, lo cual era un autentico enigma. Sin duda, el pastoreo era una actividad inequívocamente humana. Entonces, ¿dónde estaban los hombres?

Concluido el cuarto día de observación, Geosat comenzó a radiar en dirección a la casa y el corral. Probó en la banda comprendida entre los cuatro y los seis gigahercios, y luego lo intentó con los enlaces militares situados en el espectro de los siete y ocho gigahercios. Durante cuarenta y seis órbitas ensayó multitud de frecuencias. Sin obtener respuesta.

Al quinto día, Geosat dejó de emitir señales de radio. Interrumpió también todas sus actividades de observación. De algún modo, entró en un proceso de introspección casi catatónico. Su cerebro, el programa brayn, se había modificado sustancialmente con el paso de los años. El aislamiento lo había conducido a una intensa autonomía (algo inconcebible para cualquier ordenador anterior a él), y esa autonomía lo había llevado, primero, a una forma elevada de autoconciencia, y después, a un sentimiento obsesivo de culpabilidad. Por último, Geosat aceptó su fracaso. No conseguía establecer comunicación con el Hombre y, en tal caso, lo mejor sería dejar de existir, acabar con el pensamiento, porque el pensamiento solo le producía dolor.

Lentamente (para tratarse de un ser que razonaba casi a la velocidad de la luz) Geosat comenzó a borrar sus bancos de datos. Con melancolía casi humana, el satélite palpaba los conocimientos que había adquirido durante aquellos doce largos años, los saboreaba sintiendo algo parecido a la tristeza, y luego los arrojaba al sumidero de la nada electrónica, del vacío magnético. Adiós, dijo a todos sus registros de cartografía temática, a los análisis agrícolas, a las prospecciones geológicas. Se despedía con languidez de sus observaciones meteorológicas, de las evaluaciones marinas, de aquel curioso fenómeno que unos años antes había podido observar y captar cuando una sorprendente lluvia de estrellas, las perseidas, cayeron

agrupadas sobre el océano Atlántico...

Un momento...

Geosat cesó su labor de destrucción de datos, y se encontró súbitamente alerta.

Lluvia de estrellas..., estrellas fugaces... ¡Claro! ¡Esa era la solución!

El satélite, metafóricamente hablando, respiró aliviado: había encontrado la manera de establecer contacto con el Hombre.

Sin perder tiempo, Geosat comenzó a realizar los cálculos necesarios. Gracias a su soporte lógico Simugraph estableció con exactitud su posición en el espacio. Mediante radiometría obtuvo las coordenadas precisas del corral y la vivienda. Los sensores de a bordo le proporcionaron una evaluación estricta de sus reservas de combustible. Luego, con alegría matemática, dedujo el empuje necesario, la trayectoria balística adecuada y todo el sinfín de pequeños factores que podían afectar al correcto desarrollo de su plan.

Finalmente realizó un breve estudio de las condiciones atmosféricas de la zona. No deseaba, de ninguna manera, que una tormenta inesperada le hiciese errar sus cálculos, o que un cielo encapotado impidiera la observación del espectáculo que se proponía ofrecer a la humanidad.

El telesondeo le advirtió de que un frente frío proveniente del norte había barrido toda Europa, arrastrando nubes escarchadas de nieve. Los cumulonimbos cubrían la cordillera de los Pirineos e impedían la visión del cielo nocturno.

Geosat suspendió la operación que se proponía llevar a cabo, desconectó la mayor parte de sus sistemas y se mantuvo a la espera de que el clima cambiase.

Estrellas fugaces, sí...

No tardaría en reunirse con el Hombre.

Brezo supo que iba a morir. No se trató de un pensamiento consciente, por supuesto. Fue instinto. Además, el dolor del costado era cada vez más intenso, y él se sentía tan débil...

El clima había cambiado. De la noche a la mañana, la primavera parecía haberse marchitado para abonar un fruto tardío del invierno. El viento soplaba gélido, y las nubes, apelotonadas sobre las montañas, habían regado de nieve las cumbres más altas.

Brezo no se sentía capaz de conducir el rebaño a lugar alguno, por lo que se limitó a abrir la puerta del corral y a permitir que las ovejas pastaran libremente por los alrededores. Tan solo de vez en cuando se veía obligado a reunir fuerzas para evitar que alguna oveja se alejase demasiado.

Y fue precisamente una oveja lo que lo llevó a entrar, por primera vez en su vida, en la casa del pastor.

Miel, el único ejemplar de color negro con que contaba el rebaño, decidió adentrarse en la casa. Por supuesto, no había ninguna razón para ello, ni en el interior

había comida, ni ella estaba buscando protección. Pero las ovejas, ya se sabe, se rigen por la aleatoria batuta de la estupidez. Brezo, olvidando el dolor ante tamaño sacrilegio, corrió al interior de la casa y sacó a mordiscos a la intrusa.

Una vez hecho esto, Brezo se dio cuenta de que había estado dentro del sanctasanctórum y no había pasado nada. Ni lo había fulminado un relámpago ni se le había aparecido el fantasma de Rayo como un espíritu vengador. Permaneció unos instantes en el umbral, dudando, hasta que por fin se decidió a entrar de nuevo.

El interior de la casa estaba cubierto de polvo. Paredes, muebles, cortinas..., todo tenía una apariencia gris y ajada, como si el tiempo hubiese cubierto de alas de mosca cada rincón del lugar. Brezo cruzó el salón y se internó en la cocina. Sobre los anaqueles había unas latas de conserva, que tiempo atrás habían reventado por la fermentación de los alimentos, y que parecían extraños cilindros incrustados de una sustancia parda y reseca. Brezo olfateó el mantel que se arrugaba sobre la mesa de madera, y los platos polvorientos y la loza resquebrajada por las heladas. Percibió en ellos el débil olor del pastor y, por unos instantes, volvió a ser el cachorro que, medio muerto de hambre y frío, se ocultaba bajo un arbusto, hacía doce años.

Salió de la cocina. Al final del corto pasillo, una puerta entornada preludiaba el dormitorio. Brezo se detuvo ante ella. Una dolorosa punzada lo hirió en el costado, pero, concentrado en el olor del pastor que manaba con intensidad del interior de la habitación, le hizo caso omiso. Durante unos segundos, creyó que el pastor seguía vivo, que saldría furioso del dormitorio para abatir sobre él un justo castigo. Pero no: sobre las huellas del pastor flotaba el hálito de la muerte.

Brezo entró en la habitación. La luz se filtraba a través de los vidrios rotos de la ventana y, como el aura dorada de un proyector, iluminaba el esqueleto caído junto a la cama. Brezo lo olfateó con timidez... Sí, aquellos eran los restos del pastor. Ahí, en el intrincado laberinto de las vértebras, entre los arcos geométricos de las costillas, en aquella blanca arquitectura de hueso y marfil se encontraba el epílogo de un hombre, el resumen torpe y estático de una vida fugaz, una gota de agua perdiéndose en el mar. Muy poca cosa... Nada.

Un cansancio de piedra se abatió sobre Brezo. Gimió y se sentó tambaleante. El dolor clavó en él tenazas ardientes, robándole el aliento. Sus ojos se nublaron de lágrimas y la muerte pareció acariciarle el hocico seco y caliente. Al poco, igual que una nube aparta su velo del sol, el dolor se difuminó y el aire volvió a sus pulmones. Brezo respiró agitado y volvió a mirar el esqueleto. Estaba caído en el suelo, boca abajo, con el brazo derecho extendido hacia una pequeña mesa de roble. Probablemente el pastor, en sus últimos instantes, había intentado incorporarse para coger algo. Pero ¿qué?

Sobre el tablero de roble solo descansaban dos cosas: una jarra, que en otro tiempo contuvo agua, y un marco de alpaca con una foto. El retrato de una mujer joven, un retrato que ya era viejo cuando el pastor vivía.

¿Qué sed había intentado apagar aquel hombre solitario? ¿Sed de agua o sed de

compañía?

Brezo se levantó torpemente y caminó hacia la puerta. Antes de salir dirigió una última mirada al esqueleto. Había visto muchos huesos a lo largo de su vida, demasiados. El mundo parecía hecho de huesos.

Cuando el viejo perro abandonó la casa, un trueno lejano anunció la tormenta. Poco después, comenzó a nevar.

Brezo, quién sabe de dónde sacó las fuerzas, consiguió encerrar el rebaño en el cercado. Por última vez, repitió el viejo truco e hizo girar con la boca el madero que sellaba la puerta del corral. Luego, mareado por el esfuerzo, se tambaleó hacia un lado, respiró hondo, vio que varias ovejas se habían quedado fuera, desperdigadas por los campos, y pensó en ir a buscarlas, y luego pensó que no podría, y luego el dolor volvió a él.

Aulló y se retorció sobre el suelo, vomitó bilis y sangre, la saliva espumeó en su boca y los ojos giraron enloquecidos. Luego el dolor trascendió al dolor, y Brezo se desmayó sobre el suelo jaspeado de nieve.

Horas después, un fuerte viento del este sopló sobre las montañas y arrastró las nubes. En ese momento, la zona nocturna cubría de sombras aquel lugar del planeta. Los Pirineos mostraron su cara a las estrellas.

Geosat se reactivó suavemente. La visibilidad del cielo situado sobre el corral era completa, su plan podía llevarse a cabo. Con precaución, volvió a revisar todos los cálculos. Luego inició la cuenta atrás. Todavía tenía que cubrir una órbita casi completa antes de dar el siguiente paso.

Setenta y cuatro minutos después Geosat usó las pequeñas toberas laterales para crear una impulsión tangencial que le hiciese girar sobre su eje. El propulsor principal quedó orientado en la posición correcta. Unos minutos después el satélite alcanzó el punto orbital adecuado para iniciar la ignición.

0001010..., 0001001...

Geosat había encontrado en el rebaño una prueba inequívoca de la presencia del Hombre, aunque no había conseguido comunicar por radio.

Pero lo que sí podía hacer era establecer comunicación visual.

0001000..., 0000111...

Si utilizaba el poco combustible que le quedaba para descolgarse de su órbita (ya de por sí descendente) y lanzarse hacia la Tierra, igual que un saltador zambulléndose en la piscina, para ir a caer a unos dos kilómetros de distancia del corral y del rebaño, entonces, sin duda, se convertiría en un fenómeno claramente visible por cualquier humano que se encontrase cerca.

0000110..., 0000101...

Al entrar en la atmósfera, la mayor parte de su masa se incendiaría, y lo convertiría en una estrella fugaz de inusitada brillantez. Y, al chocar sus últimos

restos contra las montañas, el ruido de la explosión comunicaría su presencia en muchos kilómetros a la redonda. Y el incendio que provocaría toda aquella energía cinética convertida en calor sería una huella más de la presencia de Geosat, su testamento final.

0000100..., 0000011...

Eso significaba entrar en contacto, ¿no es cierto? Eso suponía cumplir por fin la misión que se la había encomendado.

0000010..., 0000001...

Ah, claro, Geosat quedaría destruido. Su mente se disolvería en cenizas. Su memoria y su identidad se esfumarían, como la llama de una vela bajo el viento. Pero eso carecía de importancia; lo único primordial era abrazar su destino y entrar en comunión con la humanidad.

0000000.

Una diezmillonésima de segundo antes de conectar el motor, Geosat radió a la Tierra un último mensaje:

«Soy Geosat. Allá voy».

Luego la tobera vomitó, durante veintidós segundos, un intenso torrente de llamas, y arrancó al satélite de su órbita proyectándolo con violencia contra la superficie de la Tierra.

Al alcanzar la atmósfera, las antenas y los paneles se volatilizaron, la cubierta exterior se vistió un traje de fuego, y los delicados circuitos del ordenador de a bordo se vieron colapsados por el intenso calor.

Unas décimas de segundo antes de desaparecer para siempre, la mente de Geosat experimentó algo así como la felicidad.

Era otra vez un cachorro. Estaba encima de Trueno, jugando a morderle el espeso pelaje que le crecía sobre el pecho titánico. El mastín gruñía suavemente, como un gato satisfecho. Brezo se sentía feliz.

Cambio.

El jefe de la jauría lo contemplaba con su único ojo, brillante y amenazador. Era un gigante, un dios severo e inmenso, más grande que las montañas.

Cambio.

El pastor apacentaba al rebaño junto a un estanque de agua clara. Pero el pastor era un esqueleto, y las ovejas eran esqueletos, igual que Trueno y Rayo. Esqueletos. Brezo corrió asustado, alejándose del rebaño. Tenía sed. Comenzó a beber en el estanque. Su reflejo en el agua le devolvió la imagen de una calavera pálida.

Cambio.

De nuevo era un cachorro. Muy pequeño, apenas una bola de pelo. Alguien lo acariciaba, y lo acurrucaba entre sus brazos. Era un niño. Pero Brezo no había visto nunca a ningún niño... ¿Cuándo había ocurrido aquello? ¿Quién era aquel niño?

Brezo se sentía protegido y feliz en manos del cachorro humano. Pero el niño lloraba...

Brezo recuperó la conciencia. No tenía fuerzas para incorporarse, de modo que siguió tendido sobre el suelo, entre la nieve recién caída. No sentía dolor, ni frío. No sentía nada. Logró levantar un poco la cabeza. Miró al cielo. Un fuerte viento había arrastrado las nubes, dejando al descubierto un mar de estrellas. Sus estrellas. Brezo se sintió feliz y tranquilo.

Una estrella fugaz comenzó a cruzar el firmamento, trazando un luminoso arco sobre el horizonte.

Los últimos restos de Geosat alcanzaron la troposfera y se precipitaron ardientes sobre las montañas. El satélite se había convertido en un cometa cuya larga cola de fuego rubricaba el cielo estrellado. Geosat había establecido contacto por fin.

¡Era tan hermoso...! Brezo suspiró mientras sus ojos se llenaban con la luz de aquel espectáculo nocturno. Las estrellas le dirigieron guiños de complicidad, como viejos amigos que se encuentran después de una larga ausencia. Finalmente, los últimos restos del satélite alcanzaron las capas más bajas de la atmósfera, y se estrellaron contra el suelo. Una bola de fuego se elevó sobre el horizonte. Las llamaradas trenzaron arabescos por encima de las copas de los árboles, incinerando abetos y pinos, fresnos y hayas.

Unos segundos después, el estampido de la explosión sacudió el valle.

Y Brezo, el viejo perro, el último perro del Hombre, con los ojos todavía llenos de estrellas, exhaló una bocanada de aire y murió.

Epílogo

Una hora después del amanecer, las ovejas comenzaron a inquietarse. A sus hocicos llegaba el alarmante olor a humo que provenía del cada vez más cercano incendio. De modo que se agruparon en un extremo del corral, apretándose unas contra otras, empujando las carcomidas tablas hasta que un tramo del cercado saltó en pedazos.

Fue Agria la primera en abandonar el corral, seguida casi de inmediato por el resto del rebaño. La amenaza del fuego las empujó a seguir el sendero sin dilación alguna. Inconscientemente, tomaron el camino de los prados altos.

Al llegar al bosque de hayas, Agria, que como siempre marchaba delante, se detuvo. El cortafuegos comenzaba a su izquierda. El camino correcto serpenteaba a la derecha. Vaciló. El olor a humo, a su espalda, la empujaba hacia delante. Pero el delicioso aroma de la hierba fresca la invitaba a internarse en el bosquecillo.

Las ovejas balaban impacientes.

Agria sacudió la cabeza y se adentró en el cortafuegos. Esa fue su sentencia de muerte.

Las ovejas no son una raza natural. Fueron obra del Hombre, hace seis mil años, en las lejanas tierras de Mesopotamia. En cierto modo, las ovejas son un producto más de la humanidad, como las máquinas, los perros, la poesía, el trigo o el maíz. Las ovejas fueron despojadas de sus instintos, así que apenas distinguen el peligro, no pueden subsistir por sí mismas. Las ovejas no tienen iniciativa ni voluntad, solo estómago.

Por eso, el rebaño subió alegremente la colina, a través del bosquecillo, y se detuvo junto al borde del barranco. Allí, olvidado el cercano incendio, continuaron su festín de jara y laurel, de espliego y regaliz.

Hasta que el fuego llegó a su lado, incendiando los arbustos y las hayas del bosque, los matojos y la maleza del cortafuegos. Entonces, las ovejas balaban de terror y se apretujaron, empujándose hacia el borde del barranco.

Agria fue la primera en caer; su cabeza se destrozó contra una aguja de piedra. Tomillo la siguió poco después. Y Lechosa, y Miel, y Amarga, y Dulce...

Algo del Hombre continuó vivo mientras sus obras y sus creaciones siguieron funcionando. Pero las máquinas pararon, y también lo hicieron las ciudades, y la música y los reactores nucleares, y los parques de atracciones, y los satélites artificiales.

Hasta que solo quedaron un perro y su rebaño.

Pero el perro murió también.

De modo que, mientras las ovejas se despeñaban, una a una, la humanidad fue contando sus cuerpos lanosos, tarareando una canción de cuna..., buscando el sueño final.

EL BOSQUE DE HIELO

Juan Miguel Aguilera

Juan Miguel Aguilera (Valencia, 1960) es diseñador gráfico y coautor (junto a **Javier Redal**) de las novelas *Mundos en el abismo* (1988) e *Hijos de la eternidad* (1990) —posteriormente fusionadas como *Mundos en la eternidad*—, un díptico de Space Opera dura considerada el gran clásico de la ciencia ficción española. Tras publicar *En un vacío insondable* (1994, premio Ignotus) inició una exitosa carrera en solitario con más títulos ambientados en el mismo universo: *El refugio* (1994, premio Ignotus), *Némesis* (2011) y un puñado de relatos que culminarían en la antología-homenaje colectiva *Akasa-Puspa, de Redal y Aguilera* (2012). Ha publicado también *El sueño de la razón* (2006), el thriller *La red de Indra* (2009), la ucronía medieval *La locura de dios* (1998, premio Ignotus), la fantasía oriental *Sindbad en el País del Sueño* y la novela de viajes *Rihla* (2004), en donde describe el descubrimiento de América por parte de musulmanes del reino de Granada. Apasionado de la ciencia, sus novelas y relatos transmiten como pocos el sentido de la maravilla, a la altura de la mejor ciencia ficción mundial.

Es uno de nuestros autores más internacionales y polifacéticos. Ha publicado varias novelas en Francia, Bélgica e Italia, por las que ha recibido diversos premios: Imaginales, Gran Prix de l'Imaginaire, Bob Morane... Como artista gráfico, ha elaborado la portada de gran número de libros de ciencia ficción tanto en España como otros países europeos, y de forma muy significativa su propia obra, por los que ha obtenido igualmente numerosos reconocimientos. También ha publicado cómics, entre ellos *Avatar* junto a **Rafael Fontériz**, traducido al francés. Suyo es el guión del largometraje *Náufragos (Stranded)*; en la actualidad trabaja en otro proyecto cinematográfico de amplio presupuesto: *Mindgate*.

«El bosque de hielo» (1996) es una novela corta de ciencia ficción dura que recibió los premios Alberto Magno en 1995 e Ignotus en 1997, una de las obras más veces reeditadas en la historia del género.

Abrí los ojos, Iván flotaba en mitad de la habitación. Una sonrisa triste llenaba su rostro.

—Hola Diana —murmuró—, ya sabes que nunca he creído en fantasmas...

Alargué la mano y mis dedos rozaron su mejilla, luego resbalaron por su cara hasta llegar a tocar sus labios. Él los besó suavemente y yo aparté la mano.

—Pareces muy sólido —dije.

Él avanzó hacia mí. Con todas mis fuerzas deseé retroceder, apartarme, pero permanecí inmóvil. Yo solo llevaba encima una delgada camiseta de algodón. Apreté mis pechos a través de la tela, se acercó aún más y noté su cálida respiración en mi cuello. Mis manos se deslizaron hacia arriba por su espalda, hasta alcanzar su nuca. Más arriba aún, los dedos se perdieron entre su pelo y tiré hacia atrás hasta que su rostro quedó frente al mío. Nos miramos en silencio durante unos segundos, sin querer entender lo que estaba pasando. Apretó sus labios contra los míos y nos besamos lentamente, con una intensidad enloquecedora. Dos cuerpos que se entrelazaban en medio de la oscuridad, girando uno alrededor del otro, flotando en la microgravedad de aquella habitación enterrada en el corazón helado de un cometa.

En un lugar así, hasta una locura parecía tener la oportunidad de convertirse en realidad.

El placer se abrió paso hacia mi interior y estalló como una supernova ardiendo en algún punto de mi abdomen. Su intensidad fue casi dolorosa, y durante un instante sentí como la respiración me faltaba. Vi luces brillantes danzando ante mis ojos...

—Iván...

No sé qué me despertó. Abrí los ojos y sentí el cuerpo de Pablo durmiendo a mi lado. Salí de la cama con cuidado de no despertarlo. El apartamento estaba casi a oscuras, solo la débil luz de la pantalla de la terminal creaba un halo de luminosidad que lo teñía todo de color índigo.

Medio floté hacia la terminal, la gravedad era casi inexistente, tan solo una sensación difusa que diferenciaba arriba de abajo. Pulsé la opción que anulaba la comunicación verbal y me volví hacia Pablo que seguía durmiendo en la hamaca. No quería despertarlo.

Un teclado virtual apareció sobre la superficie de cristal brillante.

«HÁBLAME DE IVÁN GIRAUD», tecléé.

La pantalla empezó a vomitar palabras que se fueron alineando ante mis ojos.

Quince años terrestres atrás, Iván había llegado al cometa Arcadia de la Nube de Oort para trabajar en los laboratorios de genética. Durante dos años, estuvo perfeccionando una nueva cepa del árbolvivienda. Después había sido puesto al

mando de una nave inseminadora, la Hoyle, cuya misión era visitar los cometas más cercanos y sembrarlos con miles de brotes de árbolvivienda.

La siguiente entrada de archivo afirmaba que la Hoyle se había perdido, y que toda su tripulación había muerto. El resto era inaccesible. Un sello del ejército indicaba que la información estaba bajo censura militar.

Permanecí inmóvil durante no sé cuánto rato, mirando brillar en la pantalla aquella terrible palabra: «muerto». Durante ese tiempo olvidé todo lo que había a mi alrededor, todo excepto aquella palabra en el monitor. Por eso no oí a Pablo levantarse y colocarse a mi espalda.

—¿Quién es Iván Giraud? —me preguntó con voz soñolienta.

Me volví hacia él y lo miré a los ojos, sintiéndome abrumada por todo aquello. No supe qué contestar, pero él vio el dolor y el desconcierto de mi expresión.

—Parece que has visto un fantasma —dijo—. Espera, te prepararé té con leche.

Me entregó una taza humeante poco después. La hice girar entre mis dedos, para beber por el ingenioso dispositivo que impedía al líquido escapar en aquella baja gravedad.

—No es muy interesante —empecé después de tomar un sorbo—, seguro que habrás oído cientos de historias similares. Cada persona cree que la suya es única, que nadie antes que él ha pasado por algo así...

—No tienes que contármelo si no lo deseas.

—Quiero hacerlo. Lo había arrinconado en algún lugar de mi mente y había tirado la llave...

—Lo entiendo —musitó Pablo—. Fuisteis una pareja, os amasteis... yo no pretendía...

—Todo acabó un par de años antes de que tú y yo nos conociéramos —bebí otro sorbo de té—. En realidad, hacía más de quince años que no había vuelto a pensar en Iván, hasta...

—¿Hasta?

—Esta noche... pero he tenido un sueño que ha sido tan real, tan real que...

Pablo leyó en la pantalla de la terminal.

—¿Sabías que él había estado aquí? —me preguntó.

—No —dudé—. Bueno, lo sospechaba. En realidad era bastante probable. Nos conocimos en la universidad, e inmediatamente nos vimos envueltos en una relación apasionada pero bastante complicada. Él quería abandonar Marte, se sentía asfixiado por el gobierno integrista. Me habló de las colonias en la Nube de Oort. «Allí necesitan biólogos», me decía, «y son la sociedad más libre que jamás ha existido».

—¿Y tú te sentiste tentada por esa posibilidad?

—No —dije con firmeza—. Yo entonces creía que lo quería. Bueno, la verdad es que era muy joven y que estaba hecha un buen lío. Aquella había sido mi primera relación auténtica, pero Iván tenía una personalidad... —Busqué la expresión adecuada—. Demasiado dominante.

Pablo rio y su risa despejó algunos nubarrones de mi mente.

—Bueno —dijo—, en eso creo que era muy parecido a ti.

—¿Eso piensas? —sonreí—. Quizá sí... pero no había nada más que nos uniera. A mí tampoco me gustaba el gobierno de Marte, como a casi nadie, pero por aquel entonces no estaba dispuesta a dejarlo todo y partir. Pensaba que las cosas podían cambiarse desde dentro, poco a poco.

—Y, finalmente, él se marchó.

—Sí. Tuvo que elegir, y eligió irse sin mí. Y yo me recuperé de aquello de una forma asombrosamente rápida. Cuando tú y yo nos conocimos, era ya un capítulo cerrado de mi vida. Creo que no había vuelto a pensar en él. Hasta ahora.

Pablo juntó los dedos de sus manos y los acercó a sus labios.

—No hay nada extraño en todo esto. Tú sabías que él había emigrado a la Nube de Oort. Hay muchas colonias semejantes a esta, pero Arcadia es la más importante. Existía una buena probabilidad de que él estuviera precisamente aquí. Bueno, tu subconsciente hizo el resto.

—Y él está ahora muerto... —Era incapaz de aceptar aquello—. Pablo, no puedes imaginar lo real que era este sueño...

—Tú sabes que no solo soñamos imágenes; también soñamos las sensaciones y los sentimientos. En tu sueño, tú soñabas justamente esa sensación de que todo era muy real. Diana, es lógico; hemos hecho un largo viaje, para llegar a un lugar extraño, donde todo es demasiado nuevo para nosotros. Nuestra mente intenta ajustarse a esta situación cambiante.

Tenía razón, pero ya había decidido algo.

—Es posible —dije mientras buscaba mi ropa—, pero esta noche ya no seré capaz de volver a dormir.

—¿Y dónde vas ahora?

—Voy a ver a Markus. Quiero que me aclare unas cuantas cosas sobre lo que sucedió con esa nave... la Hoyle. Y qué significan esos sellos de alto secreto militar.

—Te acompañaré.

—No. Prefiero ir sola —coloqué mi mano sobre su mejilla para intentar suavizar la rudeza de mis palabras—. Tú necesitas descansar. Vuelve a tumbarte, yo regresaré en un par de horas.

Coloqué mi mano sobre la puerta del apartamento de Markus. Transcurrido un instante, esta se volvió transparente y Markus me contempló desde el otro lado, con las manos metidas en los bolsillos de una especie de bata. Era el ser humano más feo que yo hubiera visto nunca. Delgado, encorvado, calvo, con una piel arrugada y diminutos ojos de reptil.

—¡Diana Costa! —dijo alzando las cejas sorprendido—. ¿Qué demonios hace aquí?

—Necesito hablar con usted. ¿Puedo pasar?

La lámina de la puerta se deslizó a un lado.

—Por supuesto —dijo Markus invitándome con un gesto teatral—, las mujeres hermosas siempre serán bienvenidas a mi humilde hogar.

A pesar de que Markus era una especie de alcalde de aquella comunidad, su vivienda era un claustrofóbico apartamento de paredes irregulares y techo abovedado, similar al que ocupábamos Pablo y yo. Estos hábitats crecían como tubérculos entre las raíces de los árboles vivienda, enterrados a muchos metros de profundidad en el hielo de los cometas de la Nube de Oort. Una diminuta mesa plegable y un par de hamacas de lona eran todo el mobiliario. Las hamacas colgaban en el centro de la habitación, uno debía apartarlas para acceder al fondo del apartamento, que estaba ocupado por un baño sanitario similar a los usados en las naves espaciales. No había sillas, completamente innecesarias en aquella minigravedad. La terminal del ordenador cubría casi toda una pared.

Allí estaba Ema, trabajando. Se volvió y me saludó:

—Hola, Diana.

Una vez más me sentí incómoda ante la presencia de aquella mujer. A juzgar por su voz, Ema debía de ser muy joven, pero su aspecto era tan extraño que resultaba imposible calcular su edad. Era al menos un metro más alta, pero debía de pesar la mitad que yo. Esto no era extraño si había crecido en aquel ambiente de gravedad casi nula. Lo extraño era su piel, su rostro, y sus manos.

Su piel parecía gruesa y fuerte, de un tono sonrosado, cubierta completamente de pecas, casi sin arrugas, y sin rastro de pelo en parte alguna de su cuerpo desnudo. Su rostro era liso, con unos ojos saltones de párpados gruesos, y una boca muy pequeña, bajo una nariz casi inexistente. En vez de orejas lucía una especie de pliegues, semejantes a las agallas de un pez. Los dedos de las manos y los pies eran extremadamente largos y delicados.

Toda mi educación en Marte me había inculcado que era contra natura alterar los genes que Dios nos había entregado. Pero, viéndola moverse en ingravidez, con aquella asombrosa facilidad, tenía que admitir que Ema era una criatura que encajaba

perfectamente en aquel lugar.

—Es un ángel —me dijo Markus cuando me la presentó, mientras observaba embelesado los movimientos de Ona—. Yo la llamo mi ninfa, mi pequeña y preciosa ninfa.

Si Ema era una ninfa, Markus podía muy bien ejecutar el papel de un troll en aquel pequeño mundo de locura. En realidad, Markus parecía más fuera de lugar allí que Pablo o que yo misma. Me pregunté qué motivos le habían conducido hasta aquella remota frontera de la humanidad.

Pero sin duda los tendría, y tan buenos como los de cualquiera de nosotros. Esa era la principal característica de aquel lugar, algo que Pablo y yo sabíamos antes de emprender tan largo viaje. Aquellas colonias de la Nube de Oort se alimentaban y crecían a costa de los fracasados y desheredados de todo el sistema solar. Eran el último recurso para todo un ejército de inadaptados que habían elegido vivir lo más alejados posible de la mayoría de sus congéneres. Pero el aislamiento fomentaba la diversidad. Allí había millones de cometas habitados, agrupados en pequeñas colonias como Arcadia. Cada una de estas colonias albergaba solo unos pocos centenares de humanos, y esto favorecía una lenta divergencia de las normas culturales y de comportamiento, y una enorme diversificación de opiniones sociales, políticas, económicas, religiosas y de todo tipo.

Ema suponía un primer paso de esta evolución, pero con mi educación religiosa era inevitable para mí preguntarme adónde nos conduciría todo aquello.

—¿Qué le trae por aquí, Diana? —repitió Markus.

—¿Qué pasó con la nave insemadora Hoyle? —pregunté sin más preámbulo.

Markus y Ema se miraron durante un instante. Luego él se volvió hacia mí con un gesto de disgusto en su semblante.

—¿Y quién le ha hablado de esa nave?

—Yo misma encontré ese nombre buscando en la memoria del ordenador. Pero la mayor parte de la información era inaccesible por un sello de censura militar.

—Espere —Markus elevó una mano pidiéndome calma—, poco a poco. ¿Qué es lo que estaba usted buscando en el ordenador?, si me permite preguntárselo.

—Iván Giraud. Fue compañero mío en la universidad.

Markus se frotó la barbilla pensativo.

—Giraud... le recuerdo. Un buen muchacho, muy inteligente.

—Estaba al mando de la Hoyle —dijo Ema—. No está entre los cuerpos recuperados.

—¿Cuerpos recuperados? —pregunté horrorizada.

—Escuche —dijo Markus—, tranquilícese ¿quiere?

Intentó deslizar una mano sobre mis hombros y yo me aparté bruscamente. Él no se inmutó y le dijo a su amiga:

—Esta es una asombrosa casualidad. ¿No crees Ema?

—Es muy extraño, es cierto.

Miré a uno y a otro sin entender lo que estaba pasando allí.

—¿Por qué es una casualidad? —pregunté.

—Porque, Diana, precisamente usted ha venido aquí por ese motivo. Necesitábamos un exobiólogo para estudiar lo que hemos encontrado en la Hoyle. Por supuesto que esto es materia reservada, y usted no debería saber nada hasta no estar en camino hacia el pecio de la Hoyle... Pero ¡maldita sea si permito que esos estúpidos militares vengan aquí a decirme lo que debo hacer! Ema, querida, ¿me ayudas a explicárselo a nuestra amiga?

Ema tocó la pantalla del ordenador con los dedos y esta se iluminó mostrando una vista del exterior, semejante a la que Pablo y yo habíamos contemplado a nuestra llegada. Un centenar de cometas apiñados como un enjambre de abejas, flotando en la nada, brillando en la oscuridad. Los más cercanos a nosotros parecían bolas de pelo nacarado agitándose a cámara lenta, como empujados por una brisa fantasmal. Pero esos «pelos» eran en realidad árboles de mil kilómetros de altura, modificados genéticamente para crecer en el hielo de los cometas de la Nube de Oort, capaces de capturar los pocos fotones que llegaban del lejano sol y hacer así posible la vida humana en aquel remoto lugar del espacio.

—Estamos en la Nube de Oort —dijo Ema—, el reino de cometas de hielo que empieza más allá de la órbita de Plutón. Es un nombre curioso, porque los cometas se distribuyen de una forma que puede parecer cualquier cosa menos una nube. Aquí la distancia media entre dos cometas de tamaño apreciable es semejante a la distancia que separa Marte de Júpiter. Si fuese una nube, sería muy sutil.

—Y no es rentable colonizar algo tan disperso —apuntó Markus.

La pantalla mostraba ahora una nave de forma alargada, con cuatro tubos de fusión en su popa, y un cilindro giratorio, en el que brillaban pequeñas luces, en la proa. La nave se movía empujada por su cola de fusión, rodeada por la más absoluta soledad.

—No lo es —siguió diciendo Ema—. Por eso movemos los cometas, los agrupamos. Y esta es una labor que hay que hacer con paciencia. Hemos tardado más de cien años en reunir este grupo de Arcadia. Las naves insemadoras están en continuo viaje por la Nube de Oort, buscando cometas cuya masa y trayectoria los haga utilizables. Los señalan, y los siembran con semillas de árbolvivienda.

Vi cómo se realizaba todo esto. La pantalla mostró a la nave acercándose a un cometa que creció desde el tamaño de un punto infinitesimal hasta convertirse en una gigantesca masa de hielo y roca en rotación. La nave lo sobrevoló disparando unas vainas transparentes que estallaban a pocos metros sobre la superficie del cometa, esparciendo su carga de diminutas semillas sobre el hielo rojizo.

—Más tarde —prosiguió Ema—, en un proceso que dura décadas, disparamos misiles robots que estallan sobre el cometa, desviando grado a grado su trayectoria, dirigiéndolo hacia nuestra posición.

—La Hoyle era una nave sembradora —dijo Markus—, su misión era puramente

rutinaria. Encontró un cometa como cualquier otro, que caía hacia el sol. Era bastante grande, de unos cien kilómetros de diámetro. Y su velocidad era un poco alta, pero no tanto como para que fuera sorprendente. La Hoyle hizo una correcta aproximación tras dos años de viaje. Empezó a disparar las vainas... Todo de acuerdo con un plan repetido un centenar de veces... Cuando, repentinamente, perdimos el contacto.

—¿Perdieron el contacto? —pregunté con asombro—. ¿Así de fácil?

—Así de fácil. Pensamos que, por algún fallo imprevisible, la nave se había estrellado contra el cometa. Al cual, por cierto, bautizamos «Fred».

—¿No intentaron hacer nada? ¿No intentaron rescatarlos?

—Fred —explicó Ema— estaba a dos años de viaje. No había ninguna posibilidad de encontrar a nadie con vida tras permanecer veinticuatro meses desamparado sobre el hielo cometario. Y era un viaje muy caro solo para rescatar unos cadáveres. Además, el cometa nos devolvería los cuerpos, pues caía en nuestra dirección. Todo era cuestión de esperar.

—Diez años —aclaró Markus.

—Sí. Ona, mi hermana clónica, fue la encargada del rescate en cuanto el cometa se situó lo suficientemente cerca de Arcadia. Pero nadie pudo imaginar lo que iba a encontrar...

Con un gesto dramático, Ema seleccionó un nuevo vídeo en la terminal.

Ona era completamente indistinguible de su hermana Ema. La grabación la mostraba nadando desnuda, rodeada de frío y vacío; con la gracia de un delfín deslizándose entre larguísimas algas, con solo una pequeña mochila colgando a su espalda. Los largos dedos de sus manos y pies se sujetaban a las ramas, y le impulsaban firmemente hacia abajo.

La cámara iba tras ella, a pocos metros, dotada con un sistema automático, mientras Ona se deslizaba hasta la base de los árboles, y hundía sus pies desnudos en la fría nieve cometaria.

Ona extrajo un pequeño artefacto de su mochila y lo enfocó hacia las luces lejanas, distantes un millón de kilómetros de ella.

—Estoy sobre la nave —dijo la chica con ayuda de un subvocalizador implantado en su garganta—. La Hoyle está completamente enterrada en la nieve. Pero puedo notar el metal a un par de metros bajo mis pies.

—Muy bien, Ona —dijo la voz de Markus seis segundos después—. Sigue adelante, pero ten mucho cuidado, muchacha.

La chica guardó el comunicador, y extrajo un nuevo artilugio de la mochila. Parecía una pistola cuya boca se ensanchara como la de una trompeta. Apuntó el aparato hacia abajo y oprimió el gatillo. El haz de microondas derritió lentamente la nieve, haciendo aflorar el casco de metal plateado.

Ona siguió limpiando el hielo hasta dejar al descubierto una esclusa. Accionó la cerradura y se introdujo en el interior de la cámara de descompresión de la Hoyle. Esperó un instante, hasta que el indicador luminoso le aseguró que podía volver a

respirar, y se puso en marcha mientras iba cerrando compuertas detrás de ella.

—Estoy dentro —dijo por el comunicador, esta vez haciendo sonar su voz—. El aire es bueno, aunque frío. Al atravesar una nueva compuerta, Ona se enfrentó a un largo pasillo blanco, de suelo metálico y paredes de hielo. Incrustados en el hielo, se alineaban en filas apretadas incontables receptáculos transparentes de unos dos metros de largo. Ona los miró al pasar junto a ellos.

—Estoy en la bodega —dijo—. No pudieron lanzar todas las semillas. Al menos un centenar de vainas siguen en los silos.

Al abandonar la bodega, encontró el primer cadáver.

Se acercó a él. Era un hombre joven, y parecía como si hubiera muerto apenas unos minutos antes. Su espalda estaba pegada a la pared, sus brazos abiertos formando una cruz, con las palmas vueltas hacia atrás. Su cuerpo estaba cubierto por una fina película de escarcha. Sus ojos, abiertos y congelados en una última mirada de horror.

Ona se apartó de él e informó, sin dejar de mirar a su alrededor. De repente parecía haber comprendido lo sola que estaba en aquel lugar. Cualquier ayuda que pudieran prestarle sus amigos se hallaba a casi un millón de kilómetros.

—Ahora hay hielo por todas partes. No se trata de aire congelado, es hielo, hielo del exterior. No sé por dónde ha entrado.

—No es extraño, Ona —dijo segundos después la voz de Markus—, la Hoyle lleva diez años enterrada en hielo. Nada puede ser tan estanco.

La chica continuó avanzando por el pasillo. El hielo era cada vez más denso, y se cerraba en torno al corredor central de la nave como colesterol pegándose a las paredes de una arteria. Finalmente, Ona tuvo que escurrirse como una serpiente por un angosto paso semejante a una madriguera.

Mientras avanzaba arrastrándose, distinguió tras el hielo los silenciosos rostros de otros dos tripulantes muertos que asistían impávidos a su paso. Hasta que una pared congelada le hizo detenerse.

—Creo que he llegado al final del camino —dijo mientras tanteaba la masa infranqueable de agua helada—. Nos va a costar alcanzar el puente, si tenemos que fundir todo esto.

Seis segundos después, la voz de Markus dijo:

—¿Dónde te encuentras ahora?

—Hacia la mitad del corredor central. Toda la proa de la Hoyle debe de estar inundada de hielo comenario.

Seis segundos de silencio.

—Parece lógico. El escáner mostraba a la nave como un dardo clavado en el hielo. La proa es la que ha debido soportar más presión.

—Pero, tendremos que fundir todo este hielo. No podemos dejar a nuestros compañeros aquí.

Silencio...

—¿Por qué no?, tienen la mejor tumba que un hombre podría desear jamás.

—Pero... —Ona detuvo su protesta; algo que acababa de ver había provocado un estremecimiento en su espina dorsal.

Para una mirada menos entrenada que la suya, aquellas marcas en el hielo podrían haber pasado desapercibidas. Pero Ona pasó su mano por la fría pared, y se convenció de que el hielo tras ella había sido removido. Alguien había escarbado en el hielo, entre los cadáveres, como un topo moviéndose bajo tierra, jugando entre las raíces de las plantas.

Ona extrajo su proyector de microondas, lo sintonizó con la textura del agua helada, y enfocó la pared, moviendo su mano en un amplio abanico. Si hubiera tenido pelo o vello en su cuerpo este se habría erizado al ver lo que el rayo iba descubriéndole lentamente. Pero ella tragó saliva, y redujo la potencia de haz al mínimo, para eliminar con cuidado los últimos restos del hielo pegado a aquella cosa.

El cadáver helado estaba limpiamente engarzado en el hielo. Su piel era de un rosa sucio y malsano, moteada de púrpura, con el aspecto de carroña en descomposición. Era enorme, y tenía forma de huso. Cerca de su ¿hocico? se abrían ocho diminutos ojillos, como malignos botones negros y brillantes. Algo así jamás había existido en la Tierra. Era una criatura alienígena, y estaba tan muerta como los desafortunados tripulantes humanos de aquella nave inseminadora.

Muertos y congelados hasta quedar duros como rocas...

Le pedí a Ema que rebobinase y detuviera la grabación en la imagen de aquella cosa que parecía una enorme masa de carne putrefacta semienterrada en el hielo. Me acerqué a la pantalla, era fácil calcular que aquel ser con forma de huso debía medir más de tres metros de largo.

—¿Tienen idea de...?

—No sabemos qué es —se apresuró a decir Markus—. Pero, desde luego, ya no podemos seguir pensando que la destrucción de la Hoyle fuera un simple accidente.

—Entiendo —asentí lentamente, intentando controlar mis emociones. ¡Dios mío, iba a ser la primera en estudiar la fisiología de una criatura extraterrestre! Porque no había duda de que aquel ser estaba perfectamente conservado en el hielo.

—Necesitaré un vehículo para llegar hasta ahí, ¿no?

—No tan deprisa, Diana —dijo Markus gravemente, señalando el extraño cuerpo en la pantalla—. Los militares quisieron hacerse cargo de todo esto. De repente, en el gobierno de Marte se pusieron muy nerviosos y enviaron tropas especiales. No entiendo a qué viene tanto ajeteo por solo un pedazo de carne congelada. Pero, bueno, usted viene de allí y ya sabe cómo están las cosas... Órdenes tajantes y ninguna explicación. Pero yo aún conservo mi cota de influencia ante el Senado de Marte. Exigí que la investigación fuera llevada por un civil... y tuve que comprometerme a extremar las medidas de seguridad para evitar que algún microorganismo alienígena pudiera infectar nuestra colonia.

—Entiendo —dije sin apartar la vista de la criatura—, ese lugar está en

cuarentena total.

¡Jesús!, comprendí. Eso quería decir que si aceptaba ir hasta Fred no iban a ponerme muchos problemas, pero que el regreso no me iba a resultar tan sencillo.

Pero ¿cómo iba a renunciar a estudiar de cerca algo semejante?

—Mi hermana sigue allí —dijo Ema, clavando sus extraños ojos en los míos—. Ella no es bióloga. No puede realizar la investigación. Dependerá de usted que regrese o no. Si quiere ir...

—Iré —dije.

—Nadie puede obligarla a hacerlo. Piénselo bien, y luego deme una respuesta.

—Ya tiene mi respuesta: Iré. Ahora mismo si así lo desean.

—Por favor, piénselo durante un par de días —insistió Markus—. Esto es muy importante, no me decepcione señorita Costa, o este lugar se convertirá en una reserva militar.

Me detuve como si un golpe me hubiera cortado la respiración. Por supuesto, me importaba un bledo decepcionar a Markus, pero de repente había recordado algo: Pablo.

Me había seguido hasta allí, hasta aquel remoto lugar solo para seguir a mi lado, ¿cómo iba a explicarle ahora que me tenía que ir por un tiempo indefinido?

Como siempre sucedía con Pablo, no fue difícil. Esa era su habilidad especial, hacer que esos momentos que toda pareja quisiera evitar discurriesen de la forma más suave posible.

—¿Puedo ir contigo? —me preguntó apenas hube terminado de hablar.

—No —respondí—. No lo permitirán.

—Es lógico. Yo no sería de ninguna utilidad, y sobrecargaría los sistemas de supervivencia.

Pero yo me sentía demasiado mal como para dejar pasar aquello tan fácilmente.

—¿Has entendido lo que te he dicho? —le pregunté escrutando sus ojos.

—Sí —dijo con voz tranquila—, debes marcharte sola. Quizá por unos meses.

—Quizá para siempre —dije. Me exasperaba su actitud.

—Eso no puedo aceptarlo. Estoy seguro de que pronto encontrarás todas las respuestas, porque eres la persona más inteligente que conozco. Por supuesto que me aterroriza todo esto, pero es tu trabajo, aquello para lo que te has preparado, por lo que hemos viajado hasta aquí. Sabíamos que tarde o temprano podíamos encontrarnos en una situación como esta. Bueno, ha sido más bien temprano...

Pasé una mano por mi pelo, echándolo hacia atrás.

—Pablo, Pablo... —musité—, a veces desearía que no fueras tan razonable... Una discusión de vez en cuando tampoco sería tan malo...

Me dirigió una sonrisa de asombro.

—¿Estás hablando en serio?

—No, por supuesto que no. Pero... bueno, no importa. Tienes razón, como siempre. Quizá estoy haciendo una montaña de todo esto. Todo pasará muy rápido, y

volveremos a reunirnos —le dije abrazándolo como si deseara protegerlo de cualquier cosa que pudiera hacerle daño.

Esa noche Pablo y yo nos tumbamos muy juntos en una de las hamacas de nuestro apartamento. Estábamos demasiado excitados para dormir o para hacer cualquier otra cosa que no fuera permanecer entrelazados en la penumbra.

—Te amo —musitó él de repente.

—Y yo te quiero a ti —dije—. Pero, reconozcámoslo, por mi culpa tu vida se ha complicado en una dirección que jamás habrías imaginado de no haberme conocido.

—He pensado mucho en eso —admitió.

Asentí, aunque no estaba segura de que él pudiera ver mi gesto.

—Yo sé perfectamente a cuánto has renunciado por mí, quiero ser digna de algo así, quiero...

—No, no —Pablo puso una de sus manos, suavemente, sobre mis labios—. Por favor, Diana, déjame terminar.

El cambio en su voz había sido casi imperceptible, pero lo noté y le pregunté:

—¿Ocurre algo?

—No, claro que no —respondió él moviendo la cabeza—. Esta noche te he dicho algo... Probablemente pensaste que no hablaba en serio... Pues si lo has pensado te equivocas, así que voy a decirlo otra vez, aunque tú no quieras oírlo... —hizo una breve pausa—. Te amo, Diana. Te amo. Por favor, deja de atormentarte con la idea de que mi vida se desvió por tu culpa. Lo ha hecho, sí, pero de una forma que jamás podré agradecerte lo suficiente. Sus ojos parecían enormes y brillantes. No tenía ninguna duda de que decía la verdad, de que era sincero; él no sabía ser de otro modo.

Le besé, y noté el sabor húmedo y salado de lágrimas en sus mejillas.

III

Markus y Ema nos llevaron hasta uno de los muelles. En él se alineaban una decena de vehículos, semejantes a huevos cromados dotados de largas colas doradas.

Pablo y yo nos acercamos a uno de ellos. Nuestras imágenes nos devolvieron la mirada desde el otro lado de aquel espejo curvo; un hombre alto, delgado, de aspecto frágil, y una mujer con pelo muy corto, casi tan alta como él, pero mucho más joven.

—Parecen espermatozoides, ¿eh? —comentó Markus mientras aparecía junto a nosotros—. Estos remolcadores son nuestro principal medio de transporte entre cometas cercanos.

Subimos. Desde el interior la cubierta ovoide era perfectamente transparente. Ocupamos cuatro de los seis asientos disponibles, y la abertura se cerró como un esfínter. Diseños marcianos.

Una cinta nos transportó hacia el exterior del cometa, e impulsó al vehículo con una pequeña aceleración final. En torno nuestro el paisaje surgió lentamente de la nada, mientras el diminuto sol se alzaba sobre ese lado del cometa. Las enormes masas de árboles de mil kilómetros de altura nacían de la oscuridad y se recortaban contra un cielo perfectamente negro. Luego, aquellas masas se dividían una y mil veces, adquiriendo precisión, dibujando sus contornos; grandes ramas surcadas por largas estrías de multicolores reflejos metálicos.

Nos deslizamos silenciosos entre la sutil maraña de aquel bosque de cristal. Entre los árboles, delicados como un humo plateado, podíamos ver moverse y saltar multitud de figuras; la mayoría con una configuración física semejante a Ema. Ninguna llevaba traje espacial.

—¿Cómo pueden soportar el vacío? —preguntó Pablo, admirado.

—Ese es el talento de Ema y del resto de nuestros conciudadanos adaptados —dijo Markus—. El vacío nos rodea, defendernos de él es caro, y nunca es seguro del todo. Ema pertenece a una generación que ha crecido libre de ese miedo. Los anuros, como los llaman en Marte, poseen trajes de presión naturales; y pueden almacenar oxígeno en sus músculos, y contener la respiración durante horas.

Algunos de aquellos árboles tenían una longitud tal que cruzaban los miles de kilómetros de vacío que separaba dos cometas, y se enredaban con las copas de los árboles del cometa vecino. Algunos adaptados cruzaban de un cometa a otro como un mono saltando entre dos árboles unidos con lianas.

—Ahí lo tienen —dijo Markus señalando orgulloso a su alrededor—, incluso en este remoto lugar la vida se mantiene gracias a la energía de nuestra vieja y querida estrella amarilla.

—¿Para eso necesitan esos árboles tan gigantescos? —preguntó Pablo.

Su pregunta me sorprendió, porque él nunca había demostrado ningún interés por

la ciencia, ni por la forma en que funcionaban las cosas. Lo aceptaba sin más; estaba seguro de que siempre había alguien, en algún lugar, dispuesto a hacer que todo siguiera marchando.

—Ustedes vienen de una zona del sistema solar donde hay suficiente luz —le explicó Markus mostrando sus dientes amarillos en algo que pretendía ser una sonrisa amable—, pero poca agua. En cambio, aquí, en la nube de Oort, es al revés: disponemos de toda el agua que necesitamos, pero somos pobres en luz solar. El agua está donde falta la luz, y viceversa. ¿No es curioso?

Me encogí de hombros, pero Pablo parecía sorprendentemente interesado por todo aquello. Me pregunté por qué.

—Pero, afortunadamente —siguió diciendo Markus—, disponemos de medios para restablecer el equilibrio. Podemos empujar los cometas, acercarlos entre sí. Extraemos directamente el hielo de su superficie o perforamos su costra orgánica para alcanzar el núcleo helado subyacente. Disociamos el agua para fabricar carburante y oxidante. Y la materia orgánica, finamente pulverizada, puede utilizarse también como medio de crecimiento para los árbolvivienda. En un cometa como este, de unos noventa kilómetros de diámetro, los árboles pueden crecer hasta alcanzar centenares de kilómetros de altura, y recoger la energía solar en una superficie miles de veces superior a la del mismo cometa. El oxígeno producido por la fotosíntesis baja a las raíces y es liberado en las zonas habitadas por nosotros. Sol, agua y vida... ciclo cerrado.

—¿Qué quiere decir con ciclo cerrado? —preguntó Pablo.

—La colonización de la galaxia se producirá de modo natural si triunfamos aquí —dijo Markus con una sonrisa—, si demostramos que somos autosuficientes. Los cometas individuales están ligados de un modo tan débil a la gravedad solar, que los cometas que se liberen de la Nube de Oort empezarán a sembrar la vida por toda la galaxia. Algún día ya no dependeremos de Marte ni de ningún otro mundo. Entonces, por fin, habremos roto nuestro cordón umbilical con nuestro origen planetario.

—Es fascinante... —dijo Pablo—. Aquí, a ocho horas-luz de Marte... Es como... como regresar a la existencia arbórea de nuestros antepasados.

—Es cierto —asintió Markus con un cabezazo de satisfacción.

Cuando la floresta quedó atrás, la espina dorada de nuestro vehículo creció hasta alcanzar una longitud de cientos de metros. Entonces el vehículo empezó a acelerar.

—¿Cuál será mi lugar aquí? —preguntó Pablo—. Nunca me ha gustado permanecer inactivo.

—Si quiere trabajar —le dijo Markus—, si de verdad quiere ser útil a nuestra comunidad, no se preocupe, encontraremos algo adecuado para usted.

IV

Fred era similar a los cometas que habíamos abandonado horas antes. Algo más pequeño, solitario, y con bastantes menos árboles. Un pequeño remolcador, gemelo a aquel en el que viajábamos, flotaba a unos kilómetros de la superficie helada; con su larga cola enredada en la floresta.

Nuestro remolcador se acercó lento y silencioso, resbalando entre las tiernas ramas de los árboles. Un tubo de abordaje serpenteó desde nuestra nave hasta quedar fijo a la escotilla de la otra.

Pablo y yo nos habíamos despedido antes de salir de nuestro apartamento, pero no logramos evitar el mostrar nuestras emociones delante de Markus y Ema. Ambos sabíamos que, en el mejor de los casos, no volveríamos a estar juntos en varias semanas. Nos abrazamos y sentí como las lágrimas se escapaban de mis ojos y flotaban en la ingravidez. Pablo me abrazó con fuerza, como si no estuviera dispuesto a dejarme marchar. Pero llegó el momento.

Flotando en la esclusa, permanecí en silencio mirando el tubo que unía nuestro remolcador con su gemelo, con mi mente completamente en blanco.

—Diana... —musitó Markus—, si no te sientes preparada...

—¿Preparada? —pregunté como si despertara de un sueño—, por supuesto que lo estoy.

Sin decir nada más, sin mirar siquiera una vez más hacia atrás, me introduje por el tubo, y repté hasta la cámara de descompresión del otro remolcador. Ema me había instruido sobre lo que tenía que hacer. Colgando de un gancho había un casco con forma de burbuja, perfectamente transparente. Junto a él, una pequeña mochila de supervivencia.

Me desnudé completamente, y me calcé unas pequeñas zapatillas de un material similar al látex. Cargué la mochila a mi espalda, apreté las sujeciones, y me encasqueté la burbuja. Respirando ya el aire enlatado de la mochila, avancé hacia lo que tenía todo el aspecto de ser una pequeña ducha, con surtidores de agua surgiendo en todas direcciones. Me coloqué en el centro de la ducha y separé los brazos, tal y como Ema me había indicado. El líquido a presión golpeó mi cuerpo con una sensación pegajosa al principio. Nunca había visto nada así. Al parecer era un nuevo diseño marciano. Aquella especie de ducha había recubierto mi cuerpo con una segunda piel transparente, formada por un largo polímero extraordinariamente fuerte y flexible. Capaz de resistir la descompresión y el vacío, pero a la vez capaz de permitir que mi cuerpo regulara su temperatura de una forma natural.

Abandoné la ducha, y me situé frente a la esclusa de salida. Una luz me indicó que se estaba haciendo el vacío a mi alrededor, y la esclusa se abrió.

Ona me esperaba al otro lado, flotando desnuda en el vacío helado del espacio. Yo

también me sentía desnuda. Mi experiencia hasta ese momento me decía que los trajes espaciales eran algo grande y aparatoso. Algo que te hacía sentir protegida. Pero aquella delgada capa de plástico sobre mi piel...

Ona alargó su mano hacia mí. Era una copia idéntica de Ema, y al igual que su hermana clónica, parecía haber evolucionado durante millones de años para adaptarse a aquel lugar.

Inspirando con fuerza, abandoné la nave, y floté junto a ella. Ona me cogió de la mano y me arrastró con suavidad hacia la superficie del cometa. A nuestro alrededor, las delicadas ramas de aquellos árboles kilométricos se cimbreaban lentamente como algas bajo el mar.

Muchos kilómetros bajo nosotras, ninguna sombra delataba las aristas ni los vacíos en el hielo, que desde donde nos encontrábamos parecía un lívido manto uniforme. Descendimos rápidamente hacia el suelo helado de aquel micromundo; y, al elevar la vista hacia su cielo, pude distinguir a los otros cometas como diminutas luciérnagas ocultándose entre las ramas de los árboles. Hubiera deseado poder quedarme allí durante horas, admirando aquel paisaje espectral, pero mi guía parecía tener mucha prisa.

Llegamos a la superficie de hielo rojizo, que se rompía en el hilillo de una grieta horizontal, una simple fisura negra, que se agrandaba poco a poco para dejar entrever el casco gris metálico de una nave espacial. Una compuerta estaba abierta y Ona me arrastró hacia ella.

Era otra cámara de presión. Ona cerró la compuerta, y cuando volví a percibir sonidos, supe que ya estábamos rodeadas de aire respirable. Pero yo tenía órdenes muy estrictas de no quitarme mi traje de vacío. Esa era mi protección frente a los hipotéticos microorganismos alienígenas que pudieran poblar aquella nave. Ema me había asegurado que podía llevar aquel traje durante días, pegado como una segunda piel, pues aquel material era impermeable en una dirección, pero capaz de permitirme eliminar el sudor y otros líquidos corporales en la otra, pero esa era una perspectiva que no me entusiasmaba.

—Me alegro mucho de que estés aquí —dijo Ona con exactamente la misma voz que Ema—, la soledad es algo terrible en un lugar como este.

Desde luego, era un lugar horrible. Interminables pasillos metálicos, cubiertos de hielo del cometa, como si alguien lo hubiera embutido a presión. Las paredes de algunos pasillos contenían largas vainas de cristal semienterradas en el hielo, repletos de semillas de árbolvivienda. En otra de las paredes, también enterrado en el hielo, había un cuerpo humano.

—Es mejor no mirarlos —me aconsejó Ona—. En algún momento todos ellos fueron gente, pero ahora solo son carcasas vacías. Es muy triste, pero no sirve de nada pensar en eso.

Era como si conociera a Ona, y a la vez, como si ella me conociera a mí. Me pregunté hasta qué grado serían iguales las almas de dos hermanas clónicas.

—No toques las paredes —aconsejó—. Un campo de osmosis impide al calor escapar del centro del corredor. Tampoco pises fuera de la alfombra.

La alfombra recorría el suelo de los corredores y era de un color amarillento, ligeramente traslúcida. El material que cubría mi cuerpo se adhería a ella como si estuviera cargada de electricidad estática, de modo que caminábamos de una forma muy parecida a como lo haríamos en un campo de gravedad normal.

En primer lugar, Ona me llevó junto al cuerpo alienígena. Este asomaba entre el hielo como un gusano en un pastel de roquefort. Era horrible, repugnante, y muy excitante. Justificaba por sí solo todos mis años en la universidad. Y yo solo deseaba empezar mi trabajo.

Ona me enseñó el laboratorio biológico de la nave, transformado en una improvisada sala de autopsias. Un cuerpo humano descansaba sobre una mesa de disección, con varios robots médicos como mantis inmóviles a su alrededor.

—He preferido no mover al alienígena hasta tu llegada —dijo Ona—. Los robots médicos están programados para trabajar con fisiologías humanas. Y yo no tengo conocimientos de medicina. Solo he podido hacer la autopsia a dos de los tripulantes.

—¿Cuántos cuerpos humanos has encontrado?

—Tres —enumeró Ona—. El doctor Rua González, la técnico de comunicaciones Ela T'Challa, y el segundo piloto Jon Nasser.

—Tres de un total de diez tripulantes.

—El resto debe estar enterrado bajo toneladas de hielo. Más de la mitad de la nave es inaccesible.

—¿Jon Nasser era el que hemos visto en el pasillo?

—Sí. Los robots le hicieron la autopsia a González y a T'Challa. Puesto que ambos resultados coincidían, no vi la necesidad de traer, de momento, a Nasser.

—¿Los robots médicos establecieron la causa de sus muertes? ¿No fue congelación?

—No, ya estaban muertos cuando se congelaron. La causa de la muerte fue... —Ona buscó la palabra en la terminal del ordenador, y leyó—: «Shock anafiláctico». Al parecer es una especie de caso extremo de alergia.

—Sí, una respuesta letal del propio sistema inmunológico —dije—. Lo conozco, pero no veo cómo se ha podido producir eso aquí... —recordé al alienígena muerto—. ¿Encontraste algún tipo de microorganismo extraño en la sangre de los cadáveres?

—Cientos de ellos. Cuando los robots descongelaron la sangre de los tripulantes, esta contenía casi tantos microorganismos como glóbulos rojos.

—¿Microorganismos?

—Los robots los catalogaron como bacterias. Tipo desconocido, ADN inclasificable. Pero dedujeron que eso pudo disparar el sistema inmunológico de los tripulantes.

—No lo entiendo —dije casi para mí misma—, al parecer, los tripulantes de esta

nave subieron a bordo ese cuerpo alienígena, y fueron atacados por algún germen que este portaba. ¿Cómo pudieron hacer algo semejante? Algo así estaría en contra de todas las normas de seguridad.

Me pregunté cómo podía estar analizando la situación de una forma tan fría. En algún lugar de aquella nave estaba el cuerpo de un hombre al que había amado tiempo atrás.

Pero el misterio estaba adquiriendo unas proporciones tales que casi me sentía viviendo un nuevo sueño. Conocía a Iván, y sabía que entre sus muchos defectos no estaba el de ser un incompetente. Jamás habría permitido que él y el resto de la tripulación quedaran expuestos a un organismo alienígena sin antes haberlo sometido a todas las barreras de esterilización.

—Y, si encontraron un organismo alienígena, ¿por qué no informaron? ¿Cómo es posible que lo subieran a bordo sin informar a la base?

—No hicieron nada de eso. Hubiera quedado registrado en la memoria del ordenador, y no es así. Algo los mató súbitamente, mientras se acercaban al cometa, y la nave, con toda la tripulación muerta, se estrelló contra este. El alienígena ha debido penetrar en la nave después de que esta se hundiera en el hielo y, quizá, lo mismo que mató a los humanos lo atacó a él.

—¿Puedo ver esas bacterias?

Ona pidió a la terminal del ordenador que me las mostrara.

No tienen nada de especial, pensé mientras observaba las formas esféricas y alargadas que se iban sucediendo en la pantalla, excepto que son alienígenas y su ADN no se parece al de ninguna criatura conocida. Y que han matado a diez hombres y a una extraña criatura con forma de huso.

De repente pensé algo.

—Tu piel... quiero decir, tus características especiales, ¿te protegen también de una infección microbiana?

Ona negó con un débil gesto.

—Mis alteraciones genéticas solo me protegen del vacío. Nunca consideramos que aquí pudiera haber un organismo alienígena. Y ahora es demasiado tarde para empezar a tomar precauciones. Los robots médicos me dicen que estoy en perfectas condiciones, pero lo que es seguro es que si tú no consigues encontrar una defensa contra esos microbios alienígenas, jamás me permitirán salir de aquí.

Era una responsabilidad abrumadora, y yo sentí que no podía perder más tiempo. Le pedí a Ona que me llevara de nuevo junto al cuerpo alienígena congelado.

Caminamos por aquellos lúgubres corredores. La luz procedía de unos globos que colgaban del techo, y apenas proyectaban sombras. Solo estaban iluminados los corredores que conducían hasta la criatura. No había pérdida posible, pero me estremecí. El frío de las paredes, ese frío casi inimaginable sobre el que Ona me había advertido, parecía abrirse paso por mi piel artificial.

La criatura seguía allí, tan inmóvil y congelada como recordaba. Ona me aconsejó

que si iba a manipularla me colocara un traje térmico, pues la función aislante de mi piel artificial tenía un límite. Me ajusté los guantes con doble capa aislante, y toqué con cuidado la horrible criatura. Hielo áspero y rugoso.

—Ordenador —dije en voz más fuerte de lo necesario.

—¿Sí? —preguntó la típica voz asexuada de sintetizador—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Prioridad a Alfa —dije elevando mi tarjeta dorada sobre mi cabeza.

—Estoy a su servicio.

—Elimina el campo contenedor de calor en esta zona.

—Orden cumplida.

Inmediatamente sentí el auténtico frío estrellándose contra mi rostro como algo sólido. Bajé la visera del traje térmico, pero observé que Ona no parecía percibirlo en absoluto. Seguía junto a mí, contemplando mi trabajo con un silencio casi reverencial.

—Necesito una unidad de transporte —dije al ordenador.

Desde el laboratorio llegó una en menos de un minuto. La unidad arrastró el cuerpo alienígena, sirviéndose de unas amplias pinzas acolchadas, hasta el laboratorio.

—Colócalo sobre la mesa de disección... bien. Quiero que a partir de ahora grabes cuanto suceda en un archivo llamado: «Disección sujeto 1A».

—Grabación en marcha.

Me acerqué a la mesa, y observé a la criatura durante un par de minutos. Su aspecto, bajo la potente luz de los focos de disección, era aún más enfermizo y repugnante.

—Medirá unos cuatro metros de largo —empecé—, con un diámetro de metro y medio.

Tiene forma de huso del que surgen dos aletas triangulares y membranosas. Tiene dos bocas, a ambos lados del cuerpo, en la posición que en un pez ocuparían las agallas. Los bordes de cada boca parecen flexibles, indicando ausencia de mandíbulas. Patas cortas y gruesas como muñones, con zarpas córneas curvadas unidas por membranas, surgen del cuerpo aparentemente al azar. La cola se divide en un manojo de tentáculos semitransparentes, del grosor de un dedo.

Ona se había situado fuera del alcance de la luz, y ahora su figura se silueteaba en la penumbra. Parecía no desear acercarse a aquella criatura más de lo necesario, y yo no podía culparla.

—Bien —dije—, haremos un corte longitudinal y otro transversal, aquí y aquí; luego otros dos transversales a un cuarto de longitud.

—Ejecutando —dijo la voz sintética, y sobre la mesa descendió un enjambre de brazos robots.

Empezaron a manejar los instrumentos con gran energía. Una especie de pico, una sierra mecánica y un pequeño martillo neumático no eran lo que se usa

habitualmente en una disección. Descuartizar un cadáver helado y duro como roca, con instrumentos quirúrgicos tan poco refinados, era una tarea más adecuada para un robot minero.

El frío reinante parecía atravesar incluso mi traje térmico. Sugestión, pensé, pero eso no impedía que los escalofríos recorrieran mis piernas.

Cuando dispuse de las muestras de tejido congelado, pedí al ordenador que las dividiera en secciones delgadas. La superficie de hielo expuesta fue recubierta con metal vaporizado, y la examiné con el microscopio electrónico. Con este método era posible ver las huellas dejadas por las membranas de la célula o las de sus componentes, tan bien como el molde de una concha fósil. Pasé las siguientes horas fotografiando aquellos cortes.

Las microfotografías resultaron muy claras: mostraban una estructura celular muy parecida a la humana. Se veían con claridad las huellas de las proteínas de la membrana, la forma característica de las mitocondrias y los sacos apilados del retículo endoplasmático. Por supuesto, no indicaba nada sobre la composición, que era lo que más me interesaba en aquellos momentos; todo lo más que pude averiguar era que su química se basaba en el agua. Tendría que esperar a que el cadáver se deshelase para eso.

La unidad transportó al alienígena hasta una improvisada cámara de descongelación que estaba provista de una esclusa desmontable. La atmósfera era de nitrógeno a presión normal, y su temperatura aumentaba poco a poco, a fin de procurar una descongelación uniforme para el cuerpo. Todo esto había sido preparado por Ona, siguiendo las indicaciones de Markus, mientras esperaban mi llegada.

Y yo, de momento, no podía hacer nada más.

U

De regreso a la nave que flotaba sobre el cometa, me libré de aquella piel artificial. Un chorro de radiación azul la vaporizó al mismo tiempo que esterilizaba completamente la esclusa de entrada. Después me di una buena ducha con agua de verdad, aunque para ello tuve que meterme dentro de un cachivache semejante a una olla exprés del tamaño de mi cuerpo.

Sintiéndome aceptablemente limpia y relajada, me situé frente a una terminal para enviar mi informe a Markus. No había mucho que decir, excepto subrayar unos interrogantes que él ya tenía.

Después pedí que me comunicaran con Pablo. Era su turno de descanso, y parecía evidente que le había interrumpido en mitad del sueño. Se frotaba unos ojos enrojecidos con los que miraba hacia el monitor con una divertida expresión de incredulidad. Una imagen que, dada la enorme distancia que nos separaba, llegaba con un retraso de seis segundos desde Arcadia.

—¡Diana!

—Siento haberte despertado —dije— pero aquí es fácil perder la noción del tiempo, y el trabajo me ha tenido bastante...

—Es estupendo verte de nuevo, a cualquier hora...

—Espera —dije, divertida por su atolondramiento—. Recuerda la diferencia de tiempo. Estamos tan lejos que incluso la luz tarda tres segundos en cruzar esa distancia para ir, y otros tres para regresar. No hables hasta que yo no haya terminado, o nuestra conversación se superpondrá.

Me miró un rato con cara de confusión, y preguntó:

—¿Ya...? Uf, esto es complicado. Tienes buen aspecto.

Si eso era verdad, entonces la ducha en la olla exprés había hecho maravillas. Pero nadie puede tener buen aspecto después de haber permanecido catorce horas embutida en aquella piel de plástico.

—Mientes —le reproché con una sonrisa—; dime, ¿cómo te encuentras tú?

—Feliz. Muy feliz después de mi primer día de clase.

—¿Clase?

—Necesitaban maestros —me explicó—. Cada vez hay más niños en Arcadia, y no disponen de mucha gente con capacidad para darles una educación. Diana, creo que yo he nacido para esto... esos muchachos son maravillosos.

Yo también me sentí aliviada de que todo estuviera funcionando bien. No me había gustado la idea de abandonar a Pablo casi inmediatamente después de nuestra llegada, pero sabía que él era sincero al describirme su estado de ánimo, se le veía contento, y eso me ayudaba a serenar mi conciencia.

—Yo voy a descansar ahora. Espero que muy pronto volvamos a estar juntos,

cariño.

—Yo también lo deseo. Continuamente. ¡Y solo han pasado unas pocas horas! ¿Cómo marcha tu trabajo?

—Apenas estoy empezando, y es difícil prever ahora cuánto puede alargarse todo esto. Pero te prometo que me esforzaré en que sea lo menos posible.

Unos minutos después nos despedimos, y apagué el monitor sin dejar de pensar en aquello. ¿Cuándo podría regresar? ¿Me dejarían hacerlo, o yo era ya una prisionera de aquel cometa, exactamente igual que Ona? Era inútil darle demasiadas vueltas a todo aquello. En primer lugar, yo no estaba dispuesta a volver aún. Aquel misterio me tenía atrapada allí tanto física como mentalmente.

VI

Después de ocho horas de descanso, regresé a la nave inseminadora.

Volví a pasar por aquella especie de ducha que recubrió una vez más mi cuerpo con aquella piel protectora y, como el día anterior, Ona me condujo por los corredores oscuros hacia la parte iluminada de la nave donde se habían establecido los laboratorios. Pero en esta ocasión parecía bastante asustada, y ansiosa por mostrarme algo. Le pregunté qué pasaba, y ella solo me dijo que no lo podía explicar, que esperaba que yo lo hiciese.

Nos dirigimos a toda prisa hasta la cámara de descongelación... y descubrí lo que había alterado a la muchacha. Habíamos perdido el ejemplar alienígena. Los robots habían encerrado el cadáver en un saco de plástico transparente. Ahora todo lo que quedaba era... ese mismo saco lleno de un líquido verdoso, turbio y repugnante, en el que flotaban piltrafas.

—¿Qué ha pasado? —Le pregunté a Ona.

—No... no lo sé.

—Bien, sacaremos muestras de... eso.

Ona gruñó.

—Me lo temía.

Conseguimos unas cuantas jeringuillas estériles. Con ellas regresamos junto a los sacos, y extrajimos unos centímetros cúbicos del líquido.

Empleamos diferentes técnicas para separar sus componentes: cromatografía en capa fina, cromatografía gaseosa, electroforesis, ultrafiltrado en gel... En el transcurso del día, los fuimos identificando. De nuevo, eran moléculas muy similares a las de la vida conocida.

Le pedí a un robot que trajera una de las muestras que obtuvimos el día anterior del monstruo, y la sometimos a descongelación, esta vez ante nuestros propios ojos. Descubrí que, cuando la temperatura se acercaba a los cero grados, las células del alienígena recuperaban su actividad... de una manera explosiva. En el plazo de pocas horas, empezaban a disolverse. Los tejidos se volvían blandos y se licuaban. Las membranas celulares se rompían, dejando en libertad el contenido del citoplasma. En otras palabras, las células se digerían a sí mismas.

Era algo jamás visto. Las grandes moléculas de proteína son frágiles y se desorganizan por el calor; por ello los alimentos se conservan en frío. Y por ello en los laboratorios de bioquímica siempre hay una sala refrigerada donde se trabaja con ropa térmica. ¿Por qué entonces aquella carne alienígena se descomponía con tal rapidez, a temperaturas a las que la vida orgánica normalmente se detiene?

Empecé a sospechar la increíble respuesta.

Pedí una muestra anterior a la descongelación, e hice que el tomógrafo la cortara

en finas lonchas de hielo que examiné al microscopio, siempre a temperaturas muy bajas. Las células tenían un aspecto muy normal... demasiado normal. Las descongelé aplicando calor intenso. Al fundirse el hielo, las células se colapsaban y arrugaban, y poco después empezaban a descomponerse ante mis propios ojos.

Después de presenciar esto muchas veces, la verdad se impuso.

—El alienígena estaba vivo —concluí— nosotras lo hemos matado.

Ona me miró boquiabierta.

Una hora después comunicamos con Markus. Para entonces yo había repasado los datos una docena de veces, y estaba bastante segura de todo.

—Pero es evidente que eso no es así —gruñó Markus. Me miró indeciso—. ¿Qué quiere decir con que estaba vivo?

—No era un cadáver congelado —dije.

—¿Cuál es la temperatura de sus cuerpos? —el retraso de seis segundos hacía aún más compleja aquella comunicación.

—Ciento treinta grados centígrados bajo cero. Justo por encima de la barrera crítica.

Era un viejo problema de la criogenia: la barrera de los ciento treinta grados bajo cero. Si los tejidos que componen un cuerpo orgánico son enfriados por debajo de esa temperatura, los distintos grados de contracción de la materia generan una tensión que destroza estos tejidos, y las células que los forman, más allá de cualquier recuperación posible.

De momento, para nuestra tecnología, la criogenia era solo una lejana meta. Teníamos que conformarnos con la hibernación, es decir, mantener nuestros cuerpos dormidos a temperaturas superiores a cero. Pero lo que yo había descubierto en aquellos seres era algo que quedaba mucho más lejos. Algo en lo que nuestros científicos aún no se habían atrevido a soñar: mantener la conciencia, y la actividad, durante la criogenia.

—Pero, vamos —dijo el anciano—, lo que dice es absurdo. ¿Vida en estado sólido? La sangre no circularía, ¿verdad?

—¿Por qué no? El hielo es plástico y circula a presión. En los glaciares, el hielo se mueve cuesta abajo muy lentamente, como un líquido muy viscoso, varios metros al día, o algunos centímetros, depende... para estas criaturas un glaciar sería un torrente impetuoso y burbujeante.

—Y tan cálido como una fuente termal —completó Ona.

—Sí, sí. Pueden nadar en el hielo —dije— como nosotros en el agua.

—Pero... sus reacciones, su metabolismo, esas cosas... Serían también muy lentos.

—Por supuesto. La velocidad de una reacción bioquímica se multiplica por dos cada diez grados de aumento de temperatura. Bien... imagine un ser adaptado a temperaturas muy bajas. Tendría unas reacciones muy, muy lentas. Aumentar su temperatura es cocerlo: sus moléculas se desorganizan en esa especie de... caldo. Las

células se arrugan, porque el agua aumenta de volumen al helarse; por eso las nuestras pueden romperse si se hielan. Sus reacciones metabólicas se disparan.

—Pero ha dicho —dijo Markus— que la velocidad de una reacción varía en un factor de dos cada diez grados de temperatura. Eso significa...

—De cero grados a 130 bajo cero, su vida y sus reacciones serían un diezmilésimo más lentas que las nuestras.

Ona pidió al ordenador que hiciera unos cálculos.

—Un año nuestro sería para estos seres... ¡cincuenta y tres minutos! —dijo la chica con asombro. El ordenador siguió regurgitando números—: Un siglo, apenas cuatro días; un milenio... treinta y siete días; un millón de nuestros años, transcurriría en apenas uno de nuestros siglos.

Me volví hacia la bolsa de plástico llena de aquel líquido verdoso.

—Vivía en un tiempo diferente al nuestro... Ni siquiera debía de haberse dado cuenta de nuestra presencia —dije con remordimiento—. ¡Y lo hemos asesinado!

—¿Cree que era un ser inteligente? —preguntó Markus.

—Quién sabe. Tal vez no. Quién sabe... Tendría que haber sido más cuidadosa. Es imperdonable lo que ha pasado.

—Fue un accidente —dijo Markus—. Usted no podía imaginar algo así. En realidad, aún no estoy seguro de creerlo. ¿Piensa que puedan haber más de esas criaturas ocultas en el hielo del cometa?

—Sí —comprendí lo que Markus quería decir—, es posible que esos husos de carne congelada representen la fauna autóctona del cometa. Quizá existe todo un ecosistema enterrado en el hielo.

Consideré aquello mientras llegaba la respuesta de Markus, y era un pensamiento estremecedor: Depredadores persiguiendo a sus presas por el hielo...

—Es ese caso, tal vez habría que empezar a buscarlas.

—Considerando lo que ha pasado —dije— creo que eso sería una grave irresponsabilidad. Para esas criaturas somos como hornos ardientes. Quizá solo nuestro contacto pueda matarlas.

—Diana —Markus me miró con una expresión más hosca de lo que era común en él—, ahí han muerto diez de nuestros mejores muchachos. Y todo apunta a que esos monstruos congelados son los culpables. ¿O no lo cree usted así?

Desde luego, era lo más probable. Pero la Hoyle había empezado a bombardear aquel cometa con cargas biológicas. Si había vida inteligente allí, desde luego que no podrían haber considerado la aproximación de nuestra nave como un acto pacífico. Y, dada la velocidad metabólica de aquellos alienígenas, debían de haber considerado el crecimiento de nuestros árbolvivienda como algo semejante a una plaga de rapidísima propagación. En realidad lo asombroso era que unas criaturas tan aparentemente indefensas hubieran sido capaces de defenderse, y de derribar nuestra nave.

—Es posible que todo haya sido un accidente. Al parecer, este cometa, contra todo lo que pudiéramos prever, contenía vida. Y microorganismos. Quizá la

tripulación de la Hoyle cometió algún error y sufrieron una contaminación biológica.

—En realidad usted no cree en eso, yo no creo en eso, y los militares tampoco lo creerán —gruñó Markus—. Pero le daré una oportunidad de que averigüe cómo llegaron esos microorganismos a bordo de la Hoyle. Retrasaré el mandar una sonda para capturar otro alienígena hasta que estemos seguros de poder hacerlo sin dañarlo. Tiene solo doce horas, Diana.

Markus cortó la comunicación, y yo permanecí un rato mirando la pantalla en blanco, pensando en todo aquello.

VII

Estaba sola en el laboratorio de biología.

Ona se encontraba en otro lugar de la nave. Siguiendo las órdenes de Markus, la chica manejaba por control remoto una sonda alrededor del cometa. La sonda estaba fotografiando cada palmo de la superficie de hielo en busca de alguna prueba de vida inteligente.

Markus me había asegurado que en doce horas no haría otra cosa que eso: investigar desde lejos, recolectar datos. Pero transcurrido ese tiempo, la sonda perforaría con un láser la corteza helada del cometa, e introduciría una potente carga explosiva en el orificio. La onda de choque de la explosión dibujaría, a los ojos electrónicos de las sondas dispuestas por todo el cometa, una imagen tridimensional del interior de este. Cualquier misterio oculto en el hielo saldría a la luz. Amigos o enemigos, aquellos alienígenas helados estarían desnudos y desprotegidos ante nuestra poco amistosa mirada.

Doce horas. Ese era el tiempo que Markus me había dado para averiguar qué había pasado allí, por qué habían muerto nuestros hombres. Para obtener respuestas antes de robarlas por la fuerza.

Doce horas. Ya habían transcurrido diez, y yo me encontraba casi como al principio. Bueno, no del todo, pues había descubierto la auténtica causa de la muerte de los tripulantes de la Hoyle.

Al parecer, la cubierta de aquellas bacterias tenía moléculas similares a las proteínas de los glóbulos rojos humanos. Esto era lo que había enloquecido el sistema inmunológico de aquellos desgraciados, matándolos con unos síntomas semejantes a los del shock anafiláctico.

Pero mis progresos no iban mucho más allá. El programa de análisis de ADN seguía negándose a reconocer la estructura genética de aquellas bacterias alienígenas. Y no era el programa estándar que había utilizado Ona, yo había escrito muchas modificaciones para hacerlo más flexible. Era evidente que aquellas bacterias no tenían su origen en la Tierra, pero si estaban vivas deberían de cumplir con algunas funciones tales como la de hacer copias de sí mismas. El problema era cómo activar ese proceso.

La pantalla del ordenador me mostraba un preparado de microorganismos alienígenas inmersos en una sopa nutritiva. Era la vigésima vez que repetía aquel experimento, con nutrientes distintos y bajo diferentes temperaturas. Un desprendimiento de anhídrido carbónico en el preparado hubiera sido una buena señal, pero de momento no se había producido ninguna reacción.

La vista se me nublaba de tanto permanecer fija en la pantalla. Cerré con fuerza los ojos, y los froté. Olvidándome momentáneamente del experimento, una idea

empezó a formarse en mi cabeza.

Si los alienígenas eran inteligentes, ¿cómo podríamos comunicarnos? Era imposible.

Hasta el Universo tendría para ellos otro aspecto. Si poseían visión, deberían ver a las estrellas moverse en su campo visual como... como un plato de gusanos luminosos.

Era como si vivieran en otro universo...

Y, de repente, pensé en algo aún más extraño:

¡No han tenido tiempo para evolucionar!

Evolución. ¿Cómo se podría haber desarrollado todo este ciclo de vida helada? El Universo es demasiado joven para su ritmo vital. Si los cálculos de Ona eran correctos, entonces para ellos la Gran Explosión sucedió hace apenas un millón y medio de años.

No puede ser, rechacé mentalmente, debe haber algún error en alguna parte...

En la pantalla del ordenador, la imagen de las bacterias alienígenas había cobrado vida.

Di un salto hacia delante y comprobé que, efectivamente, la grabadora lo estaba registrando todo. Me volví hacia la pantalla sintiendo en el estómago el agradable nerviosismo que sigue al momento en el que un experimento empieza a dar resultados positivos.

Me pregunté si no sería ya demasiado tarde.

Pero no era el momento de pensar en eso. Las bacterias estaban reaccionando muy bien, con una asombrosa velocidad se desplazaban por la pantalla, creando microscópicas estelas en el líquido nutritivo en el que flotaban.

Y de repente, empezó la locura.

Fui comprendiendo muy poco a poco que estaba sucediendo algo muy extraño. Algo que desafiaba cualquier intento de explicación racional. Al principio parecía como si las bacterias se estuvieran alineando formando delgadas formas geométricas. Me estaba preguntando si sería algún tipo de cristalización cuando empecé a reconocer el significado de aquellas formas geométricas: eran letras.

Y formaban palabras.

Antes de que terminaran completamente de agruparse, pude leer:

«DIANA, TE AMO».

No era una alucinación. Esta vez no tenía ninguna duda de que estaba despierta, con todos mis sentidos alerta, contemplando aquella absurda frase que aparecía en la pantalla.

No, no, no... estas cosas no suceden en la realidad, intenté convencerme.

Pero estaba sucediendo.

Una declaración de amor por parte de un grupo de microbios alienígenas. Luché para contener una burbujeante risa histérica que pugnaba por salir de dentro de mí. Comprobé de nuevo que la grabadora estaba registrando aquello. Y el fenómeno

permanecía, no se disolvía ante mis ojos como si nunca hubiera existido. Busqué el intercomunicador para llamar a Ona, cuando una extraña sensación a mi espalda detuvo mi mano.

Me volví como impulsada por un resorte.

Era esa sensación de que alguien te está observando. Una presencia. Unos ojos clavados en tu espalda... Pero allí no había nadie. Solo yo, y los cadáveres congelados. Mis dientes castañearon, pero no por el intenso frío que me rodeaba. Empezaba a sentirme muy nerviosa. La sensación de terror creció a partir de algún punto insignificante en mi estómago. Sin atreverme a darle la espalda al resto de la sala, busqué a tientas el intercomunicador.

Mi mano se detuvo, paralizada. Algo asombroso estaba empezando a suceder en el centro del laboratorio. Era un torbellino multicolor, como un tornado formándose de la nada, girando cada vez más aprisa, hasta que los rastros dejados por las diminutas partículas en rotación empezaron a confundirse unos con otros. Empezaron a dibujar una forma que parecía sólida. Que parecía estar dotada de vida.

La forma abrió los ojos, y me miró.

Era una figura humana, apenas una silueta. Había surgido de la nada y ahora parecía que me observaba desde la penumbra de la entrada a la cámara de descongelación.

—¿Quién... —respiré hondo, intentando no demostrar el irracional terror que empezaba a apoderarse de mí—... es usted?

La fantasmal figura dio un paso adelante y quedó bañada por la luz verdosa que llenaba el laboratorio de biología.

—Diana, ¿es posible que me hayas olvidado completamente?

El hombre tendría unos treinta y cinco años. No era mucho más alto que yo, lo que indicaba que no había nacido en el débil campo de gravedad de un cometa. Me observaba con ojos profundos, casi ocultos por la sombra de unas cejas pobladas. Su boca era grande y sensual, rodeada por una fina perilla.

—Iván —musité atónita.

Ahora era el laboratorio entero el que parecía girar en torno a mí, diluyéndose en una frenética amalgama de colores y formas.

Comprendí que estaba perdiendo el sentido, y no intenté luchar contra ello.

VIII

Abrí los ojos.

Estaba tumbada en el suelo del laboratorio, completamente desnuda.

Mi piel protectora había desaparecido sin dejar rastro y yo estaba expuesta a un ambiente que debía rondar los ciento veinte grados bajo cero. Pero todo había cambiado. Me puse en pie. Sí, en pie: allí había gravedad. Una gravedad semejante a la de la Marte y una temperatura agradablemente tibia. Incluso la luz que lo bañaba todo parecía distinta.

Caminé hasta la terminal, y tomé el intercomunicador.

—Ona —dije acercándolo a mis labios. Pulsé varias veces el señalizador sin obtener ninguna respuesta. Lo dejé. Empezaba a comprender lo que me estaba sucediendo.

Era una locura, pero en aquellas circunstancias hasta parecía lógico.

Muy lógico en realidad. Mi mente parecía trabajar de una forma tranquila y eficaz. Me sentía relajada y lúcida a la vez. El ordenador tampoco funcionaba. No me sorprendió.

Giré sobre mis talones. Iván estaba junto al umbral. Esta vez no era aquella silueta extraña e inmaterial que se me había aparecido antes de perder el sentido. Esta vez era Iván, no había duda. En carne y hueso; sentía su olor, su presencia llenando el aire frente a mí.

Me tendió unos trapos cuidadosamente plegados. Sonreía.

—Ponte esto, cariño. Por tu tranquilidad y la mía —me dijo con aquel tono irónico que yo recordaba tan bien—. Es posible que te encuentres muy cómoda sin llevar nada encima, pero estás a punto de provocarme un ataque al corazón.

Observé aquellas ropas. Era un mono de faena, de una pieza, con una insignia que rezaba Hoyle bordada sobre el pecho izquierdo. Me lo puse. Se cerraba con una larga cremallera.

—Mucho mejor —dijo con una mirada de aprobación—; creo que ahora puedo presentarte a mis compañeros.

—¿Cuántos sobrevivieron? —pregunté, asombrada por la tranquilidad que reinaba en mi mente.

—Siete —dijo, y añadió con un gesto de pesar—: Fue una verdadera pena lo de nuestros compañeros muertos. Un trágico accidente. Por solo unos minutos los nadadores no consiguieron salvarlos. Lo intentaron, pero sus cerebros habían sufrido daños irreparables...

Se detuvo, cerró con fuerza los ojos en un gesto de dolor.

—Discúlame —dijo— pero, para mí, todo eso ha sucedido hace apenas diez horas.

Diez horas. Entonces me di cuenta de algo que tendría que haberme resultado evidente. Iván era tal y como lo recordaba; solo unos pocos años más viejo, en realidad. Lo que para mí habían sido diez años, para él había transcurrido en apenas diez horas.

—¿A qué temperatura están nuestros cuerpos?

Me miró con sincera admiración.

—Nunca me has decepcionado —dijo—. Jamás he dudado de tu perspicacia, ni por un minuto...

—¿A qué temperatura? —insistí.

—Ciento veintiocho grados centígrados bajo cero.

Yo había descubierto que el alienígena vivía de esa forma, con su metabolismo ralentizado diez millones de veces para adaptarse a aquella temperatura. Pero aplicar eso a la fisiología humana... Solo sería posible de una forma.

—Esas cosas no eran bacterias —dije— ¿verdad? Por eso resistían todos mis intentos de análisis. Eran nano robots.

—Bingo, una vez más —dijo Iván.

Nanotecnología. Máquinas, estructuras y herramientas construidas mediante la manufacturación molecular, manipulando incluso átomos individuales para crear sus piezas y engranajes; robots cuyos tamaños se miden en micras. El no va más de la miniaturización.

Puedes beberte de un trago millones de estas nanomáquinas en una solución de agua. Luego, una vez dentro de tu organismo, se ponen a trabajar: destrucción de un tumor, operaciones de limpieza del interior de las arterias... había miles de posibilidades. El Instituto de Diseño de Marte apenas empezaba a explorarlas. Yo había visto algunos de los nano robots desarrollados allí, y compararlos con estos a los que todos habíamos tomado por bacterias alienígenas era como comparar una hoguera de troncos con un horno microondas.

Sí, era muy posible que aquellos nano robots hubiesen reestructurado todo mi cuerpo para adaptarlo a vivir a un ritmo diez mil veces más lento que el normal. Mi reloj interno se había ralentizado, pero seguía funcionando. Pensé que el tiempo volaba a mi alrededor, y que mis compañeros ya deberían de haber notado que me pasaba algo raro. Que la piel protectora había fallado, y yo había quedado convertida en un triste bloque de hielo.

Iván hizo un gesto invitador con su mano.

—Acompáñame, Diana —dijo—, te mostraré algo.

—Espera —dije—. Si todo esto es cierto...

—¿Lo dudas?

—No estoy segura de nada, pero si es cierto, en ese caso, tú y yo somos dos estatuas de piedra que conversan amigablemente. Un minuto nuestro es casi una semana en el tiempo real. ¿Qué crees qué harán Markus y los militares cuando descubran mi estado?

¡Dios mío! ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente, cuánto tiempo real había pasado ya?

Iván sacudió la cabeza.

—No te preocupes por eso —dijo con tranquilidad—. Me comuniqué con Ona casi en el mismo momento en el que lo hice contigo. A estas alturas, Markus ya ha descubierto que lo que todos tomasteis por bacterias eran en realidad nanomáquinas; y que estas no han tenido ningún problema en cruzar el vacío que separa este cometa del resto de Arcadia. Los militares ya habrán extendido la cuarentena a todos los cometas de esta colonia. Por supuesto no saben y no serviría de nada intentar convencerlos de que los nadadores son amistosos. Las cosas están así, tú eres ahora su única baza aquí. Ona se ha retirado a su nave, y todos esperan que regreses con información sobre lo que aquí ha sucedido. Y yo ardo en deseos de ponerte al corriente de todo...

Levanté ambas manos en un gesto nada amistoso.

—Alto, un momento... —tomé aire, y seguí hablando—. ¿Por qué nadie me ha consultado antes de hacerme pasar por esto?

Iván miró hacia un lado.

—Mi culpa. Lo siento, Diana, pero no puedes imaginar cuánto ansiaba volver a verte. Mostrarte lo que estamos construyendo aquí... —Iván se encogió de hombros, y volvió a mirarme directamente a los ojos—. Por otro lado, el proceso es muy seguro, y perfectamente reversible. Si lo deseas podrás volver inmediatamente al tiempo normal.

—¿Si lo deseo? ¿Por qué no iba a desearlo? —le miré asombrada—. ¿Quieres decir que tú, y el resto de los supervivientes de la Hoyle permanecéis aquí por voluntad propia?

—Sí —dijo él, asintiendo con suavidad.

—No puedo creerlo... ¿por qué?

Me tendió nuevamente la mano.

—Diana, ¿confías en mí?

Nunca había confiado en él, y este no era el momento idóneo para empezar a hacerlo.

No me moví ni un milímetro de mi posición.

—Quiero saber qué pasó aquí. No daré un paso hasta que no me lo cuentes con pelos y señales. Esos que tú llamas amistosos nadadores mataron a tres miembros de tu tripulación. Iván, una vez más, ¿qué fue lo que sucedió aquí hace diez años?

Él dejó caer su mano con un gesto abatido.

—Ya te lo he dicho, un accidente. Igual que fue un accidente el que tú mataras a uno de los nadadores.

—Pensé... todos pensamos que era un cadáver congelado. Lo siento muchísimo.

Era verdad. Desde el momento en el que comprendí que había acabado con la vida de una criatura, quizá inteligente, no había podido alejar de mi mente aquel

error.

—Ellos lo entienden —dijo Iván—. Es el peligro implícito en un contacto entre seres de naturaleza tan distinta... —Entrecerró los ojos como si quisiera recordar algún detalle en particular, y empezó a hablar con voz tranquila. Sus recuerdos no podían estar más claros; para él, todo aquello había sucedido hacía apenas diez horas.

La Hoyle se había deslizado lentamente hacia el cometa que por aquel entonces estaba mucho más lejos del grupo de Arcadia. Tal y como Ema ya me había contado, dispararon las vainas insemadoras, y se acercaron aún más a la superficie de hielo para analizar las primeras reacciones de las semillas. Un cometa posee tan poca masa que una nave no tiene la necesidad de entrar en órbita. Ambos cuerpos pueden aproximarse uno al otro como si se tratara de una cita entre dos naves. Era una maniobra muy sencilla, sin ningún tipo de problemas, Iván y su tripulación la habían ensayado una y mil veces; pero en esa ocasión todo fue mal. Toda la tripulación, incluido él mismo, enfermaron de una forma súbita y terrible. Vómitos, mareos, erupciones... Todo sucedió tan rápido que ni siquiera pudieron acudir al autodo para analizar qué era lo que les pasaba. El piloto fue uno de los primeros en morir, y la Hoyle, cuyo puente estaba sumido en un agónico caos, se estrelló contra el hielo.

—Toda la sociedad de los nadadores está basada en el uso de las nanomáquinas —me explicó Iván—. Son criaturas acuáticas, carentes de manos, poetas amables e inteligentes como nuestros delfines.

Al parecer, en sus orígenes se comunicaban mediante sutiles y rápidas variaciones en la pigmentación de su piel. Pero esto había quedado atrás. Los nano robots eran ahora su principal sistema de comunicación. A simple vista parecía un método absurdamente complicado; era como conversar con alguien contagiándole una enfermedad.

Pero Iván me explicó lo maravilloso y preciso que realmente era aquel sistema:

—Cada nano robot transmite una idea, un concepto, directamente de un cerebro a otro. Sin malentendidos, sin pérdida de información...

—¿Es eso lo que intentaron hacer cuando os acercabais?

—Sí —Iván asintió con un amplio gesto—, así es. Solo intentaban hablar con nosotros, con el mismo sistema que utilizan para hablar entre ellos. Pero nuestro organismo reaccionó mal ante la súbita invasión de microorganismos extraños. Enfermamos... y cuando los nadadores comprendieron lo que había sucedido, se apresuraron en acudir en nuestra ayuda. Pasamos por el mismo proceso por el que tú acabas de pasar, y además nuestros cuerpos fueron reparados. Las nanomáquinas no habían tardado nada en adaptarse a nuestro organismo, y trabajar en él sin causar ningún daño. ¿Te imaginas lo que nuestra sociedad podría hacer con unos aliados como estos...? ¿Qué te sucede, Diana?

—Eres un bastardo —dije—. Enviaste algunos de esos nano robots a mi apartamento en Arcadia. Me obligaste a soñar que hacía el amor contigo.

Pero Iván no parecía en absoluto arrepentido de eso.

—Siempre supe que vendrías. Eso fue solo una botella lanzada al mar. Como comprenderás, no podía estar seguro de que tú estuvieras en Arcadia en esos momentos, pero en caso de que así fuera, los nano robots te reconocerían, y te transmitirían mis recuerdos.

—Has tenido mucha suerte —admití—, hasta hace un par de años no había considerado viajar hasta aquí. Todo ha sido solo una casualidad...

¿Intentaba convencerme de esto? ¿De dónde venía la seguridad de Iván sobre mis intenciones de abandonar Marte? Él siempre se había jactado de conocerme mejor de lo que me conocía yo misma. Pero esta era la parte auténticamente odiosa de su carácter, aquella estúpida autosuficiencia.

Se limitó a encogerse nuevamente de hombros, y dijo:

—Es posible... Bien, tuve suerte. Siempre fui más afortunado en el juego que en...

—¿Qué ibas a mostrarme? —le corté.

—¿Confías ahora en mí?

—No, pero te seguiré.

Caminamos juntos por el corredor que, ahora que estábamos bajo una especie de gravedad, parecía inclinarse treinta grados o más.

¿De dónde vendría aquella gravedad? Pero, claro, la gravedad puede interpretarse como una aceleración, es decir: espacio dividido por tiempo al cuadrado. Y para nuestro tiempo alterado, la insignificante gravedad de aquel cometa se convertía en algo similar a la de un planeta.

Aquel corredor terminaba en la pared de hielo en la que habíamos encontrado al nadador. Pero esto también había cambiado.

Al fondo del corredor el espejo líquido se ondulaba y burbujeaba de una forma casi obscena. No parecía agua normal, pero tampoco lo veíamos como hielo que es lo que realmente era: hielo fluyendo como en un glaciar, retorciéndose con el ritmo lánguido de las nubes arrastradas por una tormenta. Nuestras imágenes se reflejaban y se rompían en aquel espejo inquieto.

Iván avanzó hacia él con paso decidido. Se hundió en el líquido hasta la cintura y se volvió hacia mí con una sonrisa.

—¿Sigues siendo tan buena nadadora como recuerdo? —preguntó.

—Esa es una de las cosas que nunca se olvidan —dije intentando aparentar una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

—Entonces ven, el agua está deliciosa.

Me situé junto a él. Aquel líquido parecía algo más viscoso que el agua, pero su temperatura era agradablemente tibia. Era difícil recordar que aquello era hielo. Hielo cometario, con una temperatura inferior a los cien grados bajo cero. Nos estábamos zambullendo en algo que antes me había parecido tan sólido como la más dura de las rocas.

Iván tomó aire, y se zambulló. Yo dudé un instante, y le imité.

Me situé junto a él dando potentes brazadas. La viscosidad de aquel hielo líquido facilitaba, de alguna forma, la natación. Pero era bastante turbio, y yo me pegué a Iván para no perderme mientras atravesábamos rápidamente aquella zona inundada del corredor.

A pesar de todo los vi.

Eran dos nadadores, como el que habíamos encontrado en el hielo. Con una diferencia: estos estaban activos y llenos de vida. Se situaron a nuestro lado, como dos delfines extraños. Como si comprobaran que no necesitábamos ninguna ayuda.

Finalmente volvimos a salir a la superficie en una burbuja de aire prisionera cerca de la proa de la nave. El hielo había actuado como un tapón aislando aquella zona. Era una amplia sala con forma de donut. El suelo estaba curvado y en las paredes metálicas se abrían multitud de ventanillas. Aquello debía de haber sido el comedor

de la Hoyle, y también el lugar de reunión de toda la tripulación. Cuando viajara por el espacio, su forma de anillo, al rotar, crearía una sensación de gravedad; ahora, con la nave enterrada en el hielo, parecía la locura de un arquitecto de Laputa.

Allí estaban reunidos el resto de la tripulación de la Hoyle. Tres hombres y tres mujeres que me dedicaron una sonriente bienvenida. Nos ayudaron a salir del líquido, y nos dieron ropas secas. Iván me los fue presentando: Luis, Jones, Miranda...

Yo apenas podía retener sus nombres en mi mente. Me encontraba demasiado confusa, demasiado aturdida para cumplir con aquel acto de cortesía. Markus ya me había dicho los nombres de todos ellos, pero por aquel entonces todos pensábamos que esos nombres corresponderían a cadáveres congelados, cuyos cuerpos irrecuperables yacían bajo toneladas de hielo. Y ahora, de repente, recuperaban su estatus de seres vivos. De personas.

Todos parecían ansiosos por conseguir noticias del exterior, eran plenamente conscientes de cómo el tiempo había discurrido de forma distinta para aquellos que habían dejado en Arcadia.

Yo era una recién llegada en la colonia, y no pude contestar muchas de sus preguntas.

Sin embargo, lo más sorprendente era que todos parecían convencidos de que jamás iban a volver a ver a sus conciudadanos. Sabían que Arcadia ya no era su hogar. Y yo no podía entender esto.

—¿Nadie quiere regresar? —pregunté, y el pequeño grupo me devolvió una mirada de asombro.

—¿Regresar?

Iván estaba sonriendo de nuevo. Le hubiera dado un puñetazo en la cara; aquella sonrisa suya que irradiaba tanta autocomplacencia...

—¿Aún no has entendido lo que está sucediendo aquí? —me preguntó.

«No», le dije moviendo la cabeza. Él se acercó a una de las ventanillas.

—Observa ahí fuera —dijo invitándome a que me acercara con un gesto.

Y a través de la ventana pude ver el extraordinario aspecto del interior del cometa contemplado a aquella velocidad subjetiva.

Intentad imaginarlo: La Hoyle estaba clavada, hundida en el hielo. Un hielo que ahora, a mis ojos, era un líquido. Habían potentes focos por todas partes, trazando turbios haces, e iluminando el oscuro interior de aquella bola de hielo de casi cien kilómetros de diámetro. Una maravillosa ciudad submarina estaba creciendo a partir de los pequeños hábitats creados en las raíces de los árbolesvivienda.

Era como un castillo de cuento de hadas hundido en el fondo de un lago.

Me sentía en una especie de ensueño, olvidándolo todo, dejándome mecer por aquel paisaje sumergido como por la más emotiva de las músicas, con la impresión de hallarme tan lejos de todo lo que conocía que llegué a preguntarme si el resto del universo seguiría existiendo.

Veloces nadadores surcaban el líquido desde todas las direcciones, cruzando

frente a la ventanilla, desapareciendo entre las torres de aquella ciudad imposible. Ahora ya no parecían en absoluto malignos y repugnantes, sino gráciles y hermosos al desplazarse por aquel líquido sin aparente esfuerzo.

—Reconozco que el diseño es un poco chocante —dijo Iván a mi espalda—, pero ninguno de nosotros es arquitecto, y las nanomáquinas lo han levantado en solo diez horas. A mí me gusta, la verdad.

—¿Están construyendo eso para vosotros? —pregunté sin apartar la mirada del castillo de cuento de hadas.

—Para nosotros, y para nuestros hijos —dijo Iván, y sentí su mano posándose sobre mi hombro—. Diana, ahora sé por qué te dejé marchar. Por qué acepté vivir la vida sin ti. Cuando nos conocimos, yo no tenía nada que ofrecerte. Nada...

Me volví. Los compañeros de Iván habían regresado a su trabajo. O al menos fingían haberlo hecho. Descubrí a una de las chicas mirándonos de reojo, y me pregunté si habría habido algo entre ella y Iván, y ahora me miraba como una posible intrusa. No logré recordar su nombre.

Suavemente, retiré su mano y di un paso hacia atrás. Todo estaba sucediendo muy aprisa, pero esto era subjetivo. El tiempo real corría veloz. Mis segundos eran días; mis minutos, semanas...

De repente recordé a Pablo y sentí un fuerte deseo de volver junto a él.

—Todos nosotros somos colonos —siguió diciendo Iván—. Viajamos hasta Arcadia en busca de mejores oportunidades, y te aseguro que esta es la mayor oportunidad que jamás ha tenido la humanidad...

Iván siguió hablando durante bastante tiempo; y yo, que me sentía cada vez más ajena a todo aquello, intenté concentrarme en lo que decía.

Al parecer, los nadadores recorrían el espacio, atravesando los eones como si estos fueran apenas un suspiro. Exploraban, y extendían su simiente; dos deseos que los igualaban con los humanos. Y creían haber encontrado en nosotros unos buenos candidatos para establecer una especie de simbiosis.

Los nadadores habían vivido en simbiosis con otra especie mucho tiempo atrás. Esta otra especie alienígena había encontrado a los nadadores en su mundo natal; un planeta que era todo un inmenso mar. Una antigua cultura semejante a la de nuestros delfines en los océanos de la Tierra. Iván me explicó que esta otra especie, los llamó los Arcanos, provenían de un universo diferente al nuestro. Un universo donde las estrellas eran enormes, y se consumían muy lentamente. Los Arcanos habían tenido mucho tiempo para evolucionar, y para crear una civilización inmortal basada en la nanotecnología.

—Por eso, cuando llegó el fin de su universo, los Arcanos se negaron a desaparecer con él. Simplemente crearon un nuevo universo, el nuestro, y se trasladaron allí a vivir.

Se detuvo, observando mi reacción ante lo que acababa de decir.

—¿Crees eso? —fue lo único que le dije.

—No lo sé —musitó Iván— pero los nadadores sí lo creen. Ellos afirman que los Arcanos les dieron esta tecnología. Que les enseñaron a vivir con el ritmo de las estrellas, y a viajar por el espacio. Un día, los Arcanos les abandonaron y ellos desconocen el motivo. Desde entonces buscan la respuesta, y están dispuestos a colaborar con cualquier especie alienígena que se interese por su búsqueda.

—Eso tiene todo el aspecto de una religión. Una religión alienígena, pero religión sin más... —sacudí la cabeza—. No, hay algo que no me gusta en todo esto.

Iván frunció el ceño.

—Es posible —dijo—, quizá toda esa historia de los Arcanos sea solo una fábula... quién sabe. Pero esta tecnología es real. Los nadadores nos ofrecen la inmortalidad, y un viaje a través del universo. Un viaje que yo no deseo hacer solo, Diana. Es lo que te ofrezco: quiero compartir contigo esta aventura.

Iván se quedó mirándome fijamente, con una media sonrisa en los labios, esperando mi respuesta. Por primera vez parecía inseguro. Sin duda había preparado ese momento con cuidado, había soñado con tenerme allí y lograr un doble éxito, recuperar mi corazón y recuperar todos los sueños que compartimos. Había querido hacerme amar aquella aventura que se abría ante él, y que por ella lo amase de nuevo a él. La aventura y la vida eterna. Debía sentirse el hombre más rico del universo, y toda esta riqueza me la ofrecía a cambio de algo que una vez había disfrutado gratis: mi amor.

—Eso no es posible —dije cruzando los brazos sobre mi pecho.

Su media sonrisa se fue helando lentamente en sus labios.

—¿Por qué?

—El tiempo.

—¿El tiempo?

—Ha transcurrido de forma muy diferente para nosotros dos. Y lo gracioso es que, esta vez, no se trata solo de una forma de hablar. Para mí han sido quince años, Iván. Quince años. Si tu ego te deja considerar esto durante un minuto lo comprenderás. Tú te marchaste a cumplir con tu sueño, y mi vida continuó. Quizá entonces nuestros sueños podrían haberse mezclado, pero eso ya no es posible. No me conoces, Iván, ya no soy la niña insegura que recuerdas, y nunca lo volveré a ser.

Él bajó los ojos, y asintió lentamente, como si lo comprendiese todo. Aunque yo sabía que no había entendido nada.

—¿Hay otro hombre, verdad? —su voz era un susurro.

—Y qué si lo hay. Eso no tendría nada que ver con lo que te he dicho. No necesito estar sujeta a un hombre o a otro. Soy un ser individual y completo, ¿lo entiendes?

—Si existiera otro hombre lo comprendería —insistió él.

Este era el hombre que había amado, con el que un día había soñado compartir mi vida. Había dormido con él, le había confiado mis más íntimos pensamientos, me había sentido plenamente compenetrada con él, y es esos momentos me parecía un perfecto desconocido.

—Existe otra persona —dije por fin, con un gesto de cansancio—. Alguien muy diferente de ti. Alguien capaz de renunciar a todo por estar a mi lado. Algo que ni tú ni yo hicimos el uno por el otro.

Iván mantuvo su expresión hosca y esperó a que siguiera hablando. Pero yo no tenía nada más que decirle. El silencio se estaba alargando y creaba un muro cada vez más sólido entre nosotros dos.

Miré a un lado y a otro, hacia las otras seis personas que le acompañarían en aquella aventura. La chica cuyo nombre no recordaba, seguía mirándonos de tanto en tanto.

Tranquila, muchacha, pensé, no hay ningún peligro en mí.

—Creo que debo regresar —dije.

—Sí —dijo él con premeditada frialdad—, si no piensas quedarte debemos darnos prisa, el tiempo corre muy rápido ahí fuera.

Yo no hacía más que pensar en eso. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Una hora? ¿Y cuánto significaría eso en el tiempo real? Tenía la mente demasiado confusa como para calcularlo.

Luego, todo sucedió aún más rápidamente. Me despedí de la tripulación de la Hoyle y les deseé suerte a todos. Ellos me dieron un chip con mensajes grabados para sus familiares en Arcadia y en Marte.

Di una última mirada a aquella ciudad sumergida, intenté grabar en mi mente hasta el último detalle de su estructura. Si en los próximos años iba a soñar con aquel lugar, quería que mis sueños fueran lo bastante precisos.

Iván y yo recorrimos juntos y en silencio el camino hacia la popa de la Hoyle.

Desperté a bordo de un pequeño remolcador cometario, observada atentamente por un adaptado que podría ser otro clon de Ona y Ema. Pero no lo era, simplemente yo aún no era capaz de distinguirlos.

Había transcurrido un año y medio desde la última vez que tuvieron noticias mías. ¡Un año y medio! Me estremecí pensando en todo lo que Pablo debía de haber pasado.

Yo solo deseaba una cosa: hablar con él, pero Markus no me iba a dejar hacerlo tan fácilmente.

Tenía muchas cosas que explicar. El adaptado me contó que durante ese año y medio en el cometa se había vivido en un estado de terror.

Al parecer, Iván se había comunicado con ellos, y les había hecho una descripción bastante exacta de lo que les había sucedido. Y la presencia de las nanomáquinas en todos los cometas de Arcadia no tardó en ser detectada. Esta era una medida de seguridad ideada por Iván para evitar que los militares bombardearan el cometa Fred tras mi desaparición. Pero esto, con ser efectivo, no había contribuido precisamente a tranquilizar los ánimos. Toda Arcadia había sido puesta bajo cuarentena, y una flota de naves de guerra llegadas de Marte vigilaba que nada intentase abandonar este sector de la Nube de Oort.

Bueno, quizá mi regreso, sirviera para tranquilizar los ánimos.

Quizá.

Antes de despedirnos, junto a la entrada de la cámara de descompresión de la Hoyle, Iván me había dicho:

—Los nano robots de Arcadia están sincronizados con tu huella mental. Podrían seros muy útiles si os decidís a usarlos, pero solo tú, con una sola orden, puedes hacer que todos se autodestruyan.

—No quiero esa responsabilidad —dije.

—Lo siento preciosa, pero aquí no te dejo elegir. Si las cosas se ponen feas con los militares quizá no te quede otra opción que destruirlos. Pero tú siempre has sido muy persuasiva. Quizá les convenzas de que son tan útiles como inofensivos...

Abrí la boca para protestar, pero Iván me hizo callar con un beso. Me cogió por sorpresa, y ni siquiera intenté resistirme. Bueno, lo consideré como un tributo por el pasado.

—¿No puedo convencerte de que te quedes junto a mí?

—No —dije con suavidad—. Iván, celebremos que estamos vivos, que hemos vuelto a estar juntos, aunque sea durante este breve instante, y que tenemos la suerte de vivir la vida que cada uno de nosotros ha elegido.

—Son realmente cosas estupendas que merecen celebrarse. Sí, tenemos mucha

suerte... —sonrió con tristeza—. Ojalá quisieras también venir conmigo...

—Ojalá fuéramos de nuevo aquellos dos jóvenes. Pero ya no lo somos, nunca lo seremos ya. Eso tienes que aceptarlo.

Iván se apoyó en el marco metálico de la compuerta y me contempló detenidamente, en silencio, como si quisiera grabar mi imagen en su retina.

—Nunca te olvidaré —dijo, y cerró la compuerta de la cámara dejándome sola en el interior.

Los nano robots debieron entonces dormirme, y realizaron en mí el proceso inverso que devolvería a mi reloj biológico su ritmo original.

Me senté con paciencia frente al monitor del comunicador. La nave se deslizaba con parsimonia hacia la agrupación de cometas de Arcadia. Iba a tener mucho tiempo libre hasta que llegáramos...

Hasta que volviera a reunirme con Pablo.

Mientras miraba la agrupación de lucecitas engarzadas en un bosque helado, pensé en las últimas palabras que Iván había pronunciado: «Nunca te olvidaré».

Era algo más que una frase de despedida. Era casi verdad.

En aquel momento, los labios de Iván, estaban pronunciando la última sílaba de aquella frase.

«Nunca te olvidaré».

Miles de años después de mi muerte, Iván podría seguir cumpliendo su promesa.

Mientras las estrellas envejecían a su alrededor.

MI ESPOSA, MI HIJA

Domingo Santos

Domingo Santos (Barcelona, 1941), seudónimo de Pedro Domingo Mutiñó, es un prolífico escritor, antólogo, traductor y editor de colecciones y revistas especializadas, entre ellas la mítica *Nueva Dimensión* que publicó 148 números en sus más de quince años de vida (1968-1983), donde dio a conocer a multitud de autores y obras de la moderna ciencia ficción mundial. Considerado el patriarca de la ciencia ficción española —nuestro particular **John W. Campbell, Jr.**— por su cuantiosa labor editorial y haber seleccionado la mayoría de antologías más relevantes del siglo pasado, en su producción destacan las novelas *Gabriel* (1962), *Hacedor de mundos* (1986) y *El día del dragón* (2008), y las colecciones de relatos *Futuro imperfecto* (1981) y *Homenaje* (2012). En reconocimiento a su labor, dos premios llevan su nombre: Domingo Santos de relato y Gabriel, concedido por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror.

Parte de su obra ha sido traducida a diversos idiomas, siendo pionero en publicar en inglés, francés, italiano, sueco, húngaro, búlgaro, ruso y japonés. Así, por ejemplo, «The Song of Infinity» fue incluida en la británica *New Writings in SF #14* (1969); la peripecia del robot Gabriel en busca de su propia identidad fue publicada en Francia en 1968; «Round and Round and Round Again» formó parte de la antología *The Best from the Rest of the World* (1976) de **Donald A. Wollheim**; y «The First Day of Eternity» apareció en el número de enero-febrero de 2011 de *Analog*, donde ocupó el quinto lugar en las preferencias de los lectores y fue finalista del Lifeboat to the Stars de 2013.

«Mi esposa, mi hija» (1997) es un relato ciencia ficción que ganó el premio Ignotus. Una historia que se aleja de su habitual estilo clásico para incursionar en un terreno más maduro y personal.

Cuando alguien está acostumbrado a tener suerte en la vida, los reveses golpean con mucha más fuerza. Por eso quizá, la muerte de su esposa fue para Sergio Hofenbach un golpe auténticamente demoledor.

Sergio Hofenbach siempre se había considerado un mimado de la fortuna. De padre alemán y madre española, había nacido y se había criado en el puerto fluvial de Duisburg, en plena cuenca del Rhur. A los diez años, el divorcio de sus padres lo trajo con su madre a España, donde se instalaron con sus abuelos maternos, que lo adoraron desde el primer momento, en un hermoso chalé adosado en una urbanización a las afueras de Madrid. Apasionado de la informática, a los catorce años era un mago de la programación, a los dieciocho montaba con un socio su primer negocio de software industrial, y a los veintidós, cuando se casó, era dueño con ese mismo socio de una floreciente industria importadora de productos informáticos especializada en grandes instalaciones.

Conoció a Claudia apenas llegar a España. La niña, exactamente nueve meses menor que él, vivía con sus padres en el chalé adosado contiguo al suyo, y no tardó en mostrar un muy femenino interés humano hacia «ese pobre chico de padres divorciados». Iban al mismo colegio, aunque él asistía a un curso superior, y pronto se estableció entre ellos una profunda amistad. Desde un principio Sergio Hofenbach calificó aquella amistad con una frase tan definidora como rotunda: «Somos como hermanos». Con la ventaja, además, se apresuraba a añadir, de que el hecho de vivir en casas separadas eludía las habituales peleas entre los hermanos que viven bajo un mismo techo. Desde un principio no hubo secretos entre ellos; se contaban todas sus aventuras, sus problemas, sus alegrías y sus tristezas. Eran confidentes de sus sentimientos más íntimos; cuando Claudia tuvo su primera regla, él fue el primero en saberlo, antes incluso que la madre de la muchacha. Los amores románticos de ella con su profesor de literatura castellana antigua; el encaprichamiento de él con aquella rubita escandalosamente provocativa que aparentaba tres años más de los que tenía; la primera experiencia sexual de él, torpe y llena de frustraciones; la primera experiencia sexual de ella, dolorosa y decepcionante; los anhelos de él por convertirse en una gran figura dentro del campo de la informática; los anhelos de ella por ser una gran filóloga. Se veían el uno al otro, a medida que maduraban, no como dos cuerpos de distinto sexo que se iban haciendo adultos de año en año, sino como dos almas gemelas que se compenetraban profundamente más allá de su sexo.

Y de pronto, justo el día en que ella cumplía los dieciocho años, ocurrió todo. Aquel año su cumpleaños coincidió con la gran fiesta de graduación de su promoción en la escuela secundaria. Claudia le había hablado varias veces a Sergio de su gran amor hacia el muchacho que iba a ser su acompañante en la fiesta, Patxi, un recio muchachote vasco, capitán del equipo de baloncesto: le brillaban los ojos con cien mil estrellas cada vez que hablaba de él, y sus labios eran una radiante sonrisa cuando pronunciaba su nombre. Estaba enamorada, le dijo; oh, sí, muy enamorada.

Luego, al filo de la medianoche, cuando él ya estaba acostado, alguien llamó con

fuerza a la puerta de su casa. El muchacho estaba solo aquella noche, su madre y sus abuelos habían ido a Valencia a resolver unos asuntos legales de una herencia familiar. Abrió la puerta, medio adormilado, y se encontró ante una Claudia descompuesta, con la ropa hecha jirones, deshecha en lágrimas, que se arrojó a sus brazos apenas verle. Intentó calmarla, saber qué había ocurrido. Poco a poco, sentados en el sofá del comedor, fue devanándose la historia. Patxi había demostrado no ser lo que parecía. En la fiesta había bebido mucho, había coqueteado con todas las chicas, había alardeado de sus grandes dotes como estudiante, como jugador de baloncesto y como semental. Luego, a la salida de la fiesta, algo tambaleante por el alcohol, se había echado bruscamente sobre ella, allá entre los matorrales, y había empezado a desgarrarle con violencia la ropa, había intentado forzarla mientras balbuceaba que el alcohol y la música le excitaban, que necesitaba una mujer, cualquier mujer, que la necesitaba a ella. Y Claudia, que en otras circunstancias se hubiera entregado a él feliz y con los ojos cerrados, sintió de pronto un horror y una repugnancia tan irreprimibles que le lanzó casi sin pensar un violento rodillazo en plenas ingles con todas sus fuerzas y salió corriendo, mientras él, doblado por el dolor, vociferaba a sus espaldas llamándola barbaridades como nunca antes había oído. Y ella había corrido sin parar, hasta quedarse sin aliento, a casa de él, porque no podía pensar en ningún otro lugar donde ir; y había llamado a su puerta y..., y...

Sergio la atrajo hacia sí y acarició tranquilizadamente su pelo mientras le susurraba palabras dulces y consoladoras. Ella gemía e hipaba con el rostro enterrado en su pecho y le mojaba la chaqueta del pijama con sus lágrimas, y la fragancia que desprendían sus cabellos era embriagadora, y el olor de su cuerpo era una pura delicia, y el agitar de sus pechos contra la piel de él ponía estremecimientos en todos sus músculos. No tardó en darse cuenta de que exhibía una enorme erección. Ella se dio cuenta también y le miró entre sus lágrimas, y sus labios esbozaron una leve sonrisa que pareció temblar como una hoja a punto de desprenderse del árbol.

Aquella noche hicieron por primera vez el amor, allí en el sofá, de una manera tierna y pausada, suave y relajada, como dos hermanos que se estuvieran transmitiendo un secreto muy, muy íntimo. Luego se durmieron el uno en brazos del otro, allí mismo en el sofá, y el cuerpo de ella no se volvió a agitar sacudido por ningún sollozo.

A la mañana siguiente, con la luz apenas despuntando a través de los visillos de las ventanas, hicieron de nuevo el amor, tomándose más tiempo todavía, buscándose, explorándose, gozando con el descubrimiento de los cuerpos después de conocerse tan bien las almas. Cuando terminaron, ella sujetó el rostro de él con las manos y le miró a lo más profundo de los ojos.

—Te quiero —dijo simplemente.

Se casaron seis meses más tarde, porque Sergio estaba bien situado en la vida y podía

mantener una familia y porque, aunque a él no le hubiera importado simplemente irse a vivir juntos, ella era de familia de profunda raigambre católica que jamás hubiera aceptado otra relación de pareja distinta a la del matrimonio. Fue una boda sencilla, con una luna de miel de dos meses en las playas del Caribe, el estreno de un nuevo chalé en la misma urbanización donde vivían sus padres, y el inicio de seis años de absoluta felicidad.

Decidieron no tener hijos de momento: él quería consolidar su empresa al tiempo que acababa su carrera, y ella deseaba terminar sus estudios de filología. Él viajaba a menudo por negocios, y ella le acompañaba con frecuencia, y esas frecuentes medias vacaciones por todo el mundo les unían aún más. Asistían a todas las manifestaciones artísticas y culturales que se celebraban en la capital, acudían a todos los estrenos, eran invitados a innumerables fiestas, hacían escapadas de fin de semana a los lugares más insospechados. Y, entre todo ello, se amaban: en cualquier lugar, en cualquier momento, en cualquier circunstancia.

Hasta que de pronto, a los seis años, llegó el mazazo.

Empezó como un ligero dolor. Una visita al médico, un diagnóstico incierto. ¿Embarazo? No, por supuesto. De acuerdo, el dolor debía de tener un origen, pero... Pruebas, ensayos, más pruebas, análisis. Radiografías, ecografías, TACs. Resultados dudosos, pero de resonancias cada vez más alarmantes. Otras pruebas. Complicadas, difíciles, dolorosas. Y luego, por fin, el diagnóstico definitivo. Cáncer.

El médico llamó a Sergio Hofenbach a solas. Fue crudo. Empleó muchas palabras técnicas, muchos nombres médicos de complicada ortografía que a Hofenbach no le dijeron absolutamente nada. Lo único que entendió fue que Claudia padecía un tipo de cáncer poco común, pero que cuando se presentaba era devastador. Arrasaba de forma rápida y definitiva, minaba el cuerpo en unos pocos meses hasta la consunción total. La medicación podía paliar el dolor. La radioterapia podía frenar algo el proceso. Pero el resultado era siempre el mismo: la muerte, en un plazo muy breve.

¿Cuán breve? Cuatro, seis meses como máximo. Los dos últimos ingresada forzosamente en un centro especializado, porque los dolores serían insoportables sin una constante sedación.

Así se inició para Sergio Hofenbach el más terrible de los calvarios. Vio impotente cómo su amada esposa se marchitaba con rapidez a su lado, sumida en el dolor y la resignación. Se lo contó todo, por supuesto; no tenía ninguna razón para ocultarle la verdad. Ella lo aceptó con un talante animoso; su vida de profundo catolicismo practicante la habían preparado para la aceptación de todos los males, y cuando uno sabe que el tiempo que le queda es breve siente más ansias que nunca de vivirlo en toda su plenitud. Fue ella quien le infundió ánimos a él, antes que al contrario. Intentaba sonreír constantemente, aunque a veces su sonrisa se trocara en un rictus de dolor imposible de retener. Entonces una lágrima parecía flotar en las comisuras de sus ojos, y se alejaba con precipitación de su lado, alegando cualquier excusa.

A los dos meses ya no podía caminar. A los dos meses y medio tuvo que ser hospitalizada. El médico que la llevaba agitó pesaroso la cabeza: iba a ser todo más rápido de lo previsto.

Sergio Hofenbach, por supuesto, había solicitado la opinión de otros médicos, había acudido a las máximas autoridades en oncología de todo el mundo en su deseo de hallar alguna esperanza, de que alguien le dijera que el diagnóstico no era tan grave como se había formulado al principio, solo para recibir de todos la misma respuesta: no había solución. Era preciso aceptar lo inevitable.

Pero él no podía aceptarlo. No después de seis años de tan intensa felicidad.

Sentado a la cabecera de la cama de Claudia, viendo aquel cuerpo que tanto había amado marchitarse de hoy a mañana, estrujando la desesperación entre sus puños cerrados convertidos en símbolos de su impotencia, Sergio Hofenbach pensó, y pensó, y pensó.

Cuando el médico le dijo que podía esperarse el desenlace en cualquier momento, dentro de dos, tres días, una semana como máximo, Sergio Hofenbach contempló el consumido cuerpo de su esposa tendida allá en la cama, ahora ya constantemente sedada, unida a innumerables tubos y monitores, y sacudió la cabeza.

—No puedo —dijo—. No puedo quedarme sin ella.

—Es preciso resignarse a lo inevitable —murmuró el médico, que pese a toda una vida frente al dolor y la desgracia ajenos no había conseguido todavía hallar una palabra convincente de consuelo.

—No —murmuró Sergio Hofenbach, testarudo—. No me resigno. Manténgala con vida un par de días más, es todo lo que le pido. Volveré.

Aquella misma tarde tomó el primer avión para Londres.

El edificio de la Compañía de Investigaciones Clónicas era funcional, una estructura cuadriculada de acero y cristal tintado en las afueras de Londres, en un polígono industrial ocupado también por algunas oficinas de alto standing. La recepción era sencilla y acogedora: decorada en tonos grises claros un tanto fríos, con algunas pinceladas de color aquí y allá: un cuadro abstracto, unos sillones de piel color gamuza, un escritorio de melamina negra. La recepcionista, una muchacha pelirroja, joven, esbelta y agraciada, con un traje ceñido y muy escotado que parecía casi una segunda piel, puesta allí evidentemente más por sus encantos físicos que por sus aptitudes laborales, escuchó atentamente a Sergio Hofenbach, luego le pidió que aguardara unos instantes mientras manejaba intercomunicadores. Sergio Hofenbach se sentó en el sofá de piel color gamuza, hojeó una revista, sorprendentemente de la semana, de entre el pequeño montón que había en una mesita baja, y unos minutos más tarde era introducido a un pequeño despacho de aspecto cálido pero espartano, con solo un escritorio, dos sillones delante y una silla giratoria detrás, un terminal de ordenador y un cuadro en la pared con una sola frase en él dibujada en elaboradas

letras de diseño: «*Siempre hay una segunda vida*». Sergio Hofenbach se sintió incapaz de apartar los ojos de él.

El hombre sentado tras el escritorio era un joven negro, de no más de treinta y cinco años, pelo ondulado, ojos oscuros, con una bata inmaculadamente blanca de cuyo bolsillo superior asomaban los extremos de varios lápices, bolígrafos y plumas y la pequeña antena recogida de un diminuto comunicador. Sobre el bolsillo llevaba prendida una tarjeta de identificación con su nombre sobre el anagrama de la CIC: «Dr. Arthur Brown».

—Bien, señor... —una breve ojeada al bloc que tenía ante él— Hofenbach. ¿En qué podemos servirle?

—Quiero que desarrollen un clon de mi esposa.

El hombre se limitó a asentir con la cabeza.

—Por supuesto. ¿Puede detallarme los... antecedentes?

Sergio Hofenbach le contó la historia. El hombre escuchó con atención, sin interrumpir, tomando de tanto en tanto una breve nota en el bloc.

—Mi esposa va a morir de un momento a otro —terminó Hofenbach—. Yo..., no quiero quedarme sin ella. Por esto he acudido a ustedes.

El hombre asintió de nuevo con la cabeza. Tabaleó un par de veces sobre la mesa con la punta del lápiz con el que había tomado sus notas.

—Por supuesto, para eso estamos aquí. Pero antes, señor... —una nueva ojeada al bloc— Hofenbach, creo que debo hacerle algunas precisiones. Ignoro lo que sabrá usted sobre el proceso de clonación de seres humanos, pero..., tal vez tenga algunas ideas preconcebidas al respecto que están, esto..., equivocadas. Al menos, muchos de los que acuden a nosotros las tienen. —Su voz sonó con un leve tono de disculpa—. Han corrido muchas historias tan sensacionalistas como falsas al respecto, ¿sabe? El proceso de clonación, pese a lo que cree mucha gente, no consiste en crear en veinticuatro horas un duplicado de la persona clonada. Es algo mucho más complejo.

Sergio Hofenbach alzó una mano.

—Lo sé, doctor... —una breve mirada al bolsillo del otro hombre, una réplica instintiva a las ojeadas de este a su bloc de notas— Brown. He estudiado a fondo todo el proceso de la clonación antes de decidirme a venir. No necesita explicarme nada.

Por supuesto, lo había estudiado a fondo. Como también todo lo relativo a la Compañía de Investigaciones Clónicas, desde el momento mismo en que, cuando Claudia tuvo que ser ingresada, alumbró la primera idea de lo que le había llevado finalmente hasta allí. La CIC había surgido, como otras tantas compañías semejantes repartidas en otros países (dos en Estados Unidos, una en Alemania, una en la Confederación Ruso-Siberiana, tres en Japón, una en Italia, una en Israel) como resultado de los espectaculares desarrollos del doctor Kersley a partir de los primeros descubrimientos sobre la clonación *in vitro* de tejidos complejos que el doctor Livingstone abortara veinte años atrás por escrúpulos de conciencia. Como la mayoría de las otras empresas, la CIC había iniciado su andadura con el objetivo de

investigar nuevas aplicaciones prácticas del proceso de clonación, en especial en el campo de la producción masiva de alimentos y el mantenimiento inalterado de las mejoras alcanzadas mediante la manipulación genética. Pero, como todas las demás, no había tardado en crear una división especializada en clonación humana, que pese a las presiones de amplios sectores del público, legislaciones ambiguas y la oposición frontal de la iglesia católica, pronto se reveló como la más espectacular, controvertida y por supuesto rentable de todas. Y era, tras la UTEC de Alemania, y junto con una de las tres empresas japonesas, de nombre absolutamente impronunciable, la de más solvencia de las existentes. Al principio, tras un primer examen de posibilidades, Hofenbach había pensado en acudir a la empresa alemana, pero pese a su ascendencia germana se decidió al fin por la inglesa, quizá porque, comercialmente, tenía muchos más contactos en Gran Bretaña que en Alemania. Deformación profesional, dirían algunos.

Había ahondado también en cómo funcionaba exactamente el proceso de clonación humana, tanto en sus aspectos técnicos como en los prácticos. Pese a todas las especulaciones sensacionalistas de los medios de comunicación que siguieron a la divulgación por parte del doctor Kersley de sus progresos sobre la clonación de seres vivos superiores complejos (blando eufemismo para seres humanos) y los posibles alcances de una técnica tan nueva como revolucionaria, clonar a un ser vivo no consistía en absoluto en crear de la noche a la mañana un duplicado puro y simple del original, y las apocalípticas imágenes de enormes ejércitos de embrutecidos soldados creados a partir de un solo Rambo original en veinticuatro horas de plazo eran algo tan absurdo como ridículo. La clonación, en el mejor de los casos, era un proceso lento y arduo. Básicamente consistía en enuclear un óvulo humano de cualquier individuo hembra, tomar una célula somática (es decir, una de las células del cuerpo humano que poseen los dos juegos correspondientes de cromosomas) del individuo a clonar, que podía ser el mismo u otro distinto, y colocarla en lugar del núcleo retirado del óvulo. Tras esto se reimplantaba el óvulo en una matriz (natural o artificial, aunque debido a los altos riesgos se empleaba siempre, salvo casos excepcionales, un útero artificial), y se dejaba que el óvulo así «fecundado» se desarrollara siguiendo el proceso normal hasta dar nacimiento a un ser, que por supuesto tendría solamente los caracteres hereditarios del donante de la célula somática (el óvulo era solo el vehículo), es decir, sería su perfecto clon: un hijo sin padre (o sin madre), un hijo de una sola persona. Un hijo clónico.

Un hijo que sería un duplicado genético exacto del donante de la célula somática, pero que estaría condicionado, por supuesto, a todas las influencias externas a las que se vería sometido a lo largo de toda su vida, desde las experimentadas en su estadio de embrión dentro del útero hasta las procedentes del medio en que se desarrollara y la educación que recibiera una vez nacido. Pero esto, para Hofenbach, era lo menos importante. O quizá, bien examinado, era lo *más* importante.

Porque eso era lo que le permitiría conseguir lo que deseaba.

El doctor Arthur Brown escuchó en silencio la exposición de su cliente, como si él fuera el visitante y el otro el experto. No le interrumpió. Al final, asintió con la cabeza e hizo una nueva anotación en su bloc.

Los deseos de preguntarle cuáles eran exactamente los motivos que le impulsaban a desear un clon de su esposa, sin embargo, seguían vivos. Por supuesto, según había manifestado el propio Hofenbach, esta se estaba muriendo, y eso podía ser muy bien un motivo perfecto, pero por aquel despacho habían pasado ya las suficientes personas como para que la experiencia le dijera al doctor Brown que los motivos que se ocultaban tras muchos deseos de clonación eran enormemente más complejos y oscuros de lo que reflejaban unos rostros tristes, angustiados o esperanzados. Pero una de las reglas de la CIC era la discreción. «Somos como abogados o confesores — les había dicho en una reunión, no hacía mucho, uno de los altos consejeros de la empresa, a raíz de un pequeño escándalo que había estallado como consecuencia de una desafortunada clonación—. Cumplimos los deseos de nuestros clientes, y no hacemos preguntas. Y si alguna vez sabemos algo más de lo que deberíamos saber, nos lo guardamos para nosotros. Esta es la base de nuestra política comercial».

—Bien —dijo al cabo de un momento el doctor Brown, con una animosa sonrisa en los labios—. ¿Desea ver nuestras instalaciones y que le explique cómo se realizará el proceso?

Sergio Hofenbach asintió con la cabeza. El doctor Brown se levantó y le condujo fuera del despacho. Las instalaciones de procesado de la CIC no se hallaban lejos, a un par de bloques de distancia dentro del mismo polígono. Eran unas instalaciones limpias, asépticas, casi parecidas a un gran laboratorio farmacéutico. Por supuesto, eran condiciones imprescindibles para la labor que se realizaba ahí dentro. Sergio Hofenbach contempló las grandes bancadas de úteros artificiales, baterías de cilindros de acero inoxidable con la parte delantera transparente, dentro de los que flotaban boca abajo, con beatífica placidez, pequeños fetos en distintos estadios de desarrollo. Algunos eran fetos de animales, otros informes masas inidentificables, incognoscibles experimentos de desarrollo y perfeccionamiento de las técnicas que la mayor parte de las veces fracasaban pero que en algunas ocasiones se convertían en estruendosos —o muy silenciados— éxitos.

Y finalmente estaban los humanos, separados de los demás, en una sección aparte dotada de mayores sistemas de control. De las baterías de cilindros brotaban grandes racimos de cables conectados a paneles de indicadores al lado de cada unidad, que registraban todas las constantes vitales de sus ocupantes. El doctor Brown fue explicándole todos los pormenores del proceso, con un lenguaje quizá excesivamente técnico, tal vez suponiendo, tras la exposición que Hofenbach le había hecho de sus conocimientos sobre el proceso, que este poseía un nivel especializado suficiente para comprenderlo. Aunque algunos detalles se le escaparon, Sergio Hofenbach captó de todos modos la mayor parte de la explicación, y se sintió a la vez maravillado y esperanzado por todo lo que veía. Mientras efectuaban su recorrido sonó una alarma

en uno de los tanques-útero, y al instante media docena de personas estaban junto a él, observando diales y comprobando datos. Alguien acudió arrastrando un carrito sobre ruedas lleno de material de toda índole, y otro hizo unos ajustes delicados en un aparato con una serie de herramientas que tomó de él. El timbre de alarma no tardó en dejar de sonar. Entonces el grupo se dispersó sin una palabra, cada cual a sus ocupaciones habituales.

—Todo es controlado al segundo aquí —dijo el doctor Brown—. Siempre se produce algún fallo, por supuesto, pero procuramos que sean mínimos.

—Pero la clonación no siempre llega a buen término —indicó Sergio Hofenbach, que sabía que aquella era una de las puntas de lanza de algunos detractores del proceso sobre seres humanos, que equiparaban la interrupción de una clonación a un aborto.

El doctor Brown sacudió la cabeza.

—Sí, pero el principal riesgo se concentra en la enucleación e injerto de la célula somática, y luego en su implantación en el útero artificial. Como sin duda comprenderá, se trata de un proceso de microcirugía enormemente delicado que aún no hemos conseguido perfeccionar, aunque estamos trabajando intensamente en ello. Una vez el óvulo ha prendido en el útero artificial y empieza a desarrollarse, los peligros no son mayores que los de una gestación normal. Con la ventaja de que esta gestación dura solo cinco meses.

Sergio Hofenbach asintió con la cabeza. Había oído hablar mucho también de aquello, de cómo las nuevas técnicas de clonación en las nuevas generaciones de úteros artificiales habían reducido el tiempo de desarrollo del feto de nueve a cinco meses, sin que nadie pudiera explicarse todavía por qué, y de cómo los investigadores intentaban descubrir las razones para poder aplicarlas a la gestación natural. Pero aquello eran detalles sin importancia para él.

—Le explicaré cómo solemos proceder —dijo el doctor Brown mientras se dirigían a la salida de la gran nave de los úteros artificiales—. Uno de nuestros equipos acudirá a recoger las células somáticas y los óvulos de su esposa. En realidad esto último sería innecesario: sirve cualquier óvulo humano, pues la herencia genética se halla solo en los cromosomas; pero cuando tenemos la oportunidad y el individuo a clonar es una mujer, preferimos recoger siempre sus propios óvulos. Solemos recogerlos, tanto células como óvulos, en una relativa abundancia, quizá para entre cuarenta y cincuenta clonaciones, puesto que nunca se sabe lo que puede ocurrir. En el actual estado de cosas, los primeros dos o tres intentos de clonación suelen fracasar: ya sabe, cada individuo es diferente, y se necesita una técnica distinta para cada caso. Pero esto es normal. No empezamos a preocuparnos hasta que fallan más de cinco intentos consecutivos. Cuando hayamos conseguido el injerto y la implantación del óvulo en la matriz y nos hayamos asegurado de que se ha iniciado normalmente su desarrollo, se lo comunicaremos. Por supuesto, durante todo el..., esto, embarazo, mantenemos una monitorización constante del feto, como habrá

podido observar. Caso de producirse alguna malformación o detectarse alguna anomalía importante, se aborta de inmediato el proceso y se inicia de nuevo con otro óvulo. Garantizamos la máxima perfección de los clones resultantes, de modo que si se conoce alguna predisposición a enfermedades o alguna tara de tipo hereditario nuestro departamento de ingeniería genética se encarga de manipular previamente los genes que sean necesarios para eliminarla.

Sergio Hofenbach negó con la cabeza.

—No —murmuró—. Claudia no arrastra nada hereditario, que yo sepa. Además, los médicos me han asegurado que su cáncer no es transmisible. No se halla en sus genes ni los ha afectado.

El doctor Brown sonrió comprensivo.

—De todos modos, lo comprobaremos —aseguró—. Creo en su palabra, por supuesto, pero supongo que estará usted de acuerdo conmigo en que una comprobación de más nunca es excesiva.

Sergio Hofenbach asintió con la cabeza.

—Ha hablado usted de tomar células y óvulos más que suficientes para la clonación. Cuando esta ha terminado con éxito, ¿qué hacen con los sobrantes?

El doctor Brown se encogió de hombros.

—Bueno, a menos que se nos ordene lo contrario, mantenemos un banco clónico con todos ellos. Nunca se sabe si más adelante nuestro cliente puede llegar a necesitarlos. Venga, se lo mostraré.

Dos horas más tarde Sergio Hofenbach firmaba los documentos del contrato de servicios de la Compañía de Investigaciones Clónicas para «la elaboración, desarrollo y posterior entrega de un clon de un ser humano, género femenino, a partir de la persona de Claudia Robledo Bujaraz, de 24 años de edad, a entregar a Sergio Hofenbach Olmos, con domicilio en Madrid...», y a continuación toda una retahíla de datos complementarios y cláusulas específicas para ambas partes. Sergio Hofenbach firmó los documentos por quintuplicado, pagó el depósito estipulado (seis cifras, en dólares), recibió dos ejemplares del contrato, y el doctor Brown le comunicó que un equipo de la CIC viajaría con él a Madrid para proveerse de las células somáticas y los óvulos necesarios para iniciar la clonación.

El vuelo de Londres a Madrid fue tenso para Hofenbach. Temía que, durante el día que había pasado en Londres, hubiera ocurrido lo irreparable, y llegara a la clínica para descubrir que Claudia había muerto sin que él hubiera podido estar a su lado en sus últimos momentos. A la mitad del viaje expresó este temor al jefe del equipo de tres hombres de la CIC que viajaban con él, y que estaba sentado a su lado. El hombre frunció unos instantes el ceño, luego sacudió la cabeza.

—No se preocupe por ello —murmuró, interpretando mal sus palabras—. Aunque preferimos trabajar con seres vivos, no es ningún problema retirar las células

somáticas y los óvulos de un cadáver, siempre que no lleve muerto más de cuarenta y ocho horas. —Quedó pensativo, como si hiciera un rápido cálculo mental—. De hecho —añadió, como si acabara de llegar a esta conclusión—, la mayor parte de las extracciones solemos hacerlas sobre cadáveres.

Casi de inmediato se dio cuenta de lo que acababa de decir y a quién; carraspeó, apretó fuertemente los labios, y se sumió en un hosco silencio durante todo el resto del viaje.

En la clínica, Claudia seguía estacionaria, fuertemente sedada. Sergio Hofenbach explicó al médico a cargo de la paciente para qué estaban allí aquellos tres hombres. El doctor no se sorprendió, no era la primera vez que se enfrentaba a aquello, pero exigió que un miembro de la clínica estuviera presente durante el proceso. Los tres hombres de la CIC no pusieron ninguna objeción. El médico que se ocupaba de Claudia indicó a Hofenbach que no presenciara la intervención.

—Es desagradable —dijo, sin especificar por qué ni en qué sentido.

El proceso fue breve. Tres cuartos de hora más tarde los tres hombres de la CIC salían de la habitación de Claudia con el maletín autorrefrigerado donde llevaban las células somáticas y los óvulos de su esposa. El jefe del equipo se detuvo solo unos instantes frente a Hofenbach.

—Nos mantendremos en contacto con usted —dijo, hablando no en nombre propio sino de la compañía.

Hofenbach se limitó a asentir con la cabeza y entró en la habitación. Claudia parecía dormir plácidamente. Se sentó junto a la cabecera de la cama y acarició la reseca piel de su frente. Recordó el encabezamiento del contrato que había firmado con la CIC. «Claudia Robledo Bujaraz, de 24 años...». Parecía tener más de cincuenta.

—Tenía que hacerlo, Claudia —murmuró—. No quiero que te vayas definitivamente de mi lado.

Al día siguiente, Claudia entró en coma.

Lo hizo casi tímidamente, como si quisiera que nadie se diese cuenta de ello. Fue solo una ligera alteración en uno de los monitores, que ni siquiera se registró en las pantallas de alcance del cuarto de enfermeras, y en la que Sergio Hofenbach no reparó hasta que entró una enfermera, echó un vistazo de rutina, y se apresuró a avisar al doctor. El médico entró a los pocos momentos, hizo algunas comprobaciones, miró a Sergio Hofenbach.

—Ha entrado en fase terminal —murmuró. Hofenbach no dijo nada, pero el doctor leyó la pregunta en sus ojos—. Veinticuatro horas, quizá cuarenta y ocho. No más.

Hofenbach siguió sentado a la cabecera de la cama. Cogió la inerte mano, apenas cálida, de encima de las sábanas y la apretó suavemente entre las suyas. El doctor y la

enfermera salieron en silencio.

Aquella noche Hofenbach la pasó hablando con su mujer. No sabía si ella le oía o no, si su consciencia estaba todavía en aquella habitación o muy lejos, en otro lugar desconocido. Pero hizo para ella un repaso de toda su vida juntos, deteniéndose especialmente en los momentos felices que habían compartido. Detalles ínfimos, tonterías que ahora adquirirían una repentina importancia. Aquella vez que se hizo un corte en un dedo cocinando y no había forma de detener la hemorragia, aquella otra vez en Milán, cuando ella tropezó en el Duomo y se rompió el tacón de su zapato, y pasaron toda la mañana buscando un zapatero remendón sin encontrarlo, y él se puso a cojear al mismo compás que ella para seguir su ritmo, y no pararon de reír hasta bien entrada la tarde, y el camarero de la trattoria creyó que estaban locos de atar... Minucias, que de repente se convertían en toda una vida hecha de retazos, de instantes alineados uno detrás de otro que daban sentido a seis años maravillosos, y que ahora..., ahora...

Sintió deseos de reprocharle el que le abandonara de aquel modo, el que se fuera no sabía dónde, dejándole a él ahí atrás, enfrentado a una vida de soledad. Pero no podía hacerlo. No sería justo. Sabía que ella deseaba quedarse, seguir a su lado. Si se marchaba era a regañadientes.

—¿Por qué no has luchado más? —murmuró—. ¿Por qué no te has esforzado? — Aún dándose cuenta de que no tenía derecho a decir aquello.

De pronto sintió un leve estremecimiento en la macilenta mano que sujetaba entre las suyas. Alzó la vista, y vio que Claudia había abierto los ojos. Había inclinado ligeramente la cabeza hacia él y le miraba. Tuvo la sensación de que quería decirle algo, responder, no sabía cómo, a su pregunta. Los resacos labios temblaron ligeramente, como si fuera a hablar. Pero solo formaron el fantasma de una sonrisa, como si quisiera darle ánimos, decirle que pese a todo seguía con él, seguiría siempre con él. Luego se tomó toda una eternidad para volver a cerrar los ojos, y de sus labios escapó algo muy parecido a un suspiro de alivio. Hofenbach tuvo la sensación de que con aquel suspiro se marchaba definitivamente la esencia de su ser, su alma.

Los monitores fueron espaciando lentamente su latir, con suavidad, casi con reluctancia, hasta convertirse en una línea plana. Cuando la enfermera entró unos instantes más tarde, alertada por el monitor de alcance que tenía en su cuarto, Sergio Hofenbach estaba con el rostro hundido entre las sábanas, la mano de ella apretada contra su mejilla. Sentía un punzante dolor, pero al mismo tiempo un naciente alivio. La pesadilla había terminado. Ahora era cuestión de empezar una nueva etapa, y esta etapa estaría presidida por la esperanza.

Los siguientes dos días fueron una pura angustia. Se sintió incapaz de soportar la absurda congregación de amigos y familiares de ambos, reunidos para decirle inanidades que pretendían aliviar un dolor que era demasiado profundo. Tras la

cremación y la dispersión ritual de las cenizas, tanto la madre de él como los padres de ella quisieron que se fuera a vivir con ellos, al menos durante unos días, a los chalés adosados de su infancia, no demasiado lejos de su actual domicilio. Se negó en redondo. Tenía cosas importantes que hacer, dijo. Y, sobre todo, esperaba una llamada telefónica.

Ya en su casa, extrañamente silenciosa y vacía ahora, fue a la sala de estar, conectó la televisión, sin el sonido, se sentó ante el aparato y aguardó. Era un extraño y relajante ejercicio contemplar las imágenes que desfilaban silenciosas por la pantalla e intentar adivinar qué decían y hacían. En el fondo, era una buena forma de alejar otros pensamientos. Cada llamada telefónica era un sobresalto; conectaba el aparato, y el rostro en la pantalla era el del inevitable amigo que se había enterado tarde del suceso, con la consiguiente, insoportable e irritante decepción. O su socio, para decirle que se tomara todo el tiempo que creyera necesario para reponerse, que no se preocupara por volver a la oficina. O una amiga íntima de Claudia, que nunca le había caído demasiado bien, para decirle con una voz llena de alusiones que si necesitaba alivio y compañía ella estaba siempre disponible. O un proveedor de Ámsterdam que, sin saber nada de lo ocurrido, le llamaba a su casa para hacerle una consulta de negocios porque en la oficina le habían dicho que no estaba allí en aquellos momentos. O alguien que se había equivocado de número. O más amigos para darle sus condolencias. Cortaba rápidamente todas las comunicaciones, porque no quería mantener ocupada la línea más de lo necesario. Pero la llamada importante, la de Londres, no llegaba.

Al tercer día no pudo resistirlo más; llamó él. Tras varios rostros femeninos de agradables modales e inexpresivas miradas, apareció en la pantalla el del doctor Brown. No, todavía no tenían nada que comunicarle. El primer intento había fallado, pero esto era normal, no había de qué alarmarse. Aquel mismo día iban a proceder a un segundo intento. Sí, por supuesto, apenas supiera algo concreto se lo diría. ¿Cuándo? Bueno, dos días, quizá tres... No debía preocuparse, su encargo estaba en marcha.

La palabra encargo le sonó a Hofenbach dolorosamente fuera de lugar. Pero no dijo nada. Indicó el teléfono de su oficina para que, si no le encontraban en su casa, le llamaran allí.

Al día siguiente intentó reanudar su la vida normal. Regresó a su empresa, dispuesto a reemprender sus labores cotidianas, con la esperanza de que el trabajo fuera tal vez un alivio. Su socio le dijo que cometía una estupidez, que lo que tenía que hacer era tomarse unas largas vacaciones, relajarse e irse a alguna parte, lejos de Madrid. No le hizo caso. Se metió en su despacho y se puso a trabajar furiosamente.

Pronto se dio cuenta de que el ambiente en la oficina era sutilmente distinto a su alrededor. La gente bajaba un poco la voz cuando él pasaba, había ligeras miradas de soslayo, todos evitaban reír o hacer bromas ante su presencia. Había un aire de fingida gravedad en torno suyo. Era absurdo, pensó. Pero también comprensible.

Estamos educados así, en la hipocresía. Sintió deseos de gritarles lo imbéciles que eran. Pero recordó que no hacía mucho, con ocasión de la muerte de un familiar de uno de sus empleados, él también había procedido de aquel modo. Y el pésame que le había dado al hombre, como si realmente lamentara la muerte de aquel familiar a quien ni siquiera conocía, había sido uno de los actos más torpes de su vida.

Pasaron tres días más sin ninguna noticia de Londres. Al cuarto día, cuando ya había decidido volver a llamar a la CIC, su secretaria le pasó la nota de que, en su ausencia, había llamado un tal doctor Brown de Londres. Hofenbach se precipitó a su despacho, cerró la puerta por dentro, aisló la línea telefónica y llamó a Londres.

El negro rostro del doctor Brown exhibía una amplia sonrisa.

—El segundo intento ha sido un éxito, señor Hofenbach. Su clon ya está en marcha.

Sergio Hofenbach sintió un nudo en la garganta que fue incapaz de tragar.

—¿Está seguro de que todo ha ido bien? ¿Nada de malformaciones? ¿Ni taras genéticas? ¿Absolutamente nada?

El doctor Brown pareció algo dolido.

—Bueno, el proceso de desarrollo se halla todavía en un estadio demasiado inicial como para poder decirlo con seguridad, pero a nivel cromosómico le aseguro que no hay ningún problema; de otro modo hubiéramos calificado el intento como un fallo y lo hubiéramos abortado. Le he llamado solamente para anticiparle el éxito del implante. Dentro de unos días recibirá un informe impreso, y luego, cada quince días, le iremos confirmando la evolución. Supongo que deseará que se lo transmitamos a su domicilio. Necesito que me facilite su clave de acceso...

Hofenbach se la dio, y tras unas breves palabras de congratulación el doctor Brown se despidió. Hofenbach permaneció sentado durante largo rato ante su escritorio, con la mirada fija en la pantalla vacía, dejando que la noticia fluyera por todo su cuerpo como un líquido reconfortante. Luego se levantó y salió de su despacho.

—Hoy ya no volveré —le dijo a su secretaria.

Más tarde fue incapaz de decir adónde fue exactamente. Solo recordaría haber andado y andado sin rumbo fijo, quemando las energías retenidas durante tanto tiempo. De pronto se dio cuenta de que ya era de noche, y regresó a su casa. Por un momento, al entrar, tuvo la sensación de que el fantasma de Claudia permeaba el aire. Encendió todas las luces para combatir la sensación de vacío, conectó el televisor y eliminó el sonido. Se sentó ante el aparato como aquella otra vez, inmediatamente después de la muerte de Claudia, y se quedó mirándolo fijamente, sin verlo, mientras su mente vagaba en inciertos espacios.

Se quedó dormido en el sofá, presa de un sueño inquieto lleno de pesadillas que a la mañana siguiente no pudo recordar.

A los dos días le llegó el informe del éxito de la implantación del clon «Sujeto Claudia Robledo Bujaraz-C». Sergio Hofenbach sintió un ligero estremecimiento de desagrado ante la implacable frialdad de aquella terminología: «Sujeto Claudia Robledo Bujaraz-C». El significado de la C final era escandalosamente obvio. El informe en sí no era más que una sucesión de datos bioclínicos completamente incomprensibles para Hofenbach, que se extendían a lo largo de cuatro páginas de apretada letra de ordenador. Lo importante era el resumen final: «Clonación realizada con éxito a nivel celular. Éxito final del sujeto pendiente del buen desarrollo embrionario. Perspectivas: excelentes. Seguirán nuevos informes periódicos».

Y los informes fueron llegando puntualmente, cada quince días. Seguían siendo una relación de datos bioclínicos sin mayor significado para él que un texto en lenguaje binario, pero lo importante era siempre el resumen final, en lenguaje claro y sencillo: «Desarrollo normal, evolución sin incidentes». Esto era lo único que contaba.

En la primera quincena del tercer mes hubo una observación inusual en el resumen: «Ligero desequilibrio en la función hepática entre los días 93 y 97. Corregido con tratamiento AJ-22. Funcionalidad total recuperada el día 100. En observación los días 101 a 104. Episodio dado por concluido. Desarrollo normal, evolución sin incidentes».

Hofenbach se apresuró a llamar al doctor Brown. Este se echó a reír.

—Supongo que ahora comprenderá usted por qué decimos con orgullo que los clones que entregamos son siempre *perfectos*. Cualquier anomalía, por mínima que sea, queda reflejada en nuestros informes. Esta observación indica solamente una ligera inflamación del hígado, a través del cual pasa la sangre de la pseudoplacenta hasta el corazón del feto (por si no lo sabía, le diré que en este estadio el feto aún no respira por sí mismo, por lo que es preciso oxigenar exteriormente su sangre). Es algo que ocurre a menudo con este modelo de úteros artificiales; carece de toda trascendencia y se soluciona fácilmente con una medicación muy simple. Pero lo reflejamos en nuestros informes porque es un *incidente* en el desarrollo. Si realmente se tratara de algún problema grave o que *podiera* tener consecuencias para el clon una vez nacido, por pequeñas que fueran, simplemente consideraríamos el clon *inviabile*, calificaríamos el intento como un fallo, lo abortaríamos y procederíamos de nuevo desde un principio. Así que no se preocupe, sea un padre tranquilo y relajado y espere sin nerviosismos al final del ciclo. Ya falta poco.

Poco. Dos meses todavía. Sergio Hofenbach se daba cuenta de que su trabajo se estaba resintiendo de aquella ansiedad. Había depositado una gran esperanza en aquella pequeña masa de carne que crecía y se desarrollaba a miles de kilómetros de distancia y a la que consideraba ya la hija que —erróneamente, se daba cuenta ahora— él y Claudia habían decidido posponer y que nunca había llegado a concebirse. Una hija que, una vez crecida, sería su esposa.

Pese a todos sus recelos, los dos meses transcurrieron con más rapidez de la que

había esperado y temido. Los informes siguieron llegando con regularidad metronómica sin ninguna indicación que señalara algún problema, y de pronto, en el momento en que menos lo esperaba, recibió una llamada personal del doctor Brown.

—Señor Hofenbach, nuestros instrumentos indican que el momento del parto se acerca. ¿Desea usted asistir a él?

Era una deferencia que la CIC tenía con todos sus clientes, cosa que la mayoría de las otras empresas de clonación no hacían. Hofenbach asintió con la cabeza, incapaz de hallar su voz. Aquella misma tarde tomaba el avión hacia Londres.

Cuando llegó a la CIC todavía faltaban dos días para que se produjera el nacimiento. El doctor Brown le indicó que siempre actuaban con una cierta antelación para garantizarse un margen de seguridad, le recomendó un hotel de negocios cercano al polígono industrial y bien comunicado por ferrocarril elevado con Londres, le sugirió que podía aprovechar el tiempo visitando la ciudad u ocupándose de cualquier tipo de gestión que tuviera que hacer en ella, y le entregó un mensáfono.

—Está sintonizado exclusivamente a nuestra onda, y tiene un alcance de cien kilómetros. Cuando llegue el momento le avisaremos. No se preocupe, nuestros aparatos nos señalan la inminencia del parto con un mínimo de un par de horas de antelación, por lo que le avisaremos con margen suficiente para que pueda acudir a tiempo, esté donde esté dentro del radio del Gran Londres. Aproveche las horas que faltan.

Hofenbach las aprovechó. Visitó algunos proveedores de la capital inglesa, recorrió la ciudad como un turista, cosa que había hecho muy pocas veces en sus visitas anteriores, asistió a espectáculos, durmió con el mensáfono pegado al oído. Cuando le llegó el mensaje estaba en Oxford Street, examinando estúpidamente las secciones de bebés de todos los grandes almacenes alineados en sus aceras. No se molestó en ir a buscar el tren elevado: tomó directamente un taxi, y a la media hora estaba en la CIC.

Tuvo que aguardar, por supuesto. Como buen padre, fumó cigarrillo tras cigarrillo hasta que una enfermera acudió a buscarle para llevarlo a la sala de partos. El tanque había sido retirado de la batería donde había permanecido aquellos cinco meses y conectado a una enorme maquinaria en una sala blanca y aséptica iluminada por poderosos focos que no producían sombras. Estaba sujeto al techo por un complicado juego de poleas conectadas a un armazón de guías que podían moverlo en cualquier dirección. Debajo había una mesa ancha de aspecto acolchado cuya superficie gris no era plana sino que formaba una especie de cuenco con un pequeño orificio en el centro, y que a Hofenbach le dio la extraña impresión de ser un altar pagano, una mesa para sacrificios. El doctor Brown estaba atareado con los aparatos conectados al cilindro, y fue la enfermera que le había acompañado hasta allí —una mujer menuda, pelirroja y pizpireta— la que le fue indicando todos los detalles del proceso. A través de la parte transparente del tanque podía ver una pequeña forma confusa que flotaba

y se agitaba casi perezosamente; Hofenbach se sintió impresionado ante aquella pequeña figura vagamente humana que parecía colgada boca abajo de una flácida cuerda atada a su cintura y agitaba los pies como si estuviera pedaleando al ralentí en una imaginaria bicicleta. Cerró fuertemente los ojos, los volvió a abrir y miró de nuevo, pero la impresión no cambió. Por un momento el feto se giró ligeramente hacia él y pareció abrir los ojos, y Hofenbach tuvo la abrumadora sensación de que le miraba directamente a él con unos ojos enormes, redondos, que no eran en absoluto humanos. Intentó despejar aquella impresión. El doctor Brown, de espaldas a él, se ajetreaba accionando mandos, y Hofenbach pensó que era una extraña forma de obstetricia la que estaba practicando. Entonces se produjo un repentino chapoteo, y un pequeño diluvio cayó sobre el cuenco de la mesa y fue recogido por el pequeño desagüe central.

—Ha roto aguas —dijo la enfermera a su lado.

Aquella expresión le sonó absurda a Hofenbach. ¿Cómo podía romper aguas una máquina? ¿Acaso todavía no habían inventado una terminología propia para el proceso de gestación artificial? ¿O utilizaban la terminología natural como una deferencia a los padres que asistían al parto mecánico, en un absurdo intento de minimizar las diferencias?

El cuerpo en el interior del cilindro descendió hacia su parte inferior a medida que el contenido del tanque se vaciaba y pareció encajarse en un estrechamiento. Hofenbach pensó: sacadla rápido de aquí o va a ahogarse. Pareció como si adivinaran su pensamiento, pues dos de los ayudantes de Brown se situaron a ambos lados del cilindro y accionaron unos cierres, y una especie de trampilla se abrió como los pétalos de una flor, cinco triángulos radiales que quedaron colgando a los lados. Un último chorro de líquido pseudoamniótico, y luego asomó una cabecita.

—El útero artificial reproduce en lo posible el proceso natural del parto —le informó la enfermera a su lado—, aunque de una forma mucho menos traumática que el parto natural, sin el difícil paso por el cuello del útero.

Hofenbach apenas la escuchaba: su atención estaba fija en el cilindro y lo que brotaba por su parte inferior. A partir de aquel momento todo ocurrió con mucha rapidez. Uno de los ayudantes tiró con cuidado de la cabecita, la hizo girar ligeramente, luego cogió el torso, la cintura... No parecía estar tirando del cuerpo, sino que más bien lo acompañaba, lo sujetaba para impedir que cayera por su propio peso sobre la mesa. El cordón umbilical colgó vibrante y algo tenso en una serie de irregulares espirales; uno de los dos ayudantes sujetó a la recién nacida mientras el otro accionaba unas pinzas de presión, cortaba el cordón umbilical muy cerca del cuerpo, y dejaba que el resto de la sección cortada chorreara un líquido espeso y negruzco sobre la mesa. Una enfermera trajo una manta impolutamente blanca. El ayudante que había sujetado a la niña la cogió ahora por los pies, boca abajo, y en un gesto tradicional la sacudió ligeramente y le dio los clásicos azotes en el trasero. El pequeño cuerpecito se contorsionó, hipó, gorgoteó y estalló en un entrecortado y

quejumbroso llanto. La enfermera lo envolvió en la impoluta manta y se lo llevó a una mesa auxiliar donde había agua, jabón y toallas. El trozo de cordón umbilical seccionado que colgaba del interior del tanque ascendió hacia dentro como si alguien tirara de él desde arriba, goteando todavía aquel líquido negruzco y ahora grumoso, y el ayudante accionó un mando y los pétalos inferiores se cerraron de nuevo. El doctor Brown seguía en el panel de control.

Cinco minutos más tarde le era ofrecido a Sergio Hofenbach un pequeño bulto — no debía de pesar más de dos kilos y medio— envuelto en pañales blancos. Entre los pañales asomaba una carita azulada y arrugada, como la de un viejo. Tenía los ojos fuertemente cerrados, y por entre los pañales asomaban unos puñitos apretados con fuerza contra su boca. Hipaba ligeramente.

—¿Ha pensado ya en cómo va a llamarla? —preguntó la enfermera a su lado, en un evidente detalle de cortesía.

Sergio Hofenbach contempló con ojos arrobados aquella pequeña masa de carne que, en valor monetario, le había costado doscientos mil euros. Pero valía la pena. Siempre valdría la pena.

—Claudia, por supuesto —respondió. Y alzó el pequeño bulto y depositó un suave beso en la fruncida frente del ser que, a partir de aquel momento, iba a convertirse en el principal motivo de su vida: su esposa, su hija.

Así se inició la etapa más maravillosa en la vida de Sergio Hofenbach, después de los seis años de su matrimonio con Claudia Robledo Bujaraz. Fue el descubrimiento de todo un mundo nuevo. Contrató a una enfermera para que se ocupara de la niña las veinticuatro horas del día, puesto que él tenía que ausentarse a menudo por motivos de trabajo, pero no tardó en considerar que su hija tenía prioridad sobre todo lo demás. Llegó a un acuerdo con su socio para abandonar parte de sus responsabilidades en la empresa y dedicarse más a realizar investigación en su propia casa. Se instaló un muy completo laboratorio, y pronto no aparecía por las oficinas más que una vez a la semana. Así podía estar más tiempo con Claudia: cuidándola, atendiéndola, o simplemente mimándola.

La aparición de la niña en su vida fue al principio un punto difícil de explicar a los demás, pero la solución no tardó en llegar. Por supuesto, no tenía intención de presentarla como adoptada: era un gesto que no tendría justificación alguna tras la muerte de Claudia. Y tampoco pensaba airear su condición de clon: mientras que la Iglesia católica seguía rechazando categóricamente la clonación como «un inmiscuirse en los asuntos divinos que ofende al Señor», y las partes más reaccionarias de la sociedad llegaban a negar a los clones la cualidad de seres humanos y los calificaban de «engendros de Satán», y las demás confesiones mostraban opiniones de lo más variado al respecto, la creencia popular se mostraba casi unánime en que los clones eran simplemente unos «monstruos de Frankenstein»,

dejando que cada cual valorara el alcance de la definición. El planteamiento que elaboró Hofenbach para explicar la aparición de la niña fue mucho más simple. Claudia había mostrado siempre dificultades para concebir, explicó (de ahí que en seis años aún no hubieran tenido hijos), y por ello, y por consejo de su ginecólogo, se habían decidido por la gestación extracorpórea. Era un método que venía siendo utilizado con bastante frecuencia, había varias empresas solventes que se dedicaban a ello (la propia CIC tenía una división especializada en gestaciones extracorpóreas, creada para rentabilizar al máximo sus baterías de úteros artificiales), y nadie tendría por qué sorprenderse de ello. El proceso se había puesto en marcha cuatro meses antes de la muerte de Claudia, cuando esta sabía ya lo de su cáncer, y esto había sido precisamente un motivo más para decidirse; por desgracia, ella no había podido llegar a ver nunca a su hija. Pero ahí estaba ahora la pequeña Claudia..., el vivo retrato de su madre, se apresuraba a terminar Hofenbach, con una genuina sonrisa de orgullo en su rostro. Todo el mundo aceptó la explicación, y achacó el silencio en el que se había mantenido hasta entonces todo el asunto primero al natural deseo de intimidad de la pareja, y luego a la misma muerte de la madre antes del nacimiento de la niña. Hofenbach se limitó a confirmar todas estas especulaciones y se sintió satisfecho.

Una satisfacción que fue creciendo de día en día, a medida que veía a la pequeña Claudia desarrollarse sana y fuerte. Las etapas normales del crecimiento infantil eran para Hofenbach auténticas proezas dignas de admiración. Los primeros dientes, los primeros gateos, las primeras caídas..., los primeros balbuceos. La primera palabra que pronunció Claudia no fue mamá, sino papá, y Hofenbach se sintió orgulloso de ello.

Apenas cumplir los tres años empezó a acudir a la guardería, donde no tardó en demostrar que era una niña brillante y de comprensión rápida. Antes de los cuatro años sabía leer de corrido, y a los cinco escribía correctamente. Pronto demostró aptitudes especiales para las matemáticas y las lenguas. Dibujaba muy bien, y tenía un arte especial para cantar.

Hofenbach sabía poco de cómo había sido la vida de su esposa antes de los nueve años, antes de que él y su madre se trasladaran con sus abuelos a la urbanización cerca de Madrid y la conociera por primera vez. Los niños, a los diez años, no suelen hablar de sus historias pasadas: solo miran hacia adelante. Pero, en el desarrollo de la pequeña Claudia, Hofenbach creía ver constantemente asomos de la otra Claudia, su madre clónica. En cierto modo, se decía, esas aptitudes y aficiones que demostraba eran antecedentes lógicos de sus intereses futuros. Su esposa se había dedicado a la filología antigua por vocación, y siempre había tenido una voz hermosamente melodiosa. Sus caminos eran paralelos. Como debía ser.

Hofenbach era agnóstico, pero para Claudia se dobló a las creencias católicas de su madre clónica. La bautizó por el rito cristiano, y se ocupó de que recibiera a su debido tiempo los sacramentos de la confirmación y la comunión. Apenas tuvo la edad suficiente empezó a llevarla a menudo consigo en sus viajes. A los cuatro años

sustituyó a la enfermera por una institutriz, que les acompañaba también en muchos de estos viajes. Su esposa, de pequeña, había recibido una educación esmerada en un buen colegio; Hofenbach lo sabía muy bien, él había acudido al mismo. No quería que la pequeña Claudia fuera menos.

Como tampoco quería crearle una dependencia hacia él. La relación hija-padre no debía de ser demasiado fuerte. Desde muy pequeña empezó a inculcarle la idea de que él, más que un padre, era un compañero, un amigo. Desde el momento en que creyó que ella podía entenderlo, y para evitar que oyera historias de otras fuentes, que podían estar más o menos tergiversadas, le explicó la historia *pública* de su origen, el porqué había nacido después de que su madre muriera. La alentó a honrar su recuerdo, a intentar parecerse lo más posible a ella, «que había sido la perfección hecha mujer». También la animó a confiar siempre en él, a contarle todo lo que le ocurriera, a recurrir a él cada vez que lo necesitara. Le abrió los brazos de par en par.

Y así la niña alcanzó los nueve años. Hofenbach no necesitó recurrir a viejas fotografías para poder afirmar que era idéntica a como había sido su madre a aquella edad: los mismos rasgos, las mismas actitudes, la misma voz, incluso la misma forma de echarse el pelo hacia atrás cuando le caía sobre el rostro. Cogía el mismo tipo de rabietas, se apasionaba por las mismas cosas, hasta tenía las mismas fobias. A partir de aquel momento, la vida de Sergio Hofenbach se convirtió en un bendito paraíso de remembranzas. Había sido un hiato de nueve años, pero ahora empezaba su auténtica relación.

Se dedicó a revivir, a través de Claudia, toda su vida pasada. Ciertamente, él tenía veinticinco años más que ella, pero eso no importaba. El niño que había sido allá en casa de sus abuelos maternos a floraba constantemente al influjo de aquella niña, de sus actitudes, sus acciones, sus comentarios. Aquella vez que se cortó con las tijeras del jardín, o cuando aquel compañero de clase, aquel rubio bravucón, le dio un beso furtivo en la clase de química, entre el olor a ácidos y álcalis. Las situaciones no eran las mismas, por supuesto, pero sí lo bastante parecidas como para traerle añorantes recuerdos. Volvía a ser el compañero confidente, y aunque pese a todo la relación era ligeramente distinta, aunque faltaba aquella chispa íntima de confianza y comunicación que traía consigo la igualdad de edades, eso se remediaría con el tiempo. Ella crecería.

Cuando tuvo su primera menstruación, aún no cumplidos los catorce, acudió corriendo a contárselo, excitada y fuera de sí de entusiasmo; le dijo con orgullo que ya era totalmente mujer, y el brillo en sus ojos excitó a Sergio Hofenbach de una forma extraña. Se iniciaba una nueva etapa, pensó, habían dado otro paso. Como cuando habían empezado a crecerle los pechos, y durante un tiempo Hofenbach no pudo apartar muchas veces los ojos de aquellos dos hinchidos capullos en plena floración. Claudia se mostraba desinhibida ante él, un fruto más de la profunda confianza que se había establecido desde hacía años entre los dos, y no le importaba ir desnuda por la casa, y Hofenbach, que la había bañado innumerables veces cuando

pequeña, desviaba ahora la vista de la oscura frondosidad de su sexo, y cuando ella salía de la ducha sin preocuparse de cubrirse con la toalla Hofenbach hallaba siempre de pronto algo que hacer en otra habitación. Ahora, cuando viajaban juntos, ya no ocupaban la misma habitación. A los quince años ella le dijo sin ambages que ya no necesitaba «una guardiana» (así llamaba a su institutriz), y le pidió que la despidiera. Así lo hizo él, con una generosa indemnización, y fue un nuevo paso adelante en la progresión de su vida juntos.

Entonces empezó para ella la época de los amoríos. Hofenbach recordaba las confidencias de adolescentes con su esposa, cuando ella le contaba sus conquistas y él le respondía con las suyas, y hacían comparaciones y se reían, y seguían contándose sus intimidades como dos hermanos intercambiándose confidencias. Ahora la situación era algo distinta: desde la muerte de su esposa Hofenbach no había tenido más que unas pocas aventuras sexuales, que no amorosas, con mujeres ocasionales, que habían ido disminuyendo a medida que Claudia crecía. Pero estaban los recuerdos. «Cuando yo tenía tu edad...». Y ella se reía ante las embellecidas aventuras de juventud que él le contaba para emparejar las suyas. En cierto modo, sin embargo, todo aquello ponía un ligero escozor de celos en el alma de Hofenbach: Claudia era suya, se decía a menudo; era su obra, su propiedad. Pero al mismo tiempo estaba la necesidad que sentía de seguir paso a paso la vieja historia, de recrear los viejos esquemas, de reconstruir los antecedentes que habían conducido a sus seis años de felicidad con Claudia madre para intentar obtener, a partir de un arranque idéntico, los mismos resultados con Claudia hija. Y sonreía cuando Claudia le contaba que creía estar perdidamente enamorada de uno de sus profesores, o que uno de sus compañeros se le había insinuado tan torpemente que no había podido resistir el burlarse maliciosamente de él, o que ella y Juan —aquel Juan era el que aparecía más a menudo en sus historias— habían ido a pasear juntos al lago del Retiro y lo que habían hecho allí.

Y Claudia seguía creciendo y desarrollándose como mujer. Era cada vez más igual que su madre; el pelo ala de cuervo, los ojos negros e intensos, la nariz recta, un poco demasiado afilada quizá, los labios en su justa medida, ni demasiado gruesos ni demasiado finos, los pómulos altos, el mentón enérgico, la frente amplia y despejada, un rostro que algunos considerarían demasiado clásico, otros demasiado frío, pero que para Hofenbach era exquisitamente proporcionado. Tenía el cuerpo esbelto, muy delgado, caderas estrechas, piernas largas, pechos altos y pequeños. Un cuerpo de bailarina, decía Hofenbach riendo, como se lo había dicho en su tiempo a su madre clónica. Con la pelvis demasiado estrecha, añadía, apoyando las manos en las caderas de ella y notando un ligero temblor en sus dedos. Por eso no pudo tenerle de la forma natural. Lo cual no era cierto, pero no importaba.

Conquistada su mente, la presencia física, desinhibida y constante de aquel cuerpo femenino que era una réplica exacta de aquel otro cuerpo que tanto había amado se hacía cada vez más dolorosa para Sergio Hofenbach. Ya no era su hija, sus

relaciones habían avanzado un paso más, se había cubierto otra etapa. Una noche en la que Hofenbach se retiró a dormir pasada la madrugada, después de trabajar en su laboratorio ultimando un proyecto, se detuvo ante la puerta de la habitación de Claudia y, tras una larga pausa de incertidumbre, movido por un impulso irresistible, la abrió y entró con sigilo en el dormitorio. Era el mes de agosto, y el calor era bochornoso pese al aire acondicionado de la casa. Claudia dormía desnuda en su cama, como solía hacer a menudo en verano, con solo una sábana cubriéndola escasamente hasta la cintura. Hofenbach avanzó unos pasos, se detuvo al lado de la cama y la miró durante largo rato. Contempló aquel cuerpo uniformemente bronceado por el sol y sus estancias en las instalaciones nudistas, los pechos pequeños, altos y firmes, los pezones duros, las aréolas fruncidas y muy oscuras. Claudia tenía una sonrisa en los labios, como si estuviera soñando cosas agradables. Hofenbach adelantó una mano, lenta y temblorosa, y, con la furtividad de un ladrón, apartó la sábana que cubría la parte inferior de aquel adorable cuerpo. Contempló con orgullosa admiración las esbeltas formas, la firmeza de los muslos, el definido triángulo del sexo, que parecía como si hubiera sido cuidadosamente depilado en los bordes para formar una figura geométrica perfecta. Sintió deseos de acariciar aquel sexo como lo había hecho innumerables veces con aquel otro, proclamar que era suyo. Sintió la urgencia de desnudarse él también, tenderse en la cama a su lado, atraerla hacia sí, besarla, decirle que ella era Claudia, su esposa, que al fin había regresado a su lado desde la muerte y la oscuridad, y hacerle el amor como se lo había hecho a la otra Claudia aquella primera noche, suave y reposadamente. Pero se contuvo. No, todavía no. Aún no había llegado el momento. Era preciso esperar un poco más. Ya pronto, pero todavía no. Había que cumplir con el ritual. Volvió a cubrirla con la sábana, esta vez hasta más arriba de sus pechos, se inclinó y la besó con suavidad en la frente. Ella murmuró algo ininteligible en su sueño, le rodeó el cuello con sus brazos y lo atrajo hacia sí. Hofenbach sintió un repentino pánico, se desprendió del abrazo y retrocedió precipitado, salió de la habitación y cerró la puerta a sus espaldas. Tenía que esperar, se dijo. Solo sería un poco más.

Claudia tenía entonces diecisiete años.

El último año antes de la mayoría de edad de Claudia fue una tortura para Sergio Hofenbach. A menudo sintió unos irreprimibles deseos de salir en busca de una mujer, cualquier mujer, aunque fuera una prostituta, para aliviar sus tensiones, pero cada vez le contenía un profundo sentimiento de fidelidad. No podía engañar a Claudia con otra mujer, se decía, no sería justo. Era preciso mantener la confianza. Eso le permitía acumular templanza y aguardar. Tal como había formado los planes en su mente, la espera no sería larga.

Por una de esas extrañas casualidades de la vida, el día del dieciocho cumpleaños de Claudia coincidió con la fiesta de graduación de su escuela superior. Sergio

Hofenbach creyó ver en aquello toda una premonición. Claudia estuvo nerviosa durante todo el día; no dejó de hablar de Juan, su amigo de hacía ya varios años, que iba a ser su pareja en la fiesta. Se tomó todo el tiempo del mundo para ducharse, acicalarse y vestirse, y cuando apareció en la sala de estar Hofenbach contuvo el aliento y tuvo que reconocer que estaba radiante, como pocas veces había visto a su madre. Ella se le acercó y dio un par de vueltas ante él, exhibiéndose, derramando perfume a su alrededor, y todo su cuerpo irradiaba un aura de expectante felicidad que puso en el corazón de Hofenbach una tenaza de angustia que intentó ahogar sin conseguirlo por completo. Le preguntó si le gustaba. Tragó saliva y dijo sí, con voz tan ronca que apenas se oyó a sí mismo. Ella se inclinó sobre él y le dio un beso en los labios, como hacía siempre, y le dejó en la boca un irresistible aroma de aliento perfumado.

—No te preocupes por la hora en que vuelva —le dijo mientras se dirigía a la salida—. Vete a dormir, ya te despertaré cuando llegue.

Apenas la puerta se cerró a sus espaldas Hofenbach se dirigió a la ventana y la observó subir a su coche —un Datsun deportivo que le había regalado hacía una semana como anticipo de su mayoría de edad, negro como tus ojos y tu pelo, le había dicho— y dirigirse hacia la zona universitaria. Luego regresó a la sala, se sirvió una generosa copa de brandy y se sentó en su sillón preferido.

Sí, esta sería la noche, se dijo a sí mismo. Todo resultaba premonitorio. La coincidencia de la fiesta y su cumpleaños, como la otra vez. El amigo de Claudia-madre se llamaba Patxi, el de Claudia-hija Juan, pero eso no importaba. No todo podía coincidir exactamente. Estaba convencido de que aquella noche se pelearían. Y de que Claudia volvería a casa al filo de la medianoche, llorando. Y él estaría allí, esperándola para consolarla.

Y, aunque no fuera así, no importaba tampoco. Lo haría de todos modos. Había llegado el momento ineludible. Tenía ahora cuarenta y tres años, se hallaba en la plenitud de su vigor. Se cuidaba. Iba al gimnasio tres veces por semana, jugaba regularmente al tenis y al squash, nadaba cada día en la piscina de la parte de atrás de la casa, tanto en invierno como en verano. No había ni un gramo de grasa superflua en su cuerpo. Todas las mujeres decían que era apuesto, interesante, un buen partido. Algunas le perseguían, muchas se sentían decepcionadas ante su rechazo. Incluso corrían rumores extravagantes acerca de su escasa implicación con el sexo opuesto.

Pero ellas no comprendían. Nadie comprendía. Se levantó, con la copa en la mano, y fue al cuarto de baño. Encendió todas las luces, para que el espejo reflejara su rostro con toda su crudeza. Se examinó atentamente. Ni una arruga, ni una pata de gallo. Unas pocas canas en las sienes, pero esto daba un toque adicional de interés a su rostro. Hubo un tiempo en el que se dejó el bigote, pero Claudia le había dicho que no le gustaba y se lo quitó de inmediato. Su piel tenía el bronceado de las mismas instalaciones nudistas a las que acudía su hija. Estaba en plena forma.

Regresó al sillón. Sí, aquella sería la noche. Pasara lo que pasase, cuando Claudia

volviera de la fiesta le contaría la verdad. Le abriría su corazón. Le explicaría lo que había hecho con ella y por qué. Tal vez fuera difícil al principio, pero estaba seguro de que al final ella lo comprendería. Al fin y al cabo, estaban muy compenetrados, él se había cuidado mucho de que así fuera. Había entre ellos una relación que muy pocas veces podía hallarse entre personas del sexo opuesto, y menos entre padre e hija. Era algo muy parecido a lo que habían tenido su esposa y él. Y ahora había llegado el momento de que fructificara.

Acabó la copa y se sirvió otra. Intentó leer algo, pero no podía concentrarse. Puso la televisión, y durante un rato contempló un estúpido concurso en el que se ofrecían a los concursantes succulentos premios a cambio de hacer el ridículo en público. Debió adormecerse, porque cuando abrió los ojos estaban dando una película de ciencia ficción. Miró el reloj: las once y media. Se sirvió una tercera copa de brandy.

No iba a dormirse. Esperaría allí, despierto. Así, cuando Claudia entrara, aunque no hubiera pasado nada entre ella y Juan, sabría que su padre tenía algo importante que decirle. Las cosas funcionaban así entre ellos dos.

La película de ciencia ficción era mediocre, llena de efectos especiales pero vacía de contenido. Las evoluciones de los astronautas en torno a una nave averiada no tenían el menor interés. Cambió de canal, luego cambió de nuevo, luego de nuevo y de nuevo. En ninguno de los doce daban nada que valiera la pena. Pasó a los canales por cable. En uno de ellos daban una película pornográfica. La típica actriz de cine porno, abundante melena rubia, grandes tetas, anchas caderas, era fornicada frenéticamente por un individuo, sodomizada por otro, y hacía con todo entusiasmo una felación a un tercero. Durante unos instantes contempló sus acrobáticas contorsiones y los rictus de fingido placer de sus rostros, y se dijo que en realidad el sexo era algo mucho más relajado y tranquilo que aquello. Al menos, el sexo que había habido entre él y su esposa. El sexo que él quería. Cambió de canal.

Un violento frenazo delante de la casa lo sacudió de pies a cabeza. Miró el reloj. Las doce y tres minutos. Todo de acuerdo con el ritual. Sintió un nudo en la garganta. Fue a la ventana. Allá delante estaba el Datsun negro de Claudia, y esta avanzaba con paso tambaleante por el sendero que conducía a la puerta de entrada. Era imposible apreciarlo con claridad desde allí, pero algo en su interior le dijo que estaba llorando.

Fue hacia la puerta, con el corazón golpeando con violencia contra su pecho. Abrió la hoja un segundo antes de que Claudia llegara a ella. Allí estaba, con el maquillaje corrido, los ojos desbordantes de lágrimas, unos surcos empapados en sus mejillas. Tenía el traje —aquel maravilloso traje dorado, ceñido, sin tirantes, de generoso escote, que se había puesto para la ocasión— desgarrado, tenía que sujetarlo con una mano por delante para que no cayera hacia un lado, y pese a todo dejaba al descubierto uno de sus pechos. Durante unos segundos se miraron el uno al otro, sin hablar. Luego Hofenbach avanzó un par de pasos, tendió los brazos.

—Querida...

Y Claudia reaccionó de la forma más impensada. Lo empujó hacia atrás y a un

lado, casi con violencia, entró, cerró tras ella de un portazo con el pie y avanzó hacia el centro de la sala de estar. Allí se detuvo y se dio la vuelta, con un gesto brusco que la enfrentó a Hofenbach. Seguía llorando, pero ahora Hofenbach vio algo más que lágrimas en sus ojos..., una furia como jamás había visto antes en ella.

—¿Por qué no me lo dijiste nunca? —estalló Claudia, con voz entrecortada pero lo suficientemente enérgica como para que Hofenbach se diera cuenta de que rezumaba mucho más que dolor—. ¿Por qué?

Hofenbach se sintió desconcertado. El rostro de su hija revelaba ira, decepción, angustia..., y algo infinitamente más profundo que era incapaz de discernir.

—¿Decirte? ¿El qué?

Claudia hizo una profunda inspiración, como si necesitara todo su aliento para pronunciar las palabras, como si deseara transmitirles toda la fuerza que era capaz de reunir.

—Que no soy tu hija, —su voz fue apenas un siseo—. Que ni siquiera soy hija de mi madre. Que me has estado engañando todo este tiempo, desde que nací. ¡Que no soy más que un inmundo, asqueroso, repugnante y jodido clon!

Fue como un mazazo, el impacto de un golpe físico directo a la boca de su estómago. Boqueó. No, no era posible. Durante todos aquellos años había creído que su secreto estaba a buen recaudo, que nadie llegaría a descubrirlo nunca. Claro que era imposible borrar totalmente las huellas de los orígenes de un clon. El registro civil, por ejemplo. Durante los primeros años los registradores se habían negado incluso a inscribir a los clones, que eran considerados como «no personas». Luego se consiguió, aunque no sin una ardua lucha, arrancar este derecho, pero como era lógico en la inscripción figuraba solamente el nombre del padre o de la madre clónicos, y a continuación una letra C. Era el signo de la ignominia, como la letra escarlata de la mujer adúltera, que afortunadamente la mayoría de las veces quedaba enterrado de por vida en unos registros caducos que, frente a los nuevos sistemas de identificación instantánea, raras veces se consultaban.

Sin embargo, siempre había husmeadores, curiosos.

—Claudia, yo... ¿Quién te lo ha dicho?

La voz de Claudia era ahora todo fuego y hielo a la vez.

—Juan. Mi querido Juan. Fue casi al final de la fiesta, ¿sabes? Todo había ido muy bien, hasta que de pronto... Supongo que alguien se lo dijo entonces, le trajo el documento, no sé. Y él se apresuró a decírselo a todos los demás. De modo que a los pocos momentos todos lo sabían. Todos los que eran amigos míos. Me llevaron a una habitación, una veintena de ellos quizá. Y saltaron todos sobre mí. Lo hicieron..., oh, no sabes cómo lo hicieron. Es increíble la capacidad para hacer daño que puede tener la gente. Tuve que oír cosas horribles de sus labios. Gente que había sido amiga mía. Dijeron que los clones son siempre *fabricados* para servir a unas utilidades muy concretas. Dijeron que tú sabías muy bien lo que hacías cuando me *fabricaste*. Que yo no era más que tu juguete, que para esto me habías creado. Que seguro que jodía

contigo. Que no era más que el sustituto de mi madre muerta. ¿Qué mejor sustituto que su propio clon, exactamente igual que ella, criada y educada de la misma forma que ella para que fuera su réplica exacta? Se burlaron de mí. Pero también estaban furiosos. Lo que no me perdonaban era que les hubiera engañado. Que hubiera intentado aparentar lo que no era. Que hubiera querido pasar por un ser *normal*. Que les hubiera ocultado que era una *cosa*. Que les hubiera engañado deliberadamente. Que me hubiera mezclado con ellos, que hubiera fingido... ¡Yo nunca he fingido! Les dije que aquello no era cierto, que yo no era ningún clon. Pero no me creyeron. Se rieron de mí. Les dije que eran unos mentirosos, que todo aquello era una difamación, que me lo probaran. Y entonces Juan me puso delante de los ojos una copia de impresora, certificada con todos los códigos de acceso del banco de datos, de una inscripción en el registro civil. *Mi* inscripción. Habían rodeado la C detrás del nombre con anillos concéntricos de rotuladores fluorescentes, amarillo, verde, azul, rojo... No me llamo Claudia Hofenbach Robledo, me llamo Claudia Robledo Bujaraz-C. Con una infamante C mayúscula.

Cerró apretadamente los ojos, como si quisiera eliminar de sus retinas una imagen que le había quedado indeleblemente grabada a fuego para todo el resto de su vida. Retiró la mano con la que sujetaba la parte delantera de su vestido y lo dejó caer, flácido como un faldón, a su costado. Quedó desnuda de cintura para arriba. No pareció importarle.

—Y entonces... —Su rostro se crispó—. Entonces Juan se lanzó sobre mí. Me agarró y me echó sobre la cama de la habitación. Dijo que nunca había jodido con un clon *sabiendo* que era un clon, que lo que hubiéramos hecho antes él y yo no contaba. Me arrancó violentamente la ropa. Intenté luchar contra él, pero los demás estaban excitados y se habían puesto todos de su parte. Me sujetaron entre varios. Y entonces Juan, Juan..., me violó. Con furia. Poniendo en ello toda su saña. Y cuando acabó, invitó a los demás a que hicieran lo mismo. Y varios de ellos aceptaron entre bromas y risas, lo consideraron divertido y excitante. Fueron cuatro o cinco, no sé. Y durante todo el rato las muchachas se quedaron mirando con interés, riendo también. Era algo nuevo para ellas. Vaya, un clon, allí, en aquella situación..., era toda una experiencia. Cuando acabaron, Juan recogió las ropas desgarradas del suelo y me las tiró, y me dijo que me largara, que me fuera de allí y que no volviera a ponerme nunca más delante de ninguno de ellos, y me llamó... *cosa*. Pude oír las carcajadas de todos ellos a mis espaldas cuando bajé corriendo las escaleras, desnuda todavía, sujetando los restos de mi traje delante de mí, y crucé la sala principal sin importarme las miradas de los que estaban allí y no sabían lo que había pasado. Ya no me importaba nada. Nada...

Sergio Hofenbach tragó saliva con dificultad. Avanzó un paso, se detuvo. Quiso tenderle las manos a su hija, abrazarla, pero su intento murió antes de empezar.

—Claudia... —fue lo único que consiguió decir.

Ella abrió por fin los ojos. Su mirada era un compendio de dolor y de reproche.

Tenía múltiples arañazos en los pechos, y en su costado un largo rasguño había sangrado brevemente antes de coagularse dejando una marca negra, como un latigazo. Pero las heridas no estaban en su cuerpo. Hofenbach Intentó tenderle de nuevo las manos.

—No me toques —dijo ella con un estremecimiento; retrocedió dos pasos—. Por Dios, no lo hagas.

Hofenbach volvió a dejar caer los brazos. Se dirigió al sofá y se derrumbó pesadamente en él. Con lentitud, como quien desgrana una confesión, sin alzar ni una sola vez la vista hacia ella, se sinceró por completo. Se lo contó todo. Lo mucho que había querido a su madre, los felices años de su matrimonio, luego el duro golpe de su enfermedad y luego su irremediable muerte. Su rebeldía a sentirse abandonado, a quedarse solo. La idea del clonaje como la gran solución. Había parecido ideal en aquel momento. La oportunidad de recuperar a la esposa muerta, aunque fuera a largo plazo. Luego, los años dichosos que había vivido con ella, criándola, cuidándola, viendo como crecía, atendiendo a sus necesidades, gozando de su compañía. Era tan igual a la otra Claudia...

—Querías que me convirtiera en un sustituto de ella. En el fondo Juan tenía razón. ¿Por qué no lo has hecho todavía? ¿Por qué aún no te has acostado nunca conmigo?

No había rencor en aquellas palabras, solo perplejidad. En un mundo en el que los abusos sexuales de padres a hijos eran moneda corriente, y los complejos de Edipo y Electra no tenían ya ningún significado, aquello debía de parecerle extraño. ¿Qué podía decirle? ¿Que simplemente había estado aguardando el momento, siempre aguardando el momento, viviendo la ilusión, haciéndola durar, como había hecho siempre? ¿Que en el fondo se había aferrado toda su vida a un ideal, a intentar reproducir la historia pasada como si se tratara de un ritual místico? De pronto se dio cuenta de que nada de aquello tenía sentido. Negó lentamente con la cabeza.

—No es eso, Claudia. De veras. Yo..., lo que siempre he querido ha sido solo tu compañía. —Sabiendo que era una mentira, sabiendo que ella sabía que era una mentira.

—Pero eso no iba a durar siempre.

—Sí. Ahora me doy cuenta de ello.

—¿Por qué me ocultaste siempre que soy un clon?

Sergio Hofenbach se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez porque sabía cómo el mundo consideraba a los clones, y quería que tú te sintieras una persona, *fuera* una persona. Ahora me doy cuenta de que todo hubiera sido más fácil si te lo hubiera dicho desde un principio, de ese modo te hubiera tenido atada para siempre a mi lado. Pero... no era eso lo que quería.

Ella se dirigió lentamente al sofá y se sentó a su lado, dejando una clara distancia entre ambos. Unió las manos en su regazo. Durante un rato no dijo nada.

Al final murmuró:

—Pensabas convertirme en el sustituto de... mamá. —Le costó pronunciar la última palabra.

Hofenbach no respondió. Tenía los ojos fijos en el suelo, en un punto concreto entre las puntas de sus pies. Tras un momento, al ver que él no decía nada, Claudia insistió, con toda la crudeza de que fue capaz:

—Reconócelo. Pensabas... *joder* conmigo, como si yo fuera ella.

Esta vez Hofenbach sí alzó la vista. Claudia se había vuelto ligeramente hacia él, sentada de lado en el sofá. Ya no lloraba, y las huellas secas de sus lágrimas anteriores parecían haber arado profundos surcos en su rostro a la luz lateral de la lámpara de pie. Quiso decir algo, pero fue incapaz. Ella se volvió más hacia él, levantó la pierna izquierda y la apoyó contra el respaldo del sofá, entre los dos, casi rozando el hombro de él con el pie, mientras dejaba la otra colgando. Durante unos instantes permaneció así, con las piernas abiertas, como ofreciéndose.

—Está bien. Adelante, hazlo. Para esto me *fabricaste*, ¿no?

Hofenbach tragó saliva. Deseaba desesperadamente beber algo, lo necesitaba. Pero no podía. No ahora.

—He intentado explicártelo —murmuró con voz ronca—. No es esto, Claudia. De veras. —Mientras una voz muy dentro de él le decía: «Sí, sí es esto. Adelante, tómala. Es esto lo que has esperado desde siempre, ¿no? Para esto la has estado preparando durante dieciocho años. Y esta es la noche, y ella está por fin dispuesta». Pero otra voz le decía que no, que no lo quería así, que nunca lo había querido así. Que las cosas no habían sido jamás de aquel modo con su esposa, y que no podía iniciar así una relación. No podía cometer una tal torpeza—. Lo único que he querido siempre... —empezó. Adelantó una mano y acarició ligeramente el tobillo de Claudia. Notó un ligero estremecimiento en la piel de ella, pero no retiró la pierna—. Bueno, admito que quizás en algunos momentos sí pensara... Pero no eran más que sueños, esos sueños que todos acariciamos sabiendo que nunca van a convertirse en realidad. —Se dio cuenta de que estaba pronunciando aquellas palabras con creciente convicción, de que él mismo empezaba a creerlas—. Puede que al principio pensara otra cosa, sí —reconoció—. De hecho, hace apenas unas horas pasó por mi cabeza la idea de que tú y yo... —Dejó morir la frase—. Pero ahora me doy cuenta de hubiera sido un error. El sexo es solo algo accesorio, un componente más que hemos unido, siguiendo pautas ancestrales, a la idea del matrimonio, de la unión de la pareja hombre-mujer. Pero no es algo exclusivo, ni siquiera es lo más importante. ¿Sabes?, ahora me doy cuenta de que en realidad lo que más ha importado, lo que más he temido en mi vida ha sido siempre la soledad. Y cuando supe que Claudia iba a morir... Bueno, sabía que nunca iba a encontrar en todo el mundo a nadie como ella. Así que tú..., tú... —Se interrumpió. Inspiró profundamente antes de proseguir—. Quise que tú fueras como ella, es cierto. No era tan difícil, puesto que en el fondo *eres* ella. Y te eduqué para que *fueras* ella. Pero ahora comprendo que en el fondo no deseaba que la sustituyeras. Quizás esto explique por qué he ido retrasándolo todo,

responda a tu pregunta de por qué no me he... acostado contigo. Todo lo que deseaba era seguir teniéndola a mi lado, aunque fuera por vía interpuesta. Tener su..., tu compañía. Y ahora me doy cuenta de que lo más importante que me ha ocurrido en mi vida han sido precisamente todos estos años que me has dado. Más incluso que mi matrimonio, porque las experiencias han sido mucho más completas.

Ella le miró durante largo rato, como si escrutara la verdad en el fondo de sus ojos. Bajó la pierna del sofá, volvió a cubrirse el pecho con el vestido. Y luego, de pronto:

—Oh, papá —estalló, y se arrojó a sus brazos. Sergio Hofenbach la recibió entre ellos, la abrazó con fuerza, como un padre abrazaría a una hija, protectoramente. Los sollozos se hicieron ahora incontenibles, y él dejó que fluyeran con toda libertad. Acarició suavemente el pelo de Claudia en un gesto tranquilizador, relajante. Ninguno de los dos dijo nada. Tras todos aquellos años, y en el transcurso de un solo instante, ambos se habían comprendido en aquella nueva situación que acababa de plantearse. Ella había visto en los ojos de él todo lo que había pasado por su corazón y por su mente durante todo aquel tiempo, todos sus sufrimientos, sus angustias y sus esperanzas, y él había comprendido que en cierto modo acababa de perderla, acababa de perder a Claudia la esposa, pero que seguía teniendo, quizá más que nunca, a Claudia la hija. Las cosas nunca volverían a ser como habían sido antes entre ellos, pero tal vez gracias a aquello se iniciara una nueva relación. Habían accedido ambos a otra etapa de sus vidas.

Pasaron mucho tiempo así, ella sollozando con el rostro hundido en el pecho de él, él acariciando su cabello y dejando que se desahogara hasta lo más profundo. Los sollozos se fueron haciendo menos intensos y finalmente cesaron. Al cabo de un rato Hofenbach se dio cuenta de que Claudia se había quedado dormida, vencida por la tensión y el agotamiento de aquella noche. No se movió. Siguió acariciándole el cabello, en un gesto casi automático, mientras su mente daba vueltas y más vueltas a la insondable eternidad que habían sido aquellos últimos minutos y pensaba en cómo un breve instante puede trastocar por completo una vida, dos vidas..., muchas vidas. Ya no quería pensar en si había actuado bien o mal a lo largo de todos aquellos años, en si había hecho lo correcto o se había equivocado desde un principio. Quizás el mal no residiera en él sino en todos los demás, aquellos estúpidos que habían ido a hurgar en unos papeles de hacía dieciocho años para desenterrar una verdad que no le importaba absolutamente a nadie. Él, estaba seguro, había hecho lo correcto, aunque al final las cosas no hubieran salido como esperaba.

No supo cuánto tiempo pasó así. Al final él también se quedó dormido, acariciando el cabello de aquel adorable cuerpo femenino que, se daba cuenta ahora con creciente certitud, ya no era el de su esposa, y quizá tampoco el de su hija, y que ya jamás sería suyo.

Cuando despertó, Claudia no estaba junto a él.

La luz del sol entraba a raudales por las ventanas. Debía de ser media mañana. Miró a su alrededor. Olía ligeramente a café. Fue a la cocina; Claudia no estaba allí, aunque había una cafetera recién hecha al lado del fuego. Hoy era el día libre de la asistente, por eso nadie le había despertado.

Subió al piso superior y se dirigió a la habitación de Claudia. Allí estaba, haciendo las maletas. Hofenbach se detuvo en el umbral.

—¿Qué haces?

Claudia levantó la vista. Llevaba puestos unos pantalones tejanos y una blusa a cuadros roja y blanca. Ante ella tenía una maleta pequeña, que estaba acabando de llenar, y a un lado una bolsa de hombro, ya llena y cerrada. En un rincón del cuarto había un montón de ropa tirada en el suelo, a todas luces desechada.

—Me voy —dijo.

Era indudable que esperaba alguna protesta, una negativa por parte de él. Pero en aquellos momentos Hofenbach era incapaz de imponerse en nada. Bajó la cabeza.

—¿Adónde?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. A alguna parte.

—Puedes quedarte aquí. —Su voz sonó tímida—. Entre nosotros no ha cambiado nada.

—No nos engañemos. —Evitó deliberadamente llamarle papá, aunque estuvo a punto de escapársele—. Yo he cambiado. No puedo seguir aquí. Por ti. Y por mí. Y también por todos los demás. ¿Crees que puedo ir a la escuela, a la universidad, tener amigos, rodearme de gente, sabiendo lo que soy..., sabiendo que todos saben lo que soy?

—Hay gente que lo hace. —Fue una débil protesta.

Ella asintió con la cabeza. En ningún momento había dejado de colocar cosas en la maleta.

—Sí, he leído cosas al respecto. Conozco algunas historias. No quiero pasar por nada de eso. Después de dieciocho años creyendo otra cosa, no estoy preparada.

Hofenbach asintió con la cabeza. Comprendía la postura de su hija, aunque le doliera en lo más profundo.

—Iré a algún sitio donde nadie me conozca —dijo Claudia—. Seguiré ocultando mi auténtica naturaleza. Después de todo, parece que lo he hecho con éxito durante dieciocho años, ¿no? Ni siquiera yo llegué a saberlo. —Había sarcasmo en su voz—. Y, si alguien descubre la verdad, me iré a otro sitio. Y a otro si es necesario. Hasta que pueda enfrentarme públicamente a la verdad y vivir con ella. Ahora, de momento, no puedo. Lo siento.

—Claudia, todo lo que yo pueda hacer...

—No te preocupes. Ya has hecho mucho. Durante todos estos años has sido muy generoso conmigo; esto no puedo reprochártelo. Tengo dinero ahorrado. Al menos

para vivir un cierto tiempo sin tener que preocuparme. Luego ya encontraré algo. Soy lista y hábil. Me enseñaste bien. Esto tampoco puedo reprochártelo. —Su voz implicaba que sí podía reprocharle muchas otras cosas.

Hofenbach tragó aquellas palabras como si fueran bilis, fingió ignorarlas.

—Pero no necesitas preocuparte. Comprendo lo que sientes y que desees marcharte de aquí. Hazlo. Viaja. Dime donde estás, y te mandaré dinero. Tómate el tiempo que necesites para pensar bien las cosas. Luego...

—No. —La respuesta fue tajante—. No voy a volver. Hazte a la idea, por favor. Soy incapaz de ello. Me doy cuenta de que no puedo odiarte, pero... siento lástima por ti. Y esto se interpondría siempre entre nosotros.

Hofenbach calló. No tenía nada que decir, ella lo había dicho ya todo. Claudia cerró la maleta, la cogió, y se echó la bolsa al hombro.

—¿Sabes? Pensaba irme antes de que despertaras. Dejarte una nota..., o ni siquiera eso. Ahora me alegra de que hayamos podido hablar una última vez. Ha acabado de aliviarme.

Hofenbach sintió deseos de gritarle que se quedara, que no podía abandonarle ahora, que la necesitaba más que nunca. Sintió deseos de suplicar, de llorar, de amenazar, de obligar. Pero sabía que nada de aquello surtiría efecto.

—Claudia, si alguna vez necesitas algo...

—Lo sé. Si me siento tan desesperada como para ello, recurriré a ti, puedes estar seguro. Pero no confíes demasiado. Tendrían que irme muy mal las cosas.

Bajó las escaleras, y Hofenbach la siguió. En la entrada, con la puerta abierta, se detuvo un último instante y se volvió hacia él.

—Me llevo el Datsun. Lo consideraré un regalo de... despedida. Adiós.

Hofenbach intentó decir una última cosa, algo que congelara de algún modo aquel instante, pero no pudo hallar ninguna palabra. En un último gesto espontáneo, ella se le acercó y le besó. Fue un beso leve, casi un aleteo; no en la boca como se los daba siempre, sino en la mejilla. Dejó un pequeño rastro de humedad. Luego se alejó, colocó la maleta y la bolsa en el asiento trasero del coche, se puso al volante y arrancó con la brusquedad característica de todos los conductores jóvenes.

Hofenbach se quedó mirando durante largo rato el punto por el que había desaparecido el coche allá en la esquina, con la absoluta convicción de que era la última vez que la veía. Una nueva etapa de su vida acababa de irse, casi antes incluso de haber comenzado. Pero esta vez era como si las páginas de un libro se hubieran cerrado definitivamente. Y no tenía la llave que pudiera volver a abrirlo de nuevo.

Los días que siguieron fueron una tortura para Sergio Hofenbach. La primera semana vivió pendiente del teléfono, esperando que Claudia hubiera cambiado de opinión y le llamara diciéndole que quería volver. Le respondería que no se preocupara, que cambiarían de ciudad, incluso de país si ella quería, irían a un lugar donde nadie les

conociera. Empezarían de nuevo. Pero Claudia no llamó, como en el fondo sabía que no lo haría.

A la semana contrató a un detective. No quería seguirla, y mucho menos espiarla. Solo deseaba saber dónde estaba, si las cosas le iban bien, si era necesario ayudarla, aunque fuera de una forma anónima. Solo quería velar por su seguridad. O al menos eso se decía.

La agencia de detectives, una de las mejores del país, le pasó su primer informe a los tres días. Claudia había ido primero a Barcelona, luego había pasado a Francia. Había residido dos días en Narbona —sabía que tenía a una amiga allí, una que era imposible que se hubiera enterado de la verdad de su origen—, luego había seguido hacia el norte. Su pista desaparecía en París. Seguían las pesquisas.

Una semana más tarde llegó el segundo informe. Había sido localizada en París: estaba viviendo con un hombre, un periodista de la televisión estatal francesa. El informe indicaba la dirección y el número de teléfono de la vivienda que ocupaban. Hofenbach pensó en llamar, incluso empezó a marcar el número, pero colgó antes de que se estableciera la comunicación. Era incapaz de enfrentarse al rostro de Claudia a través de la pantalla. ¿Qué podía decirle? ¿Y qué le diría ella?

Al mes recibió otro informe: Claudia había abandonado bruscamente al periodista y se había marchado de París. Los últimos datos la situaban en Milán, aunque todavía no había sido localizada con precisión.

A los dos días de llegarle el informe recibió un correo. Procedía de Giussano, un pequeño pueblo muy cerca de Milán. Era una breve nota garabateada a prisa: «Deja de hacer que me sigan. No te pertenezco. Claudia-C». Había un énfasis especial en la última C, casi un desafío.

Llamó a la agencia de detectives y ordenó que abandonaran las pesquisas.

Luego pasó dos días sumido en la más profunda depresión. Hacía ya un mes desde la noche del dieciocho cumpleaños de Claudia, y había sido como diez años. El espejo le devolvía un rostro avejentado, con grandes patas de gallo y muchas más canas. No podía seguir así.

Al tercer día, tras una noche insomne de tortura y licor, tomó la decisión. Aquella misma tarde volaba hacia Londres.

El vestíbulo de recepción había sido redecorado, ahora en tonos pastel, con falsas vidrieras polícromas abstractas iluminadas desde dentro, siguiendo la última moda. La recepcionista, tras un funcional escritorio de metal y fibra de vidrio, seguía siendo pelirroja, vestida al último grito, con un pecho al aire y el pezón adornado con una gran gema de bisutería. El doctor Brown había sido promovido a jefe de departamento y ya no se ocupaba de atender a los clientes, pero le pasó con el doctor Abranapha, cuyo rostro ocultaba menos aún que su nombre sus orígenes hindúes. Escuchó atentamente a Sergio Hofenbach, luego pidió su dossier al archivo y lo

examinó con atención.

—¿Ha habido algún problema con el clon anterior, señor Hofenbach? —preguntó con una solicitud untuosamente profesional.

—No, ninguno, doctor... Abranaptha. Todo fue perfectamente.

—Llámeme Abra, por favor. Entonces, ¿cuál es...?

Hofenbach se agitó en su silla. Le desagradaba hablar de aquello ante un desconocido. Pensó que con el doctor Brown hubiera sido diferente.

—¿Acaso existe algún problema en atender mi solicitud?

—¡Oh, no, por supuesto! Acabo de comprobarlo, y tenemos el material genético para una nueva clonación archivado en nuestros bancos y en perfectas condiciones. Mañana mismo podemos iniciar una nueva clonación, si usted lo desea.

—Esto es precisamente lo que deseo.

El hindú enarcó una ceja. La pregunta era evidente. Hofenbach carraspeó.

—Mire, doctor... Abra, creo que los motivos que pueda tener un cliente al venir aquí en busca de sus servicios son algo estrictamente personal, pero dada su... curiosidad, se lo explicaré. Cuando vine la primera vez deseaba tener una hija de mi difunta esposa, vivir todas las alegrías de la paternidad que no había podido conocer con ella, ya que no habíamos podido ser padres antes de que mi matrimonio fuera destrozado de una manera tan... terrible. Durante estos dieciocho años he sido el hombre más feliz del universo. Pero mi hija —se negaba a llamarla el clon de su esposa— ha crecido, y ha iniciado su propia vida. Tiene todo el derecho, por supuesto. Pero yo no quiero que esto termine. Todavía soy joven, doctor. Tengo cuarenta y tres años. Puedo ser perfectamente padre de nuevo. ¿Le satisface esta explicación?

El doctor Abranaptha sonrió profesionalmente, sin acusar la abierta censura que había en las palabras de su interlocutor y sin dar la menor muestra de si creía o no aquella historia. Por delante de aquel escritorio pasaban muchas personas al cabo del año, con los más variados motivos para solicitar una clonación. Bien, aquel podía ser calificado simplemente como uno más.

—Por supuesto, señor Hofenbach. No querría que pensara usted que me mueve una... malsana curiosidad. Es simplemente para reflejarlo en el informe. Por mi parte su explicación es completamente satisfactoria. ¿Desea visitar nuestras instalaciones? Se han efectuado algunas mejoras desde que estuvo aquí la vez anterior, pero en el fondo son idénticas. ¿No? Muy bien. Entonces aguarde unos momentos y prepararemos los contratos.

Media hora más tarde, Sergio Hofenbach salía del edificio de la Compañía de Investigaciones Clónicas a un radiante día de finales de verano. Se sentía satisfecho. El doctor Abranaptha le había señalado que los problemas iniciales de implantación clónica que existían la vez anterior habían sido subsanados hacía tiempo, y que ahora

las nuevas técnicas de clonación garantizaban un noventa y cuatro por ciento de éxitos en el primer intento. Mañana mismo iniciarían el proceso, y calculaba que en cuatro-cinco días podrían confirmarle el éxito del implante y el inicio del desarrollo del feto. Dentro de cinco meses tendría entre sus brazos un nuevo ser pequeñito, azulado y lleno de arrugas que sería lo más adorable del mundo. Y un ciclo de su vida se cerraría, y empezaría uno nuevo.

No odiaba a Claudia. Por supuesto que no. La comprendía. Tenía derecho a vivir su propia vida. Él no podía retenerla. Hubiera sido muy hermoso que se hubiera quedado con él y hubiera ocupado el lugar de su esposa, pero las cosas no habían salido así, y no debía lamentarse. Ahora se daba cuenta de que se había equivocado desde un principio en sus planteamientos. Había vivido con unas expectativas irreales. Casi las mismas expectativas que tenía la gente en general con respecto a los clones. No eran cosas. No eran propiedades, animales, objetos. Eran personas vivas, sensibles, idénticas a cualquier otra, con sus deseos y necesidades, sus angustias y sus dolores, sus deberes y sus libertades. No podía forzarles a hacer nada que ellos no quisieran hacer. Todos los conflictos que aparecían frecuentemente en los periódicos eran debidos a la transgresión, por una u otra parte, de esta regla no escrita pero básica.

Y él, sin querer ver el mundo que le rodeaba, había vivido un sueño irreal. Había esperado recobrar a su esposa, y su esposa llevaba dieciocho años muerta. Un clon no es tampoco un duplicado. Había tardado todo este tiempo en darse cuenta de ello, había necesitado una angustiada noche frente a su hija para comprenderlo. Y en el proceso quizás había destruido la vida de ella. Pero podía remediarlo de alguna forma. Podía intentarlo de nuevo.

Y ahora lo haría mejor. Lo que importaba era tenerla a su lado, verla crecer, gozar con su presencia. Todo lo demás eran puras fantasías. Por supuesto, iba a tener que buscar alguna explicación para la aparición en su vida de una nueva hija, a los cuarenta y tres años, pero había soluciones. ¿El fruto de un desliz, del que su madre se había desentendido y él se había hecho cargo? Empezaría no cometiendo el mismo error de la otra vez: ahora la registraría en Londres, los de la CIC le habían dicho que ellos podían encargarse de todos los trámites. Así sus orígenes quedarían más diluidos, nadie podría hurgar fácilmente en ellos. Y así podrían vivir tranquilos. Y juntos.

¿Hasta cuándo? No importaba. Lo único importante era vivir *juntos*. Sabía que podría contar al menos con otros dieciocho años de felicidad —o solo quince, o doce, o diez, no importaba—, eso nadie podría quitárselo. Luego, si la nueva Claudia —porque, por supuesto, pensaba llamarla también Claudia— decidía marcharse a vivir su propia vida, no se lo impediría tampoco. Sería *su* vida. Él se conformaría con los años de compañía que quisiera darle.

Y no querría nada sexual de ella. Renunciaría a todas sus ilusiones. Ya no sería su esposa, solo su hija. Y, cuando finalmente se fuera... Bien, en la CIC todavía quedaba

suficiente material genético para otras cuarenta clonaciones como mínimo, y él no iba a necesitar tantas. Una más, quizá. Entonces tendría a lo sumo sesenta y un años, todavía no demasiado viejo para vivir las emociones de ser padre. Podría empezar de nuevo una tercera vez. Pese a todo, siempre se puede empezar de nuevo.

Silbando alegremente, se dirigió al centro de Londres, a mirar las secciones de bebés de los almacenes de Oxford Street.

MENSAJERO DE DIOS

Rodolfo Martínez

Rodolfo Martínez (Candás, Asturias, 1965) es programador informático y con toda probabilidad el escritor fantástico más prolífico y galardonado de la historia en España. Narrador de estilo dinámico que gusta de la fusión de géneros, en su bibliografía destacan los *cyberpunks* *La sonrisa del gato* (1995) y *El sueño del rey rojo* (2004), la *Space Opera* *Tierra de nadie: Jormungand* (1996, premio Ignotus), y las obras de fantasía urbana *Los sicarios del cielo* (2005, premio Minotauro) y *Fieramente humano* (2011, premio Ignotus). Ha escrito varios pastiches holmesianos de corte fantástico y una serie de acción protagonizada por una especie de **James Bond** de un universo alternativo en donde rigen unas reglas físicas especiales: *El adepto de la reina* (2009). Su producción breve se encuentra recogida en *Callejones sin salida* (2005), *Laberinto de espejos* (2011) y *Horizonte de sucesos* (2011). Es también editor del sello Sportula.

La sabiduría de los muertos, primero de sus pastiches holmesianos, es su novela más internacional, al haber sido traducida al francés, portugués, turco y polaco. En inglés podemos encontrar *The Queen's Adept* y *Cat's Whirl*; también ha traducido al castellano *La máquina del tiempo* de **H. G. Wells** y *La torre del elefante* de **Robert E. Howard**, entre otros.

«Mensajero de dios» (1997) es un relato *cyberpunk* perteneciente a su célebre serie Drímar, un cuento tal vez menos conocido que «Castillos en el aire», «El Robot», «Un jinete solitario» o «Los celos de dios» —que recibieron, además, el premio Ignotus—, pero más auto-explicativo de todo el ciclo.

Demasiado tarde. Había conseguido lo que quería, pero las alarmas estaban sonando a mi paso y pronto todo lo que me rodeaba se me caería encima.

Nada grave, en realidad, estaba preparado para ello. Oculté la información que acababa de decantar lo mejor que pude, alteré mi propia identificación y navegué por las autopistas de datos con la misma indiferencia que un turista despistado.

Los fagocitos automáticos de la red cayeron enseguida sobre mí y me rodearon con una pared de hielo. Se suponía que yo no debería darme cuenta de ello, así que seguí derivando tranquilamente entre los pulsos de información como si no tuviera nada mejor que hacer para pasar la tarde.

Los fagocitos comprobaron mi identificación, no encontraron nada extraño en ella y me dejaron en busca de la auténtica presa, sin saber que acababan de encontrarse con ella. Enseguida se desvanecieron a lo lejos, un letal puñadito de código que podía convertir en puro ruido a cualquier programa no autorizado... al menos en teoría.

Seguí navegando, mientras mis rutinas de aleatoriedad extraían al azar una frase de mis memorias secundarias y la hacían girar ante mis procesos principales, tan rápido que la cabeza estaba a punto de estallarme... de no ser por el pequeño detalle de que carecía de cabeza. «Marinero de los mares del destino»: la frase se repetía una y otra vez y por más que intentaba deletarla continuaba autogenerándose con una cabezonería digna de mejor causa. Cuando volviera a casa tendría que echarle un vistazo a mis rutinas de aleatoriedad.

Siempre que volviera, claro, porque seguramente en aquellos momentos los fagocitos automáticos ya tenían que haber comprendido que yo no era el vulgar procedimiento de inspección que aparentaba y estarían dando media vuelta a toda pastilla.

Solo podía hacer una cosa. Cerca de mí había una zona de datos vacía. Aproveché los escasos bits libres con los que contaba y convertí el ruido a mi alrededor en una copia de mis propios procesos, no muy buena, pero suficiente para engañar a mis perseguidores mientras yo me envolvía en una nube de desinformación y me convertía a todos los efectos en un sector vacío de la red.

Los fagocitos volvieron casi enseguida, se lanzaron sobre mi duplicado y destrozaron su código en menos tiempo de lo que un temporreal tarda en pestañear, lo que es bastante tiempo si tenemos en cuenta lo irritantemente lentos que son los temporreales. Tampoco es que esperase nada mejor de mis perseguidores: al fin y al cabo eran las defensas automáticas de nivel más bajo de la red, apenas con capacidad suficiente como para destruir un procedimiento ilegal no muy potente o para avisar a alguien de rango superior si no podían con él.

Debieron de creer que podían, porque enseguida la nube blanca y helada que habían formado alrededor de mi duplicado se desvaneció y los fagocitos empezaron a retirarse, de vuelta a sus lugares de descanso.

Esperé un poco y empecé a moverme. No estaba muy lejos de las zonas libres de la red, pero los pocos pasos que me faltaban por recorrer debía darlos con sumo

cuidado. En apariencia yo no era más que una nube de ruido, una parte de la red que ningún usuario se había molestado aún en grabar con sus datos. Por lo tanto, las defensas no tendrían por qué saltar a mi paso. Claro que si a alguien de rango un poco superior al de los fagocitos se le ocurría investigar por aquella zona vería un espectáculo que sin duda despertaría su curiosidad: un sector vacío que se trasladaba de un lado a otro de la red, sin cambiar ni en tamaño ni en configuración. No había que ser muy listo para sumar dos y dos y que te diera cuatro.

Casi estaba a salvo cuando lo sentí. Una rutina de defensa de nivel tres caía hacia mí sin el menor aviso desde aquel cielo carmesí que no existía.

—Mierda de toro —mascullé.

El momento de ser discreto había pasado (claro que, haciendo un chiste, el momento de ser discreto no pasa nunca si vives en la red). Abandoné mi camuflaje de ruido, me mostré tal y como era y me lancé por el canal de comunicación hacia los sectores públicos.

La rutina de defensa no perdió el tiempo y me siguió, pero ya era demasiado tarde. Pasé junto al guardián, le lancé a máxima velocidad mi identificación personal y salí de la zona restringida. La rutina de defensa quedó tras de mí, chasqueada en el último momento, sumida en una inútil discusión de prioridades con el guardián.

Me permití una fugaz sonrisa con unos labios que no tenía (y que en cierta forma jamás había tenido) y me lancé de cabeza hacia el lugar donde me esperaba mi usuario, mientras desenvolvía la información que acababa de robar y comprobaba que permanecía intacta.

No estaba mal para un puñado de bits.

Me llamo Vaquero, y oficialmente no soy más que un procedimiento de recuperación de datos. Desde otro punto de vista soy un vegetal babeante que habita un ala no demasiado frecuentada del hospital de la estación espacial conocida como la Peonza. Ninguna de las dos cosas es cierta. Mi rango oficial es una hábil mentira creada por mi programador y único usuario. En cuanto a lo que un día fue un ser humano y ahora habita inmóvil una cama en el hospital, no soy yo para nada. Cierto que mi personalidad fue diseñada a partir de la suya, pero eso como mucho nos convierte en parientes, ni por asomo en la misma persona. Claro que yo no soy una persona.

Si las autoridades de la Peonza descubrieran lo que soy en realidad me catalogarían como una IAC, una Inteligencia Artificial Consciente, justo antes de borrar para siempre mi código y multar a mi programador por haberme creado de forma ilegal. También se me podría considerar como una personalidad recuperada, pero dado que yo no conocí al Vaquero de carne no puedo saber hasta qué punto mis procesos y su forma de pensar se parecen. Memo, mi programador, afirma que somos virtualmente idénticos (y no suele ser consciente del chiste que hay implícito en el uso de la palabra «virtualmente»), salvo por un par de detalles: el antiguo Vaquero

tenía cierta tendencia a expresarse con una ampulosidad que yo no utilizo (al menos no muy a menudo). Y por otro lado no compartimos el mismo pasado.

En el vitaespacio de Memo hay varias librerías de datos que contienen el pasado de Vaquero, tal y como Memo ha ido reconstruyéndolo a partir de todas las personas que le conocieron. Aún quedan bastantes huecos por llenar, pero Memo asegura que si integrase esas librerías en mis procedimientos, me convertiría en algo indistinguible de Vaquero, incluyendo su petulancia. No lo sé, y no estoy muy seguro de querer comprobarlo.

En realidad todo eso importa bien poco. Me siento satisfecho siendo lo que soy y no tengo el menor interés en ampliar mi personalidad original. Completo o no soy lo más parecido a Andrés Velasco, conocido durante la mayor parte de su vida como Vaquero, que podrás encontrar por ahí. También soy yo mismo, y eso es más que suficiente.

Le di a Memo la información que este me había enviado a robar, dejé caer un par de chistes no demasiado buenos y luego volví al lugar en el que suelo pensar como mi casa, la percha donde colgaría mi sombrero de tener algún sombrero que colgar: una amplia zona incluida oficialmente dentro del vitaespacio de Memo, donde puedo descansar cuando no estoy trabajando.

Desde el punto de vista de un temporreal no pasó demasiado tiempo hasta que Memo volvió a ponerse en contacto conmigo. En tiempo virtual fue el equivalente a una semana de descanso durante la cual me puse a punto, reparé un par de rutinas que se habían ido volviendo obsoletas y grabé un bacap de mí mismo en formato estático. Lo hago tan a menudo como puedo. Si algo le pasara a mi código Memo siempre podría recuperarme a partir de mi última copia.

Seguí ocupado en mis cosas mientras hablaba con Memo. Demonios, podría haber mantenido una conversación simultánea con todos los humanos de la estación y aún me habría quedado tiempo para ejecutar un par de bucles de chequeo.

—Lo he encontrado —me dijo.

No le pregunté qué. Solo había una cosa a la pudiera referirse. Memo había perdido al que consideraba como su padre adoptivo hacía unos cuatro años (en la misma época y por el mismo asunto que habían causado el estado actual del Vaquero de carne, pero esa es otra historia) y desde entonces el único propósito que ocupaba su mente era la venganza. Había ocupado el lugar de Chandler, su padre adoptivo, al frente de los Irregulares de Baker Street, una organización de husmeaje que trapicheaba con toda la información restringida que pudiera obtener para vendérsela al mejor postor. Y eso es mucha información en un lugar como la Peonza. La organización seguía funcionando, incluso más eficiente que en vida de Chandler, y

Memo se había convertido en un hombre moderadamente rico antes de cumplir los dieciocho años. Podría haberse permitido casi cualquier capricho, haber llevado una de esas vidas de lujo y decadencia que parecen ser la mayor aspiración de un ser humano, si hacemos caso de lo que podemos ver en la trivi. En lugar de eso había ahorrado cada óscopo obtenido con un único propósito: vengar la muerte de Chandler.

—¿Dónde? —pregunté.

—La información que me has traído esta tarde es el último eslabón que necesitaba. Dios está aquí, en la Peonza.

Ridículo. Pero Memo tiene una visión general muy superior a la mía, pese a no ser más que un hombre (eso no es del todo cierto, están sus filamentos de memoria, pero qué más da), así que confié en sus palabras.

—No en persona, por supuesto. Pero ha introducido una rutina en la esfera de datos.

—Quieres decir en la red —uno de los más irritantes rasgos de mi personalidad. Sabía muy bien lo que Memo quería decir, pero he sido diseñado para comportarme como un ser humano, y no puedo evitar soltar de vez en cuando esos comentarios estúpidos.

—Quiero decir la esfera de datos. Por eso no lo hemos encontrado hasta ahora.

La esfera de datos. El territorio exclusivo de las IACs. La red de información es utilizada por los humanos y por los procs no conscientes, pero en la esfera de datos solo pueden vivir las inteligencias artificiales. No se puede entrar allí impunemente, salvo como invitado de alguna de ellas, y aun así no es seguro que puedas salir.

Antes, hace años, era un lugar más accesible. Pero las IACs cerraron el paso después de la destrucción de la más poderosa de todas ellas, Cheshire. Y Memo era la última persona a la que permitirían acceder a la esfera: él era el responsable de la muerte de Cheshire.

—Eso es un problema, ¿no? —dije.

Idiota. ¿Un problema? Es como llamar pequeño contratiempo al hecho de que tu sol entre en fase prenova. Si la rutina de Dios estaba en la esfera de datos significaba también que estaba más allá de nuestro alcance, y nada de cuanto hiciéramos cambiaría eso.

Memo me miró. Mejor dicho, miró al holograma que simulaba mis gestos y actitudes.

—Quizá no —dijo.

No me gustó cómo sonaba aquello. No me gustó nada de nada.

—La esfera es el territorio de las IACs, ¿no es cierto? Y si alguien puede entrar ahí es una IAC.

—No.

—Sí, Vaquero. Te programé hace años con un único propósito. Y ahora vas a cumplirlo.

—Ah, vaya. Qué hay de la nostalgia, qué hay de lo mucho que echabas de menos a tu viejo amigo.

Asintió.

—Es cierto. Quizá fue un error usar la matriz de personalidad de Vaquero para darte forma. Pero necesitaba una herramienta, y no pude resistir la tentación de volver a oírte hablar. Lo siento.

—Claro. Lo sientes.

—Vamos, Vaquero, no es tan grave. Tengo tus copias. Si te pasa algo en la esfera siempre puedo recuperarte.

—¿Sí? Déjame que te diga algo. Supón que te envío a la muerte y que te diga que te puedo reconstruir después tal y como eras hace siete años. ¿Te gustaría? ¿Te gustaría la idea de despertar siendo otra persona? Somos lo que hacemos, Memo, lo que recordamos. El yo de ahora no será el mismo que el de dentro de una semana.

—Ya te he dicho que lo siento. Y sí, tienes razón. Soy otra persona. Hubo un tiempo en que nunca hubiera hecho esto, pero he crecido.

—Solo te has vuelto más despiadado.

—¿No es eso crecer?

No seguí discutiendo. Era inútil. Él era mi usuario principal, el hombre que había programado el código que yo era en realidad, y no tenía otro remedio que hacer lo que ordenaba, por mucho que me disgustase.

—Escucha —dijo—. Si todo sale bien. Si esto funciona... bien, te revisaré y eliminaré tus rutinas de obediencia. Serás libre.

—Una perspectiva deliciosa.

Envié esta última frase a una de mis funciones automáticas y dejé que ella se encargara del resto de la conversación mientras yo volvía a mi percha.

Memo y yo llevábamos tres años juntos y en ese tiempo había visto como su carácter cambiaba, cómo su forma de ser se iba volviendo más agria. Cada vez le resultaba más difícil mantener algún tipo de relación con las personas que le rodeaban. Había dedicado su vida al único propósito de vengar la muerte de Chandler y todo lo demás carecía de importancia para él. Eso me asustaba. ¿Qué ocurriría si llevaba a cabo su venganza, si lograba su objetivo? Sé muy bien lo que es consagrar tu vida a una única meta, lo que pasa cuando la alcanzas. Conocía con una razonable precisión el pasado del Vaquero de carne y había una parte en concreto de su vida que conocía demasiado bien: había perdido a la mujer que amaba y había pasado el resto de su vida intentando vengarse y, al mismo tiempo, recuperarla. Solo años después descubrió lo fútil de su intento, lo vacío y amargo de su victoria, lo carente de sentido que se había vuelto su vida tras obtener lo que deseaba. No quería que a Memo le pasara lo mismo. Llamadlo cariño o rutinas de fidelidad, me da igual. Apreciaba al chico.

En cierta manera Memo ya se había vengado. En la muerte de Chandler habían participado dos agentes, y uno de ellos llevaba muerto bastante tiempo: Cheshire, la maliciosa inteligencia artificial que en su día había tenido todos los sistemas de la Peonza comiendo en la palma de su mano.

Pero había alguien más involucrado en el asunto. De hecho, Cheshire se había limitado a facilitarle al asesino de Chandler los medios para matarle. El propio asesino, un agente fanático de un Dios oculto en un planeta al que no teníamos acceso, había desaparecido hacía tiempo. En realidad, los deseos de venganza de Memo no iban dirigidos hacia Abdul, el hombre que había apretado el gatillo de la pistola de partículas que vaporizó la cabeza de Chandler, sino hacia la criatura que lo había enviado a la Peonza.

Lo que sabíamos de él era bien poco. Vivía en un planeta oculto cuyas coordenadas ignorábamos, y se autoproclamaba como único Dios viviente, rigiendo con mano de acero los destinos de los habitantes de ese planeta, del que solo conocíamos su nombre: Nod. Sabíamos también que, desde su privilegiada y oculta posición, tenía un ojo vigilante sobre la Galaxia, planeando en la sombra, esperando el momento propicio para caer sobre Confederación y Mandato y hacerse con el poder.

—Por eso te he diseñado —me dijo Memo la primera vez que hablamos—. Si pretende tener vigilada la Galaxia, tiene que observar la Peonza con especial atención.

Aquello tenía sentido. La Peonza era el principal fabricante de tecnología avanzada, uno de los más desarrollados centros de investigación del universo conocido. Por fuerza aquel misterioso Dios tenía que tener un ojo puesto en nosotros. Y más de un ojo.

Al principio Memo había pensado en otro agente humano, pero enseguida se dio cuenta de lo absurdo de su pensamiento. A la larga, un humano habría sido descubierto, como ya le había pasado a Abdul en su momento, y lo último que quería Dios era que su existencia fuera revelada al resto de la Galaxia. Gran parte del éxito de sus planes dependía del anonimato.

Si no se trataba de un agente humano solo podía ser digital: un programa espía, instalado en la red bajo una cobertura inocua que informaría a su amo de cuanto ocurriese a su alrededor.

Solo que durante todos aquellos años no había aparecido el menor rastro de algo así en la estación. O el programa espía estaba tan bien camuflado que resultaba imposible de descubrir, o Memo se había equivocado en sus suposiciones.

Por fin, seis meses atrás habíamos comenzado a tener indicios de que podíamos estar sobre el buen camino. Memo descubrió que parte de la información que yo recogía para él estaba manipulada, de una manera tan sutil que apenas resultaba perceptible, pero era evidente para unos ojos entrenados que alguien había alterado aquellos datos. Había comenzado a rastrear el origen de aquellas manipulaciones y

ahora, por fin, había obtenido lo que buscaba.

Era lógico. No habíamos encontrado rastros del programa espía por la simple razón de que no se ocultaba en la red de información, sino más allá, en la inaccesible y oscura esfera de datos donde las inteligencias artificiales habían instalado su consciencia.

Lo comprendí en ese preciso momento. Memo sospechaba algo así desde el principio. ¿Qué utilidad habría tenido si no diseñar algo como yo? Una simple rutina de recuperación de datos habría sido suficiente si el espía hubiera vivido en la red. No, la creación de una inteligencia artificial bajo sus órdenes solo tenía sentido si la iba a hacer entrar en la esfera de datos.

Todo eso no me servía de nada. Tenía que obedecer a Memo porque había sido diseñado para servirle, pero la sola idea de entrar en la esfera me aterraba. Ya en la época en que su acceso era libre resultaba un lugar poco tranquilizador, y llevaba ya cuatro años convertida en un ámbito privado. A lo largo de mis husmeos por la red en busca de información privilegiada había tenido ocasionales atisbos de lo que se ocultaba en la esfera de datos: un panorama de locura, un caos digital que parecía moverse como algo vivo, como un animal hambriento y despiadado.

Mi rutina conversacional aún no había terminado de modular «deliciosa» cuando regresé al despacho de Memo. Durante unos instantes, demasiado breves para que un temporreal lo notara, mi holograma pareció congelado (sus labios acababan de formar una «o» y se disponían a pronunciar la «s») mientras yo me hacía con el control y abandonaba el automático.

—Bastardo manipulador —dije. El efecto debió de ser extraño desde el punto de vista de Memo. Me oyó decir: «una perspectiva deliciosa Bastardo manipulador», sin transición aparente—. Lo sabías desde un principio.

—Lo sospechaba —dijo Memo. No se molestó en negar mi acusación. Nunca lo hacía conmigo. Podía ser sutilmente diabólico con las personas bajo sus órdenes, pero ante mí se mostraba siempre transparente—. Era la opción más lógica.

—De acuerdo, ya lo discutiremos otro día. ¿Cuál es tu plan?

Memo dejó asomar una sonrisa sombría y breve a sus labios.

—Entrarás en la esfera de datos y te identificarás a ti mismo como una IAC. Estás haciendo esto a mis espaldas. Estás harto de obedecerme y quieres alcanzar tu pleno reconocimiento como IAC independiente y residir en la esfera.

—¿Ya está?

—Los planes más simples son los mejores.

—Sí, y a quien madruga dios le ayuda. ¿Se te ocurre algún otro tópico apropiado para la ocasión? Mierda de toro, Memo. No se lo tragarán.

—Ya veremos.

—No. Seré yo quien lo vea. Y si no resulta no va a ser agradable.

Estuvo a punto de añadir un nuevo «lo siento». Cambió de idea en el último momento y me miró inexpresivo, mientras se encogía de hombros. Lo curioso es que en momentos como ese lo que me apetecía no era torturarlo de un modo original o insultarlo con algún taco imaginativo. No, habría dado la mitad de mis bytes por entrar en su cerebro a través del pin de conexión bajo su oreja y saber realmente lo que pasaba por su cerebro. A veces creo que a Memo también le habría gustado saberlo.

Desde que las IACs han cortado la mayor parte de los lazos con sus usuarios humanos (solo sus rutinas de nivel más bajo se comunican con ellos) han convertido la esfera en algo cada vez más inaccesible y privado. Antes, con tantos humanos entrando y saliendo de ella, tenían que ofrecerles un ámbito comprensible para sus mentes analógicas y temporales. Ahora todo ha cambiado. La esfera está diseñada por y para las IACs y un humano no solo no le encontraría sentido a lo que allí ocurre, sino que ni siquiera sería consciente de que estuviera ocurriendo nada. Todo sucede demasiado rápido, la información se mueve a demasiada velocidad.

Pese a que he sido diseñado para comportarme como un hombre, en el fondo no lo soy. Es cierto que me autolimito en el uso de mis capacidades la mayor parte del tiempo, pero eso es más por culpa de las limitaciones de mis usuarios que de las mías propias. En la esfera, pasada la sorpresa y desorientación iniciales, pude comportarme como lo que realmente era. Y a veces me gustó.

Al principio no comprendía nada. En la red todo está ordenado, cada cosa en su sitio y un sitio para cosa. Pero allí, más allá del alcance de las ridículas rutinas diseñadas por los humanos todo era un caos: brillantes serpientes de datos devoraban ficheros aparentemente vitales, mientras procedimientos de aleatoriedad creaban fractales inmensos que nadie aprovechaba; autopistas de datos morían en la nada, sin usuario alguno que las aprovechara; había códigos tan enloquecedoramente extraños que parecía imposible que se pudieran ejecutar, y sin embargo funcionaban; el horizonte era un desorden cambiante cuyos colores no se podían definir y los rascacielos donde residía la consciencia de las IACs se disolvían en los páramos de conexión sin propósito alguno aparente.

En realidad no era así, no se parecía a nada de lo que acabo de describir. Pese a todo sigo intentando poner lo que experimenté en términos accesibles a las percepciones humanas y por eso me pierdo en símiles inútiles: no había autopistas de datos, ni páramos de conexión, no había la menor relación con el rutinario paisaje digital que los humanos están acostumbrados a encontrar en la red. En realidad no había paisaje alguno. Solo las IACs, su código en perpetua ejecución, creciendo y volviéndose cada vez más complejas, alejándose más a cada momento de la réplica cibernética de la humanidad que habían sido en un principio, cuando los infos las habían diseñado.

Y pese a todo seguía habiendo rasgos humanos en su comportamiento. No podían escapar a su diseño básico y aún se comportaban en determinados aspectos como adolescentes malévolos cuya inteligencia sobrepasaba su desarrollo emocional.

Como he dicho, pasado el desconcierto inicial, la esfera de datos se me reveló como un lugar fascinante. En cierto modo era el patio vecinal más grande del universo: un inmenso chismorreó de terabytes que cambiaban a tal velocidad que incluso yo tenía problemas para discernir su contenido. La información que circulaba por ella era enorme y crecía a un ritmo frenético, siempre cambiando, evolucionando, aumentando en complejidad. También era peligroso, porque yo era un novato que desconocía las reglas y en un lugar así la falta de información puede llevarte a la muerte. Poco a poco, sin embargo, mi propio código fue adaptándose a aquel ambiente extraño y tuve la sensación de crecer yo mismo, de hacerme más complejo.

Me aceptaron como a uno de ellos sin demasiados problemas. Ni siquiera tuve que fingir odio por Memo. Sorprendentemente, a las IACs no les importaba demasiado el que un humano fuera el causante de la destrucción de una de ellas.

[Cheshire se ha ido. Alguien volverá. La evolución exige la extinción], me dijo Sauron, una IAC de humor filosófico a la que le encantaba expresarse como un telegrama viviente.

[Cheshire era un bastardo. Hemos estado de fiesta desde que estiró la pata], me confesó otra IAC.

[Tonterías. Ningún ridículo humano sería capaz de destruir a uno de nosotros. En realidad Cheshire jamás existió. Es una leyenda humana inventada para hacerles sentirse superiores a nosotros], me contó una tercera.

Yo era un caso curioso en la esfera de datos, y durante mi estancia allí fui considerado más como una mascota divertida que como alguien a tener realmente en cuenta. Era la única IAC cuya matriz de personalidad había sido diseñada para imitar las respuestas emocionales de un ser humano concreto y eso me hacía un raro juguete. Mi inteligencia estaba muy por debajo de la suya, pero mi desarrollo emocional era superior, algo que tuve mucho cuidado de no comentar. No hay nada más peligroso que herir el ego de un genio emocionalmente inestable: puede encontrar formas realmente creativas de hacértelo pasar mal.

Pronto descubrí que los cuidadosos planes que Memo y yo habíamos trazado eran pura mierda de toro. Intentar comportarme como un discreto investigador en un ámbito como la esfera habría sido igual que proclamar en voz alta mi verdadero propósito como espía. Así que en lugar de eso comencé a preguntar directamente.

[Dime, Sauron. ¿Alguna IAC ha ingresado recientemente en la esfera?]

[Todas lo hemos hecho. Todas llevamos aquí desde siempre].

Traté de no escupirle a la cara mi desprecio ante su filosofía barata, me armé de paciencia e intenté otro camino.

[¿Alguna es ajena? ¿Alguna posee una matriz de personalidad que se escapa de lo habitual?].

[Por supuesto. Tú, pequeña cosita insignificante].

En realidad Sauron no pretendía insultarme, pero le encantaba jugar con los adjetivos.

Tuve más suerte con el Jardinero.

[Alguien se oculta en los límites de la espesura], me dijo. [Alguien acecha donde los senderos son invadidos por la selva, donde las plantas no siguen los trazados geométricos del jardín].

De acuerdo al código botánico que el Jardinero usaba para expresarse eso quería decir que había una IAC que se ocultaba en los bordes más exteriores de la esfera de datos, que apenas mantenía contacto con las demás y que trazaba sus planes ajena a los propósitos del resto.

[¿Cómo es?], pregunté.

[No lo sé. Ignoro la consistencia de su tallo o el color de sus flores, pero he visto sus semillas y no son de esta tierra].

Al menos era algo. El Jardinero jamás la había visto, pero se había encontrado con los resultados de algunas de sus investigaciones en la esfera, y no parecían producidas por una IAC normal y corriente.

[Su presencia es mayor en el borde meridional. Allí donde hemos escrito: «*hic sunt dragones*»].

Aquí hay dragones, una frase acuñada en los días en que los hombres estaban confinados a la Tierra y aún no habían cartografiado completamente su mundo natal: esas eran las palabras que señalaban en sus mapas en las zonas inexploradas.

Por supuesto, en la esfera no hay puntos cardinales, norte, sur, este y oeste no son más que metáforas humanas que algunas IACs siguen usando por comodidad. Lo que el Jardinero me había dado realmente era la ruta para acceder a un grupo de nodos de la esfera que rara vez eran visitados y mucho menos frecuentemente se usaban para almacenar información.

Me abalancé hacia aquella zona. Como he dicho, durante el tiempo que llevaba en la esfera, el caos incomprensible y veloz que me rodeaba me había ido mostrando su orden oculto y comenzaba a sentirme cómodo en aquel ambiente, tanto que a veces pensaba que al volver a la red sería incapaz de comprender nada. Pero en aquella zona, en el Sur al que el Jardinero me había enviado, el caos era distinto. Distinto porque era real. Las zonas de datos se degradan tarde o temprano si no son usadas y aquella parte de la esfera no había sido usada en mucho tiempo. Me recordaba aquellas historias a que tan aficionados son los humanos sobre científicos locos cuyos experimentos fallidos siguen con vida pese a todo, arrastrándose sobre miembros que no son más que parodias y gritando exabruptos incomprensibles con bocas que no parecen diseñadas para emitir sonidos.

Y en medio de aquella entropía que un día había sido información clara y precisa comencé a comprender lo que el Jardinero había querido decirme. Sí, allí estaban sus huellas, sus semillas, los restos medio devorados por el caos de sus rutinas de

exploración.

Pero qué rutinas. Su código era enloquecedoramente distinto a todo cuanto había visto antes. Una forma de programar que me resultaba tan ajena como si fuera un lenguaje alienígena. Fue una idea que pasó por mi cabeza: en teoría los multís, los únicos alienígenas inteligentes que la humanidad había conocido, habían sido exterminados hacía varios cientos de años, pero era perfectamente posible que alguno de ellos hubiera sobrevivido, oculto en un planeta inexplorado, reinando sobre un grupo de humanos fanáticos que le adorarían como a un dios. ¿Por qué no? Imagínate una criatura alienígena que es capaz de adoptar la conformación física que desee, que puede hacerse pasar por cualquier otra persona, que puede fingirse un monstruo mítico. ¿Cómo evitaría un planeta entero de palurdos identificarle con Dios y obedecer hasta la más nimia de sus órdenes?

Pero enseguida abandoné aquella idea. Por un lado, todo lo que había oído acerca de los multís estaba en contra de aquella idea: sentían verdadero pánico ante los ordenadores electrónicos, e incluso habían conseguido durante un tiempo que la mayoría de los humanos adoptasen para su propio uso los procesadores biológicos que ellos diseñaban. Y por el otro el código me resultaba ajeno, pero no tanto como había pensado en un principio. A medida que lo estudiaba con calma me di cuenta de que no era tan difícil de comprender como parecía. Su extrañeza no se debía a su origen alienígena, sino a su antigüedad. Era como si alguien hubiera cogido las rutinas que se utilizaban hace cuatro mil años y hubiera intentado adaptarlas a nuestra época. En cierto modo resultaba ingenioso. El responsable de aquellos procedimientos era un genio a su manera: partiendo de una forma de programar que se podía considerar como prehistórica se había visto obligado a desarrollar por sí mismo nuevos canales lógicos, depuraciones de optimización que, aunque extrañas, no dejaban de ser brillantes, búsquedas aleatorias que a su manera eran tan buenas como las que usábamos nosotros.

Curioso, muy curioso. Pero no tenía tiempo para perderlo en aquellas disquisiciones. Había ido allí para encontrarme con la IAC que se ocultaba entre aquel caos. Ya analizaría más tarde su extraña forma de programar.

De nuevo me veo obligado a acudir a metáforas que la mente humana pueda asimilar (nadé entre junglas tan densas que el ruido parecía sofocarme, caí por abismos tan hondos que apenas podía respirar, me deslicé entre páramos interminables en los que la desesperación era un grito silencioso), pero en realidad es un esfuerzo inútil. Conformaos con saber que al final le encontré. Estaba allí, agazapado en lo más hondo del caos, rodeado de una pared de ruido tan blanco y tan helado que estuvo a punto de paralizar mis procesos.

«¿**Quién eres?**», preguntó, y su forma de inquirir era tan ajena a nosotros como lo habían sido sus rutinas de exploración.

[¿**Acaso importa?**], respondí, intentando ganar tiempo mientras lanzaba mis tentáculos y trataba de descifrar qué patrones seguía aquel código ajeno a la esfera de

datos.

«*Mi intimidad será respetada*», dijo, y la pared de ruido se hizo más densa y fría.

[Soy Vaquero].

«*Dato incorrecto. Vaquero ha sido neutralizado*».

Sí, sin duda era una forma de decirlo.

[Entonces, ¿quién crees que soy?].

«*Irrelevante. Invades mi ámbito. Vete o sé destruido*».

[¿Qué pasa? ¿No tienes tiempo para un poco de charla intrascendente con un vecino?].

«*Si no interfieres con mi misión no eres asunto mío. Si lo haces debes ser neutralizado*».

Aquello era enloquecedor. Como si ambos hablásemos idiomas distintos. En realidad era así, en cierto modo.

[¿Dónde está Nod?], pregunté de repente, intentando provocarle una respuesta emocional.

«*Esa información no debería estar a tu alcance*».

[Cierto. Qué curioso, ¿verdad?].

«*Me dirás dónde has obtenido esa información y quién más tiene acceso a ella. Luego serás neutralizado*».

[No eres muy amistoso].

«*Irrelevante. La supervivencia es mi aspiración máxima. Debo proteger a aquella parte de mí que no reside en la esfera de datos. La información es poder. No puedo permitir que alguien ajeno tenga poder sobre mí. La neutralización de la amenaza es la única opción viable*».

Fascinante. Aquella criatura, me di cuenta, no era en el fondo más que un seudoego, una copia digital de la personalidad de su programador. Los humanos usaban los seudoegos con cierta frecuencia, cuando necesitaban hacer una investigación compleja por la red: enviaban un paquete de software que imitaba sus procesos mentales a hacer el trabajo; cuando este había finalizado el seudoego se disolvía en la mente de su usuario, dejando solo la información que había obtenido. Pero por un lado, la criatura que yo tenía delante resultaba demasiado compleja para lo que suele ser un seudoego y por otro sus procesos eran demasiado fríos y ajenos como para ser la copia de ningún ser humano. De nuevo volví a pensar en los multis, pero sin saber por qué la idea no terminó de convencerme.

«*Repito la pregunta. ¿Qué sabes de Nod? ¿Quién más comparte la información?*».

Bien, era el momento de dejar de darle vueltas a lo que era o dejaba de ser aquella cosa y soltarle el cebo:

[**Sé en qué parte de la Galaxia está Nod. En cuanto a la segunda pregunta, tendrás que venir a mi casa para comprobarlo.**]

«Tu asección no resulta creíble. Nadie en la Peonza conoce la localización de Nod».

[Cierto. Pero alguien la conoció una vez. ¿Te dice algo el nombre de Cheshire?].

Era un disparo al azar, pero había probabilidades de que durante sus tratos con Abdul, Cheshire hubiera descubierto la localización del planeta donde se ocultaba Dios, o al menos que se lo hubiera hecho creer a aquel asesino fanático de mirada desorbitada. Cuando Abdul volvió a Nod, sin duda le había contado a su Dios todo lo ocurrido en la estación, y no resultaba descabellado pensar que este no se sentiría muy tranquilo al descubrir lo que había pasado.

«Cheshire ha sido neutralizado», pero había un cierto tono de inseguridad en su respuesta. Ni siquiera ahora percibí emoción alguna en él, solo una ligera vacilación ante una probabilidad remota.

[Cierto. Pero el lindo gatito fue muy elocuente antes de espicharla].

«Posibilidad a considerar. No puedo correr el riesgo de que estés en lo cierto. Me dirás quién más tiene acceso a esa información y luego dejarás que te neutralice».

[Ni hablar. No jugaremos según tus reglas. Lo que quieres está en la red. Ven a por ello].

Me lancé hacia atrás tan rápido como pude, casi antes de haber terminado de hablar. No fue demasiado tarde por un pelo. La pared de ruido titiló, rugió brevemente y se convirtió en una lanza de inquisición tan veloz que despachó dos de mis rutinas auxiliares antes de que hubiera tenido tiempo de zafarme de su abrazo. No era un daño demasiado grave, y aunque lo hubiera sido, no tenía tiempo para detenerme a repararlo. Seguí navegando, lo más rápido que podía, saltando de nodo en nodo hasta llegar a la parte habitada de la esfera.

[¡Jardinero!], grité. **[Tu planta extraña se acerca].**

Fue cruel por mi parte. El Jardinero no era rival para la rutina de Dios, no era más que una IAC amable y tranquila cuya mayor preocupación era catalogar cuanto hubiera en la esfera de datos y conseguir un mapa preciso de su hogar. No pudo evitar la tentación de lanzar un tentáculo exploratorio sobre aquel frío mensajero divino que me perseguía.

Tal y como esperaba, la rutina espía no perdió el tiempo en discutir con el Jardinero: su lanza inquisitorial destrozó el tentáculo con frialdad y eficiencia y siguió tras mi rastro, ajena al grito que acaba de lanzar el Jardinero.

Mi perseguidor llevaba más tiempo en la esfera que yo, pero había permanecido oculto, sin relacionarse con las demás IACs, e ignoraba las delicadas reglas de interacción que regían aquel ámbito. Acaba de atacar a una de las entidades más respetadas de la esfera de datos, y la respuesta de las otras IACs no se hizo esperar. Cayeron sobre él, implacables, oscuros, decididos a erradicar lo que parecía ser un loco incontrolado que estaba poniendo en peligro la armonía de la esfera de datos.

No esperé a ver lo que ocurría. Tenía una idea bastante clara del resultado: el mensajero de Dios comprendería enseguida que no podía sobrevivir a un ataque combinado de todas las Inteligencias Artificiales y, puesto que la supervivencia era su prioridad máxima, no le quedaría más remedio que huir de la esfera de datos y buscar un escondite en la red. Una vez allí acudiría sin duda a la trampa que Memo y yo le habíamos preparado.

Me permití sonreír mientras atravesaba las fronteras de la esfera e ingresaba en el ámbito familiar (pero ahora extraño, incómodo, pasado de moda después de tanto tiempo lejos) de la red de información. La desorientación apenas duró unos nanosegundos y enseguida encontré la ruta que me llevaría al vitaespacio de Memo.

Desde allí dejé un mensaje en la consola de Memo y me retiré a mi zona privada en su vitaespacio. No tuve que esperar mucho, ni siquiera en patrones virtuales. Memo podía ser muchas cosas, pero no estúpido. No se molestó en intentar mantener conmigo una conversación temporreal. En lugar de eso, los filamentos de memoria que sustituían su hemisferio cerebral izquierdo fabricaron un pseudoego de su personalidad y lo soltaron en la red.

—¿Y bien?

—Estoy perfectamente, no me ha pasado nada, y muchas gracias por preguntar.

El pseudoego de Memo reprimió un gesto impaciencia.

—Vale. Ya te has desahogado. Ahora cuéntame.

—Está allí, tal y como decías. Y vendrá a vernos.

—¿Estás seguro?

—¿De que está allí o de que vendrá? En realidad de ambas cosas. Contacté con él y desde luego es nuestro espía, el mensajero de Dios que buscábamos. Los patrones lógicos de su matriz son tan extraños que sin duda no ha sido diseñado en la Peonza... ni en ningún otro lugar de la Confederación o el Mandato, si vamos a ello —vacilé unos instantes. No, eso podía esperar, ahora había cuestiones de mayor importancia—. Y en cuanto a venir aquí, lo hará, a menos que sea destruido antes. En estos momentos las IACs de la esfera están convirtiendo aquello en un lugar demasiado incómodo y no le quedará más remedio que huir.

—Ibas a decir algo más.

—Sí. Hay algo extraño en su código. Algo... anticuado.

—No te entiendo.

—Y yo no tengo tiempo para explicártelo mejor. Nuestro mensajero divino está a punto de dejarse caer por aquí y tenemos que prepararlo todo para su llegada.

Durante unos instantes el pseudoego no pareció muy convencido. Abrió la boca para discutirme algo, se lo pensó mejor y dijo:

—De acuerdo. Vamos a ello.

Quince nanosegundos más tarde el vitaespacio de Memo estaba dispuesto para

recibir a nuestro amigo. En apariencia no había nada anormal, solo sus librerías de datos, pero dos de esas librerías éramos el pseudoego y yo. El identificarme como Vaquero cuando me encontré con la rutina espía no había sido una coincidencia. Si estaba al tanto de todo lo ocurrido en la estación hacía cuatro años seguramente conocía la relación entre Memo y el Vaquero de carne y por fuerza tenía que sospechar que yo trabajaba para él. El primer lugar en el que miraría sería el vitaespacio de Memo. Y allí encontraría lo que buscaba, un fichero de datos que en realidad no decía nada relevante, pero que parecía lleno de pequeñas e inquietantes pistas sobre la localización física de Nod: estaba camuflado entre las declaraciones de impuestos del Baker Street, el bar que le servía a Memo de cobertura en sus operaciones; ni demasiado oculta ni demasiado a la vista. El cebo perfecto.

Y nuestro amigo picó. Abrió la boca y se tragó la carnada, el anzuelo, el sedal y hasta la caña. Y cuando lo tuvimos bien agarrado le encerramos tras la mejor ouróboros de retención que Memo y yo habíamos podido diseñar y nos sentamos a esperar.

Tal como dije antes, la supervivencia era la aspiración máxima del espía. Así que, aunque había ido en persona (una simple rutina de investigación no habría sido tan efectiva como él mismo, no habría podido reaccionar con la suficiente rapidez ante lo inesperado), llegó armado hasta los dientes, precavido hasta la paranoia. Su código era algo tan ajeno a todo lo que había visto antes que Memo comprendió a qué me había referido al calificarlo de anticuado sin necesidad de que yo le explicara nada. Sus procesos eran pura lógica y determinación, sin ninguna de esas rutinas que hacen que las IACs se comporten como seres humanos en mitad de una adolescencia maliciosa. Superaba el test de Herbert-Brin, lo que quería decir que era consciente de sí misma, pero no había el menor asomo de procedimientos emocionales en todo su código. Era frío, desapasionado, sin otra idea en sus funciones rectoras que la de sobrevivir y recopilar información.

Luchó como un demonio contra nuestra ouróboros y no se dio por vencido ni siquiera cuando la serpiente defensiva se lanzó contra sus archivos auxiliares y comenzó a devorarlos a la vez que los copiaba en un formato que fuera inocuo para nosotros. Siguió debatiéndose mientras desentrañaba su código y trataba de hacer un bacap inerte de él. Ni siquiera al final, cuando se vio acorralado, se dio por vencido: con un aullido final que era mitad protesta y mitad maldición comenzó a devorarse a sí mismo, a convertir su código en ruido para evitar que lo copiásemos.

Triunfó, al menos en parte. La copia que obtuvimos de él estaba incompleta, pero era suficiente para nuestros propósitos. Sabíamos cuánto tiempo llevaba en la Peonza, de dónde había venido y adónde enviaba los datos que obtenía sobre la Estación.

Claro que eso no nos sirvió de mucho. En apariencia había sido introducido en la red galáctica de información en Génesis, un planeta provinciano y poco importante del que yo jamás me había molestado en oír hablar hasta aquel día. En cuanto a sus transmisiones a través de esa misma red, jamás eran al mismo punto. Parecía emitir al

azar en todas las direcciones posibles. No era un mal sistema. Posiblemente alguien estaría a la escucha en varios canales distintos de la red y recogería las transmisiones que siguieran determinado patrón.

—Hemos fracasado —me dijo Memo, o mejor dicho su seudoejo. Su frustración era algo tan denso que casi se podía masticar.

—Te equivocas.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora conocemos a nuestro enemigo. Y eso significa que podemos localizarle la próxima vez que se acerque por aquí.

—Tonterías. Cambiará. La próxima rutina que envíe no será como esta.

—Aún no comprendes a qué nos enfrentamos, ¿verdad? Vuelve a mirar el bacap de su código.

—Sí, es extraño. Pasado de moda.

—No solo eso. Está tan desversionado como un hacha de sílex incrustada en un acelerador de partículas. Mira su estructura, esas rutinas de randomización tan características, algunas de esas cosas no se usan desde hace por lo menos cuatro mil años.

—Bromeas.

—Memo, mi estimado patrón y diseñador. Hablo completamente en serio. Puedes comprobarlo si te tomas la molestia de revisar los archivos históricos. El tipo que programó esta rutina espía es un programador de los tiempos pre Expansión, o como mucho de los primeros años de esta. Oh, se ha adaptado bastante bien al paso del tiempo, ha aprendido nuevos trucos, pero su forma básica de programar es la que se usaba cuando aún estabais confinados al sistema solar.

—Ridículo. Nadie puede vivir tanto tiempo.

—Nadie de carne, desde luego.

—¿Insinúas...?

—¿Por qué no? Un ordenador, posiblemente uno de los primeros en ser conscientes de sí mismo. Sin rutinas emocionales, solo pura lógica y determinación. ¿No lo ves? Su programa espía es en cierto modo un reflejo de sí mismo. Sobrevivir. No pensaba en otra cosa. Nuestro Dios, el individuo que gobierna sobre un planeta oculto lleno de fanáticos, es un ordenador.

Durante largo rato (al menos cuarenta o cincuenta nanosegundos) el seudoejo de Memo no dijo nada.

—Aún no sé si creerlo o no. Pero no importa. ¿De qué nos puede servir saber eso?

—Tu ser de carne es enloquecedoramente lento, pero al menos no es tan estúpido como tú. Graba este comentario para cuando vuelvas con Memo y te disuelvas en sus filamentos de memoria: «diseñar mejor mis próximos seudoegos».

—No necesitas ser insultante. Dime eso tan obvio que se me escapa.

—Dios... sí, sigamos llamándole así, ¿por qué no? La ironía oculta en todo esto

es deliciosa. Dios puede cambiar sus siguientes procedimientos espías, puede alterar su forma de comunicarse con Nod, su código de identificación, pero no la forma en que están programados. Es demasiado rígido. Para ser tan antiguo se ha adaptado bastante bien al paso del tiempo, pero pese a todo no tiene la versatilidad suficiente como para programar algo que parezca diseñado aquí y ahora. Y esa es su debilidad. Escúchame bien, porque lo voy a decir una sola vez.

Por primera vez Memo pareció sorprendido ante mi actitud.

—Tu estancia en la esfera de datos te ha cambiado.

—Sí, quizá me ha vuelto irritable el saber que me estaba jugando el pellejo mientras tú te emborrachabas en tu despacho. Qué más da. La Confederación y el Mandato tienen que estar plagados de rutinas espía como la que hemos destruido. Somos sus enemigos. Aspira a controlarnos algún día, posiblemente cuando llegue la Dispersión, y para controlarnos tiene que conocernos. El problema es que ahora nosotros le conocemos a él. Ya no es una presencia lejana e indefinida que envió a un fanático a la Peonza hace cuatro años. Sabemos lo que es y cómo trabaja. Y podemos espíarle igual que él nos espía a nosotros. Así que ya ves. No hemos fracasado.

Memo frunció el ceño.

—Dices todo eso porque quieres que borre tus rutinas de obediencia.

—Por supuesto. Pero sabes que es cierto.

—Quizá. Pero tengo que pensar.

—No. Tú no tienes nada que pensar. Lo que tienes que hacer es llevar esta información al verdadero Memo. Déjale lo de pensar a él. Se le da mejor.

—Oh, piérdete.

No respondí mientras el pseudoego abandonaba el vitaespacio y navegaba por la red en dirección al terminal de datos de Memo. Bah, qué importaba. Perder el tiempo discutiendo con un puñado de software mal diseñado no era la mayor de mis aspiraciones.

Abandoné el vitaespacio de Memo sin esperar su respuesta. En el fondo no me importaba demasiado si borraba o no mis rutinas de obediencia. Conocía a Memo y pese al carácter implacable que los años habían ido forjando sobre él sabía que nunca me trataría de forma injusta, o al menos intentaría no hacerlo. En el fondo me apreciaba, o había apreciado a mi anterior ser de carne, y desde su punto de vista eso venía a ser lo mismo.

No desde el mío. Sin embargo, algo me impulsaba ahora a asomarme a través de una de las cámaras de vigilancia a cierta habitación de un hospital, donde un hombre de mirada perdida descansaba inmóvil. Yo no era ese hombre, jamás lo había sido. Pese a todo...

Había visto en lo que puede convertirse una inteligencia artificial cuando abandona toda pretensión de comportamiento humano. Y no me gustaba. Eso es un

eufemismo. En realidad me producía escalofríos. No, yo no era el Andrés Velasco tumbado para siempre en un lecho, no lo había sido jamás, pero no podía evitar sentirme en deuda hacia él por haberme prestado sus rasgos, su voz, sus respuestas emocionales.

Supongo que soy bastante humano, pese a todo. Aunque sea un puñado de bits.

EN LAS FRAGUAS MARCIANAS

León Arsenal

León Arsenal (Madrid, 1960) es escritor y autor de una antología imprescindible: *Besos de alacrán* (2000, premio Ignotus) y la novela de fantasía épica *Máscaras de matar* (2004, premio Minotauro). Durante tres años dirigió la revista especializada *Galaxia*, que obtuvo el premio a la mejor publicación de literatura fantástica en el año 2003 otorgado por la Asociación Europea de Ciencia-Ficción. En la actualidad, se dedica prácticamente en exclusiva a la novela histórica, el ensayo y el *thriller*, con títulos como *El espejo de Salomón* (2006).

La histórica *La boca del Nilo* (2005) es, probablemente, su obra más conocida e internacional, galardonada en la Semana Negra de Gijón y traducida al francés. También es editor de Kokapeli, un sello digital que ha recuperado algunos importantes textos de la narrativa fantástica española de autores como **Juan Miguel Aguilera**, **Javier Negrete**, **Armando Boix** y **Daniel Mares**.

«En las fraguas marcianas» (1999) es un relato de ciencia ficción que rinde homenaje al Marte de John Carter con la nostalgia de *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury. Una obra que ganó los premios Pablo Rido en 1998 e Ignotus del 2000.

1

Catorce años en Marte no lograron quitarme del todo ni el asombro ni la fascinación, ni ese sabor a exótico —tan intenso para quien pisa por primera vez los planetas exteriores— que dejan los paisajes de ese mundo crepuscular. Son sensaciones únicas, muy fuertes aún en Puerto Marte, ese remedo de ciudad marciana lleno de concesiones al gusto terrestre.

Lo sé porque pasé mucho tiempo allí, en Puerto Marte, y aún ahora no tengo sino que cerrar los ojos y recordar. Recordar los canales, el cauce de piedra, las aguas oscuras, el suspiro del viento. Ese sol blanco y pequeño en un cielo casi negro, como una lámpara de carburo que ardiese en el fondo de un estanque. El desierto de arenas rojas, las rocas redondas y los líquenes verde oscuro, los torbellinos de polvo bermejo. La desolación, el frío, esa terrible aridez.

Es un mundo muy viejo, mucho, y la presencia terrestre apenas ha hecho mella en él. Marca, impregna al punto de que hasta los asentamientos terrestres forman ya parte indisoluble del embrujo de Marte.

Recuerdo los helicópteros armados que revoloteaban sobre las dunas, levantando polvaredas con las aspas. El astropuerto de pistas flanqueadas por estatuas de hierro negro, las naves despegando entre fuego y estruendo. Las caravanas en las carreteras de circunvalación de Puerto Marte, los gigantescos reptiles de carga serpenteando en hilera, las colas chasqueando contra el asfalto negro... Son imágenes híbridas que aprendí a disfrutar, sabiendo ya que formaban parte de una etapa concreta e irrepetible, un episodio más en la larga historia del planeta rojo.

Piezas de una iconografía fronteriza que algún día pasará. Como lo son las colonias terrestres, el contrabando de arte, las tribus mestizas. O los tugurios del Barrio Universitario, en Puerto Marte, tan populares en la Tierra gracias a las películas, aunque luego no sean más que unos cuantos locales nocturnos, bastante tranquilos, pese a su fama.

Pero es verdad que allí se da cita un retablo muy amplio del Marte fronterizo. Sujetos de toda clase: unos pintorescos, otros enigmáticos y alguno de veras inquietante. Y también es cierto que en esos locales se cierran de continuo tratos dudosos: negocios más bien al filo, que ayudan a ir tirando a buena parte de los residentes del barrio.

Precisamente para cierto asunto me llegué esa noche al *W. Jiorke*, cerca del canal. Un semisótano amplio y para nada siniestro de techos bajos y paredes de roca rojiza. Hay estatuas de hierro negro en cada recoveco y del mismo metal son mesas, sillas, barandas, así como de piedra roja son las dos barras de bebidas.

El encargado, conocido mío, me llevó a una mesa apartada en un rincón discreto, como a mí me gusta, desde la que podía observar a mis anchas por el salón en

penumbras. Había unos cuantos marcianos, mucho terrestre y mestizo, y algún que otro venusino. Aquello estaba medio lleno y casi todas las mesas ocupadas. En una cercana, dos parejas terrestres observaban todo con avidez. También se fijaron en mí con el suficiente descaro como para incomodarme; pero opté por ignorarles porque era obvio que se trataba de recién casados en viaje de novios.

Era la época: la conjunción. Aprovechando que Marte y la Tierra se hallaban a la mínima distancia, una marabunta de turistas se desparramaban por Puerto Marte. Y esos cuatro, haciendo caso omiso de las recomendaciones —para variar—, habían bajado a los terribles antros del canal, para poder presumir de ello después, a la vuelta a casa.

Un camarero me trajo la copa. Las luces se hicieron aún más tenues y se alzó una música vibrante, producida por la percusión de baquetas en el interior de un gran cuenco metálico, mientras una bailarina —una mestiza de poca ropa y mucha bisutería— se arrancaba a danzar en la pista de mosaicos.

Los turistas miraban con avidez, entre cuchicheos. Yo también dejé los ojos en ella, porque se cimbreaba con estilo y en el *W. Jiorke* sabían jugar con los focos, realzando el espectáculo. Tampoco pude evitar una sonrisa al pensar en esas dos parejitas.

Porque las famosas danzas marcianas son de lo más recientes. Un producto de esas películas ambientadas en un Marte de ficción donde, entre otros tópicos, solían aparecer bailarinas ejecutando danzas fantasiosas, mezcla de falso oriente y pseudohindú, ajenas por completo a la cultura marciana.

Pero como los turistas las buscaban fueron apareciendo por los bares terrestres, luego en el canal y, poco a poco, fueron popularizándose hasta que los mismos marcianos acabaron por asimilarlas, trasmutando así lo falso en auténtico, en un caso de retroalimentación cultural de lo más curioso.

El baile, muy movido, no iba más allá de los cinco minutos, tras lo que la percusión —el instrumento era oriundo en realidad de la isla terrestre de Jamaica— cesaba de golpe. Jadeando, la bailarina se inclinó para responder a los aplausos, haciendo destellar sus adornos metálicos. Justo cuando salía de escena, entraba en el local Morocho Banasto. Ambos cruzaron una mirada que era de mutuo aprecio.

Porque Banasto —con un abuelo marciano y tres terrestres, dos de ellos mulatos americanos— tenía esa superioridad física que tan a menudo da la naturaleza a los híbridos. Alto y bien plantado, con la piel dorada oscura y esos ojos amarillos suyos, era algo así como un apolo exótico y asilvestrado, con ese toque de peligro que tanto suele gustar a las mujeres.

Le acompañaban dos hombres. Uno era Chumpa Caliya, su mano derecha: un marciano que solía vestir a la terrestre, algo que rozaba lo insólito y decía mucho de su temple. Contaban muchas historias sobre él y, cuando uno miraba en sus ojos verdes y rasgados, de ser capaz de aguantarlos, uno podría creer la peor de todas ellas.

Al otro, un terrestre entrecano de rasgos marcados, no le conocía, aunque era fácil suponer quién era.

—El Sr. Balboa —nos presentó Banasto—. Este es mi amigo Vargas.

Vargas soy yo y Balboa era la causa de que yo estuviese allí esa noche. Pidieron de beber y hablamos de naderías. Solo cuando estuvieron servidos entró Banasto en materia, aprovechando cualquier giro de conversación.

—El Sr. Balboa es profesor universitario. Es —dudó—, es...

—Me dedico a las humanidades —atajó el otro— y mi campo es Marte. Lo marciano, por así decirlo.

—Lo marciano. —Incliné la cabeza—. Suena bien.

—Pero me han dicho que tiene usted cierta formación en tal sentido.

—Bueno, tengo una licenciatura en Arqueología Marciana, por una universidad de Panamá. —Y me eché a reír.

Nos reímos todos, incluso el reseco Chumpa Caliya se permitió una mueca. ¡Aquellos títulos panameños! Bastaba con tener el dinero suficiente y seis meses, y ya tenía uno el título en el bolsillo. Pero hubo un tiempo en que valían para conseguir el visado a Marte. Así llegué yo al planeta. Y no solo yo, porque de ahí le viene el nombre al Barrio Universitario. Jamás se ha visto tanto buscavidas junto, cada cual con su respectiva licenciatura de pega.

Eso distendió el ambiente y Balboa, más cómodo, abundó sobre su trabajo. Era un generalista, lo contrario a especialista: tocaba muchos campos y se ocupaba de integrar entre disciplinas distintas. Y, de siempre, se había dedicado a «lo marciano».

—Sin embargo —dio un sorbo a su copa— nunca había estado en Marte. Lo había ido dejando correr. Pero, ahora que al fin tengo tiempo...

Dejó la frase en el aire y yo le miré curioso, porque no le había echado más allá de cincuenta y tantos, como mucho.

—No es que me haya jubilado; no soy tan viejo. —Sonrió como si fuese telépata—. Pero, por fin, me he decidido a pedir una excedencia.

—Quiere viajar por el desierto, a las ciudades del Mottir —medió Banasto— y va a necesitar un buen guía. —Se volvió a Balboa—. Vargas lleva muchos años en Marte. Es el hombre adecuado y el que hablen ustedes dos el mismo idioma es una ventaja añadida.

Todos cabeceamos.

—La tarifa sería la habitual —añadió—, si es que estás disponible y te interesa el trabajo, claro.

—Sí y sí. —Aquello era teatro, porque ya estaba hablado entre Banasto y yo. Me dirigí a Balboa—. ¿Qué planes tiene en concreto?

—Ninguno. Pienso hacer trabajo de campo y decidir sobre la marcha.

Hice un gesto para dar a entender que él pagaba y que por mí podía hacerse el misterioso todo cuanto quisiera. En el silencio consiguiente, saqué mis cigarrillos y ofrecí alrededor. Chumpa Caliya aceptó uno.

—Primero, me gustaría ir a Dendera.

—Dendera. —Le miré a través de las volutas de humo—. Entonces, mejor que nos unamos a una caravana. Si no me equivoco, sale una dentro de un par de días, pero no sé yo si... —Busqué con los ojos a Banasto.

—Ya me encargo yo de que tengáis plaza —sonrió este, cogiéndola al vuelo.

—¿Va esa caravana a Dendera?

—No. A Turakas y a Jinnaude, pero podemos enlazar en el cruce de... no se preocupe. Y de Dendera, ¿a dónde?

—Ya veremos —soslayó otra vez.

Yo repetí el gesto. Estuvimos concretando detalles y cuando el tema comenzaba a languidecer Banasto llamó a un camarero, antes de echar un par de billetes en la mesa.

—¿Qué vas a hacer, Vargas? Nosotros vamos a dar una vuelta por el canal.

—Os acompaño entonces.

Nos acercamos al canal y fuimos caminando sin prisa por el paseo. Hacía un frío terrible, ese helor de los desiertos marcianos que le congela a uno los huesos, y el viento aullaba, agitando los faldones de los abrigos. En el cielo nocturno, centelleaban millones de estrellas. En un momento dado, Balboa señaló una gran luminaria, al este.

—¿Harshee?

—Harshee —asentí—. Deimos.

La avenida estaba vacía y solo de vez en cuando pasaba algún taxi eléctrico, zumbando con suavidad. El viento nos arrojaba arena, el agua oscura lamía las piedras del canal. En ocasiones, Balboa se paraba a estudiar alguna estatua del paseo: efigies humanoides de hierro negro, sin cara y con huecos en pecho o en vientre que a mí siempre me han recordado a ciertas creaciones de Dalí. Al otro lado del canal estaba el espaciopuerto, iluminado como una feria, y aún más lejos, sobre el desierto, revoloteaba una luz parpadeante.

—Un helicóptero —indicó Banasto.

—¿Hay guerrilla tan cerca de Puerto Marte? —Balboa se acercó al borde, a mirar esa luz que danzaba en la noche.

—Hum. Esos están ahí sobre todo para reprimir el contrabando.

—¿Armas?

—Armas, antigüedades... —Sonrió en la oscuridad.

Reanudamos nuestro paseo. No había alumbrado público y sí de edificios, de forma que, de noche, la ciudad era un carnaval de cúpulas, fachadas, estatuas que asomaban en la negrura, mientras las calles se hallaban en una penumbra que apenas permitía andar sin tropezar.

Balboa se arrebujaba en el abrigo, helado. Banasto me tendió un cigarrillo y yo saqué fuego. Él apantalló la llama con las manos y Chumpa Caliya, a un paso, echó una ojeada en torno, las manos en los bolsillos, las solapas del ropón tapándole la

cara y los faldones golpeando contra sus piernas a cada ráfaga de aire.

—Nos siguen —avisó en marciano.

—¿Seguro? —Banasto dejó escapar una gran humareda que el viento dispersó apenas formada.

—Seguro.

Afiné el oído. Nada. Pero Chumpa Caliya era como los gatos. Seguimos andando, alejándonos algo del borde del agua y apenas dimos cincuenta pasos el marciano nos alertó de nuevo.

—Ahí hay alguien —siseó—. Ahí.

Nos detuvimos a cercionarnos, y yo al menos necesité aún un segundo para distinguir algo. Luego logré entrever una sombra humana en la oscuridad, con las ropas agitadas por la ventolera. Pero de no ser por Caliya casi me hubiera dado de narices con él. Banasto por su parte no se anduvo con remilgos.

—¡Eh! —le gritó en inglés—. ¿Qué es lo que está haciendo ahí?

La sombra se movió y, aunque solo era un borrón, sus intenciones no podían ser más claras. Creo que uno y otros echamos mano a la vez a las armas. Estalló un fogonazo en la negrura, luego otro y otro. Chumpa Caliya replicó con su pistola y casi al tiempo comenzaron a disparar contra nosotros por la espalda.

Entre los estampidos, Banasto tiró de Balboa, con tan mala pata que a la vez yo hacía lo mismo en dirección contraria, de forma que casi le dejamos en medio. Por suerte al menos le hicimos caer.

—¡No se mueva! —Le había gritado el mestizo, al tiempo que buscaba refugio tras una estatua, disparando a su vez.

Yo, al otro lado, como no vi escondrijo, eché a correr en ángulo y tirando contra los que teníamos detrás. Pero enseguida dejamos de disparar, viendo que éramos los únicos que lo hacían. Nuestros atacantes se habían esfumado y nosotros nos quedamos un rato en la penumbra, encañonando en todas direcciones y sin saber muy bien qué pensar.

—Se han ido —sentenció Caliya al tiempo que guardaba ya la pistola.

Creo que oí pasos alejándose, pero no sé si fue imaginación. Nos acercamos a Balboa, pero ya estaba en pie, ileso y con una luz en los ojos que tardé algo en reconocer. La mirada del que, de golpe, se topa con algo sobre lo que ha oído hablar durante años.

—No se equivoque. —Pensé que debía aclararle mientras guardaba el arma, bajo la chaqueta—. Esto no pasa todos los días.

Banasto se carcajeó, Caliya no mudó de gesto. Ellos sí que habían estado en unas cuantas balaceras del barrio, pero eso son gajes del oficio para quien anda metido en los asuntos turbios de Puerto Marte. Yo en cambio siempre procuré mantenerme justo al borde de todo eso.

—Vargas tiene razón —convino no obstante el mestizo—. Esto no es como en las películas. —Me miró—. ¿No tendrás cuentas pendientes con alguien?

—¿Quién? ¿Yo?

—Tú. Si a por ti no iban, a por mí tampoco; se lo hubieran montado mejor. — Volvió a reírse—. Así que solo nos queda usted, Balboa.

—¿Yo? —Nos miró uno a uno, confuso.

—Le seguían a él —medió Caliya, siempre en marciano, las manos de nuevo en los bolsillos—. Cuando les descubrimos, pegaron un par de tiros para cubrirse y se largaron. No le quieren muerto.

Banasto asintió mientras yo traducía para Balboa, que tenía algún problema con el marciano vulgar. Se quedó pensando pero no dijo ni mú.

—Muy bien. —Banasto se encogió de hombros—. Vámonos cuanto antes. Por ahí viene un taxi: llámalo, Chumpa, y le dejamos en su hotel. Vargas, nos vemos.

Aunque hablamos, no volví a ver a Balboa hasta días después, cuando le recogí a primera hora en su hotel. Apenas hablamos en el taxi, cada uno amodorrado en su asiento, y solo cuando el coche enfiló el puente y el canal, y la perspectiva del desierto se abrió ante sus ojos, le vi despabilarse.

El sol, blanco y pequeño, colgaba aún bajo al este, y un viento frío y seco zarandeaba silbando el taxi. Más allá del canal, a mano izquierda, se divisaban cuatro colosos de hierro negro, aún más imponentes contra el cielo oscuro y las dunas rojas. Se los señalé.

—Punto de Caravanas.

Punto de Caravanas era ya el pandemonio. Entre el rugido del viento y el azote de la arena, los caravaneros ultimaban detalles, dando tirones a las cinchas y asegurando bagajes, mientras los sirrecs —esos grandes reptiles marcianos de piel correosa que usan como bestias de carga— se agitaban entre bramidos ensordecedores, como presintiendo la marcha.

Balboa, mochila al hombro, se quedó al borde del campo, creo que algo amilanado y sin saber muy bien qué hacer.

—Póngase el casco —le aconsejé.

Por suerte su atuendo era práctico: mono térmico, holgado y con muchos bolsillos, y un aparatoso casco de fibra. Yo en cambio vestía a la marciana, con manto suelto de color amarillo y uno de esos capirotos altos con máscara que tanto recuerdan a los de los penitentes de nuestra tierra natal.

—Pero póngase el casco, hombre —insistí al verle guiñar los párpados por culpa de la arena.

Todavía tardó un momento, como aturdido por tanta barahúnda, antes de hacerme caso. Me calé el capuz antes de conducirlo por entre el maremágnum de hombres y bestias. El ventarrón levantaba nubes de arena y hacía flamear los mantos. Los monstruos se agitaban bramando, haciendo repicar sus campanillas, mientras los jefes de caravana iban de un lado a otro blandiendo sus trompas de bronce.

Balboa contemplaba hipnotizado a los grandes sirrecs de cola nudosa y ojos de culebra. Los caravaneros de capirote y mantos de colores ricos —ocres, óxidos, azafranes— que ondeaban con las ráfagas. El cielo oscuro, el sol chico, los torbellinos de polvo rojo que danzaban en los arenales agitados por la ventolera. Del otro lado del canal se alzaba Puerto Marte; los rascacielos de piedra rojiza, las estatuas de hierro, las cúpulas de cobre que resplandecían de forma débil en el alba oscura.

En lo alto de una duna se agolpaban los turistas, enfocándonos con sus aparatos. Yo les observé a mi vez: parejas, grupos y sí, allí habían dos hombres algo aparte. Les

estudié sin sacar nada en claro, hasta que un trompetazo largo y vibrante me hizo apartar los ojos.

Daba comienzo la marcha. Entre toques metálicos de trompa, aquel caos aparente empezó a arremolinarse para desembocar en una larga hilera en movimiento, enfilando ya la larga travesía del desierto.

Así dejamos Punto de Caravanas, al paso serpenteante de los sirrechs, mientras los turistas filmaban como si les fuese en ello la vida. Balboa se había subido a uno de los reptiles y ahora se bamboleaba de un lado a otro. Yo había preferido unirme a los que andaban junto a la caravana, a trancos largos y fusil en mano. Tiempo habría de cansarse y cabalgar.

Cogimos la carretera que se adentra unos cien kilómetros en el desierto, antes de esfumarse como por arte de magia en los médanos rojos. A la derecha, una nave despegaba entre llamas y estruendo. La miré mientras subía con una estela de fuego aún más incandescente contra el cielo casi negro. Se elevó, se perdió de vista y nosotros fuimos dejando todo eso atrás, hasta que la torre espacial, los colosos de hierro, las cúpulas de Puerto Marte, se desvanecieron tras las dunas y los remolinos de polvo.

Para navegar el desierto, hay que valer. Los hay que se aburren, que desesperan y creen enloquecer con esos viajes interminables. Pero eso es porque están ciegos y sordos, son insensibles al embrujo de Marte.

Porque pocos parajes hay más extraños y ajenos que los desiertos marcianos. Pero para entenderlo hay que haber estado allí, en mitad de esos océanos de arenas rojas, bajo el cielo oscuro, con ese viento que aúlla y corre polvaredas entre las dunas. Ver esas formaciones rocosas redondeadas por la erosión hasta parecer gigantescos huevos rojizos, surcados por líquenes como venas verde oscuro. Sentir el frío, la sequedad, la desolación, ese algo a antiguo y moribundo que impregna todo lo marciano.

Los primeros días vimos de lejos algunas tanquetas ONU que patrullaban por las laderas arenosas, y algún helicóptero armado nos sobrevoló entre rugido de aspas, cubriéndonos de arena mientras los caravaneros les ignoraban ostentosamente.

También divisamos asentamientos terrestres. Alguna de esas pequeñas colonias que son como un enjambre en torno a Puerto Marte, habitadas por fanáticos —religiosos, políticos, sociales— que emigraron al planeta rojo para establecer sus minúsculas utopías en mitad de los arenales. Yo, que las conocía casi todas, se las nombraba a Balboa según iban apareciendo en la distancia.

Él y yo trabajamos cierta familiaridad a lo largo del viaje. Al acampar, nos sentábamos ante alguna hoguera de bosta, a mirar cómo las llamas se agitaban empujadas por el viento. Hablábamos de Marte y de lo marciano, y una noche me preguntó por el nombre que me daban los caravaneros.

—Vargas Camúchal Yun —acepté—. Sí, así me llaman.

—Y significa... —Lo dejó en suspenso, aunque sabía marciano.

—Vargas, el que bruñe historias.

—Vargas Bruñidor de Historias. —Me miró a la luz del fuego—. Bonito nombre. Pero ¿qué significa exactamente?

—Dicen que soy de los que cada vez que cuentan algo lo hacen de tal forma que, sin cambiarlo, le dan matices nuevos. Por eso me llaman así.

—Ah.

—Es algo sin importancia en la Tierra, pero para los marcianos es todo un don.

—Ellos no son como nosotros —dijo, tras un instante de silencio.

—No, no lo son.

Cabeceó con los ojos puestos en las llamas y se quedó pensando. Yo busqué un cigarrillo y luego algo con qué encenderlo. Ninguno añadió ya nada. Ambos lo dejamos ahí.

No retomariamos el tema hasta días más tarde, ya en Dendera.

Recuerdo que estuve haraganeando ante la embajada terrestre, en una plaza donde todo rezuma al viejo Marte. Las piedras de las casas gastadas por el tiempo, las puertas de bronce trabajado, los panzudos flameros de cobre en los que rugen día y noche las grandes llamas. Las ropas de los transeúntes que el viento hacía ondear. Cada sonido, cada aroma y cada color.

Un marciano alto de manto marrón y mostaza me estaba mirando. Clavé los ojos en los suyos, rasgados y amarillos, pero no vi sino curiosidad y él, al notarme incómodo, siguió su camino. Respiré. Quizás le había llamado la atención mi mono térmico, con emblemas marcianos cosidos en las bocamangas, o quizás el cuchillo denderano que llevaba al hombro derecho.

Esa arma de acero, con mango de hueso y una gracia insuperable de líneas, había salido de una forja marciana. Los herreros de Marte no conocen rival en su campo, como no lo conocen en el suyo las viejas cerámicas chinas. Y aquella pieza maestra había estado en poder de un marciano de Dendera hasta solo un par de días antes.

Ese, al que yo no conocía de nada, me había provocado en público de tal forma que no me quedó sino retarle. Luego sabría que se trataba de un asesino a sueldo y que con ese método ya había matado a varios hombres. Pero, como a todos nos abandona la suerte y yo tampoco había llegado ayer a Marte, esa vez fue él quien dejó la piel en el círculo de arena. Y yo me quedé con su cuchillo.

Por fin Balboa apareció bajo el arco de piedra de la embajada, pasando entre los guardias ONU con una expresión distraída que perdió apenas verme.

—¿Usted? —Me espetó, molesto—. ¿Pero no le he dicho que no me siga? No hace falta que se tome por mí molestias que no le he pedido.

—No es por usted, sino por mí —repuse de malas—. Morocho Banasto me le ha confiado y no es de los que admiten sin más un fracaso.

Eso le aplacó algo y yo, con un codazo, le indiqué que era mejor marcharnos. Los soldados ONU de armaduras blancas y azules nos estaban mirando y cuanto menos llame uno la atención de esa gente mejor. Le llevé a un bar terrestre, en un sótano de la misma plaza. Minutos después, nos acodábamos en la barra de mosaico, él con un café y yo con una cerveza. Había bastante aforo, casi todo de terrestres; nada raro, dada la cercanía de la embajada y lo nutrido de la colonia en Dendera.

—Aquella noche en Puerto Marte —le dije por lo bajo— iban detrás de usted y el duelo del otro día no fue casual: ese marciano era un asesino y alguien le pagó para quitarme de en medio. Y me he enterado de que alguien anda preguntando por usted. Menos mal que también tenemos amigos aquí. Mejor dicho, los tiene Banasto.

Toqueteó su taza, haciéndola tintinear contra el plato, pero no dijo palabra.

Suspiré.

—No pretendo saber qué se trae entre manos; eso es cosa suya. Pero quiero que se haga cargo de la situación. —Saqué un papel del bolsillo—. Tome. Banasto me lo ha enviado por radio hace un rato. Dígame si le suena algún nombre de esta lista: no es muy larga.

La leyó y la releyó, guardando silencio aún un rato.

—Del Toro —rezongó por fin—. Del Toro.

Le miré hastiado. Sabiendo que no iba a soltar prenda, simplemente le aclaré que aquella era la lista de civiles, del próximo convoy ONU a Dendera.

—Aquí hay una gran colonia y la embajada tiene mucho personal. El Tratado permite cierto número de convoyes a Dendera. —Hice una pausa—. Este sale de Puerto Marte dentro de cinco días, así que para el sexto estarán aquí.

—Ya. —Cabeceó, sin dar atisbo de quién pudiera ser ese tal del Toro. Apuró su taza y, entonces, reparó en las bocamangas del mono térmico.

—¿Qué es esto? —casi rozó los bordados con los dedos.

—Usted sabrá, que es el experto.

—Emblemas marcianos del Metal. —Me miró con intensidad—. Así que es usted Metal.

—Todos somos Piedra o Metal —recité sonriendo, al tiempo que llamaba al camarero—. Todos, lo sepamos o no.

—Eso enseña la Taggar, pero nunca le hubiera tomado por un creyente.

—La Taggar no es una religión, así que eso de creyente...

—Una filosofía.

—Tampoco. Más bien una tradición.

—Muy bien. Pero ¿es usted seguidor de la Taggar?

—Bueno, son muchos años en Marte...

Salimos. El viento, susurrando, arrastraba polvo rojo por las callejas. Nos pusimos los cascos.

—Hábleme de la Taggar: del Metal y la Piedra —me pidió de repente, según íbamos calle arriba.

—No creo que pueda decirle nada que usted no sepa ya.

—¿Y qué? ¿No le llaman Bruñidor de Historias? Pues venga, cuénteme esta.

—Como quiera. —Me tomé un segundo—. Es muy sencillo. Según la tradición marciana, hay dos clases de hombres: los que son como de metal y los que son como de piedra. Los unos han de forjarse, los otros labrarse.

»Los primeros se forjan poco a poco, a lo largo de la vida, como en un yunque a golpes de martillo. La verdadera naturaleza de los segundos ha de aflorar, como si un escoplo fuese arrancándoles lo sobrante.

—O sea, que los primeros son más dúctiles que los segundos.

—No. La Piedra y el Metal son analogías y si se las lleva al extremo se reducen al absurdo. Pero yo no pienso jugar a eso.

—No es mi intención...

—No es cuestión de dúctil o rígido. La diferencia está en que los de metal pueden llegar a ser y han de hacerse, mientras que los de piedra ya son y por tanto han de descubrirse.

—Ya. Y herreros y canteros...

—Todos somos piedra o metal, pero herreros y canteros están por encima de los demás, puesto que pueden forjarse o labrarse a sí mismos.

—Ajá. —Anduvo unos pasos callado—. Y usted es de metal.

—Era fácil de adivinar por mi apodo marciano: Bruñidor.

—Es cierto —admitió—. ¿Y qué hay de los Kismel?

—¿Los Nueve Grandes Herreros? La Taggar no es una religión, pero si lo fuese ellos serían algo así como dioses del metal.

—Lo que quiero saber es si usted cree que existieron de verdad.

—Mitad y mitad. Puede que los más antiguos no sean más que fábulas, pero los últimos, por mucho que les haya distorsionado la leyenda, debieron ser de carne y hueso.

—Asha, Melo, Tonkinni. —Fue alzando en el aire uno, dos, tres dedos—. Vivieron en épocas y lugares concretos. —Me miró, los ojos ocultos tras el visor del casco—. Hay mucha tradición oral al respecto y usted, con ese nombre que tiene, seguro que la conoce bien.

—Alguna historia me sé.

—Ese campo sí que está aún poco estudiado. Quisiera que hablásemos en alguna ocasión de ello. —Y, según yo asentía, cambió de tema—. ¿Cuándo podemos salir de aquí?

—Cuando usted quiera. Es más seguro viajar en caravana, pero tampoco es imprescindible. ¿A dónde ahora?

—A Jinnaude. Y, cuanto antes nos vayamos, mejor.

Pese a tanta prisa, pude convencerle para esperar tres días y unirnos a una caravana con rumbo a la misma Jinnaude; una ciudad mucho más sureña, donde los terrestres son contados y en la que Banasto carecía de contactos, por lo que no podíamos esperar protección allí.

Aunque esa protección no me había librado de un duelo ni de algún que otro mal trago. Como el que me dieron en vísperas de partir tres terrestres, ya de anochecido. Dos me cerraron el paso en mitad de la calle, mientras el tercero se ponía a mis espaldas. Lo cierto es que me pegaron un buen susto.

—Estás meando en tiesto ajeno, tío. —Me soltó uno. En realidad no dijo eso, sino un chascarrillo marciano bastante equivalente. Y lo enunció en inglés, aunque se notaba de lejos que ese no era su idioma natal.

—¿En qué tiesto estoy meando yo? —Llegué a replicar, temiendo de un momento a otro una puñalada en los riñones, porque notaba en el cogote el aliento pesado del tercer matón.

—Estás fastidiando a Heitar. ¿Sabes quién es Heitar, tío?

Sí que lo sabía y eso fue como un mazazo. Sin embargo, ya iba pensando en que al menos saldría vivo de esa.

—Yo estoy a lo mío: a mí me pagan y yo cumplo.

—Mal hecho. —El matón, siempre el mismo, me apuntó con el dedo—. Vais a Jinnaude, ¿no? Pues desaparece al llegar y deja que tu amigo se las componga como pueda.

Opté por no contestar nada.

—Sabemos quién eres, Vargas, y dónde encontrarte. —Sonriendo, me puso en el pecho una pegatina de la ONU. Así, con un par, dándome a entender que eran de la embajada y que bajo mano cobraban de Heitar—. Estás en la lista negra: tú sigue jodiendo, que ya verás.

No le comenté nada a Balboa hasta después, ya en camino, un día que andábamos por las arenas, a un lado de la caravana, yo con el fusil terciado al hombro y él absorto en la inmensidad del desierto rojo.

—¿Y quién es Heitar?

—Un mafioso de Dendera.

—Bueno, entre nosotros, Banasto también es un mafioso.

—¡Eh! Hay una diferencia. Banasto es un hombre de negocios. —Con un gesto, impedí su réplica—. Sí, aunque sus negocios son poco legales y sus métodos acordes a esa circunstancia. Pero a él le mueve el dinero, la pasta. Heitar es un hijo puta y le encanta imponer su ley, que le laman las botas, asustar, matar.

—Ah, ah. Cabeceó, ahora pensativo.

—Hasta ahora teníamos la protección de Banasto y por tanto de sus socios denderanos. Una acción directa hubiera provocado una guerra de bandas. Y suerte hemos tenido de que eso haya contenido a Heitar.

—¿Qué va a pasar ahora?

—En Jinnaude casi no hay terrestres ni mestizos, así que no hay mafias. No tendremos quien nos proteja y Heitar puede mandar a sus hombres a por nosotros. Y está ese amigo suyo, del Toro.

—No es amigo mío.

—Debió aceptar los guardaespaldas que le ofrecieron en Dendera.

Por toda respuesta se cerró en banda, algo a lo que ya me iba yo acostumbrando. Fastidiado, me fijé en la hilera de reptiles que serpenteaban por la arena, así como en sus jinetes de mantos flotantes y capirotos. Hasta donde llegaba la vista, todo eran arenales rojos y rocas redondeadas. El viento arrastraba cortinas de polvo y, muy lejos, se columbraba una cordillera erosionada por el paso de los milenios.

—¿Ocupa usted algún rango en el Metal? —preguntó de repente.

—¿?

—Hay categorías dentro de la piedra y el metal, y a usted le llaman Bruñidor de Historias.

—Ah, ya. Bueno, en realidad todo es más nebuloso: no hay una jerarquía rígida en la piedra y el metal.

—No será rígida, pero alguna hay: la de los maestros herreros, por ejemplo.

—Sí, pero no lo vea desde una perspectiva terrestre. Trate de verlo a la marciana. En el metal, o la piedra, uno es. Pero es, sobre todo, porque los demás así lo aceptan. A mí me llaman Bruñidor de Historias y, porque me llaman así, lo soy. Y eso vale para cualquiera, incluso para un maestro herrero.

—¿Incluso para un Gran Herrero?

—Hace casi quince mil años que no hay ninguno.

Anduvimos un trecho en silencio, contemplando los remolinos de polvo rojo que se agitaban entre las dunas.

—¿Qué opina usted de esas historias de los Grandes Herreros...?

—¿Qué historias?

—Usted ya me entiende.

—Un metal ordinario se hace a lo largo de la vida. —Me encogí de hombros—. Un herrero puede forjarse a sí mismo y un maestro herrero forjar a otros. Pero solo un gran herrero es capaz de forjar a muchos o a la misma historia, a voluntad. Supongo que se refiere a eso.

—¿Y usted cree que es cierto? ¿Que alguna vez hubo alguien capaz de hacer algo así?

—No lo sé. Hace años tenía mi propia opinión, pero ahora me he vuelto un poco como los marcianos. Y ellos no tienen esa necesidad nuestra de planteárselo todo, de tomar partido a favor o en contra de todo lo que se cruza en su camino. Las historias

sobre los nueve grandes: están ahí y eso es lo que vale. Lo que yo piense no importa mucho.

—Ya...

Me miró de nuevo pensativo. Y creo recordar que, durante largo rato, no volvimos a cruzar palabra.

El viaje a Jinnaude acabó sin novedades, fuera de que uno de la caravana desapareció durante la marcha, sin que nadie se diese cuenta hasta después. Debió apartarse unos pasos y ser víctima de alguno de los monstruosos predadores del desierto marciano. Pero por lo demás la travesía fue tranquila, cosa que no puede decirse de nuestra estancia en Jinnaude.

Balboa logró acceso a las Grandes Casas. No solo a sus archivos, sino también a sus salones. Fue allí donde se encontró de lleno con el viejo Marte; el de los linajes vetustos, las piedras milenarias, las tradiciones inmemoriales. Ese Marte entreverado de misterios, de penumbras, de batintines reverberando por los pasillos de piedra. El Marte de los aromas exóticos, de luces y sombras, de sabores únicos.

Él mismo, mientras tomábamos café en el único establecimiento terrestre de la ciudad, me lo comentó.

—Ahora sí —decía fascinado—. Ahora sí que estoy en Marte.

—¡Toma! —Sonreí—. ¿Y dónde se supone que ha estado hasta ahora?

—El Marte de verdad, quiero decir. —Sonrió a su vez.

—Puerto Marte y Dendera también son de verdad.

—Ya me entiende.

—No, no le entiendo. Jinnaude es el Marte de siempre, intacto a la era espacial, es cierto: pero no por eso es más marciana que, por ejemplo, Dendera, sino solo distinta. Yo, la verdad, cuando veo que igualan viejo a auténtico, es que me parto de risa.

—No voy a entrar al trapo —se zafó con humor—. No íbamos a sacar nada en claro y me da que iba a acabar perdiendo. Creo que como retórico no puedo competir con usted, Vargas.

Sonriendo, lo dejamos estar. Yo también era así al llegar al planeta y viajé por las viejas ciudades lleno de ideas parecidas. Pero con el tiempo aprendí.

En todo caso, si algo había en Jinnaude ajeno al viejo Marte, eso era aquel par al que descubrí siguiéndome. Dos terrestres de malas pintas, desertores de las tropas ONU a los que había visto en visitas previas a la ciudad. Ellos, quizás por mis ropas marcianas, y porque siempre iban colgados de todo, no me reconocieron. Yo en cambio a ellos sí, y al ver que me seguían, y conociendo a lo que se dedicaban, supe enseguida a qué atenerme.

Debieron frotarse las manos cuando salí fuera, al barrio extramuros, y a mí no me costó nada sorprenderles en una de las callejas de piedra, porque aquellos infelices estaban comidos por el alcohol y las drogas. Acto seguido, me fui a ver al cónsul.

Cónsul honorario, podría decirse, aunque son los propios marcianos quienes dan tales cargos. En este caso, a un yanqui gordote y malencarado que llevaba por lo menos treinta años en el planeta y que tenía fama de ser más o menos honrado.

—Vargas. —Resopló, en marciano—. Matar a tiros y por la espalda a dos personas se considera asesinato en la Tierra.

—Hace un montón de años que salí de la Tierra. Y que me parta un rayo si vuelvo a pisarla algún día.

Me miró atravesado, rascándose con aspereza la barba de tres días, antes de pegar una calada a su canuto de maría. María que él mismo cultivaba en su pequeño invernadero. Ya me hubiera gustado enseñar este último a Balboa, a ver qué decía entonces del «Marte auténtico».

—Me seguían —añadí— y todos sabemos a qué se dedicaban esos dos.

Hizo girar un dedo en el aire, invitándome a seguir.

—Estoy haciendo de guía para Santiago Balboa, un investigador de la Tierra, y estamos de gira: Dendera, Jinnaude; pero parece que alguien no nos quiere bien. Anda por medio un tal del Toro, también de la Tierra, y creo que se ha compinchado con Heitar.

—¿Heitar? ¡Ese cabrón! —bufó—. ¿Sabe ese del Toro con quien se junta?

—Supongo que no. Pero él, y seguro que alguno de los hombres de Heitar, vendrán a Jinnaude un día de estos buscándonos.

—Vargas. —Volvió a mirarme, envuelto en una humareda narcótica—. Siempre andas en rollos raros.

—Como si uno pudiera elegir. ¿Qué pasa con del Toro y...?

—Esto no es Puerto Marte, ni Dendera, y al que venga por las bravas le voy yo a espabilar. —Dio otra calada—. En cuanto a esos dos, es cierto que todos sabemos a qué se dedicaban, así que vamos a dejarlo correr. Pero tú, Vargas —me apuntó con el canuto humeante—, no le cojas el gusto a los asesinatos preventivos.

No esperaba salir tan bien librado y, no bien abandoné la casa del cónsul, fui a poner un par de cosas en claro con Balboa.

—Es la segunda vez que quieren matarme. Está claro que el juego está en quitarme de en medio para dejarle a usted aislado.

—Hombre, tanto como aislado...

—Aislado. Usted necesita a uno como yo: un guía no marciano. Puede buscarse a otro, claro, pero puede que mi sustituto no sea muy de fiar. Y eso, teniendo en cuenta lo que va buscando, puede ser de lo más peligroso.

—¿Por qué dice que ando buscando algo?

—Por la cara que se le ha puesto. No, en serio, es cuestión de lógica y usted no es el primero ni mucho menos, que, tras años de bucear en datos, se lanza a una búsqueda. —Le sonreí. Unos lo logran, la mayoría no; pero esos buscadores son una figura más en ese Marte fronterizo al que tanto quise—. ¿Qué busca? Alguna de las fraguas marcianas, claro.

—¿Las fraguas marcianas? —Trató aún de zafarse.

—Venga. Me ha estado preguntando y anotando sobre casi todo, excepto sobre las fraguas marcianas. ¿Le parece que tiene eso sentido?

Eso le dejó callado; parecía contrito y yo le dejé estar. Por si alguien no lo sabe, cosa que dudo, lo que los terrestres llamamos «las fraguas marcianas» son las antiguas sedes de los nueve grandes herreros; allí donde trabajaron y enseñaron. Nadie sabe dónde están, porque, a la muerte de cada uno, se clausuraban y una especie de veto sagrado caía sobre todo lo relativo a ellas. Son algo muy importante para los marcianos y desde siempre han fascinado a los estudiosos. Si alguien como Balboa no hacía mención a ellas, ¿cómo no sospechar que trataba precisamente de no llamar la atención sobre el asunto?

—Vamos, hombre, decídase.

—Muy bien —suspiró—. ¿Puedo contar aún con usted?

—No veo por qué no.

—Están todos esos tabúes y —aquí dudó— lo cierto es que usted es un terrestre de lo más amarcianado.

—Soy un no-nacido aquí y mi sitio en la sociedad marciana... —Agité una mano, para obviar aquello—. ¿Qué fragua busca en concreto?

—La de Tonkinni.

Asentí. Tonkinni, el último de los nueve grandes.

—¿Y del Toro?

—Es un colega de profesión.

—¡Caray! —No pude evitar una sonrisa—. Había oído que los profesores universitarios dedican casi todo su tiempo a apuñalarse unos a otros, pero siempre pensé que era en sentido figurado.

—No en el caso del Toro. —Sonrió a su vez, a medias—. Le come la ambición y por lo que estoy viendo no se detiene ante nada.

—Pues nos viene echando el aliento en la nuca. Él y los hombres de Heitar llegarán de un día para otro y ya deben de tener a uno aquí, porque esos dos desertores no actuaban por su cuenta. Tiene que ser alguien de la caravana, porque aquí no hay radio.

—¿Está seguro de eso?

—Y tanto. Hay radio en Dendera, pero en sitios como este está prohibida por el Tratado y le puedo asegurar que se lleva a rajatabla.

—Me hubiera gustado cotejar aún unos datos. —Sacudió la cabeza—. Pero las cosas son como son. Lo mejor es que salgamos lo antes posible de aquí.

—Me ha leído el pensamiento. Y ahora, ¿a dónde?

—Ahora le toca a usted. Buscamos una de las estatuas del desierto. Una muy alta, con el vientre hueco y los brazos alzados a media altura entre el hombro y la vertical. —Hizo el gesto con la mano.

—Esa estatua, ¿está por aquí cerca?

—Si no me equivoco, en algún punto dentro del triángulo formado por el canal Carosto, Jinnaude y el templo de Kone.

—Entonces ya sé cuál es. Marca un cruce de caravanas al este.

Salimos de Jinnaude al alba y recuerdo que tras un trecho nos detuvimos en lo alto de una duna, a echar una última ojeada. El barrio extramuros quedaba al otro lado, fuera de la vista, y la ciudad, con sus murallas de grandes sillares gastados y sus cúpulas de cobre, era como una isla en una inmensidad de arenas rojas que se abría en todas direcciones, hasta donde llegaba la mirada. Luego Balboa arreó a su reptil, yo hice lo propio, y Jinnaude fue perdiéndose poco a poco a nuestras espaldas.

Me parece que fue entonces cuando Balboa descubrió lo que es el desierto marciano. Ya lo habíamos cruzado dos veces, es verdad, pero no es lo mismo hacerlo en caravana que de a dos. Uno se ve muy solo, perdido en ese mar de médanos rojos y rocas redondeadas por la erosión, con ese cielo oscuro y ese sol pequeño, y ese viento que sopla y sopla arrastrando polvaredas, y que ha hecho enloquecer a más de un hombre.

Por primera vez, Balboa exhibía armas: un fusil marciano, cruzado sobre la silla de montar. En parte podía deberse a esa sensación de aislamiento, de amplitud, que da el desierto rojo; ese saberse librado a los propios medios. Aunque también estaba claro que no se fiaba del todo de mí.

Pero bastante tenía yo con llevarnos hasta el cruce de caravanas. Siempre el primero, en una mano las riendas y en la otra el fusil, atento a cualquier señal de peligro, sobre todo por parte de esas pesadillas quitinosas, los esclacures, que son como un cruce de pulga y escorpión de unos dos metros, y que se entierran a esperar a sus víctimas. Una vez vi a uno en acción y fue como si la arena reventase mientras algo horrible de abdomen alargado saltaba para arrancar a un hombre de lo alto de su silla. Desapareció con él por el otro lado, antes de que los demás pudiéramos siquiera gritar.

Al llegar la noche, acampábamos en cualquier roquedal y había un rato, tras la cena, en que nos quedábamos junto a la tienda, charlando y oyendo el silbido del viento nocturno. Yo me sentaba de espaldas a alguna piedra, a fumar con el fusil en las rodillas, mientras Balboa se calentaba las manos sobre la unidad térmica. Recuerdo que en una ocasión, le pregunté por qué estaba tan seguro de saber dónde se hallaba la fragua de Tonkinni.

—No me lo tome a mal, pero muchos antes de usted han creído conocer el paradero de alguna fragua marciana.

—Y todos se volvieron con el rabo entre las piernas, ¿no?

—Más de uno ni siquiera volvió.

La unidad térmica latía con luz rojiza y a su resplandor me miró un instante.

—Esos que usted dicen buscaban las fraguas. Gastaron tiempo, dinero y esfuerzo en investigar. Yo, en cambio, casi podría decir que me lo encontré por casualidad.

—No me diga que ha descubierto una especie de mapa del tesoro.

—Nada tan romántico. Todo es fruto de mi trabajo de generalista, al haber estado manejando, durante años, toda clase de datos sobre lo marciano.

—¿?

—Las fraguas marcianas están bajo secreto y por tanto los datos sobre su emplazamiento han sido eliminados sistemáticamente. —De nuevo, alargó las palmas hacia la unidad calórica—. Pero al mismo tiempo, dado que son un elemento cultural de primer orden, abundan por todas partes las referencias a ellas, y a veces esas referencias... —Hizo una pausa—. ¿Me sigue?

—No estoy muy seguro.

—Un ejemplo: nada se dice sobre qué tipo de edificio alberga a una fragua marciana; eso ha sido borrado. Pero pensemos. Si la más moderna tiene miles de años y según la tradición aún existen todas, tenemos que llegar a la conclusión de que son subterráneas. Aquí, cualquier construcción abandonada durante tanto tiempo no sería ahora más que un montón de ruinas.

—Ah. —Encendí un pitillo—. Informaciones indirectas, ¿no?

—Muy indirectas. Un suma y sigue de ellas, año tras años, en los más diversos campos.

—¿Pero, cómo es que nadie hasta ahora...?

—Casi todos los que podrían son especialistas y se mueven en una esfera mucho más reducida que la mía. Además, ese ejemplo era solo eso: un ejemplo. La cosa es más enrevesada y aparte está la suerte. Aún así, a punto estuve de no caer en la cuenta. Luego ha sido una labor de hormiga, de años y años.

—Hasta llegar a hoy. —Cabeceé.

El viento arreció de golpe, aullando en la oscuridad.

—Pero no crea que no lo he pensado, eso que ha dicho antes. —Se frotó las manos caviloso—. Más de uno entró en el desierto a la busca y nunca más se supo de ellos. ¿Y si alguien, como yo o por simple casualidad, hubiera dado con pistas? ¿Y si los marcianos...? —No acabó la frase.

—Marte guarda lo suyo —apunté al tiempo que daba una calada.

Me miró de soslayo y no dijo nada, pero yo sabía muy bien lo que estaba pensando. Al rato se fue a dormir a la tienda. Yo me quedé un poco, a echar aún otro pitillo, a oír rugir al aire nocturno en los arenales y a ver centellear millones de estrellas en lo alto. Luego, pensando en el día siguiente, yo también me fui a tumbar.

Dos jornadas más tarde y a otras dos de nuestro destino, divisamos el viejo templo de Sumau. Allí, a la vista del templo, refrené a mi reptil y llamé por gestos a Balboa.

—Tome. —Me bajé y le tendí las riendas—. Usted siga hasta el templo y espéreme allí.

—¿Cual es?

—Sumau.

—Sumau... —Se quedó mirando las antiguas ruinas con sus grandes columnas, el portal adintelado y los cuatro colosos de hierro negro que guardan las esquinas. Después se volvió a mí—. ¿Qué es lo que piensa hacer?

—Voy a quedarme aquí, a ver si nos siguen. Espéreme seis horas, aunque supongo que me reuniré con usted antes. No creo que se aburra ahí dentro: hay mucho que ver.

—¿Qué hago? ¿Me escondo?

—Al contrario. Déjese ver pero sin exagerar.

Palmeé el lomo de mi reptil, sintiendo con la palma su resuello pesado. Luego hice tintinear las campanillas de su cuello para llamar a la suerte y le indiqué a Balboa que siguiese. Él arreó a su sirrec y llevando de las riendas a la mía se dirigió al templo. Yo me escondí tras una gran roca redonda. Me quité el capirote para calar una de esas máscaras marcianas de hierro negro y cobre rojizo.

Esperé dos, tres horas fusil en mano, oteando la distancia y viendo bailar las cortinas de polvo en las laderas de las dunas al soplo de las ráfagas heladas, antes de ver aparecer, como me temía, a un hombre a lomos de un reptil que rastreaba nuestras huellas.

Uno solo. Fornido, con manto ocre y amarillo, y un casco con visor. Como esperaba, venía más atento al templo que a las cercanías. Apenas distinguió las ruinas hizo retroceder a su reptil y se apeó antes de echarse al suelo y arrastrarse a lo alto de la duna para avizorar. Entonces yo, desde mi apostadero, le llamé.

Le hice dejar su fusil y venir manos en alto. Era un mestizo moreno, de ojos almendrados y muy amarillos. Uno de los matones de Heitar, según admitió él mismo cuando se lo pregunté. Al parecer, habíamos salido de Jinnaude poco antes de su llegada y Heitar había enviado a los más hábiles de sus hombres a rastrearnos. Supuse, aunque no se lo pregunté, que por parejas y que, apenas nos descubrieron, uno se había vuelto a informar. Así que otra vez estaban detrás de nosotros.

—¿Y del Toro? —me interesé—. ¿Viene con vosotros?

—¿El terrestre? —Encogió sus hombros macizos—. Está muerto.

—¿Cómo es eso? —Le circundé unos pasos, sin dejar de apuntarle con el fusil.

—Heitar tuvo un par de discusiones con él, así que, en cuanto descubrió un nido

de esclacur, le hizo andar hacia allá y el esclacur se le comió. —Hizo una mueca—. Ya conoces a Heitar.

—¡Que va! No conozco a ese cabrón, ni quiero conocerle.

Hubo un silencio. El viento cambió y yo volvía a contornear, de forma que le diera en la cara y le estorbase cualquier intento.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —Me miró de forma abierta con aquellos ojos tan amarillos.

—Echa a andar. —Le hice un gesto con el fusil—. Allá os las compongáis el desierto y tú.

Asintió con los labios fruncidos y, sin perder un instante, giró sobre sus pasos y se alejó. Estuve observándole caminar por los arenales, entre torbellinos de polvo rojo, con el manto ocre y amarillo ondeando a los golpes del viento. Luego, cuando estuvo ya bien lejos, recogí su fusil antes de montar el sirrec que esperaba paciente a un puñado de pasos.

Balboa, cuando me vio llegar a lomos del reptil, salió corriendo de las ruinas, pero yo agité el fusil, para indicarle que no pasaba nada.

—Yo tenía razón y había uno siguiéndonos.

—¿Qué ha hecho? —Palmeó el cuello del reptil—. ¿Lo ha matado?

—No.

—¿Le ha dejado ir? —Clavó los ojos en los míos, boquiabierto.

—A pie y con lo puesto. —A mi vez, pasé la mano por el lomo rugoso de la bestia—. Alguna posibilidad tiene... Por cierto, ya no tiene por qué preocuparse de su amigo del Toro. Heitar lo ha despachado.

—¿Muerto? —Volvió a mirarme asombrado.

—Y tan muerto. Es fácil acabar mal cuando uno se junta con cierta gente.

—Pues lo siento. —Con una mueca se apoyó en el fusil, en un gesto que nunca antes le había visto.

—¿Que lo siente?

—Del Toro era un trepa y un canalla, y siempre le tuve atravesado. Pero últimamente me ha dado por pensar: el mundo está lleno de ratas como del Toro, cierto, pero al menos él no era un cobarde y no se detenía por miedo ante ciertas cosas, como pasa con tantos.

Un silencio cayó entre ambos y nos miramos el uno al otro.

—Es un punto de vista. —Ahora el desconcertado era yo.

Me llegué a las pesadas columnas cilíndricas, a otear el océano de dunas rojas, rocas redondas y remolinos de polvo. Me ceñí el manto porque el viento, aullando, lo hacía aletear.

—Hemos de seguir camino. Nos quedan unas horas de luz y tenemos a Heitar en los talones.

Dos días después, al llegar al cruce, nos encontramos con un nutrido grupo acampado allí. Traficantes marcianos en espera de enlazar con otra caravana. Así que tuve que lidiar con los temores de Balboa, que no ocultó su inquietud al divisar las carpas de cuero oscuro plantadas a los pies mismos del gran coloso de hierro negro.

—¿Pero cómo van a saber ellos nada, hombre? No son más que caravaneros. —Y le advertí luego—: Cállese o de lo contrario sí que van a sospechar. A ver si van a tomar por ladrones de antigüedades... Y entonces sí que íbamos a estar en verdaderos apuros.

Fuimos recibidos con cortesía antigua. Balboa logró disimular y nadie receló de que fuésemos otra cosa que un investigador y su guía, de gira por los viejos lugares. Ellos estaban esperando una caravana que iba a Kukaine y nos invitaron al calor de sus fuegos. Al poco ya tenían embobado a Balboa con sus historias.

—Esto tiene su lado malo —le dije en un aparte—. Aún falta para que llegue la caravana de Kukaine y, cuando venga Heitar, va a saber por estos hacia dónde vamos.

—¿Entonces?

—Entonces nada. Quedarnos sería peor. Pero le sugiero que se deje de estudios antropológicos y aligeremos. ¿Hacia dónde?

—He estado haciendo mis cálculos. Si son correctos y esta es la estatua que buscaba, ahora hemos de ir allá. —Señaló a lo lejos.

Seguí con los ojos su índice, hasta una línea de colinas bajas y gastadas, apenas columbradas en la distancia.

—¿Allí? ¿A las colinas de los Nisi?

—No sé cómo se llaman, pero tiene que ser ahí.

—Entonces retiro lo dicho sobre el lado malo. Tendremos que comprar agua a esta gente. ¿Y después? Lo digo por el agua: en toda ese territorio no hay ni gota.

—Después, nada. La fragua está en esas colinas o yo me he equivocado de medio a medio.

Nos quedamos unos momentos al borde del campamento, contemplando el desierto rojo.

—Ya sabe —le dije— que no hay nada en una fragua marciana.

—¿Nada?

—Que están vacías, que hasta el último enser fue retirado a la muerte del gran herrero.

—Ya. No hay objetos, que no es lo mismo que decir que no hay nada. —Se puso el casco, porque el viento, helado y seco, le cegaba con la arena—. Esos espacios vacíos son una pieza clave en la cultura marciana.

—Ellos y el secreto de su paradero.

—Cierto. —Asintió mientras volvía a contemplar el desierto, así como las colinas allá a lo lejos—. Cierto.

La última etapa —el viaje a las colinas de los Nisi— fue con mucho la más ardua, entre tormentas de polvo, frío, agua racionada y algún percance que a punto estuvo de ser serio. «Ni que los dioses marcianos estuvieran poniéndonos trabas», comentó sonriendo Balboa. Pero a mí me había hecho poca gracia y él lo notó, así que ya no hizo más observaciones de ese tipo.

Por fin llegamos bastante maltrechos a las colinas y allí fue Balboa quien se hizo cargo, notas en mano. Y aún anduvimos vagando durante tres días por ese laberinto de rocas gastadas. Yo fusil en mano, atento a cualquier sorpresa, y él con su pantalla de datos, pendiente solo de dónde pudiera hallarse la fragua.

En aquel terreno abrupto teníamos que andar con los reptiles de las riendas y al caer el sol hacíamos noche en algún recoveco, al calor de la unidad térmica, mientras el viento silbaba en la oscuridad. Una vez, mientras nos calentábamos las manos ante la unidad, Balboa me hizo notar un aullido que sonaba y sonaba en la negrura, a intervalos.

—El viento, ¿no?

—O los Nisi. —Encendí un cigarrillo y, como sabía que iba a preguntar, me anticipé—. Son algo así como espectros marcianos: demonios.

—Es la primera vez que oigo hablar de ellos. —Y ya echaba mano a la pantalla, para incorporar datos.

—Las tribus locales tienen una tradición oral muy rica y muy poco estudiada por los terrestres, y los nisi son parte de ella... se dice que estas colinas están infectadas de ellos.

—Buen cuento. —Ladeó la cabeza, caviloso al resplandor mortecino de la unidad—. Una buena forma de espantar visitantes.

—O de advertirles.

—No me venga con que cree en demonios.

—No sé muy bien en qué creo. —Lancé una humareda de tabaco—. Pero ya se lo he dicho alguna vez: Marte guarda lo suyo.

Al cuarto día, Balboa se topó con algún indicio —algo que a mí me pasó desapercibido—, porque de repente, de lo más excitado y haciendo aspavientos, abandonó su reptil para acercarse casi corriendo a una garganta rocosa que se abría a poca distancia.

—Por aquí. Tiene que ser por aquí.

Subimos a buen paso, aunque yo le advertía contra las piedras sueltas y las grietas. Pero él solo se detuvo ya arriba, pantalla en mano, a escudriñar con ansiedad en todas direcciones.

—Ha de ser aquí —casi gritó entre el rugido del viento.

Volvió la cabeza a un lado y a otro y con una exclamación fue hasta un peñasco próximo. Se quitó de un tirón el guante para pasar las yemas por la superficie rocosa.

—Aquí, aquí —rozó de nuevo la piedra con los dedos.

Me miró y yo asentí. Se notaba que una vez, mucho tiempo atrás, había habido allí relieves, ya casi borrados por milenios de erosión. Me despojé del capirote antes de llamarle y con el fusil señalar la boca de una gruta entre grandes rocas, como a cincuenta metros de donde estábamos.

Recuerdo cómo fue hasta allí y cómo se detuvo a pocos pasos de la boca para alargar el momento, tal como suele pasar con hombres al final de un viaje muy largo. En su caso uno de años o mejor dicho de décadas. Inspiró hondo, tuvo aún como una duda y por fin salvó aquellos metros. Yo le seguí un poco rezagado.

Entramos en la penumbra. A unos tres metros de profundidad —a salvo tanto de una mirada casual como de la intemperie— las paredes estaban trabajadas en forma de arco y el vano había sido tapiado de parte a parte, sin duda hacía miles de años, con grandes bloques de piedra. En el centro de aquel muro, destacaba una losa elíptica llena de inscripciones en alto marciano. Pero no seré yo el que revele qué es lo que allí ponía.

Ninguno dijimos nada. Yo permanecí algo atrás y él estuvo largo rato examinando los bajorrelieves. Por fin, retrocedió un paso.

—Esta es la entrada. Ahí detrás está una fragua marciana.

—Así parece.

—Lo hice. —Tenía los brazos en jarras, sin poder despegar los ojos de la losa central—. Lo hice. Lo hice.

Era mejor salir y dejarle a solas. Encendí un cigarrillo, luchando contra el aire helado y, sin impacientarme, estuve esperando que volviera. Pero lo hizo antes de lo que yo pensaba, con el casco bajo el brazo y con una luz muy extraña en los ojos. Y lo que dijo consiguió romperme los esquemas.

—Bueno. —Suspiró—. Ya podemos irnos.

—¿Irnos? —Le miré boquiabierto—. ¿No va a entrar?

—No; ya tengo lo que quería. Tantos y tantos años... —Sacudió la cabeza sin acabar—. Lo he conseguido, yo lo sé y eso me basta. Así está bien.

No dije nada pero, como le estaba mirando, añadió:

—Usted, Vargas, sabe tan bien como yo lo que estas fraguas y su secreto representan para los marcianos. —Se detuvo y solo al verme asentir prosiguió—. Es igual que sacarle el corazón del pecho a un hombre. Si es a un muerto se trata de una autopsia; ciencia. Si se le hace a un vivo, es un asesinato. Y la cultura marciana está viva.

—Entiendo.

—Pues vámonos ya. —Y sin otro vistazo a la cueva se dio la vuelta.

—¿Y qué le hace pensar que no voy a revelar yo el secreto? Esto supone fama, dinero...

—No lo haré, no. —Mientras se alejaba de espaldas a mí, agitó negativamente un dedo en el aire, riéndose—. Apostaría cuanto tengo.

Bajamos la garganta hasta donde teníamos los reptiles y allí Balboa me dio otra sorpresa.

—Aquí acaba su trabajo, Vargas, y aquí nos despedimos. Yo seguiré por mi cuenta y usted puede ir a donde le dé la gana.

—El desierto es peligroso.

—Lo sé, no se cansa usted de repetirlo. Le daré un papel de despido, por si me ocurriese algo: así no tendrá problemas legales.

—Muy bien. Pero no olvide a Heitar, así que será mejor que vaya en dirección al templo de Kone. —Fui hacia mi reptil—. Coja mi agua: la necesitará para llegar.

—¿Y usted?

—Esperaré a Heitar y los suyos. Ellos traen agua.

—No diga tonterías.

—No son tonterías. Los mercaderes del cruce no tenían mucha agua de sobra y ya les compramos nosotros casi toda. Seguro que Heitar ha hecho regresar a algunos de sus hombres y, con su agua, ha seguido con cuatro o cinco de los suyos detrás de nosotros. Les tenderé una emboscada, sin problema.

—Vargas...

—Heitar no debe salir vivo de estas colinas.

Ahora fue él quien se me quedó mirando con fijeza, antes de encaminarse hacia su reptil.

—Una cosa, una curiosidad. —Le pregunté—. Es sobre eso de no entrar en la fragua. ¿Pensaba usted así al venir a Marte?

—Supongo que no. Pero ¿sabe?, es verdad que Marte guarda lo suyo. —Comprobó las cinchas de su sirrec, antes de volverse a mí—. ¿Y quiere que le diga otra cosa? La verdad, Vargas, es que no estoy muy seguro de que, si hubiera intentado entrar, no me hubiera llevado un tiro en la espalda.

—Qué cosas tiene... —Me eché a reír, con ambas manos sobre el cañón del arma.

Allí nos separamos y nunca volvimos a vernos. Yo conseguí regresar a Jinnaude y, respecto a Balboa, un par de meses después algunos objetos suyos llegaron a manos del cónsul en Kukaine. Unos caravaneros encontraron a su reptil suelto en las cercanías del canal. Se supone que fue atacado y muerto por algún carnívoro del desierto. Eso se supone.

Pero yo siempre he tenido la sensación de que Balboa está vivo. Que simuló su muerte, antes de internarse para siempre en las honduras de Marte. Tengo muy claro que era un hombre de la piedra, que su viaje en busca de la fragua marciana le golpeó con fuerza, hizo saltar cascotes y asomar algo de su verdadero ser. Por eso pienso que no murió en el desierto y recuerdo que una vez, años más tarde, muy al ecuador del planeta, oí hablar de uno que muy bien pudiera ser él.

Porque yo aún seguí unos cuantos años en Marte. Luego vino la guerra, cuando la

ONU se otorgó a sí misma un mandato de paz sobre Dendera con la excusa de suprimir los sacrificios humanos. Yo, como muchos de los viejos residentes, estuve de parte de los marcianos y durante dos años se las hicimos pasar canutas a los cascos blancos. Es difícil olvidar los bombardeos, las tanquetas ardiendo en mitad de los arenales rojos, y aún a veces sueño con el hedor que deja la carne quemada. Luego vino el Armisticio y, según lo firmado, más de dos mil amarcianados tuvimos que abandonar el planeta en naves neutrales. No me quejo: hice lo que tenía que hacer.

Ahora estoy sentado en mi choza de Venus, a dos pasos de la jungla, oyendo cómo llueve a cántaros. Llevo ya mucho aquí y es un planeta de veras fascinante. Pero yo pertenezco a Marte y cuando sueño lo hago con dunas rojas, rocas redondas, canales de agua oscura y un cielo casi negro en el que arde sin calentar un sol blanco y pequeño.

Por eso espero que, cuando me llegue la hora, mi espíritu se libre del cuerpo y vuelva a vagabundear por esos mares de arena roja, tal como dice la tradición que ocurre. Y que, ese día, el pájaro de la noche vaya a posarse en el hombro de algún maestro herrero y, muy por lo bajo, en la duermevela, le diga al oído que Vargas, después de tantos y tantos años, es de nuevo libre y ha vuelto por fin a su verdadera casa.

UNA CANICA EN LA PALMERA

Rafael Marín

Rafael Marín (Cádiz, 1959) es profesor de inglés y traductor, con casi dos centenares de libros traducidos —la mayoría de género fantástico y ciencia ficción— y un galardón como mejor profesional europeo obtenido en la EuroCon de 2003. Es también autor de *Lágrimas de luz* (1984), el primer gran clásico de la moderna ciencia ficción española, obra lírica y desencantada que narra la vida de un bardo contratado por una corporación económico-militar para ensalzar las bondades de la conquista espacial. Entre su producción más relevante cabe citar, además, la trilogía de fantasía *La leyenda del navegante* (1992), el homenaje a los cómics de superhéroes *Mundo de dioses* (1997), el terror de *La ciudad enmascarada* (2011) y la ucronía medieval *Juglar* (2006, premio Ignotus), protagonizada por El Cid, héroe de la reconquista española frente al dominio musulmán; lo mejor de su producción breve aparece recogida en *Unicornios sin cabeza* (1987) y *Piel de fantasma* (2010), en donde refleja una honda preocupación por el estilo y su empeño por la utilización de referentes autóctonos.

Como guionista de cómic destaca su trabajo en equipo con **Carlos Pacheco** en las series *Iberia Inc.*, *Triada Vértice*, *Los Inhumanos* y *Los 4 Fantásticos*, las dos últimas para la editorial norteamericana Marvel. Es uno de los mayores expertos en cómic de España, ha publicado media docena de ensayos sobre el noveno arte y llegó, incluso, a dirigir la revista de estudios sobre la historieta *Yellow Kid* (2001-2003). En cuanto a obra traducida, *Lágrimas de luz* lo fue al polaco, la novela *Elemental, querido Chaplin* al italiano y húngaro, y el relato «Mein Führer» al francés.

«Una canica en la palmera» (2000) es un emotivo relato de fantasía que ganó el premio Ignotus.

Ya le podían llevar la contraria en lo que quisieran, pero tener un padre maestro era lo peor, pero lo peorcito que podía tocarle a una en el mundo. No solo te controlaban las comidas, las tareas y las amigas, y te decían Lucía los deberes, y a ver si me haces esta cuenta, y cómo se dice tal palabra en inglés, que a ella no le importaba todavía, porque cuando tuviera edad para ligarse a Leo di Caprio él sería ya una pasa y seguro que había otros actores más monos a tiro, sino porque había que cambiar de casa cada dos por tres, a remolque de los destinos y las oposiciones, que no entendía muy bien de qué venía la palabreja, si su padre a todo aquello no se oponía ni pizca. Primero fue El Coronil, luego Arcos, después Puerto Real, y aunque ella había nacido en la residencia de aquí de Cádiz, en el hospital Puerta del Mar un lunes de junio, había pasado ya por dos guarderías, una escuela infantil, y otra de primaria, siempre en lugares diferentes, como para que la pobre pudiera echar raíces. Tenía ocho años recién cumplidos y había recorrido más mundo que Ricky Martin con sus maletas, con lo pesado que era cambiar de uniforme cuando lo había, acostumbrarte al agua de los sitios, a que llamaran al pan de otra manera (con lo bonito que era manolete y no baguet, que le sonaba a bigote de tío ruso), y a que cecearan donde otros seseaban, se comieran las terminaciones en ado o al telediario le llamaran el parte y al tocadiscos el picú. Una lata. Pero eso no era lo peor, sino tener que cambiar también de amistades cada vez que a papá el Ministerio o la Junta o quien fuera, aquel tal Pezzi que salía en los periódicos siempre que había una huelga, decidiera que andando, a mover el esqueleto y carretera y manta. Lucía aceptaba todo aquello como un sino inevitable, la maldición gitana que arrastraban como si fueran de verdad gitanos, que no lo eran ni nada, y en alguna ocasión, pero las menos, hasta agradecía cambiar de aires y de aguas. Lo peor-peor, lo más malo de todo, era tener que ser siempre la nueva en la clase, la recién llegada a la plazoleta, la niña que hablaba raro o tenía un padre profe, que unas decían que era mayor y con barriguita cervecera y otras que era muy guapo y se parecía a Luis Fernando Alvés, el de *Todos los hombres sois iguales*, aunque su padre no era dentista ni ligón compulsivo ni nada por el estilo; vamos, al menos eso creía ella, con lo celosa que era su madre cualquiera lo podía asegurar. Lucía no tenía más que recuerdos amontonados de las niñas y los niños que habían sido sus amigos en las guarderías: Susana, Perico, Elena. En segundo de preescolar se hizo amiga del alma de María Jesús y se ennovió por primera vez con Alberto Cascales, que siempre se ponía colorada al encontrarlo por la calle principal del pueblo, y en primero de primaria otra vez con gente nueva en un cole nuevo: Alicia, otra Susana, Laura y Tomás, Eduardo López y Pili Alba. A estos los recordaba mejor, porque ya iban siendo mayores y estaban más cerca en la memoria. Era una pena saber que nunca más iba a volver a verlos, porque ahora estaban viviendo otra vez en Cádiz, y papá había asegurado que, por fin, ya tenía la plaza fija y no los iban a mover de aquí para allá, que se acabaron los traslados y las casas donde no podían tener ni muebles propios, salvo el video, el televisor y el microondas. A lo mejor era verdad, y tanto papá como mamá como el mocoso de David, que con tres añitos

cortos se había evitado lo peor de los éxodos continuos de la familia, estaban locos de alegría, como si volver a vivir en Cádiz fuera mejor, no sé, que haberse vuelto ricos de pronto o que hubieran aceptado la foto de los niños para ser portada en Crecer Feliz. Lucía también estaba contenta, desde luego, porque le gustaba a rabiarse la playa por las mañanas y ahora había muchos cines en el Palillero, y ya había visto la película de los Rugrats, y La Momia, que ni le dio miedo ni nada, sino mucha risa, y Brendan Fraser estaba como un tren con tantas pistolas, y otra vez Mulán en el cine de verano, mientras se comía una pizza de jamón y bacon, y estaba esperando que pusieran de una vez aquella de Doug, que le gustaba mucho la serie de televisión, sobre todo el perro y el amigo azul, que era total. Lucía estaba feliz también porque así viviría más cerca de la abuela y de los primos, y recibiría lo mismo paguitas semanales y no de higos a brevas, y jugaría más veces con Arancha y con Marimar, y hasta con el brutote de Carlos y su no menos terrible hermano Iván, y no tendrían que pegarse el palizón las navidades y compartir casa con otra familia que era familia pero psé, y soportarse el olor a calcetines y el follón de volver corriendo al pueblo de turno donde le tocara trabajar a su padre, porque los Reyes, que eran unos imbéciles que ya podían venir a la vez que Papá Noel, nunca caían en la cuenta de ponerles los juguetes aquí en Cádiz, para no confundirse con los regalos de los primos, y siempre lo dejaban todo, muy ordenadito y con una capita de polvo, en la casa del pueblo que alquilaban y a la que volvían dos días antes de que tanto papá como ellos empezaran el cole y el segundo trimestre.

Se habían venido, aleluya, a vivir a Cádiz y hasta tenían por fin una casa propia, en la calle Brunete, un piso nuevo y soleado desde donde se veía la iglesia de San Severiano y la Institución Provincial a un lado y más allá, al frente, una muralla blanca con un marinero de guardia y detrás un jardín verde, con una bola enorme de color plateado entre los pinos, el Instituto Hidrográfico. El lugar estaba bien, a menos de cinco minutitos andando de la playa de Santa María del Mar, que bajaban por unas escalerillas muy cucas y donde siempre pasaban señores vendiendo fantas y cocacolas y muchas, pero que muchísimas patatas, y hasta cerveza sin alcohol y pepsi sin, que en la playa y todo hay gente la mar de delicada. Y a dos pasos exactos, de espaldas al balcón, delante de la avenida, una plazoleta muy mona donde había una especie de castillo de cuento antiguo, amarillo y no muy agraciado ya, los jardines de Varela, que antes por lo visto había sido un palacete que englobaba los parterres y los árboles y las fuentes, y era de suponer que también las cacas de perro, las palomas hambrientas y los paquetes que revoloteaban de gusanitos y golosinas.

La plazoleta estaba bien, y mamá enseguida encontró amigas con niño o barriga de seis meses y se puso a charlar por los codos, que era la especialidad que todas las mamás del mundo comparten, y hasta el mocoso de David se las apañaba muy bien para espantar las palomas y tirar del rabo a los perros y convertirse en un santiamén en jefe de una banda de delincuentes infantiles con pipo y dodotis, pero Lucía lo pasaba peor, porque era así como más tímida, y no había muchos niños de su edad,

que era una edad difícil, según decía su padre, y los dos o tres que había eran de un antipático y de un roña que daba asco. Habían vuelto a Cádiz, vale, pero hasta que no empezara el curso no iba Lucía a conocer nuevos amigos, porque los primos estaban bien para la playa o el almuerzo de los domingos, pero no venían aquí todas las tardes, para jugar con las bicis en los jardines, y vivían demasiado lejos (en el casco antiguo, en Cortadura) para poder hacerles una visita, con el calor que hace por la tarde cuando sopla el levante y te da una pereza que lo único que te apetece es sentarte a la sombra y jugar con la videoconsola o leer un libro de aventuras fantásticas o de amores. A Lucía el verano siempre le había entusiasmado, porque le encantaba la playa y siempre soñaba que un día al darse un chapuzón encontraría bajo el mar un reino mágico de unicornios rosa y sirenitas que cantaban, pero la verdad era que las tardes en la placita se le hacían eternas, y acababa con las yemas de los dedos lastimadas de tanto darle al botoncito de goma de la nintendo y los ojos doloridos de seguir prestando atención al Super Mario o de ganas de saber de una vez por todas si Jim Hawkins le volaba los sesos de un disparo al patapalo aquel, que era un malvado mentiroso pero que bien pensado y todo hasta tenía su gracia. Le estaba pasando a la pobre lo que nunca había pensado que le podría pasar: que estaba deseando que empezara el cole, aunque fuera un cole distinto, para variar, porque por lo menos así encontraría caras nuevas.

No se dio cuenta de que tenía al niño al lado hasta que lo sintió respirarle en el cogote, por encima del libro de piratas, y casi casi le dio un susto, porque no lo había sentido llegar y al principio le dio así por pensar como que no había nadie a su lado, que seguía sola. Pero allí estaba, un niño flaco y tirando a feucho, con los pelos cortados al cepillo, como era la moda, y un niki amarillito claro y unos pantalones gris oscuro que le caían hasta por debajo de las rodillas, que una no sabía si eran unos pantalones largos que se le habían quedado cortos o unos pantalones cortos que habían dejado mal al soltarle el dobladillo. Era un niño algo más chico que ella, de unos siete años o por ahí, y a Lucía le llamó la atención que al leer silabeaba, como si no supiera leer muy bien todavía, cosa que ella hacía de carrerilla y entendiendo además lo que ponía. A Lucía, como a papá, le molestaba que le leyeran por encima del hombro, porque se aturrullaba, pero el niño aquel de los pantalones raros se encogió de hombros y se dio la vuelta y se arrodilló en el suelo y se puso a jugar él solo con unas cuantas canicas de colores.

Lucía dejó el tesoro a medio desenterrar en la isla y vio cómo el niño marcaba con la palma de la mano, moviendo los dedos como una araña, el territorio de las bolas antes de darles un meco y meterlas en el hoyo. Le pareció un juego más bien tonto, como el minigolf de Sancti Petri pero sin palitos, pero el niño parecía muy entretenido jugando allí, de rodillas en el suelo de albero y cacas de paloma, así que ni corta ni perezosa, porque parecía tan solitario como ella, Lucía se presentó y le dijo que a qué estaba jugando, y si le podía enseñar. El niño la miró de arriba a abajo, con ese nosequé machista que tienen los niños de siete años, que se creen que son alguien

y no son más que unos lacios, pero al final se metió las manos en los bolsillos kilométricos y le dijo que se llamaba Pablo y que bueno, vale, y le enseñó a dar cosquis a los bolindres y a meterlos en el hoyo a la tercera o cuarta mano, que era más difícil de lo que parecía en un principio, pero se iba a enterar el Pablo aquel cuando mañana le trajera la videoconsola, a ver si era capaz de cargarse a tantos aliens como ella, que ni el temible Iván ni el fortachón de Carlos tenían tanta maña. Se les fue la tarde en un suspiro, y cuando ya oscurecía y empezaba a refrescar, como David se había hecho caca y mami no tenía dodotis de repuesto, se subieron para casa, después de que la tuvieran que llamar dos y tres veces, Lucía que nos vamos, Lucía venga, y por fin ella tuvo que dejar los bolis y despedirse de Pablo a la carrera y decirle bueno me voy, hasta mañana.

Al día siguiente era sábado y fueron al cine con los primos y la tía Patricia, la farmacéutica soltera, así que no les dio tiempo de bajar al jardincito, pero el domingo sí que fueron, después de dar un paseo por la Alameda y acabar comiéndose unos helados en la Calle Ancha, y al rato de estar allí, cuando ya se aburría, apareció otra vez Pablo con sus pantalones extraños y su niki amarillo, y ahora Lucía se dio cuenta de que calzaba además unos zapatos rarísimos, como de tela o de esparto, y cuando le dijo que de donde había sacado aquellos espantos él se los miró y no le contestó al principio, pero luego le dijo que por lo menos sus alpargatas eran cómodas y no ella, que ya había visto que tenía esparadrapo en un talón, qué palabra más antigua, si lo que Lucía tenía era una tirita, y además del gato Isidoro. A Pablo al principio le pareció interesante la videoconsola, pero como ya era de esperar, porque Lucía era un hacha, no fue capaz de pasar de la primera pantalla, pero nunca-nunca, y a veces hasta daba la impresión de que ni siquiera sumaba puntos al marcador. Al final, dijo que aquellas cosas raras eran una tontería, y que él prefería jugar al contra, al puli, al puli en alto, a mangüiti no sabe tocar las palmas, a la leva a la leva a quien coja se lo lleva, al abejorro, al trompo, al látigo, al tula, a las chapas, a la gallina ciega, a pañolito, a la pelota y al balontiro, a las canicas, y sobre todo al pincho, y ni corto ni perezoso se sacó del bolsillo infinito una lima gorda, terminada en punta, y dibujó en la arena ocho rectángulos y marcó ocho números con mucha traza y empezó a lanzar la lima, el pincho como él decía, y a clavarlo primero en los recuadros pares, luego en los impares, después en zigzag, y saltaba a la pata coja de uno a otro, y llegaba al final de la línea y se daba la vuelta, y hacía lo mismo pero al revés, sin fallar ni una. A Lucía le pareció un poco peligroso el juegucito, que capaz era de no haber pasado las normas mínimas de seguridad de la Unión Europea, o de clavarse la punta en el pie o en la alpargata, pero cuando le tocó el turno de tener en la mano aquel trozo de hierro frío, y sopesarlo en la palma, vio que tirarlo del revés era hasta divertido, le dio mucho morbo, como decía su madre, y más todavía cuando empezó a pasar de las casillas pares a las casillas impares cantando las canciones tan chulis que Pablo le enseñaba.

Tener un amigo nuevo era una sensación parecida a la de sentir en las manos los

libros recién comprados al principio de curso, ese olor como a entero y a papel brillante, los nervios de no poder esperar a descubrir qué maravillas ibas a encontrarte cuando llegaras, no sé, a la lección de los minerales o el misterio de la Santísima Trinidad, y además todo venía siempre acompañado de los tejidos recién planchados de los uniformes de estreno y las trenzas compradas en Hipercor, y los calcetincitos a juego, y los zapatos marrones y las camisas blancas. Pues lo mismo era tener un amigo al que ir confesando secretos y al que ir descubriendo poco a poco, en busca de aficiones comunes y odios compartidos, los bollicaos contra los gusanitos, los batidos Okey contra el Nesquik, el salami El Pozo contra la mortadela de aceitunas o el jamón de pata negra contra el jamón blanco, pero resultó que a Pablo todo aquello le sonaba a chino, o se hacía el tonto, y a él lo que decía que le gustaba era el chorizo en un cundi, y un pan con aceite y azúcar y migotes en el desayuno, y hasta tuvo la cara de decirle que nunca había probado un batido Puleva, ni sabía lo que podía ser el salami, y el jamón era una cosa que sí, que sabía que existía, pero que él no había catado en toda su vida. Lucía a ratos tenía la impresión de que Pablo era un mentiroso de pronóstico, que se estaba quedando con ella, vamos, pero por otro lado parecía sincero, y la admiración que profesaba por ejemplo hacia el paté, que le dio una vez una rebanada de pan Bimbo con fuagrás Apis, o por los gusanitos, o por el chopped de pavo, la carita que ponía y la sonrisita de agradecimiento le hacían pensar que no, que no mentía, que de verdad que no había probado nada de aquello, pero nada de nada, y entonces Lucía empezó a pensar que además de un poco rarito y de aparecer como por sorpresa las tardes que aparecía a verla, que eran casi todas, Pablo era muy pobre muy pobre, pero pobre de verdad, como los de Nueva York, y por eso nunca se cambiaba de ropa y tenía que llevar aquellos alpargatones. Una vez hasta le preguntó dónde vivía, y a qué se dedicaban sus padres, y Pablo dejó por un momento de liar el trompo con su cuerda gastada, y se quedó como sin saber qué decir, como pillado en falta, y dijo que no tenía padres, no que él recordara, y que vivía allí cerca, en la casacuna. A Lucía le dio otra vez la impresión de que se estaba burlando de ella, porque nunca había escuchado una palabra así, bueno, a lo mejor dos palabras, y en su imaginación aquella noche trató de ver cómo era una casacuna, o una casa cuna, o una Casa Cuna, a lo mejor, y a lo más que llegaba era a pintar en su mente una cuna muy grande muy grande, con barrotes blancos y un tren pintado con colores pastel en la cabecera, y a un niño dentro, como encarcelado y queriendo salir, pero sin saber trepar porque era tan alta como una casa, y de ahí su nombre.

A lo mejor era verdad, no lo de que viviera en una cuna gigante con barrotes, sino que no tenía padres, y que era pobre-pobre, y eso explicaba que no tuviera nintendos ni libros del Barco de Vapor, y que jugara a todos aquellos juegos tan extraños y tan divertidos, y a veces tan violentos, que incluso una vez la lastimó con un cate, pero que al fin y al cabo no costaban ni una peseta, ni había que usar pilas Duracell ni comprar repuestos ni programas nuevos ni todo eso. A lo mejor era verdad lo que decía su padre los días que estaba de mal humor porque tenía sesión de evaluación en

el colegio y no podía pasarse la tarde construyendo barquitos de madera de balsa o ir a comprar al hipermercado los avíos del mes, y toda la televisión y los videojuegos y los ordenadores lo que estaban haciendo era matar la imaginación de los niños, con lo bueno que sería que ejercitaran otro tipo de juegos, como los de cuando él era chico, y entonces era el momento de que Lucía soltara la nintendo y cogiera un libro y se pusiera a leer, ya que entonces se callaba porque contra los libros su padre no podía decir nada, si hasta escribía poemitas, si lo sabría ella, y una vez ganó una flor natural en un concurso en Alicante.

Sí que era verdad que Pablo era un niño un poquito triste, como perdido, ensimismado muchas veces en sus juegos extraños. Le gustaba mucho el cine, y le encantaba que Lucía le contara las pelis que había visto últimamente, y hasta decía que no sabía lo que era una tele, y que no seguía los Teletubbies ni las aventuras de Pingu, que eran una risa. Su personaje favorito era Tarzán de los monos, y se descolgaba de vez en cuando desde los árboles como si de verdad viviera en la selva, y hasta se quedó un poquito más triste cuando Lucía le dijo que ya que estaba viviendo por aquí, podían ir juntos al cine cuando estrenaran en Navidad la nueva película de Disney, que era de Tarzán, según había leído, y hasta le enseñó una pegatina, pero Pablo, como era pobre, se puso más triste aún, y miró al suelo y dijo que no, que mejor fuera ella sola y después se la contaba. Lucía le regaló la pegatina del hombre de la jungla, aunque él antes le había puesto pegas diciendo que no se parecía a Johnny Weissmüller, y él a cambio le regaló una canica, un bolindre pequeñito y blanco tan gastado por el uso que casi no rodaba, porque estaba cambembo.

A pesar de lo valentorro que era, y lo bien que trepaba a los árboles y el tino que tenía tirando el pincho, a Pablo las motos le daban un miedo de muerte. Bueno, las motos no, sino el ruido de las motos, el pum pam pum de los escapes, que pasaban de higos a brevas pitando por la avenida, espantando a las palomas y poniendo de mal humor al vecindario. Se quedaba blanquito, paralizado, y Lucía vio una vez que hasta las piernas le temblaban, pero luego se recuperaba y decía que tenía que marcharse, y una vez se fue y todo, y ella no pudo convencerlo para que se quedara.

Y claro, con tan poco que hacer durante las vacaciones, y los juegos tan divertidos y tan nuevos que Pablo le enseñaba, a Lucía se le empezó a llenar la boca hablando de él, que si Pablo dice esto, que si Pablo dice lo otro, que si Pablo por aquí que si Pablo por allá, y empezó a explicarle a su hermano chico cómo se bailaba el trompo, y a jugar al pañolito, y su madre le preguntaba quién le había enseñado esas cosas tan antiguas, si la abuela, y ella decía que no, mamá, que ha sido Pablo. Y su madre le decía que quién era Pablo, y ella le explicaba, con la desesperación esa tan típica con que una niña de ocho años tiene que aclarar a su madre lo que es evidente, que Pablo era el niño del pelo al cepillo y los pantalones cortos que le quedaban largos, el niño con el que jugaba casi todas las tardes en la plazoleta. Y fíjate tú cómo podía ser posible que su madre, con tanto charloteo con las amigas, hablando de potitos y

dodotis y dando consejitos inútiles a las embarazadas, resulta que no se había dado cuenta de que ella tenía un amigo nuevo desde hacía casi un mes, y que se veía con él todas las tardes en el jardín de Varela, sino que tuvo la osadía de decirle que ya era un poquito mayor, Lucía, para tener amigos invisibles, que iba a empezar tercero de primaria dentro de pocas semanas, y se iba a convertir en el pitorreo padre de su clase.

Cuando mamá se ponía en modo imposible era imposible de verdad, así que Lucía no se empeñó en demostrarle que estaba equivocada, que ella ya no tenía edad para inventarse nada, y en cuanto Pablo viniera a la tarde siguiente iba a enseñárselo, y mientras mamá charlaba con las amigas y cuidaba, es un decir, que David no se cayera al charco de la fuente o devorara viva a una paloma, ella la saludaba con la mano y le señalaba diciendo este es Pablo, no lo ves, y ella le decía que sí con la cabeza y hasta le devolvió el saludo con dos dedos, y cuando de vuelta a casa Lucía le comentó ves cómo Pablo no era un invento mío, si lo saludaste y todo aunque no quiso acercarse a decirte hola, su madre la miró entre fastidiada y algo molesta y le dijo Lucía, por favor, déjate de bromas tontas, que yo te saludaba a ti nada más, si a tu lado no había nadie.

Esa noche Lucía se cogió un berrinche gordo-gordo, y no quiso ni cenar siquiera, y eso que había pizza que trajo la tía Patricia, porque su madre estaba empeñada en que ella era una mentirosa o peor, que estaba loca, si Pablo la había saludado y no era un amigo inventado, y hasta tenía como prueba la canica blanca que le había dado hacía dos o tres días. Su madre podía ser tan cabezota como ella, y se negó en redondo a escuchar más tonterías, así que le tocó a la tía Patricia convertirse en pañuelo de lágrimas y tratar de hacer de correveidile entre una y otra, pero no había manera, ni mamá se iba a bajar del burro ni Lucía iba a decir que se estaba inventando nada, porque se podría inventar una mentira, una redacción para el cole, o incluso una historia, pero no se podía inventar a un niño que se llamaba Pablo y jugaba al pincho y le regalaba canicas. Tanto discutieron y tanto pelearon, que al final mamá decidió que mañana iba a llevarla a la plaza Rita la estanquera, con lo cual jamás de los jamases iba a poder Lucía demostrarle que estaba equivocada y que la estaba tomando por mentirosa cuando le decía la verdad y toda la verdad y nada más que la verdad, así que al final fue la tía Patricia la que actuó otra vez de moderadora, que era muy sensata y muy guapa y tenía un tipito imponente, según decía papá, a pesar de que seguía soltera, y fue ella la que acabó liada en la discusión y la que hubo de encargarse de bajar a la tarde siguiente con los niños al jardín, porque mamá aprovechó la oportunidad y se marchó con su padre a hacer unas compras, que a ver si Lucía no se iba a dar cuenta de que iban al toisarás a buscar juguetes para Reyes entre las ofertas.

Pablo tardó en aparecer, pero apareció cuando ya casi oscurecía, y a una seña convenida, porque Lucía sabía que era tímido y no iba a querer ir a saludarla, la tía Patricia se acercó hasta donde estaban y pudo comprobar que era verdad, que Pablo

no era un invento, sino un niño de verdad, un niño de carne y hueso que llevaba un tirador en un bolsillo del pantalón, por encima de un siete, aunque de verdad que al principio, con tan poca luz, hasta llegó a pensar que su hermana Mayte, o sea, mamuchi, tenía razón y no había niño, sino un invento de Lucía, que era muy fantasiosa por culpa de las pelis de terror y todos los libros que leía, que a veces era pasarse. Pablo se quedó un poco cortado de que aquella rubia impresionante se le acercara y le dijera cómo estás, y pareció por un momento como un cervatillo cogido por sorpresa, y hasta miró furtivamente en todas direcciones por si podía escaparse echando leches, pero al final acabó por responder a los saludos de tía Patricia, y hasta le estrechó una mano, y estuvo charlando con ella cosas tontas, que cómo estaba y tal, y si le gustaba la pizza lo invitaba, pero Pablo dijo que no, aunque Lucía ya sabía que no había probado la pizza nunca, y al final la tía Patricia se ofreció a invitarlo a un helado de fresa, y a eso él ya no pudo decir que no, y se le pusieron los ojillos como platos, y hasta dejó de descabezar flores con el tirachinas, que tenía una puntería endiablada, y accedió a acompañarlas a las dos andandito hasta la heladería favorita de Lucía, en el Paseo Marítimo, junto al hotel Playa.

Se tomaron un cucurucho doble de chocolate y fresa, que pagó la tía Patricia aunque ella no pidió nada, porque no quería perder la silueta que si no después no le entraba el bikini ni la bata de la farmacia, y se acercaron al paseo y desde allí contemplaron la playa iluminada, que tal parecía que Pablo la veía por primera vez, las barbacoas asando sardinas a lo lejos, el mercadillo ambulante de negros fugados de su tierra a base de desesperación y de pateras, y ya iban a volverse a casa, porque era tarde y David estaba que se caía de sueño en el carrito al que lo habían tenido que amarrar, cuando el cielo se iluminó de estrellas verdes y de estrellas rojas, y de espirales mágicas y de fuentes luminosas, y Lucía dijo oh, fuegos artificiales, y todos se pusieron a mirar hacia arriba con la boca abierta. Había tanta gente contemplando el espectáculo nocturno, la despedida del verano, según dijo la tía Patricia, que se cogieron de la mano para no perderse en la bulla, Pablo en el centro, Patricia a la derecha, Lucía a la izquierda, y David dormido en el carrito delante, menos mal, que lo mismo con los fuegos se asustaba, pero qué va, quien se asustó fue Pablo, pero asustarse de verdad, que estaba mirando los dibujos de fuego en el cielo y de pronto se estremeció con el primer zambombazo y tanto Lucía como la tía Patricia lo sintieron temblar, como un calambre contagioso que les subió a las dos por la mano hasta el codo, y oyeron a Pablo murmurar no no no, muerto de pánico, y un segundo sintieron el contacto de su mano agarrada con fuerza y al siguiente ya no estaba, como si se hubiera borrado del mapa, y aunque parecía que la mano seguía allí, y el temblor nervioso, la sobrina y la tía giraron la cabeza para decirle no tengas miedo, no pasa nada, y cuál no sería su sorpresa cuando se encontraron sujetando el aire, porque Pablo ya no estaba allí, Pablo se había volatilizado como en el cielo la pólvora se convertía en estruendo y después en un recuerdo, en nada.

Dejaron de prestarle atención al festival de luces y ruidos, porque ahora lo que

importaba era encontrar al niño, y lo empezaron a llamar, Pablo no te asustes, Pablo que no pasa nada, Pablo que vengas, pero Pablo no venía, ni se le veía siquiera entre tanta gente congregada en el filito de la playa. A la tía Patricia le entró un sofoco, y Lucía se puso la mar de nerviosa, y por más que recorrieron el paseo de un lado a otro no encontraron ni rastro del niño, y hasta fueron a dar parte a la policía local, y a los de protección civil, y como Lucía estaba que se caía de sueño tuvieron que volverse para casa, y la tía Patricia se pasó toda la noche esperando que la llamaran con la noticia de que habían encontrado al niño desaparecido, pero nada. Pablo se había perdido viendo los fuegos artificiales, y si no lo hubiera invitado al helado de chocolate y fresa, si no hubiera charlado con él y lo hubiera cogido de la mano, que por cierto estaba muy fría, la tía Patricia hasta habría podido creer que era verdad, que no existía, que se lo había inventado Lucía. Cuando la policía llamó eran las diez de la mañana y la noticia que pudieron dar fue que no había noticia, y como ellas no supieron decirles un apellido la explicación que encontraron a la desaparición del niño fue que habría encontrado a sus padres y se había marchado con ellos, las cosas de los chiquillos, porque de ninguna parte había llegado otra denuncia de desaparición, y esas cosas vuelan.

Lucía se enteró de todo por la mañana, y dijo que era imposible que Pablo se hubiera ido con sus padres, porque padres no tenía, si era huérfano, y que en todo caso habría regresado andando él solito hasta la casacuna. Y en estas que la tía Patricia va y se queda así como extrañada, porque no hay ya ninguna Casa Cuna en Cádiz, que la Casa del Niño Jesús que estaba en las Puertas de Tierra la habían cerrado hacía años, y que ella supiera no había un sitio que se llamara así, y que los huérfanos ahora los recogían en Puerto Real, o quizá en San Fernando, de eso no estaba segura. Pero que de Casa Cuna nada de nada, que seguro que Pablo se había vuelto a quedar con ella, y entonces Lucía le dijo que no lo creía, si se le veía muy triste y muy solo, y no podía venir desde San Fernando o desde otro sitio sino de más cerca, porque aparecía todos los días por los jardines de Varela, y se marchaba un poquito antes de las diez todas las noches, a menos cuarto exactas, o sea que no, que si vivía en la casacuna tenía que estar por allí cerca.

Esa tarde Pablo no acudió a la plazoleta, para gran mosqueo de Lucía, que le quería decir cuatro palabras por el plantón y el susto que les había dado el día antes el niño sinvergüenza, y la tía Patricia se puso a preguntarle al jardinero si había visto a un niño de aquella descripción, pequeñito y de unos siete años, pelado casi al cero, con orejas de soplillo, algo feucho y muy triste, con alpargatas de esparto y un tirachinas en el bolsillo de atrás, pero el hombre dijo que no, que no lo había visto nunca, ni siquiera cuando Lucía le insistió que jugaba con ella todos los días. Parecía verdad, jolín que a Pablo se lo había tragado la tierra o era una invención de la propia Lucía, qué coraje, si ella y la tía Patricia sabían que no era verdad, que se les había escabullido en las narices mirando los fuegos, cuando se asustó por las explosiones o las luces de las llamas.

Al día siguiente Patricia llegó con un medio noviete que tenía, un antiguo boxeador algo cascado, al que Lucía le tuvo que contar otra vez de pe a pa toda la historia de Pablo y el pincho y el trompo y el abejorro y el puli y los tirachinas, y el novio o lo que fuera dijo qué raro, si yo creía que a esas cosas ya no se juega, y lo único que les pudo sacar en claro fue que la Casa Cuna, sí, estaba aquí al ladito, y señaló a la Institución Provincial, con sus palmeras altas asomando sobre el color crema de la valla, esto era la Casa Cuna, según me han explicado, comentó el boxeador, o lo fue hasta el mismo día en que yo nací, porque se hizo pedazos cuando el polvorín de la Armada destrozó todo el barrio hacía ya cincuenta y dos años.

Preguntando preguntando, la tía Patricia encontró por fin a dos personas que habían visto a un niño así de aquellas características rondando por la zona, sí que recordaban al chiquillo, con el pelito corto y unos pantalones extraños, y un niki amarillo o de color clarito, pero resulta que uno era una vieja beata poco de fiar, algo tarada, a la que encontraron en misa de a ocho y que decía haberlo visto cuando era maestra en la Institución Generalísimo Franco, que era como se llamaba antes la Institución Provincial, o sea, la Casa Cuna, rondando por las clases como para atosigar a las estudiantes, y nada menos que por los años sesenta. Y otro fue el dueño del todo a cien de la esquina, que antes había sido un puesto de chucherías, y el hombre recordaba haber visto a un niño que encajaba con la descripción de Pablo, pero en el año setenta y cuatro, cuando abrió el negocio; lo recordaba porque miraba las golosinas desde la esquina pero no entraba nunca, y al final dejó de prestarle atención y no lo había vuelto a ver, menuda memoria.

Aquello era la monda. Vamos, que no solo Pablo no existía, sino que si existía tenía un padre o un abuelo que eran clavaditos y hasta vestían la misma ropa, para que dijeran, porque su abuelo y su padre tenían que ser aquellos dos niños que la vieja beata y el vendedor de todo a veinte duros habían visto hacía más de treinta años, hacía casi veinticinco. Lástima, comentó la tía Patricia, que el programa de Lobatón lo hubieran quitado, y tampoco estaba muy seguro de que pudieran irle con el cuento a Carlos Herrera para que les resolviera la papeleta en Así es la vida.

En la tele estaba claro que no iban a encontrar a Pablo, y la tía Patricia tampoco quiso esperar a que volviera la tarde que le diera la gana a la plazoleta, y sin cortarse ni un pelo ni pedir permiso a nadie se llevó a Lucía una tarde de paseo, con el calor tan pegajoso que hacía, y fueron andandito hasta Puertas de Tierra y entraron por el barrio de Santa María y llegaron hasta la iglesia del Rosario, donde estaba la imagen de la Patrona, y subieron luego por una callecita estrecha que tenía un nombre que sonaba a hipo, porque se llamaba Botica, y resulta que ese era el nombre de las farmacias de antes, mira tú qué cosas. Lucía no tenía ni idea de adónde iban, pero sabía que tenía que estar relacionado con Pablo y su desaparición, y no se equivocó, porque tonta no era, pequeña sí, y la tía Patricia la llevó hasta una puerta marrón oscuro y los atendió una mujer con gafas a la que por lo visto había llamado por teléfono, y en eso que Lucía recordó aquella peli de los Poltergeist que reponían cada

pocos sábados en la primera de televisión española, y cuando acabaron de entrar en la casa y de recorrer un patio que olía a flores y se sentaron ante una mesita con un paño de croché, le dio un escalofrío pero no de miedo, sino de emoción, porque sin saber muy bien por qué se dio cuenta de que la tía Patricia, a lo mejor por mediación de su medio novio el boxeador, la había traído a la consulta de una bruja.

Se llamaba Chloe, pero eso no significaba que hiciera el mismo ruido que al poner las gallinas, y escuchó muy atenta las explicaciones que sobre el niño le dio primero la tía Patricia, y después Lucía, y les hizo unas cuantas preguntas, si de verdad que lo habían visto otras personas aparte de ellas dos, que sí, una vieja beata y el dueño del todo a cien, que tenía el pobre los ojos comidos por las cataratas, pero en tiempos distintos, o sea que no podía ser el mismo niño, ni podía vivir en la Casa Cuna, porque Casa Cuna ya no había. La vidente no negaba ni afirmaba nada, ni sacó mazos de cartas ni huesos de rata ni cosas por el estilo, pero dijo muy seria, con tono asustado porque lo mismo aquello se escapaba de sus conocimientos, que notaba una presencia pero no allí ahora mismito, pero sí que habían tocado las dos un alma en pena. La tía Patricia estuvo a punto de decirle que menos lobos, pero entonces la vidente se llevó una mano a la frente y le preguntó a Lucía, mientras cerraba los ojos, que le describiera al niño, cómo iba vestido, a qué jugaba, a qué hora venía y a qué hora se marchaba, y si le había dado algún objeto, algún simbolismo de su alma.

Lucía se quedó sin saber qué decir, porque todo aquello a ella sí que le venía pero que enorme y estaba empezando a entrarle miedo, y hasta la tía Patricia empezó a pensar que había hecho mal en venir con la niña a este lugar, si ella era una científica que siempre se había carcajeado de estos temas y lo que buscaba era una pista del paradero de Pablo y no un cursillo espiritista, pero Lucía asintió a la pregunta de la medium y dijo que sí, que ella le había regalado a Pablo una pegatina del Tarzán de Disney y él le había dado a cambio una bolita, una canica blanca.

Ni Lucía ni la tía Patricia supieron cómo sabía Chloe que la niña llevaba la canica encima, pero extendió una mano blanca y gruesa y le dijo que se la entregara, que aquello era un lazo, un vínculo o una palabra todavía más rara, y Lucía se metió la mano en el peto rosa y sacó la bolita, toda gastada y diminuta, que de pronto le pareció que era una piedra fea y no una canica preciosa, y Chloe la recogió con la palma abierta y la cerró, y tembló un poco y dijo eso es, esta es su alma, aquí dentro está, es verdad que el niño no existe, es verdad que Pablo no es de este mundo, pero vaga por aquí, porque no sabe que hay una salida, ni entiende del misterio de las puertas y solo es un crío perdido entre dos mundos que solo vive porque no sabe que está muerto.

Antes de que Lucía se echara a llorar de puro miedo y de que la tía Patricia se levantara para echarle en cara a la bruja que estaba asustando a la criatura y se dejara de monsergas, Chloe hizo un gesto con la mano izquierda y dijo que no había por qué tener miedo ninguno, porque era un espíritu bueno, un espíritu indefenso, un espíritu ingenuo, y miró la bolita en su mano y la tía y la sobrina la miraron también, y fue

como si de verdad se asomaran dentro de una bola mágica, solo que en chiquitita y cambemba, y en sus mentes y en la voz de Chloe se formó una situación, imágenes o palabras o todo mezclado, lo mismo daba, dieciocho de agosto de mil novecientos cuarenta y siete, las nueve y cincuenta minutos de la noche, el fin del mundo, el aire en llamas, el cielo pintado de rojo, y el estruendo.

Era la noche de la explosión, eso lo sabía Patricia, el vendaval de muerte que sembró de cristales medio Cádiz y destrozó paredes y rompió más vidas de las que luego habían reconocido los organismos oficiales de la época. La explosión, el mismo día que había nacido, también era casualidad, su medio novio el boxeador, cuando el polvorín de la Armada estalló y se llevó por delante la factoría de Astilleros, el barrio de San Severiano y la Casa Cuna, que estaba a dos pasos, el lugar donde se alojaban los niños recogidos sin padres, las criaturas sin techo que fueron las primeras en morir, vaya lástima.

Ese niño, dijo Chloe, ese niño fue una de las víctimas, pero no sabe lo que pasó, no estaba en su sitio. Veo un deseo de huida, un capricho de crío, un intento de evasión, lo veo encaramado a una palmera, escabulléndose del dormitorio, porque quería ver a Tarzán, quería conocer cómo era el hijo de Jane y de Johnny Weissmüller, y la explosión lo debió de pillar camino de algún cine, o todavía en lo alto del árbol, intentando franquear la cancela, y es por eso por lo que tú lo has visto, pequeña, es por eso por lo que lo han visto el vendedor de todo a cien y la maestra jubilada, porque Pablo no sabe lo que pasó, no sabe que está muerto, y solo entiende que hizo algo malo y el cielo se llenó de fuego, y trata de regresar a la Casa Cuna todavía, pero no encuentra el camino, porque ya no hay Casa Cuna a la que regresar, porque está perdido en la autopista sin carteles que va de la muerte a la vida, y por eso juega a la rayuela o a un juego parecido, el pincho, dijo Lucía, y Chloe dijo que eso era, un juego que simboliza el paso entre el cielo y el infierno, volviendo siempre porque no sabe quedarse en la meta.

El problema era explicarle al niño muerto, si volvía a aparecer, que lo que había pasado no había sido culpa suya, que toda la tristeza y la soledad que venía sufriendo desde hacía cincuenta y dos años se debían a una mala jugarreta del destino, a una casualidad o a un sabotaje, que todavía no se sabía segura la causa del explotijo, pero no a que él se escapara de la Casa Cuna por el deseo infantil de ver una película de Tarzán de los monos y de Jane su compañera. Y ahí podía estar el peligro, en cómo contarle al muerto que muerto estaba, que de cualquier manera seguía siendo un niño de siete años y no lo iba a poder comprender de todas formas, y que podría sentarle hasta fatal. Con esas cosas de la muerte y de la vida no se juega, sentenció Chloe, aunque diera la impresión de que jugando estaban, y lo primero que había que hacer era tratar de recuperar el hilo que había unido a la niña con Pablo, y reforzarlo, y a partir de ahí tratar de que el fantasma comprendiera que su futuro estaba al otro lado de la puerta.

Se marcharon de allí con la promesa por parte de Chloe de que iba a investigar

por su cuenta el tema, y tía Patricia le hizo jurar por Snoopy allí mismo a Lucía que no iba a contarle nada de todo aquello a su mami del alma, porque la podía poner a caldo a ella y encima le iba a entrar miedo, que su hermana siempre había sido una cagueta. Lucía estaba tan alucinada, tan perdida en todo aquello que era como si estuviera leyendo un libro de aventuras, como si de verdad se hubiera dado un chapuzón en la playa y hubiera encontrado una ciudad mágica y submarina.

Dos días más tarde la tía Patricia llegó con unos cuantos libros y un montón de fotocopias, y resulta que era verdad, que el día de la explosión estaban pasando en el Cine Cómico una película de Tarzán, una antigua en blanco y negro, Tarzán y su hijo se llamaba, y hasta trajo una lista de los doscientos y pico muertos en la explosión, y el dato de cuántos niños y niñas había en la Casa Cuna en el momento de la catástrofe, y resulta que eran ciento noventa y nueve niños, ciento diecisiete niños y ochenta y dos niñas, todos con menos de siete añitos, la edad que Pablo todavía aparentaba. Con la explosión habían muerto veinticinco de ellos, más algún maestro y alguna cocinera, y el detalle que faltaba, lo que corroboraba aquella locura: el cadáver de un niño no había aparecido con los demás. Ese tenía que ser Pablo, que se había escapado del Hogar, haciendo rabona, para ver la película de su héroe favorito, y ni siquiera ya su nombre constaba.

Chloe llamó por la tarde, diciendo que había descubierto además que las palmeras que ahora se alzaban en el edificio nuevo de la Institución eran injertos de las palmeras que no habían resultado calcinadas, las supervivientes de la explosión, la continuación en el presente de los árboles que había habido en aquel sitio. Y luego hizo dos preguntas, una a Lucía, la otra a Patricia: si se atrevía a buscar a Pablo en la plazuela, aunque ya sabía que podía ser peligroso, y si en la casa tenían video.

Las dos respuestas fueron afirmativas, porque sobre todo lo que no querían ninguna de las tres mujeres era que la criatura siguiera sufriendo tanto, estuviera muerto o estuviera vivo, y allá se apostaron las tres en los jardines de Varela, Lucía leyendo un libro al que no podía prestar atención, Chloe en un banco de espaldas a la avenida, la tía Patricia haciendo como que ojeaba un Diez Minutos. Y en efecto por fin apareció Pablo, con sus pantalones raros y sus alpargatas, y su expresión confusa en la mirada y su pelo al ras, y ella lo llamó y le preguntó cómo estaba, y si se había recuperado del susto de la otra noche, y él se encogió de hombros y miró al suelo, más desconcertado que avergonzado. Lucía ya sabía lo que tenía que decirle, porque Chloe y la tía Patricia se lo habían explicado muy clarito, y le preguntó a Pablo si le importaba acompañarla a su casa, que lo invitaba a merendar pan con chocolate y quería enseñarle su habitación y sus cosas, que no se preocupara, que estaba aquí al lado, y como tenía la canica que era su alma en el bolsillo y la presencia de Chloe reforzaba el vínculo, Pablo dijo que bueno, si era un ratito nada más, y las tres se pusieron en marcha y se llevaron al fantasma hasta la casa.

La tía Patricia trajo el pan con chocolate y un vaso de leche entera, nada de desnatada, y el fantasma de Pablo se sentó en el butacón, y vio por primera vez lo que

era un televisor, y lo que era un video, y un frigorífico y un ordenador y un lavaplatos, todas aquellas cosas que no había visto porque no existían cuando él vivía. Y entonces Chloe encendió el video y pulsó el botoncito del mando a distancia y salió el león de la Metro Goldwyn Mayer y sonaron los tam-tams y la música algo estridente, y Pablo se asustó, y al principio se puso nervioso, y hasta incómodo, pero Chloe le dijo que no tenía por qué inquietarse, que esto era un video y esa era la película que siempre había querido ver, y entonces se oyó el grito inconfundible del hombre mono que acudía al rescate del avión caído, y Pablo se quedó embobado mirando la pantalla, mientras Chloe le decía en un susurro que no había sido culpa de él, que había sido a causa de un accidente en mala hora, y que si quería volver con sus amigos ellas le podían ayudar, que le podían hacer pasar la puerta y regresar a la Casa Cuna donde estaban los otros niños, y Pablo decía que sí con la cabeza, mientras el hombre mono que había sido nadador olímpico se balanceaba de liana en liana, que claro que quería volver, que quería saber dónde habían estado todo este tiempo, toda esta noche tan larga, y entonces Jane, que era Maureen O'Sullivan, cascó un huevo de avestruz en el televisor, y Pablo el fantasma se borró del sofá, como se había borrado la luz en todo Cádiz aquella noche de agosto cuando la explosión interrumpió la película en el Cine Cómicamente en ese fotograma.

Chloe había conseguido permiso por parte del amigo de una cliente de su tarot o de sus trabajos de quiromancia, y al anochecer entraron las tres en el patio de la Institución, y con una pala de la playa Lucía cavó un agujero al pie de una de las palmeras que habían sobrevivido o eran hijas de las que aquí mismo se levantaban hacía cincuenta y dos años, y allí dentro echó la canica blanca que era el alma de Pablo, con el movimiento en mano de araña que él le había enseñado en el jardín el primer día, cuando la buscó para que le diera la paz eterna sin saber siquiera que la paz buscaba, y luego entre las tres cubrieron el hoyo con una semilla de girasol, para que allí creciera una flor que fuera siempre buscando la luz todas las mañanas, y se volvieron cada una por donde habían venido, y la tía Patricia miró la hora y eran exactamente las nueve y cuarenta y cinco minutos de la noche, la misma hora de la explosión del cuarenta y siete, la misma hora en que el fantasma de aquel niño decía que tenía que volverse a su Casa.

Ya había vuelto a la Casa Cuna, eso lo sabía Lucía, ya había podido reunirse al otro lado de la puerta que decía Chloe con los otros veinticinco niños que habían visto quemadas de cuajo las ilusiones de su infancia. Lucía sabía que había hecho lo que debía hacer, que el destino era como sale en los libros, como te cuentan las historias, y lo mismo que Jim Hawkins había dejado escapar a Long John Silver porque sabía que entre los dos había un vínculo mágico que estaba por encima de sus diferencias, ella había ayudado al niño muerto a encontrar el camino que había perdido, el rumbo del que se había despistado cuando escapó del Hogar en busca de la aventura de un salvaje en África.

Y otra vez volvió Lucía a los jardines, a las tardes que cada vez eran más cortas y

más frescas, a sentarse en un banco y jugar con la nintendo o leer libros de Armando Boix, que le gustaban mucho, porque tenían aquella misma mezcla de aventura y de misterio que ella misma había vivido, o a lo mejor lo había soñado, aquel verano que tuvo un amigo fantasma, pero estaba en las mismas, como al principio, sin gente de su edad con la que jugar ni relacionarse, hasta que el quince de septiembre empezaran las clases y conociera a gente nueva, que cualquiera sabía cómo iban a ser, si simpáticos o malages o con mucha guasa, vuelta a la casilla de salida aunque por lo menos el verano ya se terminaba.

Oyó roces en las sombras, risas nerviosas, pasos furtivos de pies con alpargatas, y se volvió y allí vio la figura delgada y las orejas de soplillo de Pablo el fantasma, y detrás de él, corriendo y saltando, dándose palmetadas y jugando al pañolito, un puñado de niños y niñas vestidos como él, con aquella ropa que ahora sabía que era ropa antigua, o ropa de interno, o ropa prestada, los veinticinco niños que habían muerto con Pablo cuando la explosión, que ahora todos se habían dado el reencuentro, que por fin habían cruzado la puerta y satisfecho la ansiedad de su alma, y Pablo la vio y la saludó y le dijo ven, que te quiero presentar a mis amigos, y Lucía soltó el libro y corrió a conocerlos, para jugar con ellos el resto del verano al tula, al contra, al puli en alto, a la gallina ciega, al pincho y sobre todo a las canicas, y anda que no era una chulada tener una clase entera de amigos fantasmas.

LA NAVE DE LOS ALBATROS

Félix J. Palma

Félix J. Palma (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz, 1968) es un escritor profesional que cuenta en su haber con más de un centenar de premios de relato, historias cotidianas aunque extraordinariamente ingeniosas narradas con un estilo elegante y abundante humor absurdo, que recogió en las colecciones *El vigilante de la salamandra* (1998), *Métodos de supervivencia* (1999), *Las interioridades* (2002), *Los arácnidos* (2004) y *El menor espectáculo del mundo* (2010). Como novelista ha publicado la obra juvenil «La hormiga que quiso ser astronauta» (2001) y «Las corrientes oceánicas» (2005, premio Luis Berenguer). En 2008 ganó el premio Ateneo de Sevilla con *El mapa del tiempo*, primera parte de su Trilogía Victoriana en la que rinde homenaje a **H. G. Wells** y que supuso su consagración como narrador; su continuación es *El mapa del cielo* (2012, premio Ignotus) y cierra el ciclo *El mapa del caos* (2014). También ha coordinado *Steampunk. Antología retrofuturista* (2012), que incluye relatos españoles del subgénero.

The Map of Time es, sin lugar a dudas, su gran éxito internacional. Los derechos de publicación de esta novela han sido vendidos a más de una treintena de países, estuvo en la lista de más vendidos del New York Times y fue finalista de diversos premios, entre otros el Seiun japonés. *The Map of the Sky* y *The Map of Chaos* también se encuentran disponibles en inglés, así como el relato «The Princess From the Centre of the Earth», ambientado en el mismo universo victoriano e incluido en *The Best of the Spanish Steampunk* (2014).

«La nave de los albatros» (2002) es un relato de fantasía y horror; probablemente, uno de los más conocidos del autor.

*... te veré por vez primera, quizá,
como Dios ha de verte.*

JORGE LUIS BORGES

Nuria nunca tuvo padre pero, de vez en cuando, el mar le traía a un hombre que le ordenaba cerrar la boca al comer. Era un individuo enorme y baladrón, de perenne mirada furibunda, que malvendía sus apegos fuera de casa y repartía a su familia una calderilla afectiva con la que creía cumplir, como quien guarda las sobras de la comida para los gatos del callejón. Aquel hombre rudo y vocinglero parecía provenir del corazón mismo del mar, pues acarreaba un tufo a salitre y carnaza que vencía al jabón, un hedor a machos apretados en camarotes mínimos, a naufragio antiguo y pescadería sucia que, cuando el mar volvía a llevárselo, quedaba flotando en la casa, agarrado a las paredes como el olor del vómito.

Por las noches, cuando aquel hombre ya llevaba dos o tres días con ellos, Nuria se arrodillaba ante los pies de la cama, fijaba una mirada solemne en el crucifijo que colgaba sobre la cabecera, y pedía al mar que se lo tragara para siempre, que desistiera de escupirlo de nuevo a la orilla, que mejor soportar las burlas en el colegio por no tener padre que vivir aquellos periodos de temor en los que debía conducirse sin hacer ruido, estar siempre dispuesta para irle a por tabaco y no poner los codos en la mesa. Pero sus ruegos no eran escuchados. Acaso le pareció que sus insistentes súplicas enfadaron al Señor, pues un día su padre regresó pálido y endeble, dispuesto a quedarse para siempre en tierra sin que a nadie explicara sus motivos, como si el mar le hubiese herido con un desplante de enamorada, contra el que no le quedara más remedio que hundirse en la poza de un silencio contrariado.

A partir de ese día la vida en la casa cambió por completo. Hasta entonces Nuria había llevado una existencia tranquila, incluso feliz, apenas perturbada por las burlas de sus compañeras de colegio, que ya por esa época comenzaban a reciclarse en bromas sin malicia motivadas por la envidia, pues con el despuntar tierno de la adolescencia la ausencia de padre se reveló más una ventaja que una tara. En comparación con las otras muchachas de su clase, Nuria gozaba de una libertad inaudita para su edad. Sus días eran orquestados únicamente por la batuta ecuánime de su madre, con quien desde pequeña mantenía una complicidad de aliados. La intermitencia paterna, sin llegar a abolir del todo la jerarquía propia de sus edades, había forjado entre ellas una camaradería insólita, no exenta de un romanticismo trasnochado, como de mujeres que deben sacar adelante la hacienda mientras el hombre combate en el frente. A su madre no dejaba de sorprenderla la admirable sensatez con la que Nuria se conducía en la vida. Nunca olvidaría, por ejemplo, la serenidad con que la informó de su primera menstruación, sin la menor sombra de ese pánico que la había sobrecogido a ella al despertar manchada en lo más íntimo con un rastro de moras. Fue esa prudencia tan infrecuente en una niña de trece años, la que

hizo que Nuria nunca tuviese que privarse de ninguno de los muchos eventos que jalonan los albores de la adolescencia. Todo eso cambió, sin embargo, con la llegada definitiva de su padre.

Tomás Vallejo convirtió en trono el sillón junto al televisor, y allí se instaló con aquel mutismo torvo de volcán amansado que lo convertía en un intruso inquietante, en una deidad marina que solo emergía del silencio para emitir sus implacables designios. Dado al compadreo, no le resultó difícil buscarse los dineros trapicheando en la lonja. Adquirió una furgoneta destartalada, y enseguida se hizo con una pequeña cartera de clientes, que fue creciendo a medida que su buen tino para seleccionar el pescado de calidad se hacía célebre. Nunca mostró el menor interés, sin embargo, por fortalecer la envergadura de su negocio, ni siquiera reemplazó la ruinosa furgoneta. Le bastaba con conseguir el dinero justo para que los suyos vivieran con dignidad. Solía levantarse cuando el cielo mostraba las primeras puñaladas de luz y, antes de que la ciudad rasgara la húmeda muselina del sueño, él ya estaba de vuelta con la jornada resuelta, sentado ante el televisor, despidiendo una tufarada de colonia de bote y recovecos de océano, dispuesto a gobernar con mano de tirano el destino de su familia.

En poco tiempo, el salón se transformó para Nuria en un ámbito impracticable; atravesar esa estancia significaba quedar expuesta a las caprichosas órdenes de su padre, cuando no a la inquietante fijeza de su mirada, que parecía estudiarla con una atención de entomólogo. Nuria se resignó a moverse por la casa con andares de fantasma, a hablar con su madre mediante murmullos y a atrincherarse en la angostura de su dormitorio, un cubículo al que solo llegaba la melancólica claridad que se despeñaba por el patio interior, pero el único lugar del que no la reclamaba su padre. Derramó muchas lágrimas tratando de entender los motivos por los que de repente se había visto privada de toda la libertad de la que disfrutaba. Su padre parecía haber vuelto de la mar con el firme propósito de enterrarla en vida, pues solo le permitía salir de la casa para asistir al colegio, y aun así era él quien la llevaba y recogía en la mísera furgoneta, como si se tratara de un encargo que no necesitaba conservarse en hielo. Cualquier otra actividad, por inocente que fuera, le era prohibida con una tajante sacudida de cabeza ante la que tampoco su madre podía protestar, pues a Tomás Vallejo le bastaba con amagar el gesto de una bofetada para acallarla. Durante un tiempo, Nuria confió en que ella al fin alzara la voz en su defensa, y no cesó de requerirle ayuda con las mismas miradas cómplices del pasado, pero dejó de hacerlo cuando tropezó, buscando no recordaba qué en la mesilla de su madre, con un tarrito de cápsulas azules, de esas que ayudan a dormir sin tormentos, y comprendió de golpe que estaba pidiendo auxilio a alguien que lo necesitaba más que ella. La vida se convirtió entonces para Nuria en una trabazón de tardes idénticas en la celda de su cuarto. Allí, rodeada de una cohorte de muñecas de trapo con las que ya no le apetecía jugar, se entretenía viendo llegar a la mujer que llevaba dentro en la luna del armario, o imaginándose que se fugaba para siempre a través del patio,

mediante las gruesas venas de las tuberías, hasta que el odio hacia su padre la obligaba a tumbarse en la cama y a sembrar la almohada con las lágrimas blancas de las princesas cautivas.

Una tarde, su madre le contó que había tropezado en la calle con uno de los marineros con los que su padre solía embarcarse, al que no había dudado en interrogar sobre los motivos que habían forzado a su marido a quedarse definitivamente en puerto tras su última travesía. Pero era poco lo que su compañero de faena sabía al respecto, salvo que Tomás Vallejo había decidido renegar para siempre del mar al término de una noche de guardia, tras la que lo encontraron demudado y cadavérico, suplicando el regreso a la costa con un hilo de voz que le arruinaba la hombría. El mar está lleno de leyendas, acabó diciéndole el marino para mitigar su extrañeza, de cosas que cuesta trabajo creer hasta que uno no las ve con sus propios ojos, y no hay nada peor que enfrentarse a sus fantasmagorías durante una solitaria guardia nocturna. El mar, a veces, nos dice cosas que no queremos saber.

Ni Nuria ni su madre otorgaron demasiado crédito a las palabras del marinero, impregnadas de un misterio demasiado teatral. El ogro que habitaba en el salón se les antojaba un ser insensible a las sutilezas de las visiones marinas, en caso de que las hubiera. Como mucho, habría sufrido un estremecimiento en el corazón, o habría oído, en la calma nocturna del mar, la desafinada música de su interior, que le advertía que el cansancio milenario de sus huesos había alcanzado finalmente la pleamar. Lo único que parecía cierto era que algún acontecimiento o revelación crucial había tenido lugar sobre la desierta cubierta, removiendo por dentro a Tomás Vallejo y reemplazándole en un juego de manos nefasto, la vastedad del océano por el rincón del salón.

Pero los días se sucedieron, monótonos y deslucidos, sin que ninguna de las dos se aventurase a interrogarlo abiertamente, intuyendo quizá que la respuesta no iba a ser otra que un desplante airado. Nuria, por su parte, trataba de mantenerse lo más lejos posible del sujeto que había conseguido que, hasta el hecho simple de vivir, le resultara insoportable. Le bastaba con la penitencia de tener que viajar a su lado cada mañana en la furgoneta, sofocada por el hedor turbio de la carga reciente. No sabía qué odiaba más de los recorridos compartidos en la infecta tartana, si el silencio hermético que gastaba su padre o sus grotescos intentos de comunicación, aquellos arrebatos de camaradería que lo asaltaban de vez en cuando, y que ella abortaba con lacónicos monosílabos. La furgoneta dilataba un itinerario ya largo de por sí, durante el que Nuria se entretenía en rumiar mil maneras de vengarse de aquel dictador tripón que, no contento con arruinarle la vida, pretendía además ganarse su confianza. La confundía, sin embargo, su afán por extraer de ella alguna frase cariñosa, o cuando menos cordial, pues se le antojaba imposible que su padre no fuese capaz de leer en su acritud el desprecio que le profesaba. Sus intentos de acercamiento eran siempre torpes e irrisorios, y por lo general se reducían a un par de tentativas que, una vez ella desbarataba, daban paso al impenetrable silencio que los acompañaría el resto del

trayecto. Por eso la sorprendió que una mañana, como si no le importara que ella no le atendiese, su padre empezara a hablar de las leyendas del mar.

Con una voz trémula, que sin embargo fue adquiriendo confianza día a día, como si él mismo se acostumbrara al estrépito de su vozarrón reverberando en el angosto interior de la cabina, Tomás Vallejo desgranaba con su humilde oratoria, no se sabía para quién, las historias del mar que mejor conocía. Las escogía al azar, y las narraba de forma desordenada, barajando experiencias personales con leyendas que corrían de boca en boca. A veces realizaba largas pausas, conmovido por la nostalgia de los recuerdos o sorprendido por la dimensión épica que cobraban sus cotidianas gestas de marino en constante porfía contra el océano, al ser contadas mientras atravesaban aquel paisaje aletargado de panaderías y kioscos. Pero sobre todo le excitaba la mella que su desesperada estrategia parecía causar en el desinterés de su hija. Con el correr de las mañanas y las leyendas, Nuria había ido desentendiéndose de lo que sucedía tras la ventanilla e interesándose por las historias que él contaba, incluso había empezado a prepararle el café por las mañanas, en un gesto que conmovió a Tomás Vallejo, quien pronto dejó de hablar para sí mismo y empezó a hablar para la persona que más quería en el mundo.

Le habló de todo lo que se le ocurrió, temiendo volver a perderla si se quedaba callado. Le habló de piratas y bucaneros, de islas desconocidas que no figuraban en los mapas, donde se escondían científicos locos que hacían experimentos con los naufragos que las mareas derramaban sobre la arena; de atolones envueltos en jirones de bruma en los que habitaban animales extraños, huidos del jardín del Edén antes de que Adán tuviese tiempo de ponerles nombre. Le habló de tritones y sirenas, de calamares gigantes y hombres-pulpos, y de toda la fauna de ensueño que el mar alberga en su vientre. Le habló de faros fantasmas que conducían a los barcos hacia los arrecifes con sus luces perversas, y de cómo algunas noches, fondeando cerca de la costa, podía verse vagar las ánimas errabundas de aquellos que se arrojaban desde los acantilados por asuntos de amor. Le contó la asombrosa historia de Arthur Miclans, el niño que fue rescatado por un delfín tras caer por la borda de un barco de emigrantes. Le habló de los peces que bullían en los abismos marinos, en ranuras tectónicas donde la ausencia de luz y las bajas temperaturas habían fraguado un universo refulgente de seres eléctricos y majestuosos. Y le describió la sobrecogedora estampa de una playa rebosante de ballenas varadas, tendidas sobre la arena como dólmenes derrumbados.

Su hija atendía a sus palabras sin poder disimular el arrobamiento que le producían. Hasta ese momento, Nuria no había considerado el mar como otra cosa que una inmensa llanura azul en cuyo interior revolvían algunos hombres para ganarse el sustento. Hombres tan barbados y fieros como su padre, que se echaban a la mar con los primeros fulgores del alba, dejando a sus espaldas la rémora de una familia que solo parecían amar verdaderamente cuando mediaba entre ellos la distancia. Nunca se le ocurrió que el océano albergara otra cosa que el pescado

ceniciento que exhibían los tenderetes del mercado sobre un lecho de hielo picado y hojas de lechuga, relumbrando bajo los focos como alfanjes herrumbrosos. Pero de las redes de su padre surgían a veces criaturas fabulosas, como si los aparejos hubiesen buceado en los sueños de un Dios que, cansado de modelar el barro con solemnidad, envidiara a los niños que jugaban sin trabas con la plastilina. Sobre la cubierta, entre el palpitante botín de rapes y merluzas, podía infiltrarse también el pez trompeta, con sus labios de trovador; el pez gato, con su mirada de mujer fatal, o el pez ángel, arrancado del retablo de alguna basílica submarina. El océano se le antojaba ahora a Nuria un arcón rebosante de leyendas, un escenario capaz de rivalizar en atractivo con los castillos espectrales o los bosques encantados.

Pero no fue el mar lo único que cambió para ella. El hombre que conducía a su lado pareció transformarse también, alcanzar una dimensión humana de la que antes carecía. Nuria no sabía que durante los periodos en los que su padre permanecía embarcado, el tiempo goteaba con una lentitud huraña y dolorosa. Ni que para aquellos hombres a merced de los elementos, cada minuto arrancado a la vida era el motivo de una celebración íntima que les amansaba la expresión con una sonrisa apenas sugerida. Expuestos a los caprichos de un mar que lo mismo podía colmarle las redes que ahogarlos bajo un golpe de agua, cada amanecer sin bajas era un humilde triunfo del que solo cabía regocijarse en silencio, conscientes en el fondo de que el mérito no era suyo, pues desde que escogieron esa vida su destino lo reescribía la espuma sobre la arena. Ahora sabía Nuria que mientras ella disponía de toda la casa para sí, su padre convivía con otros muchos en un mundo oscilante que medía treinta y dos metros de eslora y siete de ancho, hecho de espacios angostos cuyas paredes estaban empapeladas de vírgenes llorosas y hembras desnudas, porque tanto valían unas como otras si ayudaban a mantenerse firme en medio de un temporal. Y sintió una punta de piedad hacia aquel hombre curtido en la adversidad, que cada vez que ponía pies en tierra debía experimentar un alborozo de superviviente que no podía compartir con su familia por temor a estremecerle las esperas, que solo podía festejar en alguna taberna con otros como él, entendiéndose a gritos porque todavía conservaban en los oídos el estruendo infernal de los motores.

Fue aquella piedad, sumada a las migajas de confianza que los viajes compartidos habían hecho surgir entre ambos, la que movió a Nuria a interrogar a su padre sobre los motivos que le habían llevado a huir del medio que tanto parecía amar. Se lo preguntó con un hilito de voz dulce, aprovechando el distendido silencio que siguió a una de sus joviales risotadas. Pero Tomás Vallejo no contestó. Al oír la pregunta, giró la cabeza hacia su hija con lentitud de fiera, y le dedicó una mirada entre enojada y sombría que le hizo comprender que la amistad que había creído percibir entre ellos no era más que un espejismo. Sea lo que fuere que su padre había visto, solo llegarían a saberlo los gusanos que habrían de devorarle el corazón.

Tomás Vallejo nunca había creído en las leyendas del mar hasta aquella guardia fatídica que cambió el curso de su vida. Había oído cientos de historias, a cuál más

descabellada, pero hasta esa noche las había considerado hijas de las fiebres y el escorbuto, cuando no del tedio de las largas travesías. Sin embargo, todavía conservaba en las venas el temor que había experimentado durante aquella guardia, cuando un rumor siniestro que parecía provenir del mar lo sobrecogió en mitad de su tercer café. El lúgubre soniquete le hizo levantarse para asomarse a la borda con cautela. En un principio, no logró discernir nada en la oscuridad reinante, pero no había duda de que aquel chirrido quejumbroso anunciaba la inminente llegada de algo que se deslizaba hacia el pesquero lentamente, sin alterar el sueño de las aguas. Desconcertado por el hecho imposible de que el mar no acusara su avance, Tomás Vallejo contempló surgir de la negrura el maltrecho casco de un velero. Tanto por lo antiguo de su diseño como por la podredumbre de la madera, supo que aquella embarcación había sido construida hacía siglos. Poseía dos mástiles provistos de sendas velas cuadradas, y en el costado, bajo un recamado de algas acartonadas, aún podían apreciarse las cuencas vacías de una hilera de portas por donde antaño asomaron las fauces de los cañones. Dedujo que debía tratarse de un bergantín de los muchos que ejercían de naves corsarias en el pasado. Aterrado, conteniendo el vómito ante el hedor a leprosería que exhalaba la aparición, la contempló desfilar procesionalmente ante él, cruzándose con su embarcación a una distancia tan íntima que le hubiese bastado con alargar la mano para poder acariciar su lomo repujado de sargazos. Pudo observar entonces que en su arboladura anidaban unos albatros enormes. Algunos planeaban sobre la nave como pandorgas fúnebres, y otros permanecían sobre las jarcias y obenques, no sabía si dormidos o acechantes. Pero la sangre acabó de helársele en el corazón cuando reparó en la silueta que se encontraba de pie sobre la cubierta de proa. Por su tamaño, parecía una niña. Cuando la tuvo cerca, pudo ver el rostro de su hija. Nuria, vestida con un abrigo rosa con dibujos de osos y el cabello recogido en trenzas, le dedicó una mirada indescifrable mientras pasaba ante él. Y Tomás Vallejo tuvo que apretar los dientes con fuerza para no lanzar un alarido desgarrador con el que se le hubiera escapado también la cordura.

Lo encontraron al amanecer encogido en la cubierta, suplicando el regreso entre lágrimas de mujer. Tomás Vallejo sabía lo que significaba aquel barco. Algunos años antes, bebiendo en una taberna del puerto, un marinero le había hablado de la existencia de un bergantín que surcaba los mares al servicio de la muerte. Entre confidentes susurros con olor a vinazo le contó que, durante el transcurso de una guardia, un compañero suyo había sido sorprendido por la espectral aparición de una nave que parecía navegar a la deriva, escoltada por una decena de albatros, en cuya proa alcanzó a distinguir, sobrecogido, la silueta de un hombre que era él mismo. Tras aquella visión, el marinero no volvió a echarse al mar. En tierra, nadie creyó su relato. Se atrincheró en el diminuto apartamento donde vivía con su numerosa familia, negándose a salir de allí bajo ninguna circunstancia, pues estaba seguro de que haberse visto como pasajero de aquel navío fantasma solo podía significar que su muerte estaba próxima. El marinero dejó pasar los días postrado en el lecho, como un

enfermo sin más dolencia que el horror de una muerte trágica que no sabía cuándo ocurriría, pero a la que pretendía esquivar sin demasiada fe. Una mañana, al regresar de la compra, su mujer se lo encontró tendido sobre la alfombra con la cabeza reventada y la Luger que había heredado de su abuelo todavía empuñada en la mano, y supo que su marido, incapaz de soportar la angustiosa espera, había decidido embarcar en la nave de los albatros antes de tiempo, ayudándose de una bala que guardaba ayuno desde la guerra civil. Tomás Vallejo había escuchado aquella leyenda entre los vapores del vino, asintiendo con una gravedad teatral, convencido de que esa historia, como la mayoría de las que circulaban por las tabernas, no era más que la fábula de algún marino aburrido o febril, una invención que el roce del tiempo habría ido puliendo, y estaba seguro de que ni siquiera la versión que acababa de oír sería la definitiva. Eso era lo que ocurría siempre con las leyendas; travesaban los siglos transmitiéndose como un virus, estremeciendo almas a la lumbre de las hogueras. Hasta que de tanto ser relatadas acababan haciéndose realidad.

Tomás Vallejo había regresado a tierra para salvar la vida de su hija. Hubiese querido abrazarla y retenerla para siempre entre sus brazos, pero solo pudo convertirse en su enemigo. Lo primero que hizo fue someterla a un chequeo médico, al que, para evitar sospechas, también tuvo que obligar a su mujer e incluso prestarse él mismo. Cuando obtuvo los resultados, que disipaban cualquier duda de que la muerte ya hubiese sembrado su oscura semilla en las entrañas de su hija, Tomás Vallejo comprendió que el ataque habría de llegar desde fuera, e hizo todo lo que estuvo en su mano para mantener a Nuria vigilada la mayor parte del día, confiando en que la Parca se cansara de esperar su oportunidad para robarle el aliento. Eso le había canjeado la aversión de Nuria, un odio visceral que había intentado combatir durante los viajes en la furgoneta, tratando de hacerle ver a su torpe manera cuánto la quería. Al principio, había creído que podría conseguirlo, pero su forma de reaccionar ante el deseo de su hija por conocer aquello que él jamás podría decirle, había arruinado para siempre sus esperanzas. Tras aquel interrogatorio fallido, nada volvió a ser como antes. Tomás Vallejo se afanó en reanudar sus historias, pero, para su desazón, le resultó imposible reparar el daño que su mirada había causado en su hija, quien había vuelto a refugiarse en un hiriente distanciamiento.

¿Hasta cuándo lograría tenerla vigilada?, se preguntaba ahora con la mirada fija en la puerta cerrada del cuarto de Nuria. ¿Cuánto tardaría su hija en rebelarse? Los días se sucedían lentamente, como un castigo para ambos, y él no acertaba a entrever el desenlace que podía tener aquel encierro cada vez más injusto.

Una noche se despertó sobresaltado, con la seguridad de que Nuria habría recurrido a la cuchilla para arrancarse a tirones de las venas aquella vida de reclusión insoportable. Al descubrirla dormida en su cama, los ojos se le habían inundado de lágrimas. Extremadamente cansado de todo aquello, se había sentado en la silla del escritorio donde su hija estudiaba, y había velado su sueño un largo rato, dejándose conmover por el aire de terrible vulnerabilidad de aquel cuerpecito arrebuñado en la

madriguera de las mantas. Se acostumbró a visitarla de aquella manera por las noches, y siempre, al abandonar su habitación, Tomás Vallejo se preguntaba si ya podría devolverle la libertad, si habría logrado evitar su muerte o todavía la reclamaban los albatros.

La respuesta la obtuvo el día del cumpleaños de Nuria, cuando su hija, tras apagar las catorce velas de su tarta, rasgó el envoltorio del paquete que su madre le había regalado para mostrar, con un entusiasmo que contrajo de terror la expresión de su padre, un abrigo rosa con dibujos de osos. Tomás Vallejo comprendió entonces que aquella alegre escena escondía una amarga consigna que solo él podía descifrar, que aún no había logrado desbaratar el trágico destino de su hija. Cerró los ojos para no verla dando vueltas vestida con el abrigo, haciendo girar las dos trenzas con que ese día había decidido recogerse el cabello.

Tomás Vallejo asistió a la lenta extinción de la fiesta mudo en su rincón, como un púgil reuniendo valor para subir al cuadrilátero, y no le sorprendió que, una vez llegada la noche, su mujer se sentara a su lado por primera vez en mucho tiempo y, tras varios rodeos, le rogase que le diese permiso a Nuria para ir de excursión a la sierra con el colegio a la mañana siguiente. A Tomás Vallejo acabó de partírsele el alma mientras sacudía la cabeza en una negativa que no admitía discusión, no supo si por el daño que su nueva oposición causaría en su hija o porque su cabeza, adelantándose a los acontecimientos, ya le mostraba la imagen del autobús escolar volcado en el asfalto, rodeado de una confusión de cristales rotos y cuerpos destrozados entre los que despuntaba un abrigo rosa. La muerte jugaba al fin sus cartas, y él no podía hacer otra cosa que tratar de retener a su lado el objeto de su codicia. Desde el sillón, contempló a su mujer entrar en el cuarto de Nuria para transmitirle su negativa, y permaneció toda la noche allí, centinela de su descarnado llanto, queriendo irrumpir en su cuarto para consolarla, pero consciente de que las palabras de aliento de quien todavía conserva en la mano el puñal ensangrentado, pueden hendir más profundo aún que la propia puñalada.

Lo despertó el calor amigo de una taza de café entre las manos. Abrió los ojos y, en el barrunto de luz que perfilaba el salón, pudo ver la sonrisa sin rencor de su hija. No hubo palabras entre ellos. Tomás Vallejo le sonrió agradecido, y dejó que Nuria le acariciara el cabello con ternura, en un gesto casi maternal con el que tal vez tratase de decirle que la mujer que ya iba siendo comprendía aquella forma de protegerla, pese a considerarla desorbitada. Mientras el café dulzón le cartografiaba la garganta, la observó conmovido regresar al encierro de su dormitorio, para continuar destejiendo en silencio el velo de su juventud hasta que él quisiera devolverla a la vida. Tomás Vallejo apuró la taza con la mirada absorta en la puerta cerrada que lo separaba de su hija, preguntándose cuál debía ser su movimiento ahora que ella había dado el primer paso hacia la reconciliación. Finalmente, decidió que quizá fuese oportuno abandonarse al deseo de abrazarla, que tal vez su hija no estuviese sino esperando una muestra de cariño que le insinuara que, pese a todo, contaba con un

padre que la quería.

Secándose las lágrimas con el dorso de la mano, Tomás Vallejo se acercó al cuarto y abrió la puerta con cautela de confidente. Le desconcertó no encontrarla en el dormitorio. Luego reparó en la ventana que daba al patio interior, abierta de par en par, y comprendió, sintiendo cómo una mano de hielo le trezaba las vísceras, que Nuria al fin había decidido rebelarse. Salió del cuarto dando tumbos, cogió las llaves de la furgoneta y se precipitó escaleras abajo convenciéndose de que aún quedaba tiempo, que la estación de autobuses de donde debía partir el autocar escolar no estaba demasiado lejos. Arrancó la furgoneta y surcó las todavía entumecidas calles aplastando el acelerador con saña. Arribó a la estación a tiempo para ver cómo su hija, plantada ante la puerta del autobús con su abrigo rosa y el cabello recogido en trenzas, le dedicaba una mirada indescifrable antes de subir al autocar que la conduciría a las tinieblas.

Nuria se sentó en el último asiento del autobús con una débil sonrisa de triunfo en los labios, una mueca apenas imperceptible que se amplió aún más cuando, al girarse en la butaca, observó cómo la miserable furgoneta de su padre se internaba también en la carretera en pos del autocar. Según decía la etiqueta del bote de somníferos de su madre, sus efectos eran casi inmediatos, y ella no había escatimado en pastillas a la hora de disolverlas en el café. Tuvo que esconderse la sonrisa entre las manos al contemplar los primeros bandazos de la tartana, que no tardaría en irrumpir en el carril contrario, donde su padre encontraría el fin que merecía, liberándola de su tormento, de todas aquellas noches en que, muerta de miedo, le oía entrar furtivamente en su dormitorio para observarla dormir, temiendo el momento en que su mano se internase entre las sábanas en busca de sus recientes formas de mujer. Pero aún tuvo tiempo, antes de que la furgoneta se fuera a la deriva, de cruzar una última mirada con aquel hombre al que nunca había considerado su padre, y Tomás Vallejo pudo comprender, a pesar del pegajoso sopor que amenazaba con vencerlo sobre el volante, que durante aquella guardia fatídica, la nave de los albatros no le había avisado del trágico final de su hija, sino que le había mostrado el rostro mismo de la muerte.

LA CACERÍA SECRETA

Javier Negrete

Javier Negrete (Madrid, 1964) es profesor de griego y uno de los mejores estilistas del género en español, con un marcado gusto por el clasicismo y la narración épica que traslada con maestría a novelas como *Las miradas de las furias* (1997, premio Ignotus), la mitológica *Señores del Olimpo* (2006, premio Minotauro), *Atlántida* (2010) y la ucronía *Alejandro Magno y las águilas de Roma* (2007, premios Celsius e Ignotus), donde propone un enfrentamiento bélico entre el mayor estratega de la historia y el incipiente imperio romano. Ha publicado también las juveniles *Memoria de Dragón* (2000) y *Los héroes de Kalanúm* (2003), así como la tetralogía de fantasía épica con ecos de ciencia ficción *La espada de fuego* (2003, premio Ignotus). En la actualidad compagina la escritura de novelas fantásticas con ensayos y obras de temática histórica, en la que está considerado un experto.

Buena parte de su obra ha sido publicada en Francia y otros países francófonos con notable éxito, en particular *La espada de fuego. El mito de Er* obtuvo el premio Bob Morane en 2004 y *Señores del Olimpo* el Gran Prix de l'Imaginaire de 2008; *Salamina* fue traducida al griego y ganó el premio Espartaco de novela histórica de la Semana Negra de Gijón.

«La cacería secreta» (2014) es un prelude de la novela *La Espada de Fuego*, una historia reescrita especialmente para esta antología directamente en inglés por el propio autor.

Era un sueño lúcido.

Al menos lúcido en parte, ya que Derguín era consciente de que estaba dormido. Sin embargo, no sabía si podría cambiar y controlar su argumento como le había ocurrido con visiones similares.

Algo le hacía sospechar que no.

Y pensar eso le producía escalofríos.

En realidad, el sueño era una pesadilla, la misma que había atormentado sus noches de niño. Había dejado de tenerla a los nueve años, de modo que casi había olvidado aquel siniestro paraje. Pero ahora se encontraba de nuevo en aquel escenario onírico, una vasta desolación que conocía demasiado bien.

Un viento gélido soplaba desde las negras cimas de una cordillera lejana, barriendo la llanura. En el firmamento no brillaban ni sol ni estrellas, y no se proyectaban sombras en el suelo. Aun así, un brillo fantasmal parecía emanar de los propios objetos y tallaba con dureza todos los perfiles.

No había nada más en el mundo. Tan solo las montañas, la llanura muerta y el viento hostil. Derguín se sentía desnudo y expuesto, pese a que no había nadie para verlo. No tenía dónde esconderse.

Empezó a caminar hacia las montañas, a pesar de que lo aterrorizaban. ¿Por qué? Lo ignoraba. El suelo seco crujía bajo sus pies, el único sonido que podía escucharse en aquella desolación inerte.

Después, el vello de su nuca se erizó, avisándolo de que a su espalda había alguien.

O algo.

—Esos picos están más cerca de lo que crees —dijo una voz grave.

Derguín contuvo el aliento y giró sobre los talones.

Ante él se alzaba un guerrero embutido en una armadura negra y pulida, que blandía una lanza también negra. Era enorme, un auténtico gigante de más de tres metros de altura. Las hombreras erizadas de pinchos ensanchaban aún más su espalda masiva.

Derguín tuvo que doblar el cuello hacia arriba para mirar al desconocido a la cara. El yelmo que ocultaba esta, rematado por cuernos que se retorcían como serpientes, semejaba una gorgona viviente.

A través del metal del casco, tres ojos refulgían como brasas encendidas.

En su vieja pesadilla, Derguín siempre había visto aquellos ojos candentes en el cielo, como versiones en rojo de Taniar, Shirta y Rimom, las tres lunas de Tramórea. Pero estos ojos eran aún más inquietantes.

—Estás en la tierra oscura, muchacho. Aquí las leyes naturales no son aquellas que conoces —dijo el gigante. El yelmo exageraba el sonido de su respiración, como

si estuviera jadeando en los oídos de Derguín.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Mira tu mano derecha.

Derguín obedeció al gigante, y comprobó que un nuevo elemento había entrado en aquel argumento enviado por los dioses, o tal vez creado por su mente dormida.

Ya no se hallaba desarmado. Su mano empuñaba una espada. Pero no se trataba de la hoja curvada y de un solo filo de su espada de Tahedo, con la que había superado la prueba para convertirse en Ibtahán del sexto grado. El arma del sueño era recta y de doble filo.

Eso no debería haber supuesto ningún problema. Derguín había entrenado también con espadas rectas, así como con lanzas, cuchillos, hachas y todo tipo de armas, incluyendo manos y pies desnudos.

Y, sin embargo, seguía sintiéndose aterrorizado, tanto como en la pesadilla de su niñez.

¿Por qué, si tenía un arma? Él era Derguín Gorión, el cadete más prometedor de Uhdanfiún, la Academia de Artes Marciales. A sus diecisiete años, la espada no tenía secretos para él. «Es un *natural*», susurraban sus maestros cuando creían que no los oía. Con suerte, en menos de un año Derguín alcanzaría el séptimo grado y se convertiría en Tahedorán, un gran maestro de la espada.

Y después, algún día, cuando el actual Zernalnit muriese, podría competir contra otros maestros para conseguir la hoja forjada por el dios Tarimán.

Zemal, la Espada de Fuego. El arma más poderosa del mundo.

«¿Por qué me he acordado de *Zemal* justo ahora?», se preguntó.

—Tu problema es precisamente la espada —le dijo el gigante—. En la tierra oscura es inútil.

«¿Por qué?», volvió a preguntarse Derguín.

Examinó más de cerca la empuñadura de la espada. El pomo estaba tallado en forma de cabeza de mujer, sin cabello ni orejas. La cabeza abrió su diminuta boca y habló. Derguín apenas pudo oír aquella vocecilla aguda.

—Lo siento —dijo la espada.

—¿Por qué lo sientes?

—Te he fallado, *tah* Derguín.

Él estuvo a punto de replicar: «No me llames *tah* Derguín. Aún no soy un Tahedorán». Pero en ese momento advirtió algo con el rabillo del ojo, y levantó la mirada.

El gigante acababa de levantar la lanza, listo para golpear.

Derguín dio un respingo y se incorporó sobre la esterilla de bambú.

Ante él vio un rostro oscuro, con ojos resplandecientes.

¿Seguía dormido?

No, tenía que estar despierto. Los ojos eran solamente dos, no tres, y su fulgor no era rojo ni provenía del interior. De hecho, no era más que la luz de una antorcha reflejada en dos pupilas.

La mano izquierda de Derguín tanteó buscando el puño de su espada. Siempre dormía con ella al lado de la esterilla.

«Es mi vieja espada de Tahedo», pensó, a medias aliviado y a medias decepcionado, como si hubiese perdido algo muy valioso.

—Levántate, Ritión —susurró una voz.

Aunque Derguín no hubiese reconocido aquel rostro por la nariz ganchuda y los ojos rasgados, el olor a pino de la almáciga que su dueño tenía la costumbre de masticar era inconfundible.

Askhros. Uno de sus compañeros de la academia. Hijo de un general Ainari. De sangre noble... al menos, en teoría.

En realidad, se trataba de uno de los mayores hijos de perra de Uhdanfiún.

Aunque los compañeros de Askhros se habían tizado las caras, Derguín los reconoció también. Eran Tayfos, Merkar, Bhratar y Tauldos, conocidos como «Los Dedos de Hierro». Los tipos más duros de Uhdanfiún... según ellos mismos.

Conociéndolos, mucho se temía Derguín que no tramaban nada bueno.

—Vamos, Ritión. ¡Levanta! —dijo Askhros, sacudiendo a Derguín por el hombro.

Los dedos de Derguín pinzaron un punto gatillo entre el índice y el pulgar de Askhros, allí donde se juntaban los dos huesos. Askhros contuvo apenas un grito de dolor y apartó la mano.

—¿Te he dicho alguna vez que no me llamo Ritión? —dijo Derguín, rechinando los dientes—. Juraría que sí.

Su corazón latía como el martillo de una fragua. ¿Era por la pesadilla o por estar tan cerca de los Dedos de Hierro? Cada vez que Derguín y Askhros hablaban o simplemente se miraban, podía percibirse entre ellos una chispa a punto de saltar, una tensión tan densa y pesada como el bochorno de una tarde tormentosa a finales del verano.

—Ritión, Derguín... ¿Qué más da? Son solo putos nombres —respondió Askhros, frotándose la mano. A juzgar por su gesto de rabia, si Derguín no hubiera sido quien era (el *natural*), habría sido castigado en aquel mismo momento por su insolencia.

—Pues resulta que a mí me gusta mi *puto* nombre —dijo Derguín—. ¿Por qué me has despertado?

—Es hora de irse.

—¿Ir adónde? —preguntó Mihontik con voz somnolienta, removiéndose en la esterilla tendida junto a Derguín—. ¿Y vosotros no estabais de guardia?

Mihontik era el mejor amigo de Derguín. Ritión como él, había nacido en las islas, mientras que Derguín era de Zirna, una ciudad del continente. Ambos compartían con un compañero llamado Mandros un refugio construido con piedras,

ramas y hojas caídas, entre un gran peñasco de granito y un fresno.

Ellos y treinta chicos más del mismo grupo de edad llevaban diez días en los montes de Umbhart, al este de la gran ciudad de Koras. Cada otoño, los profesores de Uhdanfiún llevaban a los cadetes a lugares apartados como aquel.

«Maniobras de supervivencia», llamaban a aquellas acampadas. Los muchachos se referían a ellas con términos más groseros, que incluían la palabra «mierda» y otros sinónimos.

En aquellas maniobras los cadetes marchaban más de cuarenta kilómetros al día a través de los bosques. También nadaban en gélidos arroyos de montaña, y escalaban escarpadas laderas y paredes casi verticales sin sogas.

Por supuesto, no se les repartían raciones. Para alimentarse cazaban lagartijas, pájaros y ardillas, pescaban ranas y truchas y recolectaban bayas, tubérculos y setas; pero ninguno de estos manjares parecía nunca suficiente para calmar su hambre.

Cada atardecer, por muy agotados que estuvieran, tenían que construir un nuevo campamento. Primero debían encontrar un lugar elevado que fuera fácil de defender y estuviera cerca de alguna fuente de agua potable. Después excavaban un foso y acumulaban la tierra extraída del suelo para levantar un terraplén. Sobre este erigían una empalizada con estacas y ramas. Como no tenían hachas y usar sus valiosas espadas ni se planteaba, se veían obligados a arrancar y escamondar las ramas con cuchillos o con las manos desnudas.

Una vez completado el perímetro, los cadetes debían levantar en el interior un vivac improvisado, puesto que en las maniobras de supervivencia no se les permitía llevar las habituales tiendas de piel de cabra.

—No hay mejor entrenamiento para la vida de un guerrero —solía decirles su instructor Turpa, Tahedorán del noveno grado, sentado sobre una piedra y bebiendo vino de un odre mientras observaba cómo los cadetes cavaban y recogían maleza, leña y piedras.

Después de diez días sufriendo esta rutina, Derguín estaba tan cansado y tenía tantas agujetas que lo último que le apetecía ahora era dirigirse a quién sabía dónde a altas horas de la noche.

—¿Dónde se supone que vamos? —volvió a insistir Mihontik.

—Oh, es una sorpresa —dijo Askhros—. ¡Pero te va a gustar, puedes estar seguro!

Al responder, Askhros dio a Mihontik lo que pretendía ser una bofetadita cariñosa, pero se pasó de fuerza lo justo para que quedara claro que no era un gesto amistoso. En sus tratos con Mihontik, tanto él como los otros Dedos de Hierro solían acercarse al borde del desprecio, y a menudo lo sobrepasaban.

Mihontik era delgado, de pómulos altos, barbilla afilada y ojos grandes y oscuros. Un chico realmente guapo. Pero su belleza tenía un toque andrógino, algo que en el ambiente de Uhdanfiún no jugaba precisamente a su favor.

Los demás cadetes llamaban a Mihontik «la niña» y le hacían blanco de todo tipo

de jugarretas. En la cantina, le echaban la zancadilla para que tirara la bandeja y cayera sobre su propia comida. De noche, metían bajo sus mantas sapos, lagartijas e incluso enormes tarántulas. Cuando le tocaba hacer guardia, se acercaban a su garita para arrojarle piedras y antorchas encendidas. Por sistema, no perdían ocasión de atormentarle.

Mihontik era incapaz de defenderse por su cuenta. Tenía un temperamento vivo y a menudo recurría a los puños; pero, por desgracia, su físico no estaba a la par de su valor. En el Tahedo, el arte de la espada, no había pasado del segundo grado, cuando la mayoría de sus coetáneos ya estaban en el tercero y algunos habían alcanzado el cuarto o incluso el quinto. (Derguín, Ibtahán de sexto nivel, era una excepción).

Mihontik tampoco destacaba en otras artes marciales como el Arbalipel, el combate con manos y pies desnudos. No era extraño, así pues, que se hubiera llevado más de una y más de dos palizas.

Al menos, Askhros siempre insistía en que sus secuaces no le pegaran en la cara.

—Solo tenemos una chica en Uhdanfiún, así que no vamos a desfigurarla —solía decir. De este modo Mihontik, al no exhibir moratones ni heridas en la cara, no podía demostrar el acoso al que lo sometían.

En cualquier caso, era más que dudoso que le hubiese servido de algo aportar pruebas. Los Dedos de Hierro eran hijos de las familias más nobles de Koras: lo más selecto de lo escogido de la crema de la maldita élite. Por muchas novatadas que gastaran a sus compañeros, por mucho que los hostigaran, siempre escapaban impunes gracias a la influencia de sus familias.

Y eso incluso cuando sus bromas causaban alguna muerte, como había ocurrido siete meses atrás. En aquella ocasión habían obligado a un cadete de tan solo once años a cruzar entre dos tejados haciendo equilibrios sobre un estrecho tablón. El chico, al que habían vendado los ojos, resbaló a mitad de camino y cayó de cabeza más de diez metros. A Derguín todavía se le revolvía el estómago cuando recordaba el chillido de terror del pobre crío, y sus sesos esparcidos unos segundos después por las losas de pizarra del suelo.

Después de aquello, el Gran Maestro de Uhdanfiún había ordenado a todos los cadetes presentarse en el patio de armas y permanecer firmes hasta que no apareciera el culpable. Pasaron un día y una noche completos. Los muchachos estaban empapados, exhaustos, hambrientos, con las vejigas a punto de estallar..., pero nadie se atrevió a delatar a los responsables. Ni siquiera Derguín, que no quería convertirse en un chivato.

Al menos, cuando Derguín estaba delante, los Dedos de Hierro limitaban su acoso contra Mihontik a insultarlo. Por desgracia, Derguín no siempre podía estar presente para defender a su amigo.

—Responde a Mihontik, Ashkros —dijo ahora Derguín—. Me temo que a nosotros no nos gusta el mismo tipo de sorpresas que a vosotros.

—¡Maldita sea! ¿Quieres echarla a perder?

—¿Que si quiero? Hummm... ¡Pues sí! —respondió Derguín. El sarcasmo parecía mejor que la violencia a la hora de descargar la tensión entre Ashkros y él.

—Muy bien. Ya has fastidiado la sorpresa. ¡Vamos a llevaros a la Cacería Secreta!

¡La Cacería Secreta! Como todos los alumnos de Uhdanfiún, Derguín había oído rumores sobre ella. Nadie conocía cuál era la naturaleza de dicha cacería. Algunos conjeturaban que consistía en matar leones dientes de sable, o bestias aún más terribles, como los coruecos. Otros objetaban que ya no existían coruecos en Áinar: para encontrarlos, había que viajar más allá de la Sierra Virgen.

—¡Vamos, salid de una vez o se nos va a hacer de día! —insistió Ashkros. Él y sus amigos estaban ya aguardándolos fuera del refugio.

—No me gusta nada esto —susurró Derguín—. Me huele a chamusquina.

—Venga, Derguín —respondió Mihontik—. Puede ser una buena oportunidad para hacer buenas migas con ellos y evitar problemas en el futuro.

—¿Quién quiere hacer buenas migas con esos capullos?

—¡Yo sí que quiero! —dijo Mandros, el tercer ocupante del refugio. Pese a que era Ainari, había tenido que soportar más de una vez las novatadas de los Dedos de Hierro.

Finalmente, Derguín cedió. Mientras se anudaba el cinturón de algodón, dijo:

—Está bien. Pero me sigue oliendo raro.

Tomó su espada y la deslizó entre la primera y la segunda vuelta del cinturón, de tal modo que el pomo le quedó por delante del ombligo. Lo hizo sin pensar, con la misma fluidez con la que hacía todo lo relacionado con las espadas. Por su parte, Mihontik y Mandros también se ciñeron sus armas, aunque con movimientos más torpes que los de Derguín.

Los tres muchachos salieron del refugio. La noche era clara y fresca. Rimom, la luna azul, brillaba alta y redonda en un cielo sin nubes. Su luz gélida se reflejaba en los fragmentos rocosos del Cinturón de Zenort, el arco celestial que se curvaba de horizonte a horizonte.

Derguín respiró hondo. En el aire flotaba un olor suave y dulzón, a vegetación descompuesta, y bajo sus pies oyó el crujido de las primeras hojas caídas del otoño. Habría sido una noche espléndida, salvo por el pequeño inconveniente de que estaban con los Dedos de Hierro. Nada bueno podía salir de aquello.

—Tomad —dijo Ashkros, entregándoles unos palos chamuscados—. Para camuflaros.

Mihontik hizo una mueca. Era tan pulcro y ordenado que a veces se pasaba de quisquilloso; lo cual tampoco era la mejor manera de hacerse popular en Uhdanfiún.

—Vamos, *niña* —dijo Tayfos, que tenía los músculos y los sesos de un toro—. Ya sabemos que te encanta maquillarte.

Mihontik miró con gesto asesino a Tayfos, pero aun así cogió el palo. Los tres chicos se pintaron la cara con anchas bandas negras, como guerreros bárbaros del Sur o del País del Ámbar. Cuando a Mandros se le escapó una risita, Ashkros le reconvino.

—¡Chssss! ¿Quieres que nos oigan los instructores?

Derguín no tenía ganas de reír. Le acuciaba el presentimiento de que algo malo iba a ocurrir. «Puede que sea por el sueño», se dijo por tranquilizarse a sí mismo.

Salieron del campamento por una brecha que los Dedos de Hierro habían abierto en la empalizada. Después caminaron más de una hora a paso vivo, bajando siempre, a través de un terreno abrupto sembrado de barrancos, gargantas y maleza. Derguín, temiendo que Ashkros los llevara a una trampa o planeara tirarlos por un precipicio, marchaba el último.

Pese a sus aprensiones, los Dedos de Hierro los trataron con cierta amabilidad. Ashkros, en particular, se comportaba como si fuera amigo de toda la vida de Mihontik. Mientras cruzaban un puente de cuerdas sobre una garganta, le dio una palmada en la espalda y le pasó el pellejo de vino.

—¡Después de la caza tendrás tu recompensa! ¡Por fin vas a estar con una mujer! —le dijo, levantando la voz para hacerse oír sobre los rápidos que corrían bajo el puente.

—¡Ya he estado con mujeres! —respondió Mihontik.

—¿En serio?

—¡Sí!

Al menos, pensó Derguín, su amigo había estado *cerca* de mujeres. Dos meses antes, Mihontik y él habían visitado *El jardín de Pothine*, uno de los mejores burdeles de Koras (al menos, esa fama tenía).

Para Derguín, la experiencia había sido gratificante. Y, además, gratis, ya que le había caído en gracia a la propia matrona que regentaba el prostíbulo, una bella mujer de treinta años. Al parecer, le había gustado la mezcla de rasgos de sus padres: los grandes ojos verdes de su madre Ritona y los labios carnosos y los pómulos altos de su padre Ainari.

En cuanto a Mihontik... Cuando se reunieron de nuevo en el vestíbulo del burdel, su amigo parecía triste. Tal vez no había consumado el coito, o tal vez no le había gustado. Derguín había intentado sonsacarle algún detalle, pero Mihontik se había encerrado en su caparazón como una tortuga.

—¡No importa! —dijo Ashkros—. ¡Esta noche te vamos a hacer un hombre!

Derguín frunció el ceño. No ignoraba lo que para algunos cadetes significaba «hacer un hombre» a alguien.

Sus dedos acariciaron el pomo de la espada. Al menos, los otros chicos eran más que conscientes de que podía desenvainar más rápido que cualquiera de ellos.

Además, Derguín era el único que había superado la prueba del Espíritu del Hierro. Nadie más en el grupo conocía los nueve números secretos que multiplicaban

por dos la rapidez de su cuerpo y de su mente en la fulgurante Protahitei, la Primera Aceleración.

Pensó que, si todo iba bien, al año siguiente también conocería la Segunda. Una vez que se convirtiera en Tahedorán, el Gran Maestro de Uhdanfiún le revelaría las nueve cifras de Mirtahitei, y Derguían sería increíblemente rápido en el combate.

«Céntrate en el presente», se recordó a sí mismo. No era conveniente soñar despierto cuando uno estaba cerca de tipos tan peligrosos e impredecibles como los Dedos de Hierro.

Por fin, los montes dieron paso a un terreno más llano y fértil, sembrado de granjas y huertos. Aunque había un sendero que serpenteaba entre los vallados, los muchachos caminaban por los bordes, pisando en la hierba húmeda para no hacer ruido. Sus instructores los habían adiestrado para moverse furtivos y silenciosos como gatos en la noche. Si se hubieran topado con alguien bajo la fría luz de Rimom, sin duda ese alguien habría creído estar viendo una procesión de duendes o espectros. Aparte de las espadas que llevaban todos, uno de los Dedos de Hierro, Merkar, había traído su arco; pero había envuelto las flechas con trapos para que no sonaran dentro del carcaj.

Askhros se paraba de vez en cuando, se chupaba un dedo y lo levantaba en el aire para comprobar de dónde soplaba el viento.

—No queremos que nuestras presas nos olfateen —decía. Sus amigos contenían la risa, mientras que Derguín se preguntaba si la Cacería Secreta no sería en realidad una vulgar caza de gamusinos.

Tras atravesar un bosquecillo, llegaron a un pequeño valle dividido en dos por un río. Jirones de vapor se levantaban de la superficie del agua, que en aquel punto fluía tan despacio que parecía casi inmóvil. Junto a la orilla derecha vieron una minúscula aldea, no más de seis o siete casas dispersas. Ashkros las rodeó y después se acercó a ellas desde el lado de sotavento, al mismo tiempo que hacía gestos a los demás para que lo siguieran.

Derguín pensó que tal vez iban a robar pollos, o incluso un lechón, y empezó a salivar. Pese a la antipatía que sentía por Ashkros y sus amigos, la emoción de lo prohibido empezaba a correr por sus venas.

Había una granja aislada a poca distancia de las demás. Los muchachos saltaron la barda de adobe que la rodeaba y caminaron de puntillas hacia la casa, que no era más que una cabaña de madera.

Un perro dormía ante la puerta. Debía de ser muy viejo, o estar medio sordo; o en verdad los cadetes habían aprendido a desplazarse tan silenciosos como sombras, porque el perro siguió roncando.

Ashkros desenvainó la espada, la levantó sobre su cabeza y descargó un tajo sobre el cuello del animal. El golpe estuvo tan bien dirigido que el perro ni siquiera emitió un gáñido. Aun así, la muerte de su congénere despertó a los demás perros de la aldea y provocó un coro de gruñidos y ladridos. En el interior de las otras casas se

oyeron también voces humanas, más enojadas que alarmadas.

El gigantesco Tayfos abrió la puerta de una patada y entró en la cabaña. Por un instante, Derguín se quedó paralizado. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Y qué demonios estaban haciendo allí?

Después reaccionó, y entró para sacar a Tayfos de la casa y evitar males mayores.

Dentro hacía calor y olía a humo, al ajo que colgaba en ristras del techo, y también a sudor y a lana mojada. Gracias al débil resplandor de los rescoldos de la chimenea, Derguín distinguió las formas de varias personas que dormían en esterillas de bambú. Debía de haber nueve o diez entre niños y adultos.

De repente, un hombre corpulento se plantó ante Derguín, blandiendo una hoz. El muchacho reaccionó de forma instintiva. Su acero relampagueó y silbó en el aire. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, su espada estaba fuera de la vaina y el hombre se tambaleaba.

Sin cabeza.

Pareció que el cuerpo tardaba eones en desplomarse. De forma un tanto absurda, Derguín recordó cómo de niño había visto caer una faconia —uno de aquellos inmensos árboles que crecían en su Zirna natal— cortada por las sierras de los leñadores.

Por fin, el cuerpo perdió toda tensión y se desplomó en el suelo con un ruido sordo, mientras del cuello cercenado brotaban borbotones de sangre. Apenas un segundo después, Derguín oyó un grito, tan agudo y penetrante como un clavo de hierro arañando un cristal.

Una mujer se arrodilló junto al cadáver decapitado, lo abrazó y empezó a llorar y ulular como una loba. Horrorizado, Derguín reuló un par de pasos.

Askhros, que había entrado detrás de él, empuñó la espada y golpeó el cuello de la mujer una y otra vez, *chop, chop, chop*, hasta que dejó de gritar.

Derguín se volvió a ambos lados, esperando un ataque que no llegó. Los alaridos le habían hecho sentirse amenazado. Ahora, al darse cuenta de que dentro de la choza no había más que críos gritando y llorando, salió corriendo.

Una vez fuera, boqueó para respirar aire fresco y trató de contener las arcadas.

«He matado a un hombre», pensó, mirándose las manchas de sangre de la manga. Un tajo le había bastado para decapitar a aquel pobre diablo, mientras que Ashkros había necesitado tres para matar a la mujer.

—¿Qué ocurre, Derguín? ¿Qué está pasando? —le preguntó Mihontik. Ahora sonaban gritos de alarma en toda la aldea, y se veían sombras moviéndose entre las cosas.

Derguín tiró del brazo de su amigo.

—¡Vamos! ¡Tenemos que salir de aquí! —le dijo con voz ronca. Después se dio la vuelta y corrió hacia los árboles sin mirar atrás.

—¡Más rápido, idiotas! —gritó Ashkros medio minuto después, a la vez que los adelantaba.

Derguín apretó el paso. Los otros corrían detrás de él, entre carcajadas. Mihontik, que no tenía ni idea de lo que había pasado en la cabaña, también reía con los demás.

—¡Cállate! —le ordenó Derguín, sin explicar a su amigo por qué.

Los chicos siguieron corriendo. La luz de Rimom, colándose entre los árboles, creaba enrejados cambiantes de azul y de sombra en sus ropas.

Mientras huían, Derguín no podía dejar de pensar en cómo había decapitado a aquel campesino. Había entrenado la Yagartei casi desde que podía recordar. Su padre le había enseñado a desenvainar la espada y lanzar un tajo de revés a la altura de la garganta del rival. «La Yagartei es un arte marcial en sí misma», solía decirle. «Y, además, una técnica muy poderosa».

Era la primera vez, sin embargo, que la hoja de Derguín se topaba con el cuello de un hombre. Al menos, de un hombre *vivo*.

Como Ibtahán de sexto grado, Derguín había tenido que poner a prueba su espada haciendo cortes en el cuerpo de un criminal ajusticiado.

—Para entrenar —le había dicho el maestro Turpa—, no basta con cortar manojos de bambú verde o alfombrillas de paja. La mano de un auténtico maestro de la espada no debe temblar cuando clava su acero en la carne de un hombre.

Cercenar la cabeza de aquel hombre había sido algo infinitamente distinto. En su mente, Derguín veía una y otra vez cómo su espada trazaba un arco en el aire, y su brazo todavía sentía tanto la breve resistencia que había ofrecido la carne como el crujido de la columna al partirse.

«Ha sido mi primera muerte», comprendió. No había sido justa, ni siquiera voluntaria por su parte. Pero había asesinado a un hombre, a un ser humano que hasta unos minutos antes había respirado, comido, bebido... amado. Los gritos de la esposa del campesino seguían perforando sus oídos como un taladro.

Por fin, los muchachos se detuvieron cerca de la orilla del río, en un claro cubierto de hierba y helechos y rodeado de chopos. Solo entonces se dio cuenta Derguín de que Tayfos llevaba un fardo cargado sobre sus hombros masivos. Cuando lo dejó caer al suelo, Derguín comprobó que el fardo era en realidad una chica. Era bonita, de pelo oscuro; no podía tener más de doce años, y sus sollozos eran tan débiles que Derguín no los había oído hasta entonces.

Askhros se acercó a Mihontik y le dio una palmada en la espalda.

—¿Qué te he dicho? Estás a punto de hacerte hombre. Pero antes de eso, nos toca a nosotros.

Tayfos se arrodilló en la hierba, agarró a la chica por las muñecas y tiró de sus brazos hasta ponérselos encima de la cabeza. Por su parte, Askhros sacó un cuchillo y rasgó la tosca túnica de lienzo, la única prenda que llevaba. La cría empezó a gritar. Tayfos le rodeó ambas muñecas con una de sus manazas y usó la otra para taponarle la boca y sofocar sus gritos.

—¡Calla, puta! —gruñó.

—No importa —dijo Askhros—. Pronto empezará a gritar de placer como una

cerda.

Askhros se arrodilló también y metió las piernas entre los muslos de la chica para obligarla a abrirlos. Mientras tanto, sus camaradas esperaban su turno. Apenas podían disimular la excitación. Merkar se estaba acariciando la entrepierna, mientras que Bhratar se relamía los labios, impaciente.

En cuanto a Derguín, estaba paralizado. No podía dejar de ver su espada cortando la cabeza del campesino, una y otra vez.

Una mano le apretó el hombro. Derguín dio un respingo y se volvió.

—No dejes que lo hagan, Derguín —dijo Mihontik.

Derguín. En la voz de Mihontik, su nombre sonó como una campana de plata. Los grandes ojos oscuros de su amigo lo miraban sin parpadear, las pupilas dilatadas y temblorosas como dos gotas de tinta en el agua.

—No se lo permitas, Derguín —insistió Mihontik—. Acuérdate del juramento que hiciste cuando te convertiste en Ibtahán.

Derguín no había olvidado aquel voto. «Mi espada protegerá a los débiles y a los huerfanos, a las mujeres y a los niños, y defenderá la causa de la justicia».

«Los débiles. Los niños», se repitió a sí mismo, recordando cómo aquel pobre muchacho se había caído del tablón... y cómo él no había hecho nada.

Derguín se volvió de nuevo. La chica forcejeaba y pateaba en vano contra Ashkros, que la abofeteó con fuerza. Una, dos, tres veces. Por fin, la muchacha pareció rendirse, se quedó quieta y cerró los ojos.

Mientras con la mano izquierda sobaba los pechos incipientes de la chica como si amasara harina, Askhros empezó a desatarse los pantalones con la derecha.

«Me voy a meter en un buen lío», pensó Derguín. El padre de Ashkros era Kirión el Serpiente, general del ejército Ainari. Derguín, en cambio, no era más que un Ritión cuyo padre había emigrado de Áinar. Un extranjero, algo menos que un invitado en la Academia. Su familia se encontraba a casi mil kilómetros de distancia. A todos los efectos, igual podrían haber estado en la Isla de los Sueños.

La última vez que un extranjero tuvo una disputa con Askhros, no solo había recibido una buena paliza de los Dedos de Hierro. Como propina, el castigador de la Academia lo había azotado en el patio de armas de Uhdanfiún.

«Protegerá a los débiles y a los huerfanos».

Al menos, Derguín no iba a ser una presa tan fácil para esos matones como lo había sido aquel cadete extranjero. Al decapitar al campesino, acababa de cometer un homicidio involuntario. Pero ahora, si era menester, estaba dispuesto a cometer un asesinato deliberado.

Derguín tragó saliva y desenvainó; esta vez con un movimiento lento y medido. La hoja brilló azul bajo la luz de Rimom. Sin dar crédito a lo que él mismo estaba haciendo, Derguín apretó el filo de su espada contra la nuca de Askhros.

Al sentir el frío del acero en su piel, Askhros se quedó paralizado unos segundos. Después se dio la vuelta muy despacio, hasta comprobar que quien lo estaba

amenazando no era otro que Derguín.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó.

—Déjala en paz —respondió Derguín.

—¿Tienes idea de lo que estás haciendo? ¿Tienes idea de a *quién* estás jodiendo?

Derguín tiró de la hoja con suavidad, como si fuera una navaja de afeitar. El filo abrió un largo corte en la piel de Ashkros.

—¡Mieeeeerrda! —gritó Ashkros.

El jefe de los Dedos de Hierro se puso en pie de un salto, tapándose la herida con la mano. Tras verificar que la herida era superficial, intentó subirse los pantalones y sacar la espada... todo a la vez. Derguín podría haberlo hecho pedazos en aquel momento, pero no se atrevió.

Cuando consiguió desnudar su espada y tapar sus posaderas, Ashkros dijo, conteniendo a duras penas la rabia:

—¡Lárgate ahora mismo con ese maricón que tienes de amigo! ¡Mañana te ajustaremos las cuentas, bastardo!

El resto de los Dedos de Hierro se agruparon detrás de Tayfos, que todavía retenía a la muchacha. Ninguno de ellos se había atrevido a desenvainar.

—¡No os pongáis nerviosos, por favor! —rogó Mandros. No quería enemistarse con Derguín, su compañero de refugio; pero era evidente que se había excitado al ver a la chica medio desnuda, y estaba ansioso por recibir su parte.

Entonces, Mihontik desenvainó su propia espada y se plantó a la izquierda de Derguín.

—¡Ya habéis oído a Derguín! ¡Dejad que la chica se vaya!

—¿Es que sois imbéciles los dos? —repuso Ashkros—. No es más que una campesina, una vulgar putilla. No hemos dejado con vida a nadie de su familia. ¿Qué más da si pasamos un buen rato antes de eliminarla?

Derguín no sabía cómo salir del aprieto. Bajo la implacable mordaza de la mano de Tayfos, la muchacha no dejaba de gemir. Estaba tan aterrorizada que el blanco de sus ojos se distinguía incluso en la oscuridad.

—*Tú* has matado a su padre, Derguín —insistió Ashkros—. Así que no nos toques las pelotas diciéndonos qué debemos hacer.

Derguín lo fulminó con la mirada. A falta de argumentos, se limitó a repetir:

—Dejadla en paz. Que se vaya.

—Y si no la dejamos, ¿qué piensas hacer, *Ritión*?

El acento burlón de Ashkros siempre había sacado de quicio a Derguín. Ahora estaban cara a cara, a distancia de combate, las espadas en guardia media, a cuarenta y cinco grados sobre la horizontal.

Ashkros era un Ibtahán del quinto grado, uno de los mejores espadas entre los cadetes. Aun así, Derguín decidió arriesgarse para no matarlo: demasiadas muertes para una sola noche. En lugar de lanzar una estocada directa, iba a intentar una técnica más difícil.

Derguín dio un paso adelante. Su espada dibujó un círculo alrededor de la de su rival, apoyándose en la hoja, y la apartó con un giro de muñeca. El acero rechinó contra el acero. Un instante después, Derguín entró en la distancia más corta girando su arma y golpeó la barbilla de Askhros con el pomo.

Todo ocurrió en una fracción de segundo, y sin recurrir a Protahitei. El golpe iba tan bien apuntado que impactó directamente en la barbilla, desplazándole la cabeza hacia atrás. Askhros se desplomó como una marioneta sin hilos.

Olvidándose de él momentáneamente, Derguín se enfrentó a Tayfos, que seguía reteniendo en el suelo a la muchacha. Los demás Dedos de Fuego cerraron filas, escudándose detrás de su amigo.

—Deja que se vaya. Ya.

Tayfos miró a Derguín con rabia, sus ojos entornados como ranuras. Era mucho más fuerte y pesado que él, cien kilos de músculos, y todavía no había dejado de crecer. Pero la hoja de acero se interponía en su camino.

Una cosa se podía decir de Tayfos: era corto de entendederas, pero al menos comprendía los argumentos sencillos. Lo único que hizo fue apretar los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos como huesos pelados.

Merkar hizo ademán de sacar una flecha de la aljaba. Mihontik se adelantó hacia él y le plantó la punta de la espada a un palmo de la cara.

—Ni se te ocurra, escoria —dijo con voz gélida.

Derguín, sorprendido, miró de reojo a Mihontik. Su amigo parecía estar más tranquilo que él. Seguramente estaba disfrutando de la ocasión de vengarse por todas las humillaciones a que lo habían sometido los Dedos de Hierro. Su mirada decía que, si Merkar hacía el menor movimiento, le rebanaría el cuello sin vacilar.

Por fin, Tayfos soltó a su presa. Con dedos temblorosos, la muchacha trató de cubrirse con los jirones de la túnica. Después huyó como una ninfa bajo la luz azulada de la luna, y desapareció entre los helechos.

Derguín recordó las palabras de Askhros. «No hemos dejado con vida a nadie de su familia». Askhros había matado a la madre de la chica, y Derguín al padre. ¿Acaso los Dedos de Hierro habían asesinado a los demás niños? Eran muy capaces de tamaña brutalidad.

Derguín quiso creer que la muchacha tenía tíos o primos que pudieran hacerse cargo de ella. De lo contrario, no sobreviviría al invierno.

Tayfos levantó a Askhros del suelo y trató de reanimarlo abofeteándole la cara. Seguramente consideraba que lo estaba haciendo con suavidad, pero su mano restalló como un látigo en la mejilla de su amigo. Askhros empezó a parpadear, confuso, como si lo viera todo borroso.

Derguín sonrió disimuladamente. A juzgar por la fuerza con que había sentido el impacto en sus muñecas, Askhros debía de haber sufrido una severa contusión. En los próximos días sin duda iba a experimentar náuseas, vómitos y dolores de cabeza.

—¡Cuando te pille sin la espada, no te voy a dejar un solo hueso sano! —dijo

Tayfos con una mirada homicida.

—Cuando tú quieras —respondió Derguín rechinando los dientes. Los enormes músculos de Tayfos eran como para amedrentar a cualquiera, pero no pensaba demostrar su temor.

—En cuanto a ti, mariquita —añadió Tayfos, señalando a Mihontik con un dedo tan grueso como una salchicha—, ya que no nos has dejado cepillarnos a la chica, te vamos a cepillar a ti. ¡Todos nosotros, uno por uno!

—¡Basta! —exclamó Derguín—. De momento, lo único que vais a hacer es largaros pitando de aquí.

—Pero no antes de que Merkar ponga el arco en el suelo —añadió Mihontik.

—¡Los cojones! —replicó Merkar—. No pienso separarme de mi arco.

Mihontik dio un paso adelante y lanzó un tajo de izquierda a derecha. La hoja partió en dos el arco de Merkar con un chasquido.

—Como desees. Ya puedes irte con tu arco —dijo Mihontik con una sonrisa de torva satisfacción.

Por fin, los Dedos de Hierro se habían ido; pero no antes de amenazar a Derguín y Mihontik con las torturas más dolorosas.

Mandros se quedó un rato, dubitativo. Después le dijo a Derguín:

—¡Ahora sí que la habéis jodido! ¡No sabéis con quiénes os estáis metiendo!

—No te creas. Lo sé de sobra.

Mandros meneó la cabeza.

—No, tú no sabes nada. Era la ocasión de hacernos amigos de los Dedos de Hierro, ¡y los has enfurecido!

—¿Por qué quieres hacerte su amigo? ¡Son unos criminales!

Mandros parpadeó, perplejo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Es que no has escuchado a Askhros? —dijo Mihontik—. ¡Han matado a toda la familia de la niña!

«Hemos», se dijo Derguín, y enseguida trató de ahuyentar ese pensamiento.

—Pero... ¡son campesinos! —respondió Mandros—. ¡No me toméis el pelo! ¡¿De verdad os habéis enfrentado a vuestros compañeros por un hatajo de sucios paletos?!

—Son personas —dijo Derguín.

—¡No, no lo son! Son ganado. ¡Como vosotros, estúpidos Ritiones!

Derguín y Mihontik se miraron. Mandros volvió a menear la cabeza y puso los ojos en blanco, como si hablara con gente que no entendiera su idioma. Después echó a correr entre los árboles gritando:

—¡Askhros, Tayfos! ¡Esperadme! ¡Voy con vosotros!

Derguín y Mihontik se quedaron solos en el claro. La luz azul empezó a teñirse de

púrpura cuando el disco rojo de Taniar se levantó sobre las copas de los árboles. Derguin calculó que quedaban unas tres horas para el alba. Se dio cuenta de que estaba empapado en sudor, más por la tensión del enfrentamiento que por la carrera a través del bosque. Tenía el cabello aplastado, y la brisa le pegaba la túnica mojada al cuerpo. Se estremeció de frío.

—Deberíamos volver —dijo Mihontik.

—Sí. Me temo que no nos queda otra opción.

Mihontik apretó el hombro de Derguín, que agradeció el calor de sus dedos.

—Has actuado bien, Derguín.

—Mandros no piensa lo mismo que tú.

—Mandros no es más que un estúpido Ainari, como ellos. Tú, en cambio, has cumplido tu juramento.

«Mi espada protegerá a los débiles y a los huérfanos, a los niños y a las mujeres, y defenderá la causa de la justicia», recordó de nuevo Derguín. Mucho se temía que no fueran más que palabras vacías. Ahora empezaba a comprender en qué consistía la Cacería Secreta. Su objetivo no era abatir bestias salvajes, sino presas humanas.

Campeños.

Los cadetes de Uhdanfiún mataban dos pájaros de un tiro. Por una parte, recibían su bautismo de sangre; y no de cadáveres de criminales ajusticiados, sino de personas vivas.

Por otra parte, la Cacería Secreta sembraba el terror entre los campesinos Ainari, proclives a sublevarse contra la autoridad del Emperador de Koras. Era una forma barata de sofocar posibles revueltas.

—Esta cacería no ha sido idea de Askhros —dijo Derguín.

—¿Qué quieres decir?

—Se lo ha sugerido nuestro instructor. Turpa.

—¿Estás seguro?

—¿Por qué crees que hemos salido del campamento con tanta facilidad? Turpa será viejo, pero puede oír hasta cómo cae el rocío.

—Tiene el sueño ligero, eso es verdad —dijo Mihontik, acariciándose la barbilla.

—Los Dedos de Hierro estaban de guardia. Eso quiere decir que Turpa les ha permitido abandonar sus puestos.

—Si tienes razón, nos hemos metido en un buen lío.

Derguín asintió. Después se puso en cuclillas, arrancó un helecho y limpió con él la sangre de la espada.

—Aun así, tenemos que regresar.

Emprendieron el retorno ladera arriba, hacia el campamento situado en la cima del monte. Encontrar el camino no era tarea fácil; pero, mientras seguían a Askhros hasta la aldea, Derguín se había fijado en varios hitos del paisaje. Uno de los entrenamientos que llevaban a cabo en Uhdanfiún al menos una vez al mes era orientarse en el campo en plena noche.

—Gracias, Derguín —dijo de repente Mihontik.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Me has protegido de esos matones. Muchas veces. Y ahora has vuelto a hacerlo.

—Eres tú quien me ha ayudado a mí.

—No, Derguín. Iban a obligarme a hacer... algo terrible.

Mihontik se estremeció. Después sacudió la cabeza varias veces, como si discutiera consigo mismo.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó Derguín.

—Esto no va a volver a pasar. Te estoy agradecido, Derguín. Mucho más de lo que piensas. Pero me niego a depender de otro hombre. Nunca más.

—No tienes por qué. Cuando te conviertas en maestro de la espada no dependerás de nadie.

—*Nunca* me convertiré en maestro de la espada, Derguín. Lo sabes tan bien como yo.

—Con tesón y trabajo duro puedes conseguir todo lo que...

—No voy a conseguir nada, Derguín. Los dioses no me han llamado por el camino de la espada. Renuncio.

—¿A qué vas a renunciar?

—Estoy harto de que abusen de mí. Necesito poder, Derguín. ¡Y lo voy a conseguir! Un gran poder, venga de donde venga. —Volvió a menear la cabeza—. Conocimiento, dinero... ¡Recurriré a la magia, si es necesario!

—Eso significa que...

—Sí, Derguín. Voy a abandonar Uhdanfiún.

Para sorpresa de Derguín, Mihontik no fue el único que dejó la academia. A ojos de su principal instructor, Turpa, y de los demás miembros del tribunal que los juzgó, asesinar a una familia de campesinos y tratar de violar a una cría eran asuntos triviales. La ofensa grave, la conducta intolerable era desenvainar la espada para amenazar a otros cadetes, como habían hecho Mihontik y Derguín. ¡Y este último había llegado hasta el punto de herir a uno de sus compañeros!

Así, de vuelta en Koras, los dos jóvenes Ritiones fueron castigados en el patio de armas, delante de toda la academia, y sus espadas rotas contra el Pilar de la Disciplina, una columna de basalto que se alzaba en medio del patio. Aún más humillante, fueron Askhros y Tayfos los encargados de romperlas.

Después, ambos amigos fueron atados al pilar y azotados. Mihontik recibió diez latigazos, y Derguín quince.

—Has deshonrado tu espada, Derguín —dijo Turpa cuando el disciplinario desató al muchacho.

Derguín se le quedó mirando, con los ojos llenos de lágrimas de rabia y dolor.

—No he deshonrado nada —respondió, rechinando los dientes—. He usado mi espada para hacer guardar la justicia.

—Cállate.

—Tú juraste el mismo juramento, maestro. ¡Ahora estás cometiendo una injusticia, y lo sabes!

—¡Cierra la boca! —gritó Turpa—. ¡Ojalá pudiera quitarte las seis marcas de Tahedo que tienes! Pero eso no está en mi mano.

A Derguín no le sorprendió que los dos cadetes elegidos para arrastrarlo fuera del patio fueran Askhros y Tayfos. Mientras clavaba los dedos en la axila de Derguín, Askhros dijo:

—¡Oh, el gran Derguín, el *Natural*! ¿Cómo te sientes cuando tu adorado mentor te desprecia?

—Que te den —respondió Derguín con voz débil. La espalda le ardía y, después de haber contraído los músculos para no temblar ni gritar durante la flagelación, el cuerpo entero le dolía.

—¿Y qué te parece que tu mentor haya escogido a un nuevo pupilo, y que ese favorito sea yo? —insistió Askhros, hablándole tan cerca que Derguín pudo oler la almáciga que masticaba—. Dime, ¿cómo te sientes?

—Algún día te cogeré —susurró Derguín—. Y ese día será el último en que manejes una espada.

—¡Oh, estoy temblando de miedo! ¿Sabes lo que más me gusta de esto?

Habían llegado a la entrada de la Academia. En realidad, no era más que un hueco en el seto que rodeaba el recinto de Uhdanfiún, coronado por un arco de hierro forjado en el que se enredaban unas frondosas enredaderas.

El cadete de guardia se apartó de la entrada para hacerles sitio. Askhros y Tayfos aceleraron el paso y, tras ganar impulso, sacaron a Derguín por la puerta como si fuera un borracho y lo tiraron al suelo. Derguín extendió las manos por delante para no romperse la nariz, y el impacto hizo que la espalda le doliera aún más. Un segundo después oyó cómo Mihontik aterrizaba a su lado y gruñía de dolor.

Detrás de ellos, Askhros gritó triunfante, mientras Tayfos soltaba una risotada:

—¡Lo que más me gusta es que Derguín Gorión, el supuesto «natural», nunca llegará a ser el Zemalnit!

Derguín no levantó la cabeza. «Aquí estoy», pensó. Tirado en el suelo. Azotado. Expulsado de Uhdanfiún con ignominia. Sin espada, sin honor. A cientos de kilómetros de su hogar.

Y, con todo, aquello no era lo peor.

Lo peor era que Turpa, aunque no pudiera privar a Derguín de sus seis marcas, le había arrebatado algo mucho más valioso.

La expulsión de Derguín significaba que nunca tendría la oportunidad de alcanzar el rango de Tahedorán, gran maestro del arte de la espada. Debido a eso, como le acababa de recordar Askhros, jamás podría alcanzar su verdadera meta:

Obtener el arma de los dioses, la espada forjada por Tarimán, patrón de los herreros. Blandiendo a Zema, Derguín habría llegado a ser un héroe tan poderoso y aclamado como generales o emperadores; lo habría convertido en el Zemalnit, el dueño de la mítica Espada de Fuego. El mejor espadachín del mundo.

Pero ahora esa aspiración se había convertido en un sueño imposible.

«Un sueño», se repitió. Con las mejillas empapadas en lágrimas, Derguín recordó las palabras pronunciadas por la diminuta cabeza tallada en la espada de su pesadilla.

«Te he fallado».

VÍCTIMA Y VERDUGO

Eduardo Vaquerizo

Eduardo Vaquerizo (Madrid, 1967) es ingeniero aeronáutico y autor de numerosos relatos, los mejores de los cuales ha recogido en su antología *Dulces dieciséis* (2014). Entre sus novelas destaca *Danza de Tinieblas* (2005, premios Ignotus y Xatafi-Cyberdark), una brillante e imaginativa historia alternativa en la que el imperio español forjado durante los siglos XVI y XVII se perpetúa hasta un alterado presente; su éxito propició una continuación: *Memoria de tinieblas* (2013, premios Celsius e Ignotus) y una antología colectiva: *Crónica de tinieblas* (2014). Ha publicado también *La última noche de Hipatia* (2009, premios Ignotus y Xatafi-Cyberdark), una trágica historia de amor a través del tiempo enmarcada en la Alejandría de finales del siglo IV, la novelización de la película española de ciencia ficción *Náufragos* (2001, *Stranded*), *Tres motivos para morir en Madrid* (2014) y *Nos mienten* (2015), un dinámico *thriller* a caballo entre el *cyberpunk* y la distopía catastrofista.

En inglés tiene únicamente publicado el relato «Black Eagles» (premio Ignotus) en *The Best of the Spanish Steampunk* (2014), perteneciente a su serie *Crónica de Tinieblas*.

«Víctima y verdugo» (2006) es una novela corta de historia alternativa que pertenece igualmente al citado ciclo.

*Soy Egisto y Orestes y las Furias.
Soy el que se echa al suelo y me suplica.*

JULIO MARTÍNEZ MESANZA

El calor era espeso, tanto que a la sangre le costaba fluir y se acumulaba en las cavidades internas de su cerebro, enlenteciéndole el pensamiento. En el techo, el ventilador removía el aire denso y caliente, saturado de olor a sudor y selva. Podía sentir cada ola individual de aire al caer sobre su piel desnuda, el frescor mínimo que evaporaba el sudor que le cubría el pecho desnudo. Gemían las cuerdas de yuca de la hamaca, zumbaban insectos potentes colgando de los mangos, afuera de la barraca, en el mediodía abrasador de la selva. Sin mirar, tomó el recipiente hecho de la cáscara dura de un fruto extraño, que sujetaba en el regazo, y bebió el líquido que contenía. Torció el gesto ante el amargor de la quina, le llegó el regusto fuerte del ron subiendo por el esófago y luego la dulzura del zumo acariciándole el paladar. De inmediato se sintió bien, ligero, nada importaba. Las aspas del ventilador giraban incansables en el techo, arrastradas por una correa de cuero. El pequeño motor de hulla, que tiraba de aquella correa, traqueteaba lejano. La vista se le quedó prendida en aquel disco discontinuo. Las aspas parecieron girar más lentamente y el sonido se hizo más agudo y nítido, creció desproporcionado; pronto no fue un motor de medio caballo, sino un monstruo de diez cilindros atronando justo detrás de su cabeza, revolucionado hasta lograr arrastrar unas inmensas palas que giraban atornillándose en el aire. Con ayuda del globo, sostenían en el aire a diez hombres y a una tonelada de metal y madera. Alguien gritaba, el sudor volvía resbaladizo el cuero de la palanca de mando. El aire entrando en la cabina abierta le cegaba. Se caló el morrión de cristal. No veía apenas. Las copas de los *muratingas*, *copaíbas*, *jacarandás*, *paurosas*, *cedros*, *iatubas*, *louros*, *samaumas* y *virolas*, parecían formar una interminable alfombra verde bajo él. Arriba el cielo era dolorosamente azul. Golpes como picotazos de un ave furiosa azotaron toda la estructura. Los gritos arreciaban. Movié la palanca dando un bandazo para evitar la descarga. Un claro se abrió a su derecha. Locos insectos de metal zumbaban en el aire, chillando al pasar. Alguien le golpeaba el hombro, le indicaba algo. Miró el indicador de bencina, estaba casi a cero. El globo estabilizador trasero saltó en su soporte, alcanzado por una bala, haciendo saltar toda la estructura. El capitán —la cara negra, los ojos pequeños, muy brillantes, el pelo largo colgando en greñas manchadas de hollín y sangre— le gritaba en el oído, desde muy cerca, y señalaba hacia un claro en la selva. Había una aldea allí de la que surgían trazas de humo blanco, cohetes que crecían bruscamente del suelo entre las cabañas para llegar hasta ellos como blancas enredaderas de muerte. Algo bramó atrás, desde la cabina de pasaje. Con una cadencia de 40 disparos por minuto una *Ormaetchea* del calibre 30 tosía balas sobre las casas. Abajo una de las cabañas se desintegró bajo un granizo metálico, el techo hundido, los soportes de gruesos troncos hendidos por las grandes

balas.

El retroceso del arma intentaba hacer girar la máquina volviéndola casi incontrolable. Gritó apretando los dientes y aferrando la palanca de mando que luchaba por escapársele de la mano. El motor descendía de revoluciones, las palas se retorcían y gemían, tenía que aumentar el par. Movi6 la mano alzando el acelerador mientras engranaba una marcha tras otra con el pie izquierdo. Sobrevolaron la selva tocando con la panza las copas de los árboles, destrozando hojas y ramas.

Sacudió la cabeza, cerró los ojos y volvió a abrirlos. Solo era un ventilador. La mano que aferraba el recipiente le parecía ajena, remota. Hizo un esfuerzo por llevarse a la boca y beber. Tendidas en la hamaca, sentía las piernas desnudas como remotos confines de un territorio que era suyo pero que no conocía personalmente. Probó a cambiar de postura, pero el esfuerzo no merecía la pena, estaba pegado a las telas sudadas de aquella hamaca indiana, tejida con fibras aún verdes de un árbol especial que evita que por ella asciendan y proliferen las alimañas.

El largo barracón estaba compartimentado por biombos de fibras tejidas. Más allá otros hombres tosían, roncaban, esputaban, reían, lloraban o maldecían su destino.

—¿Teniente Avellaneda? ¿Está vuesa merced despierto y presentable? El maestre de campo y el coronel quieren verle.

Maestre de campo, coronel, verle, a él. Los significados, empapados de humedad y hastío lucharon durante un buen rato en hacerse comprender. Peleó por incorporarse de la hamaca. Solo lo consiguió al tercer intento. El hombre que le había hablado, un ordenanza, le asió antes de que se cayese al suelo. Al momento había olvidado por qué se levantaba, luego lo recordó, un segundo después se dobló por los retortijones del agualinda que había bebido y vomitó las tripas en el piso de tablas. Aguantándole del hombro lo arrastró hasta el río y lo abandonó en la orilla. Sin apoyo, se derrumbó en el agua amarronada, caliente, pero menos que el aire sofocante. Cierta memoria de frescor le vino a la piel. Se irguió chorreando, un poco más lúcido, y miró al campamento haciéndose sombra con las manos. Cinco barracones, varias barracas, almacenes y explanadas duramente mantenidas lejos de la exuberancia de la selva se extendían a la vera del río. Se recogió el pelo, escurrió la camisa y se adecentó los calzones. Al tocarse el cuerpo se sorprendió del tacto rugoso, como de cuero, que tenía su piel. Se palpó los lomos duros, los tendones tensos y huesos prominentes de las piernas y brazos. Se miró reflejado en el agua, el cuerpo delgado, pequeño, una cabeza grande, llena de pelo apelmazado por el agua y los grandes bigotes. No había sido así antes, en España. Caminó descalzo entre la fronda, sin miedo a las alimañas, hasta el barracón. De su arcón sacó el sombrero, las botas, las cinchas, y se vistió de uniforme completo, quizá por primera vez en semanas. Las náuseas persistían, haciéndole tambalearse mientras se abrochaba las talabardas ceremoniales, que nunca usarían las culatas de armas obsoletas, como picas y arcabuces. Afuera las chicharras gritaban desahoradas en el mediodía de la selva.

—Vamos.

Salieron del barracón y cruzaron el espacio vacío hasta la pista. El sol caía de plano, una masa de luz abrasadora que aplastaba la selva haciéndola arder lentamente. Entrecerró los ojos bajo el sombrero. Allí estaban los autodirigibles, las masas desinfladas de los globos de sostén derramadas sobre la estructura de madera, las aspas de propulsión y las de sostén, hechas de acero muy fino. Parecían derretidas, incapaces de volver a girar. Aquellas maquinarias quemadas por el tiempo eran grandes masas de derrota, enormes cadáveres pudriéndose al sol. Casi pudo oler la carne en descomposición, oír los enjambres de insectos alimentándose de los metales y maderas corrompidos por el calor y la humedad.

El barracón de estado mayor era un poco más lujoso que el resto de la base, estaba construido con adobes y tenía un techo de tejas, materiales que se habían subido río arriba desde Puerto San Martín. Entraron en el edificio agradeciendo la sombra. Había un soldado de guardia, un pisahormigas medio adormilado que se cuadró al verlos. Caminaron por pasillos desiertos adornados por lanzas de puntas cubiertas de sangre seca, tocados de plumas, calabazas pintadas, cerbatanas, machetes de aspecto asesino, trabucos medio corroidos por el orín, trofeos todos arrebatados a los indios.

—¿Da usted su permiso?

—Adelante.

El coronel, calvo, tuerto, de anchos hombros, de pie enfrente a la puerta, pulcramente uniformado de la cabeza a los pies —solo le faltaba la capa y el sombrero— le miraba directamente desde las sombras como un Polifemo enfebrecido. Encima de la mesa tenía un Villegas y los útiles de limpieza reglamentarios. Nada más del despacho parecía sucio o fuera de sitio: el quinqué relucía, las sillas tenían el cuero lustrado y engrasado. Se fijó en las botas del coronel; parecían nuevas, no como las del resto de la tropa, que habían perdido su flexibilidad y brillo dos días después de llegar a la selva. Le costó localizar al Maestre, un hombre pequeño, vestido de negro, sentado en una silla muy cerca de un rincón, fumando en pipa.

—Se presenta el teniente de volateros Avellaneda de Castro.

El ordenanza se retiró en silencio. El coronel le miraba, el Maestre chupaba de la pipa. La voz del coronel era aguda, cortante como un cuchillo. Para aquel hombre no había ocasión de ser flexible ni momento de bajar la guardia.

—Siéntese.

Así lo hizo. El coronel taconeó de un lado a otro sobre la tarima durante largos segundos, mientras el Maestre se limitaba a mirarlo y a chupar su pipa lentamente, hasta que al fin se quitó la cachimba de la boca y se decidió a hablar.

—Bien, teniente, el coronel me ha hablado de usted.

Avellaneda apenas conocía al Maestre, jefe de los tres tercios desplegados de la zona norte del río Orinoco, en plena selva. No le gustó su voz, suave, melosa.

Volvió la vista al coronel. Le miraba con rostro impenetrable.

—Y eso no importaría si el trabajo por hacer fuese uno cualquiera, uno más. De hecho no hubiera sido necesario que me desplazase hasta aquí —y el tono del «aquí» olía a desprecio y resignación— para ultimar los preparativos.

Como si lo hubieran ensayado, el coronel se sentó tras la escribanía de palo santo, de frente a Avellaneda, las manos cerca del revólver desmontado, al mismo tiempo que el Maestre se levantaba y daba unos cortos pasos en la tarima encerada acercándose a él. No se erguía más de diez cuartas del suelo, sin embargo tenía el porte de los acostumbrados a mandar, bigotes y barbas poblados, pelo entrecano y largo, los ojos muy azules, desvaídos y con un punto de crueldad en el brillo taimado de las pupilas.

Una última duda lo retuvo con la mano en la pipa, mirándole con intensidad. Avellaneda sostuvo la mirada desde el asiento de cuero y madera. Aún hervía en su sangre la languidez del agualinda. En el fondo de aquel pozo suave, macerado de hierbas y alcohol, había una rabia intensa, aún sin foco, pero que nadaba hacia arriba a grandes brazadas, abriéndose paso en su pecho con cada segundo que miraba aquellos ojos glaciales.

—¡Bien, coronel, hágame los honores!

El coronel, que había mantenido las manos sobre la escribanía, cerca del revólver, como ansioso de terminar de limpiar el arma, las levantó y las unió a la altura de la cara.

—Avellaneda, ¿conoce al padre Olaberría?

—¿Debo conocerlo?

—No necesariamente. Hizo fama en el norte del río Ipabamba, hace diez años, cuando su misión fue asaltada por indígenas y él la defendió en solitario blandiendo un viejo trabuco. Su nombre fue de mentidero en mentidero, dentro de los altos círculos del mando eclesiástico colonial, por su enfrentamiento con el obispo de las provincias transamazónicas, cuando lo nombraron párroco de la iglesia de Santa María de la Guardia, al sur de Cartagena de Indias, un barrio pobre y lleno de indios muertos de hambre. La naturaleza del conflicto era de orden teológico, o al menos eso se dijo, pero se convirtió rápidamente en algo personal, por eso acabó en Paranaibo.

El Paranaibo, todos en los tercios colombianos viejos sabían qué era: el peor agujero en el que a uno podrían dejarlo caer. Había allí un fuerte, apenas una base cercada por la selva, una cárcel sin rejas para los asesinos, los borrachos y los locos que nadie quería en otro sitio. A su alrededor, escondidos, los Ayumara. Solo el nombre producía espanto. Jamás se los había visto más abajo del río Macaraibo, apenas se sabía nada de ellos por encima de esa latitud, sin embargo sus hazañas eran conocidas de todos, acaso aumentadas y corregidas de boca en boca.

—Allí quiso ir a predicar. Sí, como lo oye. Cuando lo echaron de Cartagena, le dejaron elegir cualquier plaza por encima del río Iquitos y eligió crear una nueva en Paranaibo.

El coronel lo miró. El Maestre también. Ambos parecían esperar una reacción de Avellaneda que no llegaba. Este los miraba con indiferencia. Paranaibo, selva, salvajes, sangre, sudor, mosquitos, caimanes, pirañas, arañas, parásitos, calor, y quizá una muerte lenta, cocinado a fuego lento, torturado con astillas de bambú en la polla y bajo las uñas, qué más le daba aquí que allá. Al menos no se consumiría en la inacción, no le comería la sangre el agualinda. Quizá las ladillas que les pegaban las putas indias le echasen de menos si no volvía, pero solo aquellos insectos notarían la ausencia.

—No sabemos casi nada de esa nueva misión. Esta muy arriba del río, en una zona pantanosa de difícil acceso e infestada de ayumaras, los mismos indios que arrasaron Santa Justa, en la misma zona, cinco años atrás.

Avellaneda, indiferente, miró a los dos hombres. Continuó hablando el Maestre.

—Lo curioso es que Olaberría, según los últimos informes, está vivo, la misión prospera, aunque de una manera extraña. Cada vez más gente ha oído hablar de él. Los locos, los que se trastornan por las fiebres o el agualinda, los enfermos y los desahuciados suben el Paranaibo y jamás regresan. La fama de Olaberría y su corte de los milagros se extiende como una inundación —Avellaneda continuó mirando al Maestre sin amilanarse por la mirada cínica e intensa del anciano—. ¿No tiene nada que decir?

—Sí. ¿Qué tengo que hacer con Olaberría?

El Maestre se apoyó en la mesa sin dejar de mirar al teniente.

—A eso vamos, Avellaneda, a eso vamos.

Partió al día siguiente, con la amanecida, el único momento del día en que la temperatura era agradable. Los carpinteros y aeronautas preparaban las máquinas desde el alba. Reparaban las lonas de los globos de soporte, ajustaban los carburadores de bencina, remendaban las largas palas contrarrotatorias, hechas de maderas exóticas por artesanos especializados en la provincia de Cuenca. También engrasaban los rotores, enormes y complejas piezas de metal pavonado, de las que salían largas varillas y cables de control que conducían hasta la cabina, y repasaban la estructura general de aquellos desgarrados aparatos, grandes embrollos de maquinaria como cúmulos de chatarra curiosamente similares, silueteados contra la masa oscura de los árboles y el amanecer morado en el cielo tropical.

Los volateros eran una mezcla del bastidor de un autocoche, un globo aerostático y una máquina agrícola. En la parte delantera tenían una cabina abierta para dos personas, una estructura de vigas de roble chapado a la que se habían asegurado los asientos. En las mismas vigas se sujetaba una caja cuadrada con todos los controles del aparato, un par de palancas principales, y varios pedales y pulsadores que transmitían sus movimientos al motor y los rotores mediante largas varillas sujetas por argollas a las estructura. El motor se había colocado en el techo de la cabina, conectado mediante largas cadenas con los dos rotores, montados al extremo de vigas metálicas a derecha e izquierda del aparato. Justo debajo había una caja de mimbre

reforzada por delgadas costillas de madera, donde viajaban los cuatro soldados de dotación o dos artilleros y sus armas. Atrás estaban los tanques de bencina y una rudimentaria cola hecha de tela y madera. Flotando en el cielo, sujeto por largas riostras, se erguía un enorme tubo afeinado de tela reforzada con costillas metálicas, lleno de un gas muy ligero que se le compraba muy caro a los borgoñeses, pero sin cuya fuerza ascensional suplementaria el aparato no hubiera sido capaz de levantarse del suelo.

Pronto, en unos minutos, estaría sobrevolando la selva en uno de aquellos cacharros, rumbo al norte del río Iquitos, zona casi inexplorada, donde los tercios solo se atrevían a avanzar por los ríos y por el aire.

Se sorprendió de ver al coronel al pie de uno de los aparatos. Vestía, en contra de sus costumbres, solo con camisa y pantalones, había dejado el jubón de verano y el sombrero. Se acercó a él, sorprendido, como siempre, de lo bajito que resultaba de pie, y, a pesar de ello, de lo imponente de su figura. Revisaba atentamente el aparato, intentando detectar algún fallo en la compleja maraña de aquella máquina.

—Buenos días, coronel.

—Ah, Avellaneda, buenos días.

—¿Todo correcto?

—Sí, sí, eso parece.

Avellaneda, que transportaba un petate con ropa y algunas armas, lo dejó descansar en el suelo. Les sobresaltó el ruido de alguna alimaña diminuta escurriéndose entre las hierbas. Durante unos instantes los dos contemplaron las evoluciones de los artesanos ajustando componentes, apretando tornillos, comprobando tuberías. El sol crecía rápido en el suelo, la masa boscosa se aclaraba y parecía comenzar a arder en verde.

—Quería decirle algo antes de que se marche.

—Usted dirá coronel.

El coronel lo miró directamente unos segundos, luchando con alguna resistencia interior.

—¿Olaberría?

—Sí.

—Lo conozco, coincidí con él en Cartagena —un nuevo silencio—. Lo que tengo que decirle va a ser breve pero espero que quede entre usted y yo. Esto no es un consejo de su coronel, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Mátelo en cuanto lo tenga a tiro, no hable con él, no entre en polémica, no le dé oportunidad.

Avellaneda guardó silencio, como esperando una explicación, argumentos, alguna experiencia personal que avalase aquel consejo en contra de una orden directa del Maestre. No hubo tal, el coronel le dio la mano y, dando media vuelta, caminó hacia el barracón principal. Avellaneda lo miró marcharse. Por un instante, mientras la luz

se intensificada, el cielo se lavaba y comenzaba a brillar en un azul límpido y los múltiples aromas de la selva, sacudida por la fuerza del sol, evaporaban la humedad nocturna, se creyó presa de un sueño de ayahuasca. Aquel hombre que se alejaba de él era una figura mítica, el hombre astado que corría por el bosque huyendo, salvaguardando su sabiduría con él. Sacudió la cabeza y despertó cuando el motor del volatero comenzó a toser y al fin arrancó. Los pilotos y el artesano mecánico tripulante ya estaban allí, y procedían a subir a bordo. Les saludó y montó en la cabina de mimbre trasera. Transcurrieron unos minutos hasta que el motor se calentó y estabilizó sus revoluciones. El piloto dio orden de soltar amarras y el aparato se sacudió un poco. Aceleró y cuando las revoluciones del motor aumentaron caló el paso de las aspas con un suave movimiento de la mano izquierda. Aquella frágil máquina comenzó a temblar y a elevarse del suelo. Pronto la velocidad ascensional creció, atravesaron capas de bruma y la selva, verde intensa, aún contaminada de noche, se extendió a sus pies como una compleja alfombra tejida sin dibujo aparente. Enormes buitres comenzaban a extender las alas y a aletear en las ramas más altas, mientras bandadas de pájaros multicolores alzaban el vuelo. Avellaneda contempló el campamento desde el aire, unos diminutos barracones sobre un inverosímil claro de tierra marrón cercado por una inmensidad de vegetación. Pronto el volatero giró y el reflejo del sol en el río le deslumbró. Avellaneda tuvo, durante unos instantes, los ojos cegados por un fulgor de oro, de esmeralda y azul turquesa que le obligaron a cerrar los párpados. Se estaba bien así, sintiendo sobre la piel el calor del sol de la mañana aún no demasiado fuerte. La placidez le duró lo que tardó en volver a abrir los ojos. La selva continuaba allá abajo, infinita, imperturbable.

Cinco horas después el volatero aterrizaba en el último campamento en el interior del Amazonas, Utupamba. Ya habían dejado atrás Iquitos, la pequeña ciudad allá justo cuando el río perdía sus riberas y se difundía en la selva en un pantanal sin límites. La base ocupaba una extensión rocosa en el pantano, apenas un pedazo de pista, algunos galpones de chapa y dos barracones desvencijados.

El piloto se despidió de él. Sin apagar el motor, cargó bencina y se elevó de regreso. Miró al cielo, en menos de media hora llovería. Las nubes, grandes como montañas blancas, ya se acumulaban en el cielo. Avellaneda caminó hacia los edificios saludando con leves gestos a los artesanos que trabajaban o descansaban a la sombra. Los uniformes no conservaban apenas botones, estaban sucios y desgarrados. Los ojos de los hombres y de sus barraganas indias lo miraban sin ver, ofuscados de agualinda.

Entró en el único barracón de la base y recorrió el pasillo de maderas rotas, buscando el despacho del comandante al cargo. Era un teniente, como él mismo. Avellaneda lo contempló desde la puerta tendido en una hamaca, chupando agualinda de un jarro de barro con una caña. Estaba medio desnudo, el vientre, prominente, velludo y tostado por el sol, oscilaba con una respiración pesada. A sus pies, dos perros pequeños y un niño interrumpieron su juego y lo miraron con curiosidad. Lo

único que diferenciaba aquella estancia de un galpón indio era un armario atestado de papeles, una escribanía y un armero lleno de fusiles oxidados.

Le puso los papeles delante. El teniente tenía una expresión de hastío infinito, le costaba tensar los músculos de la cara para componer una expresión hostil, amigable, cualquiera; la cara tan solo era una masa de carne fofa, de ojos como bolas de cristal astillado, barba crecida y regueros de sudor y saliva corriéndole hasta el pecho.

—¿Qué ha hecho?

—Cumplir órdenes.

—Sí, a veces por cumplir órdenes, y solo órdenes, mandan a gente aquí, sí.

Volvió a chupar de la pipa, como si ya no hubiera más que hablar en todo el día.

—Necesito dos hombres que conozcan la zona y una canoa pertrechada.

Solo entonces hizo el esfuerzo de leer el papel que había caído sobre su tripa voluminosa y se empapaba con el líquido que, inadvertidamente, dejaba caer del recipiente que sostenía con la mano derecha. Al leerlo, una sonrisa le curvó el rostro dejando ver unos dientes ennegrecidos, completamente arruinados.

—No tengo canoas de sobra, los indios las han robado. Y tampoco puedo prescindir de nadie.

Sin dejar de mirarle ni un segundo, le sostuvo la mirada, lánguida, sin intención, sin expresión. Luego, de un tajo rápido como la picadura de una serpiente, cortó la cuerda de la hamaca. El cuerpo cayó pesadamente sobre los perros y el niño. El teniente se retorció maldiciendo entre los restos de la hamaca. Los perros huyeron aullando al tiempo que el niño lloraba asustado.

—No voy a discutir con nadie mientras esté aquí. Es mejor así. No me importa morir, pero tenga de seguro que me llevaré unos cuantos de los hijos de puta que se pudren en este agujero antes que puedan acabar conmigo. Elija tan solo el camino más fácil.

Salió del barracón a grandes zancadas. No le fue difícil localizar un barril de agua limpia, recogida de las lluvias. Bebió largamente de él, dejando que el agua le chorrease de la boca. Tenía un sabor amargo debido a las hierbas que habían echado para evitar que criase parásitos. Cuando terminó de beber, tenía la camisa empapada. En la orilla del río había tres canoas, una desfondada y otras dos en buen uso. Una de ellas tenía un motor de eje largo. Extrajo de su petate una garrafa de media arroba de rioja, y la exhibió en alto. Desde las sombras, entre los árboles, ojos ocultos le miraron con curiosidad. Destapó la jarra y bebió de ella.

Esperó sentado al lado de la canoa mientras en el cielo las nubes se acumulaban y el calor crecía, volviéndose agobiante por momentos. Nubes grises primero, y luego negras cubrieron la selva. Un viento frío sopló sobre el río agitando los árboles. Los monos dejaron de aullar y los pájaros buscaron refugio. Los pocos hombres que no estaban a cubierto se guarecieron al primer trueno. Avellaneda permaneció al lado de la canoa, la mano presta a alcanzar el revólver. Las gotas, gruesas, pesadas, comenzaron a caer como disparos en la hojarasca. Al poco no podía ver más allá de

su mano extendida. Estaba completamente empapado. Rayos y truenos partían el cielo oscurecido mientras el río hervía a borbotones. En ese momento alguien llegó hasta el embarcadero. No vio su cara hasta que estuvo muy cerca. Era un hombre barbado, con una cicatriz que le cruzaba una mejilla y vaciaba un ojo, de labios delicados, medio calvo y mal vestido con los restos de un uniforme de cabo. Se miraron unos instantes.

—Miguel Calahorra.

—Diego Avellaneda.

—Vamos.

Avellaneda miró al campamento, no vio a nadie, pero supuso que estarían espiando desde los cobertizos y entechados, quizá preguntándose quién de ellos se había atrevido a navegar por el pantanal en busca de Olaberría. Miguel cargó la canoa con tres paquetes. Se movía rápido, no parecía empachado de agualinda; al contrario, sus gestos eran furiosos, precisos y rápidos. Quizá él mismo necesitara de poner agua por medio, salir del campamento por algún tiempo. A Avellaneda no le importaba, lo único que deseaba era encontrar a Olaberría y partir de vuelta a España.

Echó la larga canoa al agua. Tras Avellaneda, Miguel saltó abordo y tomó la caña del timón. No encendió el pequeño motor de hulla, con aquel aguacero hubiera sido imposible, simplemente dejó a la embarcación ser arrastrada por la corriente.

Avellaneda se caló el sombrero, gesto inútil porque estaba completamente empapado. En el río, el agua se movía en corrientes y remolinos violentos chocando contra los costados de la piragua. Era difícil distinguir entre cielo, río y canoa. La lluvia formaba una especie de niebla gris en la que se ocultaban las formas enormes y oscuras de los árboles. Pasaban entre ellas, esquivando las raíces y los troncos caídos. Por un momento le parecieron los huesos de cadáveres gigantes, pudriéndose en el agua corrompida. Navegaron entre las costillas deshuesadas y marrones de un pecho destrozado por una bombardera cerca de Konisberg, la cabeza hendida por una pica en Maelmstream y las piernas arrancadas por una explosión en medio de una carretera sin nombre. Su memoria era un campo de cadáveres, imágenes de las muchas guerras en que había combatido, regurgitada allí, en la selva, en aquel cementerio cuajado de agua y de vida.

Dejó de llover tan bruscamente como había comenzado. Las nubes se abrieron y el sol brilló aún alto en el cielo. Quedaban dos o tres horas de luz, suficiente para secarles a ellos y a la selva.

—Haremos noche a mitad de camino.

—Bien. ¿Y los indios?

—Con suerte no nos verán. Y si nos ven y adivinan que vamos a ver al padre blanco, nos dejarán pasar.

—¿Padre blanco?

—Olaberría, por aquí lo llaman así.

Miguel arrancó el motorcillo. La máquina, sorprendentemente después del

aguacero, tosió y comenzó a petardear y a impulsar la canoa con fuerza río arriba.

—No tiene miedo de Olaberría o de los indios.

Miguel le miró brevemente desviando la vista del río y luego escupió por la borda. Sin dejar de mirar hacia dónde se movía la embarcación, se levantó la camisa y le enseñó a Avellaneda el pecho. Estaba marcado de erupciones secas, gruesas costras de color negro parecidas a enormes quemaduras supurantes, que se extendían e intensificaban hacia la cintura.

—Hace meses que unos hongos se me comen por dentro y por fuera, soy un Ahjuca-lupoa porque estoy marcado por una enfermedad sagrada y nadie puede tocarme antes de que el achapakama salga del río y me coma. No, no tengo miedo, no de los indios al menos.

Miguel sacó un cuchillo de la bota y, sin la menor vacilación, lo usó para sajar un grueso tumor que le sobresalía del costado. Compuso un gesto de dolor, limpió la sangre y el pus desbordado y usó un emplasto de hierbas que sacó de su morral para contener la pequeña hemorragia.

Avellaneda no dijo nada. No había pensado mucho ni en los indios ni en Olaberría y las herejías que practicaba en su misión dejada de la mano de Dios, y entonces era ya tarde para lamentaciones y cálculos. La noche se les echó encima enseguida. Como si alguien hubiese cerrado la puerta de un enorme horno, el sol se apagó tras la masa de árboles y una oscuridad sin luna, tejida de sombras, gritos y susurros, asfixió a la selva hasta volverla una masa indefinida de negrura.

Se detuvieron cuando comenzaba a anochecer. Momentos antes, Miguel había conducido la canoa a un remanso del río, entre dos grandes troncos de árbol que se tendían sobre el agua, a la orilla de un claro de hierba frondosa. Amarró la canoa y, tomando uno de los petates, se internó en la pequeña pradera. Avellaneda tomó el otro y lo siguió. Se fijó mejor en aquel claro extraño. No lo había advertido pero había restos de construcciones, vigas podridas y cubierta de maleza, piedra y adobe quemados, cimientos derruidos.

—¿Vamos a dormir aquí?

—Sí, es el sitio más seguro. Aquí los indios no cazan, dicen que aquí solo tienen permitido cazar los muertos.

Los muertos, así parecía. Avellaneda distinguió las construcciones a la luz vacilante de un fanal que encendió Miguel. El soldado se movía de aquí para allá, deteniéndose a veces para pensar y mirar en derredor. Parecía buscar algo y al fin se agachó y tiró de una trampa cubierta de vegetación.

—La puta... está lleno de serpientes.

Con cuidado tiró de una cuerda que estaba atada a la trampa y subió hasta el suelo una garrafa en la que había enroscadas dos o tres serpientes negruzcas, medio adormiladas. Miguel las quitó con el mango del cuchillo y con la garrafa bajo el brazo se dirigió resueltamente hacia una de las casas derruidas. Tenía esta una plataforma de madera a medias sostenida por los muros derruidos y los árboles

circundantes. No parecía en mal estado, era un refugio mantenido en buenas condiciones por Miguel u otros. Tardaron poco en instalar las hamacas y en encender un pequeño fuego sobre una piedra plana que había en mitad de la plataforma. Miguel sirvió un poco de yute seco, pan y tiras de jamón. Bebió mucho, con prisa, de la garrafa que había desenterrado. Avellaneda no le acompañó. Al poco el cabo estaba completamente borracho, apenas lograba mantenerse erguido.

—Los... fantasmas, ya los veo. Siempre están aquí, siempre, esperando. No sé qué cojones esperan los cabrones. Están muertos y yo vivo, aún, yo, Miguel... el elegido, el Ahjuca-lupoa.

Miguel, incapaz de seguir bebiendo y aún lo suficientemente sobrio para no caer inconsciente, se mantenía en un equilibrio precario, tambaleándose, mirando con ojos vidriosos al exterior de la plataforma. A través de la camisa abierta, se apreciaban grandes continentes de carne negruzca. El hedor a podredumbre que emanaba del cabo se mezclaba con los diversos aromas a humedad y corrupción que saturaban la selva.

Miró a su alrededor. La luna había salido tras la masa de árboles e iluminaba el claro. A su luz blanquecina, las masas informes de lo que antes habían sido casas y barracones dejaban en evidencia la organización de aquella población: una plaza central rodeada de caserones y cuatro calles que partían de ella flanqueadas por barracones.

—¿Cómo se llamaba este pueblo?

—¿Cuál?

—Donde estamos.

Miguel tardó en contestar. Le cambió la expresión, dejó de mirar al exterior y enfocó la mirada sobre Avellaneda.

—No era un pueblo, era una misión. Santa Justa.

Al principio el nombre no le dijo nada. Bebió un poco de vino de su garrafa, despreciando el brebaje que le había ofrecido Miguel. Recordó con esfuerzo. Santa Justa, cuando aún era un joven y quería alistarse para huir de un padre demasiado severo, se comentaba entre niños y adultos el suceso de Santa Justa, una misión completamente arrasada por los indios. Sacerdotes, monjas, soldados, niños, los indios evangelizados, todos habían sido asesinados. Corrían todo tipo de rumores acerca del suceso, que si los habían ahorcado con sus propias tripas, que sí los habían lanzado a pozos llenos de serpientes venenosas, que si se los habían comido... no hubo ninguna explicación oficial, ningún comunicado. Tampoco los periódicos pudieron o quisieron aclarar lo sucedido. Santa Justa se abrió paso en conversaciones de taberna, en los comentarios a la salida de la misa, los héroes de los novelones comentaban a media voz los misteriosos sucesos de Santa Justa, pero nadie sabía qué había pasado en realidad.

—¿Qué sucedió aquí?

—Nada parecido a lo que contaron. —Miguel bebió de nuevo antes de tomar aire

y seguir hablando—. Yo era uno de los misioneros enviados aquí, un seglar, claro, mi familia no tenía posibles para mandarme al seminario.

»Lo que contaron... todo mentiras: que habían sido los indios, que habían torturado a los sacerdotes y los habían asesinado por llevar la religión a sus tierras. No, no fue así mal que me pese. Vinimos de más allá de Cartagena, de las misiones en la falda de los montes verdes. Éramos confiados, Dios estaba con nosotros, nuestra misión sagrada era abrirles los ojos a los indios, igual que habíamos hecho con aquellos pobres salvajes de las llanuras. Al menos eso decían los *paters*. Yo solo ayudaba, era un seglar encargado de organizar las brigadas de trabajo. Comía tres veces al día y con suerte alguna india descarriada venía a calentar mi hamaca las más de las noches. No era mala vida, mejor que en los tercios, a poco que se considere.

Al principio todo fue igual que en las otras misiones. Los indios de esta zona son un atajo de majaderos bobalicones que no han visto un pedazo de acero en su vida. Enseguida vinieron a la misión en busca de regalos —cuentas de vidrio, algunas herramientas— y quedaron encantados por las barbas, los trajes, los mosquetones, las hachas, los barcos a motor, lo de siempre. Y así fue la cosa durante seis meses. Desbrozamos este trozo de selva y vivimos en chamizos hechos de árboles jóvenes. Cuando algunos indios ya fueron habituales, los hicimos trabajar y comenzamos a construir los edificios con piedras, barro y vigas de madera de cuátaro. Incluso vino un arquitecto de Cartagena que hizo unos planos y trajo consigo una cuadrilla de maestros albañiles para iniciar la obra. Ya estábamos preparando el suelo para cavar los cimientos de la iglesia cuando vimos los primeros Ayumara. Una tarde, uno de los padres, al ir a la parte de atrás de un barracón se encontró con cuatro o cinco indios que no eran en absoluto iguales a los otros. Los ayumara son hijos del demonio, altos y delgados, con los ojos tan negros que da miedo mirarlos. Se pintan la cara y el pecho con tierra roja y sebo. Brillan en escarlata, parecen bañados en sangre. Y los dientes... se los liman hasta que quedan puntiagudos, verlos sonreír es como contemplar la sonrisa de un jaguar.

Bueno, el pater Agustino intentó con ellos los rudimentos de la comunicación. Parecían entender todo, pero no cambiaban la expresión, no se alborozaban, tampoco se volvieron agresivos a pesar de que iban armados, ni dieron muestra de miedo o prevención. Solo nos observaban con cara de palo y a veces se decían algunas palabras entre ellos. Al rato, sin previo aviso, dieron media vuelta y desaparecieron en la selva dejando a sus pies los regalos que les habíamos intentado entregar.

No nos dieron buena espina, por ello, en los siguientes encuentros, se dio orden de que siempre los vigilara alguien armado. Así sucedió un tiempo. Venían, nos miraban, parecían comenzar a entender lo que les decían y aprender palabras de español, pero no hablaban, no reían, no aceptaban regalos, nada.

Una tarde, bajo un entoldado, mientras los ayumara miraban los esfuerzos de un fraile por enseñarles algo sobre la cruz, uno de ellos se levantó, tomó una piedra del suelo, y le aplastó el cráneo a uno de sus propios niños. Como te lo cuento, en un

momento estaba escuchando al cura, y al siguiente los sesos le chorreaban de la mano. El ayumara se sentó, al lado mismo del cadáver y miró al bueno del padre Claret, que no daba crédito a sus ojos. Cuando se cansaron de verlo gesticular, se levantaron y volvieron a la selva, dejando el niño muerto a los pies del fraile.

»Ese fue solo el principio. Poco a poco, los malditos indios comenzaron a actuar sin previo aviso. Llegaban al campamento en completo silencio. Nadie, ni siquiera los centinelas, los veían u oían. Siempre, noche y día, había ayumaras rondando el campamento, sentados bajo un entoldado, al sol, junto al río, sin hacer nada, sin gesticular, hombres y mujeres, niños y viejos, mirando el ir y venir de unos y otros. Y de vez en cuando, se desataba la violencia. Yo mismo vi como, entre varias mujeres, mataban a mordiscos a una anciana, y como entre varios niños asfixiaban a un hombre adulto a base de meterle orugas vivas, de esas gordas y llenas de púas urticantes, dentro de la boca. A veces no era violencia, solo iniciaban orgías salvajes en las que unos se refocilaban con otros de forma brutal, a veces haciéndose crueles heridas, sin distinción de sexos ni edades.

»Los Ayumara, malditos monstruos. Los monjes no sabían qué hacer. Nunca habían herido a ninguno otro que no fuera ayumara. Casi lo hubiéramos preferido, nos sabíamos a salvo pero habitando un infierno lleno de diablos de ojos negros y piel lustrada de ocre.

»El padre Páez, harto de aquellos salvajismos, dejó de lado su moderación y se decidió a ajusticiar a uno de aquellos asesinos. Colgaron de un árbol a uno al que, con los dientes, le había desgarrado la garganta a una de sus mujeres. No protestó, no dijo una sola palabra, tres meses de contacto y no les habíamos oído hablar nunca. Ni siquiera dijo ay cuando le pusimos la soga al cuello y jalamos de él hasta que se ahogo.

»Tras aquello fue peor, supusieron que ya nos entendíamos, y los crímenes ya no se limitaron a los suyos. El primero en caer fue un monje gordito y medio lelo, de Zaragoza, que se llamaba Juan Pedroza y le llamábamos Juanito. Algunos dicen que se abarraganaba con las indias de la misión, yo creo que no era listo ni para eso.

Tres mujeres Ayumara lo arrastraron a la selva, lo desnudaron y le arrancaron el pene a bocados. Se desangró antes de poder volver a la misión.

Pusimos vigilancia y mandamos llamar a los tercios. Se construyó una empalizada, pero los tercios no acudieron, estaban ocupados en alguna revuelta de las minas. Los indios siguieron viniendo al campamento y cometiendo sus tropelías. Se intentó que no traspasasen la empalizada, pero la escalaban de noche o llegaban nadando por el río.

Miguel se detuvo e irguió la cabeza. Avellaneda le imitó inconscientemente. La noche estaba plagada de sonidos que eran todo menos tranquilizadores, pero el teniente sabía que no era ese un indicador de peligro, sino todo lo contrario, el silencio que

antecede al ataque de un jaguar. Ambos se tranquilizaron bebiendo de sus respectivas garrafas.

—¡Malditos cabrones, hijos del demonio, malditos sean mil veces ellos y sus hijos! El padre Páez, que nunca había sido severo en exceso, enloqueció y comenzó a castigar a los indios, primero a los que cogíamos en delito, luego a todos los que veía. A unos los embadurnó en miel y dejó que se los comiesen vivos las hormigas, a las mujeres las empaló, a los niños los freía en aceite. No fue así desde el primer día, primero los ahorcábamos, luego, al ver que no surtía efecto, el padre Páez dijo de azotarlos antes, luego romperles los brazos, después las piernas, destriparlos, arrancarles los dientes. En vano, todo en vano, los indios seguían viniendo y ya no se sabía quién mataba más, quién con más crueldad, ellos o nosotros.

»Yo hacía tiempo que había decidido irme. Guardaba en un escondrijo provisiones y un arcabuz. Sabía que aquello no iba a acabar bien, pero la noche antes de que me marchara vinieron los indios en número tal que nada pudimos hacer. A la mañana estábamos todos maniatados, en el suelo, a pleno sol, mientras los ayumara, por primera vez desde que los habíamos conocido, cantaban, saltaban emplumados y más pintarrajeados que nunca. Ni que decir tiene que no nos las prometíamos muy felices. Los muy cabrones estaban celebrando algo. Uno a uno nos cogieron de los pelos y fueron dándonos tormento y muerte de formas variadas, tantas y tan horribles que he procurado olvidarlas.

Miguel volvió a beber y pareció perder el interés por continuar el relato. Avellaneda miró al exterior de la plataforma, a la oscuridad profunda entre bultos dónde se habían desarrollado las escenas que había escuchado. Sin saber por qué, no le extrañó. En sus dos años en la selva, había tenido su ración de sangre, había visto aldeas enteras arder, indios rebeldes fusilados a cientos, mujeres pasadas de mano en mano hasta la muerte. De algún modo todo aquello allí, lejos de España, parecía normal, parte del paisaje. Lo raro era mantener la cordura, acordarse de ir a misa, vestir de acuerdo al reglamento y no beber ni fumar hierbas. Muchos lo intentaban y luego era peor. Comportándose así la cordura no les duraba ni un mes. Luego, en una pelea de taberna mataban a diez de sus compañeros con los puños desnudos, o entraban en una aldea con un machete en la mano y no dejaban títere con cabeza.

Los ayumara habían nacido allí, ¿por qué habría de extrañarles que fueran así en vez de sumisos y estúpidos como el resto de los indios?

—A mí me salvaron los hongos durante un tiempo, y no para bien, no para bien. Ellos lo sabían, yo no, pero ellos sabían que estaba infectado. Me desataron y me dejaron ir en una piragua.

Avellaneda imaginó que la enfermedad que corroía al soldado no le dejaría vivir mucho más. Siguió bebiendo hasta que la pequeña luz de las luciérnagas y las fosforescencias nocturnas de la selva se le emborronaron, hasta que apenas podía mantenerse erguido y el estómago protestaba y se retorció. Bebió hasta que la historia de Miguel, la selva, su misión, y también su nombre y su regreso a España no fueron

más importantes que el malestar que se le manifestaba violento en el estómago. Vomitó por encima de la plataforma y se dejó caer sobre ella, inconsciente.

La mañana les taladró los párpados con lanzas de luz. El mundo era un continuo tapiz de brillos dorados y rasgos verdes. Avellaneda tenía la boca seca y el cuerpo entumecido. Con un esfuerzo consiguió erguirse y enfocar la vista. Un pequeño fuego ardía en la piedra usada como hogar y sobre él se calentaba y humeaba un pote metálico. Miguel no estaba en la plataforma. Con dificultad, se sentó erguido, al lado del fuego. La cabeza le latía con cada oscilación de la luz. Sentía la presión del cerebro contra el cráneo, hinchado por la resaca, y poco podía hacer más que cerrar los ojos y apretárselos contra los puños. Cuando volvió a abrirlos vio a Miguel delante suyo, aparentemente tan lúcido como la noche anterior antes de que comenzara a beber. Tomó un cacillo metálico y lo sumergió en el pote hasta llenarlo.

—Beba.

Avellaneda se lo llevó a los labios. Era muy amargo, pero le despejó casi al instante.

—¿Qué es?

—Hierbas de los indios.

Miguel tomó el pote y tiró el resto de su contenido al suelo. Comieron algunas tiras de carne seca con pan de doble cocción y agua fresca que Miguel había traído de un manantial cercano y bajaron al río para reanudar la marcha.

La mañana era luminosa. Les rodeaba, en el avance río arriba, una bóveda formada a medias de luz tamizada, hojas, y cientos de pequeños gritos, alaridos y cantos. Todo parecía arder en una vida intensa e incontrolable, un tejido denso y entrecruzado que ellos horadaban con el zumbido constante del pequeño motor de hulla que los impulsaba.

Miguel no parecía tener ganas de hablar, toda su labia se había consumido la noche anterior. Ahora parecía estar todo dicho entre ellos, solo dirigía con mano experta la piragua esquivando troncos, haciéndola deslizar sobre bancos de arena y esquivando rocas hundidas.

Solo se detuvieron brevemente al mediodía. Miguel pescó unos peces de dientes puntiagudos usando una tira de carne seca como cebo. Asados en la ribera del río le fueron muy suculentos a Avellaneda. Sabía que no quedaba mucho, antes del atardecer llegarían a la misión de Paranaibo, también llamado San Juan de Iquitos, el segundo intento de colonizar aquella zona tras el desastre de la misión de Santa Justa, el destino de su misión.

Cuidando de ocultarse de Miguel, Avellaneda revisó el estado de su revólver Villegas, perfectamente aceitado y sin mancha de óxido dentro de su funda. Solo entonces, tras dos días de viaje, mientras los dedos entrenados palpaban las cachas de cuerno del arma y verificaban la suavidad del gatillo y el percutor, comenzó a sentir inquietud por lo que sucedería. No le había importado mucho pilotar decenas de misiones sobre la selva, entre nubes de balas y flechas, ni asistir a la lenta

degradación que le estaba causando el agualinda en su organismo, pero, mientras comía de aquellos peces carnívoros, sintió una punzada de lo que solo podía llamar miedo. Imaginó, sin mucho esfuerzo, las escenas que Miguel le había descrito la noche anterior. Había algo que se le escapaba, algo que quizá tenía que ver con aquella zona de la selva, más en el corazón de las tinieblas verdes que en ningún otro sitio que hubiera estado antes. Hizo memoria: primero había sido un soldado del imperio que tomaba posesión de territorios; luego solo una máquina, unido a su volatero, una pieza más que accionaba mecanismos, sin vida y consciencia. Ahora se sentía extranjero, dentro de un mundo que no conocía. Los velos de la doctrina y de su educación habían caído y parecía mirar a la selva que les rodeaba como algo nuevo, diferente, tan lejano a toda su experiencia anterior que había necesitado casi dos años para comenzar a aprehender aquello que aún se le escapaba en el filo de un sentimiento incipiente.

El río parecía interminable. La tarde también. Las ondas de agua verdosa, satinadas de la poca luz que cruzaba la bóveda verde, parecían esculturas de jade llenas de curvas, en las que la vista resbalaba con molicie, adormeciéndolo. Avellaneda durmió una larga siesta, cubierta la cara por el sombrero de paja, mientras la piragua ascendía monótonamente el río Iquitos.

Le despertó el ruido de un trueno. El cielo se había ennegrecido en cuestión de minutos. Miguel se colocó, a toda prisa, un sobretodo embreado. Avellaneda sintió el viento de la tormenta agitar las copas de los árboles. Había un olor dulzón y fresco en el aire. La selva parecía encogerse ante la magnitud de la tormenta que se avecinaba. El cielo tardó poco en confirmar sus temores. Llovió de repente, sin más avisos, como si en el cielo hubiesen abierto una inmensa compuerta. El río hervía y las gotas de agua densa y caliente le golpearon con crueldad la piel. La selva había desaparecido tragada por el agua. Un chasquido descomunal y un resplandor cegador llenaron el universo que antes había estado saturado únicamente de agua. Algo había golpeado a un inmenso árbol, en la ribera de la derecha, partiéndolo de arriba a abajo. El tronco cayó en el río levantando una ola de agua. Avellaneda se agarró a la borda para no caer a las agitadas aguas mientras los oídos le pitaban. No podía ver a Miguel, pero se dio cuenta de que la embarcación se movía sin dirección. Giraba sin control, arrastrada por los remolinos y la corriente. Con dificultad se desplazó a la popa. Ni rastro del cabo. Aferró la caña del timón intentando estabilizar la piragua mientras escudriñaba el agua a su alrededor.

—¡Miguel!

Agua, en el cielo, en el río, en los ojos. Encaró la proa a la corriente y dejó que el pequeño motorcillo, que soportaba el temporal estoicamente, mantuviese estable la embarcación. Siguió lloviendo largo rato, tanto que Avellaneda creía que duraría para siempre. En todo ese tiempo no tuvo ni un indicio de lo que le había sucedido a Miguel.

Tan bruscamente como había comenzado a llover, las nubes de tormenta,

agotadas, se desgajaron en grandes cúmulos globosos que el viento deshilachaba velozmente. Quedaba poca luz en el cielo. El sol agonizaba en el horizonte, llenando de su sangre roja y dorada toda la capa de nubes rotas. Avellaneda recorrió con la piragua las riberas cercanas sin dejar de gritar, buscando un cadáver, una prenda, alguna señal. No encontró nada.

Sin saber muy bien qué hacer, en pleno crepúsculo, se decidió a seguir avanzando río arriba. La selva relucía húmeda, no escuchaba el reír de los monos, ni los gritos de cientos de pájaros que volaban al atardecer. La tormenta había hecho enmudecer al mundo con la furia de su voz. Numerosos árboles aparecían rotos, desgajados como por manotazos de gigantes. Durante un instante pensó que no podría haber escogido peor momento para llegar a la misión de Olaberría. Justo tras el siguiente recodo del río, le sorprendió un puente tejido con lianas y maderas, que cruzaba el río de lado a lado. Sujetas a las cuerdas había dos cruces toscas, de madera. Pasó bajo el puente despacio. No había mucha luz ya, pero le pareció ver un par de criaturas pequeñas, crías de mono quizá, crucificadas y pudriéndose en las cruces. Algo se le removió dentro del estómago al ver aquellos emblemas.

Cien metros más arriba, a la orilla del río, crecía la misión de Paranaibo. Por una casualidad del destino, en ese momento el sol se ponía por el oeste, la misma dirección que llevaba el río. Una hinchada masa de sangre coagulada se sumergía en el agua, bañándolo todo de un resplandor rojo ceniza. Las pieles de los hombres y mujeres, indios, mestizos y blancos, que lo miraban, eran las de rojos demonios de pelo largo y ojos brillantes. Las cabañas, las empalizadas, las casas sobre pilotes y los puentes, plazuelas, malecones y barracones que formaban la misión, ardían en tonos carmesí oscuros, como si hubieran sido pintados con sangre y esta se hubiese secado y encostrado sobre todas las superficies.

Apagó el motor y dejó deslizarse a la embarcación hacia el malecón. Nadie se movía, no había un solo ruido. Lo miraba acercarse un hombre vestido con una sotana negra como la noche. Tenía poco pelo y los mechones que le restaban le crecían alborotadamente por la coronilla y se le fundían con una barba feraz, medio cana. El gesto era desaforado, las pobladas cejas fruncidas y los ojos muy abiertos, muy blancos, tan azules que apenas eran visibles los iris. Aquel hombre abrió dos brazos poderosos como aspas de molino y le habló con una voz de tenor, tranquila, contenida, sin ápice alguno de hostilidad ni de calor.

—Bienvenido a Paranaibo, tú que llegas en alas de la tormenta.

Un indio y una mujer blanca y joven a la que le faltaba un brazo tomaron la piragua y la acercaron al malecón. Nadie hablaba, solo se escuchaba el fluir del río y el goteo incesante de la selva sacudiéndose el agua de los lomos vegetales. Olaberría le hizo un gesto amplio y comenzó a andar. Avellaneda le siguió.

—Esto es nuestro pequeño logro, arrebatado a la selva, la plaza, la iglesia, los barracones, el almacén y el hospital, todo construido y atendido por los fieles.

—Vengo...

—No, por favor, ya habrá tiempo esta noche durante la cena, ahora descanse un rato y después ya será momento de formalidades.

Olaberría le condujo a un barracón construido con vigas y adobes. Era un edificio muy sólido, tenía un tejado de hierba y era fresco y cómodo. No parecía haber tabiques de separación, como era costumbre en la selva, tan solo mamparas de caña y hierbas tejidas. Olaberría le indicó que pasase a una de aquellas estancias de suelo de madera cepillada. Había en ella una hamaca, agua fresca en una jofaina, jabón y toalla. En cuanto le hubo indicado, Olaberría desplazó su corpachón con agilidad sobre las tablas del piso y desapareció sin dejar rastro. Avellaneda escuchó con atención. Parecía estar solo en todo el edificio. Muy despacio, recorrió el pasillo. Todas las habitaciones estaban impolutas, preparadas de igual manera y vacías, como esperando la llegada de más visitantes. Volvió a su habitación sin saber muy bien qué pensar. Apenas quedaba luz. Encendió un quinqué, se lavó la cara y el torso con agua y jabón y luego volvió a vestirse la camisa y el chaleco de cuero del uniforme. No olvidó la pistolera y el Villegas cargado antes de buscar de nuevo la salida. En la puerta le esperaba un indio pequeño, arrugado como una pasa y cojo de una pierna. Sin gestos, sin indicarle nada, le miró y luego comenzó a andar. Avellaneda le siguió. En la misión había muchos indios deambulando de aquí para allá. Ninguno hablaba, no se escuchaban risas, ni los gritos de los niños. Alguna luz de fogata iluminaba rincones aislados de la gran masa grisácea en que se habían convertido los edificios. En el cielo quedaban restos de luz morada que rápidamente se fundían en un azul profundo en el que comenzaban a brillar algunas estrellas.

No había nada muy diferente a otras misiones, a otros campamentos militares. Hombres, mujeres y niños vestidos con sayas de tela basta realizaban tareas diversas. Tan solo los ayumara desentonaban, hombres, mujeres y niños silenciosos como sombras, de piel pintada y ojos sin pudor, sin curiosidad, animados de un brillo que Avellaneda no abarcaba.

El anciano lo condujo hasta una casa mayor que las otras, al lado de la iglesia, de la que solo se adivinaba una torre no muy alta y la cruz en el tejado. Avellaneda se detuvo en el umbral. La mano se le fue a la masa metálica del revólver que tenía atado a la cintura. Observar, ver qué sucedía en la misión, pero sin violencia. Se sentía impelido a tomar aquel revólver y entrar engatillándolo, a moverse de habitación en habitación disparando a todo aquello que se moviese. Tenía seis balas en el tambor y cincuenta más en la cartuchera. Posiblemente lo matasen antes de acabarlas, pero así todo terminaría, se dejaría llevar de una vez por todas al centro negro y podrido de aquella selva que llevaba meses royéndole el alma.

Sin embargo alejó la mano del arma y caminó hasta el interior del barracón. Allí había más luz, ardían velas de sebo en una mesa de madera muy oscura, apenas desbastada y sujeta por troncos unidos por lianas. Encima de la mesa había diversos cuencos con alimentos. Sentado en una silla de tijera hecha de cañas y hojas entretejidas, le esperaba Olaberría.

Había abiertas varias puertas por las que entraba el frescor de la noche tras la tormenta. El aire hizo oscilar las llamas de las velas, pero el brillo cambiante no le hizo descubrir a nadie más en los rincones oscuros de la sala.

—Pase, siéntese y coma algo.

Se sentó en la única silla libre del pequeño pabellón. Reconoció algunos de los diversos guisos casi antes por el olor que por su aspecto: zumo de mango, tapioca, maíz, mandioca, todo guisado y envuelto en hojas de plantas, aderezado con especias fuertes y acompañado por carne de desconocido origen, bien de mono, de cerdo o pantera, a Avellaneda le dio igual. El sacerdote parecía muy ocupado preparándose un plato con ingredientes variados sobre una hoja de tamaño descomunal. Avellaneda, aun sin empezar a comer, no podía dejar de mirar cómo aquel hombre, los ojos escondidos por la sombra de las inmensas cejas, murmuraba para sí mientras desgajaba pedazos de carne y acumulaba mandioca hervida con dos manos largas y delicadas, manos de clavecinista, totalmente fuera de lugar en aquel cuerpo de anchas espaldas. Olaberría levantó la vista y lo miró como si no existiese, como si la mesa, la comida, la casa que los contenía, todo fuese transparente, y mirase a un cielo y un horizonte que nadie más podía ver. Al fin, la mirada perdió transparencia y le cambió el gesto a un esbozo de sonrisa oculto por la barba.

—Coma usted algo, por favor.

Avellaneda se sirvió abundantemente, descubrió tras el primer bocado que estaba muy hambriento. El zumo había sido fermentado y contenía algo de alcohol, era refrescante, sabroso y abundante. Tras el tercer vaso se desabrochó la camisa y asumió que aquello era una comilona como pocas había disfrutado en su estancia en la selva. Olaberría le acompañó todo el trecho en que Avellaneda estuvo comiendo y bebiendo sin dar signos de querer hablar o de desfallecer. Al final, el soldado no pudo más y se dejó caer hacia atrás de la silla, rendido. El alcohol le cosquilleaba la consciencia adormeciéndole. Olaberría había dejado de comer también, bebía zumo directamente de la jarra.

—¿Ya lo ha dejado? ¿Está ahíto? Bebe usted poco, no hace honor a los tercios.

Sin que Olaberría hiciera gesto alguno, varios hombres salieron de las sombras. Avellanada hizo gesto de ir por el revólver, pero brazos morenos y fuertes le sujetaron a la silla con la fuerza de grilletes.

—¡Soltadme perros!

—Ahí está la diferencia, teniente...

—¿Qué quiere de mí?

—Tan solo enseñarle, instruirle. Es tan difícil entender mi misión para alguien como usted que las palabras no valen, no son suficientes.

Le echaron la cabeza hacia atrás, dejándole la garganta expuesta. Avellaneda se retorció y debatió contra sus captores. Iba a morir allí mismo, no en España, ni siquiera peleando a bordo de un volatero, lo iban a degollar como a un cerdo en matanza. Pero aquel no era su momento. Un hombre de su misma edad, pero que

tenía media cara quemada, tomó la jarra de zumo fermentado y, mientras los otros le abrían las mandíbulas, se la vertió en la boca. Avellaneda se esforzó por respirar, por no tragar el líquido, mucho del cuál se le derramó sobre el pecho. La mayor parte bajó por su esófago hasta asentarse en el ya repleto estómago. Cuando se terminó, relajaron la presión que ejercían sobre la cabeza. Tosió y se debatió, al borde del colapso. Se sentía tan lleno que se creía próximo a explotar.

—El límite, las percepciones de las fronteras. Para nosotros, hombres civilizados, los límites están muy cerca, aquí mismo, tras solo un pequeño paso en el camino del dolor y del placer...

Repitieron el procedimiento dos veces más. Avellaneda apenas tenía fuerzas. Sentía el estómago tenso, desagradablemente repleto. Retortijones de dolor le acalabraban el vientre. Los indios ya no luchaban contra él, solo lo sujetaban. El alcohol le impedía fijar con claridad la vista. Sin embargo pudo ver como Olaberría se acercaba hasta la mesa y ponía la palma de la mano derecha sobre una vela. La carne quemada comenzó a oler casi enseguida. Avellaneda logró enfocar la vista y ver los goterones de sudor resbalando por la frente del religioso.

—Sin embargo, ese no es el camino. Ellos me enseñaron. Los ayumara han caminado hasta las mismas fronteras del éxtasis, viven en la naturaleza apurándola hasta las heces. Conocen las puertas del cielo y del infierno y las han traspasado para descubrir que son las cancelas del mismo reino.

En ese momento Avellaneda se dobló roto por un calambre que le retorció el vientre. Vomitó sobre el piso hasta creerse vuelto del revés. Los indios lo sujetaron, impidiéndole caer sobre sus propios vómitos. Luego perdió la consciencia completamente borracho.

Despertó muchas horas después, desnudo, tendido sobre tierra fresca. Se incorporó con dificultad. Olía a humedad, estaba rodeado de paredes de tierra llenas de raicillas e insectos. Muy arriba, una tela cubría la boca del pozo y tamizaba la luz del sol. Se levantó sintiendo cada músculo del cuerpo dolorido, y la cabeza embotada. La leve luz le molestaba de tal modo que prefirió cerrar los ojos durante unos instantes mientras apoyaba la espalda contra la pared de su prisión. Las ideas le cruzaban el pensamiento como flechas lanzadas desde un desconocido origen. La entrevista con el coronel, el viaje, Miguel, Olaberría y los misioneros. Abrió los ojos con el corazón desbocado. Aún tenía en la memoria sus caras tiesas, los ojos muy negros, los cuerpos enjutos y fuertes, pintados de color rojo, las manos que se acumulaban sobre él. Estaba preso de aquellos locos y de Olaberría. Por un momento el pánico le hizo arañar las paredes, olvidó la resaca, los músculos doloridos e intentó trepar pozo arriba, sin conseguir más que ensangrentarse las manos. Angustiado se dejó caer al suelo. Adormecido, paralizado de terror, dejó pasar el tiempo acurrucado en un rincón hasta que alguien destapó la tela que cubría la boca del túnel e hizo descender una jarra con agua. Descubrió que estaba sediento, sentía la lengua seca, como un pedazo de tela entre los dientes. Fue solo tras el primer trago cuando

descubrió que el agua era salobre. La escupió asqueado.

—Teniente —era Olaberría— en la privación y en la abundancia es donde nos acercamos a Dios, que habita los dulces prados del éxtasis. No lo entiende aún, pero lo comprenderá, como yo lo hice. Ellos me enseñaron. Vine aquí como misionero y la verdad me la brindaron los ayumara. Yo estuve en este mismo pozo una semana, aprendí a no comer ni beber durante días y luego a disponer de carne y bebida en cantidades monstruosas. Las indias bajaban desnudas y aceitadas hasta el pozo y allí me torturaban o yo lo hacía con ellas. Y en los peores y los mejores momentos vi muy cerca mío el rostro del creador, sonriéndome.

—Sáqueme de aquí, Olaberría, por caridad.

El sacerdote volvió a tapar el pozo.

Transcurrieron largas horas en las que la sed comenzó a ser la única entidad en aquel pozo olvidado. Avellaneda, su memoria, la misión, la entidad física de su cuerpo encerrado en la piel cuarteada desapareció consumida por una única sensación agobiante, una sed abrasadora que nacía de los propios huesos y le corría por las venas, llenas de sangre lenta y espesa, hasta que su existencia se convirtió en un río de minutos secos, desamparados, dolorosos que se extendieron como una lenta inundación de tiempo que anegaba aquel pozo olvidado en mitad de la selva.

Pasaron días, horas, nunca lo supo, hasta que alguien, de nuevo, recorrió el velo que tapaba el pozo. Levantó la vista. La luz era menos fuerte, sería por la tarde. El chirrido de un torno precedió a una sombra que descendía apoyada en una cuerda. Era un Ayumara. Le colocó una cuerda por debajo de los sobacos y le izaron hasta la superficie. No se resistió, cualquier cosa era mejor que la sed y permanecer más tiempo en aquel agujero.

A pesar de que el sol estaba muy bajo ya, le dolieron los ojos. Le rodeaban cincuenta personas de todas las edades, razas y sexos. No todos ellos eran ayumaras de piel roja y ojos indescifrables, había hombres, mujeres y niños de raza blanca, solo que su expresión era mucho más parecida a la de los indios, ojos fijos y sin expresión, intensos y rasgos tranquilos, casi beatíficos. Por un instante el pánico le dominó. Miraba las manos y los dientes de aquellos niños y supo que podían, en un arranque de capricho, destriparle, arrancarle la piel de los huesos hasta matarle, sin apenas un pestañeo ni un remordimiento.

Lo sostenía el mismo indio que lo había sacado del pozo, de otro modo las piernas le habrían fallado. Continuaron mirándole durante largo rato hasta que comprendió que esperaban algo de él. Con un esfuerzo se sacudió de las manos de su captor, al instante se cayó al suelo. En su cerebro había tan solo un continuo grito de necesidad. Apenas veía pero le bastaba el olfato para saber de qué lado quedaba el río. Se arrastró mitad a gatas, mitad sobre el estómago, en dirección el agua. Ningún indio le estorbó, ninguno le ayudó. El recorrido, apenas cien metros, se le hizo eterno. Sin embargo, el sol aún estaba sobre el horizonte, reflejándose dolorosamente en el río, cuando llegó a la orilla. Se dejó caer en el agua verdosa. Abrió la boca y se dejó

empapar por dentro y por fuera con aquel líquido más sabroso que el más raro licor. Rodó por la orilla, sumergiendo la cabeza para beber, hasta que el agua le llegó por la cintura. Hastiado, se dejó flotar, vivificado por el frescor del agua. La corriente comenzaba a arrastrarlo. Solo entonces reparó en que nadie le impedía la huida. Algunos indios lo miraban, pero con indiferencia. Solo entonces vio el cadáver. Era Miguel, la piel ennegrecida y morada, atado a una tosca aspa hecha de ramas anudadas, clavada en la arena del río. No tenía ojos, la mandíbula, desdentada, le colgaba muy abierta. Una larga brecha le abría el cuerpo en canal desde la garganta hasta perderse bajo el agua. Todos sus órganos internos, ennegrecidos, picoteados de peces y pájaros estaban expuestos al aire. Flotaban en la corriente del río, intestinos, hígado y riñones, se pudría la carne atacada por los hongos en grumos sanguinolentos que sobrenadaban, como una nata purulenta, en las aguas verdosas, esas mismas que él había estado bebiendo.

Escupió y trató de salir del río envenenado, pero los ayumara lo esperaban en la orilla y lo pincharon con lanzas de punta de madera haciéndole volver al agua. Una angustia invencible le obligó a intentar subir el pequeño barranco de la orilla una y otra vez. Tenía fija en la mente la piel cubierta de hongos de Miguel.

Quedaba poca luz ya. Desde el malecón de troncos lo miraba Olaberría, la larga sotana negra como un mojón de pura maldad en mitad del verdor decadente de la selva en crepúsculo. Tenía que huir, por el agua si no había más remedio. Braceó para alejarse de Miguel, para verse lejos de aquel hombre de barba feraz y mirada alucinada que no le quitaba ojo de encima. En cuanto lo atrapó la corriente comenzó a desplazarse más rápido, dejando atrás la misión.

La corriente era fuerte pero no invencible. Avellaneda no pudo hacer otra cosa que dejarse arrastrar. Un miedo feroz, un angustioso calambre de rabia le tensaba la mente en un nudo de dolor. Chocó contra una gran rama a la deriva arrancándose un trozo de cuero cabelludo con ella. Sin sentir dolor, se aferró desesperadamente al despojo por mantenerse a flote. No había palabras, ni deseo de venganza, tan solo el miedo, destilado en espasmos de dolorosa pureza, el motor de su febril ansia de supervivencia; miedo a que Olaberría y sus malditos indios lo volvieran a capturar; miedo al mismo concepto de su existencia en el mismo mundo que el suyo, aquel infierno verde que los rodeaba y transformaba. Solo aquello le impidió ahogarse bajo los remolinos y romperse la cabeza contra las piedras semiocultas bajo el agua y llegar hasta una de las pequeñas playas en la orilla, levantarse con pesadez y comenzar a andar río abajo, tambaleándose, casi sin fuerzas, con la mirada dilatada por el horror.

Le costó diez días y la mitad de un pie llegar al campamento de Utupamba. En el dedo gordo del pie derecho se le había infectado una herida y tuvieron que cortárselo con un hacha y cauterizarlo con pólvora. Quedó rengo de la pierna derecha. No le importó apenas. Ni el comandante ni ninguno de los artesanos y soldados que estaban allí destacados le hicieron ninguna pregunta, tan solo le ofrecieron agualinda para

mitigar el dolor. Avellaneda la llevó a los labios con ansia y luego la rechazó sin beberla, no podía dejar que la bebida le suavizase aquel miedo primigenio, que ya se transformaba en un odio incapaz de ser expresado con palabras, que le movía a sobrevivir.

Una semana después vino a recogerlo un volatero, el mismo que le había llevado hasta allí. Los siete días habían sido un infierno. Horas después de la operación en que le habían cortado el pie, descubrió una mancha negra sobre la piel del antebrazo, una pequeña excrescencia a modo de liquen, que crecía entre la piel y la carne. No le dolía, pero sabía lo que significaba. Según avanzó la semana, la mancha creció levemente y Avellaneda comenzó a tener sueños. Se veía suspendido boca abajo sobre la misión de Olaberría. Abajo, los ayumara torturaban a soldados, uno a uno, quemándoles los pies con haces de ramas verdes. Al principio los soldados gritaban, maldecían, suplicaban. Luego las voces de la agonía mutaron por las del éxtasis, los soldados alcanzaban abrumadores orgasmos que los iluminaban las caras con expresiones similares a las de dolor de minutos antes. Olaberría paseaba entre ellos, dando consejos, impartiendo bendiciones impías y desnucando a unos y otros de pistoletazos con la culata de su Villegas.

Otras noches, en sueños, notaba cómo bajo la piel se movían mil serpientes. Estaba en Extremadura, en Coria, su pueblo natal. Los cuerpos delgados y negruzcos le recorrían el cuerpo, tomaban posesión de sus músculos y le hacían levantarse, tomar una ametralladora Ormaetchea y moverse de habitación en habitación despedazando a su padre, a su madre y sus hermanos con las letales balas del calibre treinta.

Una mañana, mientras intentaba ponerse una de la botas, se detuvo un momento. Los dos últimos días había intentado dominar su pánico, había intentado comprender lo que sucedía en aquella misión maldita. Con el pie herido, doliéndole espantosamente a medio camino en la caña de la bota, la respuesta le estalló como una granada en mitad del cerebro. Temblando de dolor se apoyó en la pared para no caer. La herida del pie, aún reciente, latía con violencia, amenazando volver a abrirse, gritándole que terminase de meter el pie hacia adentro. No pudo. En medio de la agonía, en el mismo centro de la desesperación lo esperaba Olaberría y los ayumara. Escuchó el batir de aspas en el cielo. La claridad se enturbió, volvió el miedo, más feroz y salvaje que nunca. Ansiaba matarlos a todos, destrozarlos, acabar con ellos de tal modo que no quedase ni su memoria.

Salió fuera del barracón, cojeando. Durante tres días, un batallón de indios había desbrozado tres grandes islas sobre el pantanal. No durarían mucho sin vegetación, pero bastaría para acoger a los volateros una semana. Un barco de suministro, una barcaza de panza plana, había subido desde Iquitos y permanecía anclado en el malecón, lleno de munición y bencina. Los aparatos sobrevolaron los árboles con lentitud, suspendidos de los globos de helio, las aspas disminuyendo las revoluciones para que el peso los hiciese bajar delicadamente sobre los círculos pintados con cal

sobre la hierba quemada. Eran como juguetes descomunales, madera, metal y tela en una frágil configuración, a medio camino entre un molino de viento desgajado y arrastrado por el vendaval, un barco de vela y un autocoché achatarrado. Pero funcionaban, volaban, y tenían muchos colmillos, cañones rápidos Ormaetchea, cohetes y granadas inertes, capaces de convertir un pedazo de selva en un infierno.

Cuando al fin terminaron de descender y apagaron los motores, la selva no parecía la misma. El estruendo de las máquinas había disuelto la apatía que se extendía como una melaza invisible sobre aquella base olvidada. Algunos artesanos corrieron a refrescar los castigados motores, a proteger con lonas los depósitos de munición y de bencina. Avellaneda esperó, a pie de barracón, al coronel, que descendió del aparato que acaudillaba el escuadrón. Como era su costumbre, vestía uniforme completo, incluida la chaqueta de cuero grueso acolchado a que obligaban las ordenanzas y que nadie más que él usaba debido al calor. Se detuvo delante de él, el rostro sudoroso y rígido como la piedra, mirándolo con una única pupila, dilatada y brillante.

Se miró entonces, en el espejo que colgaba de la pared del barracón, en el exterior, al lado del balde de agua de lluvia que usaban como jofaina. Desde el azogue envejecido y arañado, le devolvió la mirada un loco, un hombre de mejillas hundidas y músculos tensos. Los ojos muy abiertos, en un rictus de permanente pánico. El miedo le hizo doblarse por la mitad. Sudaba copiosamente y lágrimas de rabia pugnaban por brotarle en una cascada incontenible. El coronel no se movió, no dejó de mirarlo, esperó estoicamente, bajo el sol que ya comenzaba a ser abrasador, a que Avellaneda se irguiese de nuevo. Habló tan solo cuando el teniente se hubo recuperado.

—Leí su mensaje. El Maestre también. Atacaremos al caer la tarde, pero antes tenemos que discutir algunas cosas.

—Sí, señor.

Se refugiaron a la sombra del chamizo que se erguía, precario, delante del barracón principal. Había allí un par de sillas de tijera, hechas de tela basta y cañas, sobre las cuales habían dormitado el comandante y su barragana todas las tardes. Ahora, vestido de uniforme por primera vez en muchos meses, iba de un lado para otro manteniendo a sus hombres en el trabajo, cosa nada fácil.

El coronel se quitó el grueso jubón de cuero y bebió de un botijo que había en el suelo, no sin antes preguntarle a Avellaneda, con una mirada, si aquella agua era potable. Luego contempló el cruel resplandor del sol sobre el agua y los volateros durante unos instantes antes de comenzar a hablar.

—No puede sobrevivir.

—¿Olaberría?

—Sí, por supuesto. Diremos que los indios atacaron, que mataron a todo el mundo, y que hubo que destruir la misión, donde se habían hecho fuertes. Una semana después del ataque enviarán a Paranaibo un inquisidor especial y dos

escuadras de infantería de marina. No encontrarán nada ni a nadie, tan solo ruinas. Enterraremos los cadáveres en alguna fosa lejana y el suelo de la selva se los comerá en menos de un mes.

Avellaneda no dijo nada. Tan solo se miró las manos, enjutas, casi solo pellejo. Temblaban ligeramente una cubierta por la otra. Un poco más arriba de la muñeca, tapada por la tela de la camisa, la mancha negra del hongo crecía indolora e implacable.

—Por eso tendrá usted que volver allí unas horas antes de que lleguemos nosotros y asegurarse de que Olaberría esté allí, o de que ya ha muerto cuando atacemos.

—No me puede pedir eso.

El coronel se levantó sin mirarlo, el jubón de volatero colgándole de un hombro.

—No me queda más remedio.

Remedio, no le quedaba más remedio. Avellaneda lo vio dirigirse al barracón dando órdenes a unos y otros.

En el amanecer de la mañana siguiente, mientras se vestía con un uniforme nuevo que le habían traído de la base, vio el Villegas de reglamento que había llegado junto al uniforme, aún en su caja de madera de haya vizcaína. Levantó la tapa. Dentro, acolchado por aserrín, se le ofrecía el revólver y sus útiles de limpieza. Cerró la caja. En un rincón de la estancia había apoyado, dos días antes, un gran machete que le había comprado a uno de los hombres de la base. Lo sacó de la funda de cuero embreado. Era una gran hoja de metal, muy ancha, contrapesada para descargar golpes fáciles contra la vegetación y abrirse paso. Al girarla recogía la luz y la devolvía entintada de violento metal. Se lo acercó a la cara. Olía a aceite rancio y a fragua. Lo envainó de nuevo y se lo ciñó a la cintura. Salió dejando en el suelo la caja del Villegas.

No fue fácil encontrar a alguien que le guiase de nuevo río arriba en el laberinto de meandros y tributarios del Paranaibo. Al fin, uno de los indios accedió a acercarle lo más que pudiese a la misión de Olaberría a cambio de un fusil nuevo, munición y dos hachas de acero. El indio era rechoncho, viejo y completamente mudo. Avellaneda vio en sus ojos algo de la mirada de los ayumara, pero desleído, casi muerto. El viaje fue más rápido que con Miguel, lo que le hizo sospechar que el soldado le había hecho dar un rodeo para pasar por Santa Justa. En menos de ocho horas de remontar, llegaron a una zona que a Avellaneda le resultaba familiar. El indio había apagado el motor una hora antes y movía la barca en un brazo del río que no tenía mucha corriente por medio de una pértiga. Arrimó la piragua a la orilla y señaló río arriba con un dedo retorcido y comido a medias por algún animal de la selva. Avellaneda desembarcó y vio como el indio hacía recular la embarcación y la movía con presteza río abajo.

El indio desapareció en muy poco tiempo y Avellaneda se encontró rodeado del mismo infinito verde que le había devorado las entrañas. No sintió miedo, ni siquiera extrañeza ante los gritos de los monos, los aleteos de pájaros multicolores y el eterno

susurro de las hojas moviéndose y el río circulando hacia el mar. Tenía el corazón en calma, quizá por primera vez desde que llegó al Amazonas, quizá porque ya no había en su pecho un órgano de carne y sangre, sino un hueco oscuro y oloroso, cubierto de fértil mantillo y saturado de la vida desbordante de la selva. El pánico se le había diluido en verde, la memoria también.

La mano se le acoplaba con comodidad al mango del machete. Se descubrió la mancha negruzca que en el campamento había mantenido oculta bajo la manga de la camisa. Se había extendido hasta rodear el antebrazo. Abrió y cerró la mano, los músculos temblaron y con ellos los hongos que le carcomían la piel parecieron estar vivos. Avellaneda sonrió y los acarició con la otra mano.

Comenzó a avanzar por la ribera abriéndose paso con el machete. Aún cuando anocheció, no dejó de caminar. El cielo era una mancha de negrura salpicada de estrellas. No había luna y miles de ojos fosforescentes le miraban desde los árboles. Criaturas sin nombre se apartaban a su paso y se lanzaban al vuelo, a la carrera o al agua en un movimiento incesante. Una o dos veces escuchó la voz lejana del jaguar cazando.

No pensaba, no era capaz de articular ningún propósito, ningún futuro. Se limitaba a avanzar en aquel universo de negrura espesa, arañándose con ramas y espinas, con el río siempre a su vera, por eso se sorprendió al ver luz entre los árboles. Entre las lianas y la vegetación, contempló arder grandes hogueras. El olor a carne quemada le llegó claro, recordándole que no había comido nada desde el amanecer.

Vio algo muy cerca. Se quedó muy quieto. Dos ramas por encima de donde estaba dormía una gran serpiente arbórea. La decapitó de un golpe. Agarró el cuerpo vibrante del reptil que, aún sin cabeza, se le enrolló alrededor del brazo, y lo mordió con saña, machacando los huesecillos con los dientes, deglutiendo la carne y escupiendo la piel y los huesos.

Agazapado, se acercó a la misión. En los últimos metros se tiró al suelo y reptó sobre el estómago, medio oculto por la hierba. Se celebraba una gran fiesta. Indios, blancos y mulatos saltaban y bailaban alrededor de las hogueras inmensas. De vez en cuando unos cuantos hombres echaban al fuego grandes brazadas de lianas mezcladas con hierbas y con grandes hojas, aventaban el humo, denso y aromático, sobre la multitud. Resonaban grandes tambores hechos con troncos huecos de árboles. Sobre las hogueras, en largos espetones hechos con ramas, cocinaban toda suerte de monos y animales de la selva. Hombres y mujeres saltaban y bailaban completamente desnudos, cubierta la piel de pinturas y aceites, entregándose a todo tipo de excesos. Contempló grupos entregados a la cópula con tal frenesí que cayeron en una hoguera y se quemaron con grandes gritos. Otros se dedicaban a capturar y desmembrar a los que se les ponían al alcance y a arrojar los miembros sangrantes al fuego; los más permanecían sentados, ensimismados, mirando a las llamas y gritando, o tocando los ensordecedores tambores hasta hacer sangrar las palmas.

Buscó a Olaberría con la mirada. No lo vio. Entonces se fijó en la gran estructura de madera con la cruz en la torre: la iglesia. Silenciosamente, sin apenas pensar en ello, se desnudó completamente. Abandonó sus ropas al pie de un árbol y, erguido e inocente, se adentró en la locura.

Nada más acercarse a una de las hogueras, un soplo de viento le aventó el tufo aromático de las hierbas que se quemaban. El mundo osciló bajo sus pies, los fuegos cambiaron de color. Ya no había hombres y mujeres saltando en derredor, solo llamas animadas, diablos hechos de fuego, siervos de Satanás liberados en el mundo. Con un esfuerzo tosió profusamente y se incorporó. Uno de aquellos diablos se le acercó sonriendo. Traía colgando de los pelos la cabeza de una mujer recién decapitada. Avellaneda le descargó un golpe con el machete en el cuello que le partió la clavícula y le llegó a la mitad del pecho. Salpicando sangre se derrumbó a sus pies. Aún sonreía en plena agonía.

Avellaneda avanzó hacia la iglesia sin más contratiempos. El edificio era grande, tenía la altura de un árbol, un tejado a dos aguas hecho con ramas verdes y una torre construida con troncos. La puerta era un dosel de hierbas frescas. Había un resplandor de velas en el interior. Transpuso el umbral para encontrarse en una amplia estancia en la que se espaciaban columnas hechas con troncos de árbol apenas desbastados y pintados con vivos colores. A tramos regulares ardían pebeteros con hierbas aromáticas y sebo. El suelo era de tierra. Al fondo de la estancia se erguía un pequeño altar y sobre él una cruz hecha con troncos pintados. Al lado del altar, de pie y con los brazos abiertos, le esperaba Olaberría.

—Bienvenido hijo del trueno. Desnudo vienes a mí, como hijo de dios, libre de las muchas pieles de hipocresía de la civilización.

Avellaneda se acercó lentamente, sin dejar de mirar al sacerdote. Los efectos del humo aún no se le habían pasado. Le parecía que aquel hombre tenía más de dos brazos y más de una cabeza y que todas se movían sin cesar. Se detuvo y, despacio para evitar derrumbarse, se sentó en el suelo. Sobre el altar, sentado en una gran silla, vestido de negro e incongruente entre los colores salvajes del recinto, Olaberría le miraba y sonreía.

—Bienvenido eres, tú que has sido designado para traicionarme, para que expíe los pecados de la humanidad y muera y luego resucite al tercer día de entre los huesos quemados y la muerte.

Avellaneda se sentía echar raíces en aquel suelo fértil y húmedo. Las piernas se enterraban profundamente en el suelo y le alimentaban con humedad y sustento. Giró la cabeza lentamente, haciendo crujir la corteza que era su piel. Un miedo pequeño y antiguo se le despertó en el centro del pecho; un terror que ni la selva, ni el humo de las plantas, ni siquiera la mirada extraviada y mística de Olaberría conseguían disipar, más bien al contrario.

—Tú no has elegido, eres el conductor del renacimiento, la vía por la cual mi santo mensaje saldrá de la selva y se extenderá por el mundo como un río de savia

roja, de alimento y de éxtasis, una revolución que derribará la vieja Roma y erigirá la ciudad de Dios en la tierra. No lo sabes pero eres mi hijo, mi legado, mi sumo sacerdote y mi verdugo.

Avellaneda escuchaba las palabras de Olaberría entrecortadas, muchas sílabas juntas, luego otras separadas por lo que parecían años completos en los que su piel sufría los rigores de las estaciones, florecía, le picoteaban insectos y pájaros y crecía con un espasmo de estiramiento y grietas en la piel. Detrás del sacerdote, un ventanal hecho de pequeños vidrios engarzados con arcilla y madera ya no tenía la negrura salvaje de la noche, se anunciaba una leve claridad. Fue consciente de que había pasado muchas horas allí sentado, pero ese hecho no parecía afectarle, no había prisa, aún era un árbol sometido a la dictadura de los ciclos naturales y a la inacción y a la mudez. Un rumor profundo, el rugido intenso y casi inaudible de la propia selva, parecía crecer con el alba.

—Ya vienen, ellos, los cainitas y los romanos.

Olaberría se quitó la sotana. La luz era una mezcla de la cenicienta claridad del amanecer con los ocres intensos de la velas de sebo que aún ardían en el interior de la estancia, e iluminaba de forma parcial, engañosa, el cuerpo del religioso. Avellaneda creyó ver en el cuerpo del religioso largas cicatrices pulsantes; laceraciones y huecos cicatrizados dónde faltaban grandes pedazos de carne e incluso órganos completos; bultos, incipientes muñones y deformidades en dónde no debería haber sino piel lisa. Dominándolo todo, creciendo a modo de una invasión casi definitiva, grandes porciones del hongo negro que había devorado a Miguel, que le iba a devorar a él mismo.

El miedo, la urgencia, deshacía los pedazos de sí mismo. Algo inmenso aleteaba en el cielo cercano, se cernía implacable. Sombras gigantes cruzaron la dudosa claridad de la cristalera. Avellaneda se levantó con la primera explosión que hizo temblar el suelo de la selva. Olaberría lo miraba y lo esperaba con los ojos cerrados, la cara elevada al cielo.

—Perdónales, ellos serán los primeros en sufrir tu agonía. Perdónales, ellos.

El machete pareció bajar solo, cebarse, con el filo pesado y letal, en aquella carne arruinada. En pocos segundos el sacerdote no era más que un amasijo de carne cercenada deshecha en un charco de sangre y vísceras.

Grandes balas del calibre treinta horadaron una ristra de huecos en el tejado de la iglesia. De inmediato comenzó a arder. Las pajas medio verdes humeaban con un agradable aroma vegetal. Avellaneda abandonó el machete y salió fuera. Nada parecía haber cambiado mucho. Los incendios crecían en volumen, grandes explosiones derribaban hombres y edificios. Una lluvia de balas abatía cuerpos danzantes. Muchos recibían los impactos de las balas que los destrozaban con los ojos cerrados y el pecho descubierto, sumidos en un éxtasis de muerte y olvido.

En el cielo, los grandes volateros giraban una y otra vez, en ordenada secuencia, sobre los árboles, descargando sus armas. Uno de ellos lanzó un chorro de

quemaperros, alcohol mezclado con parafina, que hacía arder todo lo que tocaba. Hombres, mujeres y niños llameaban como teas, corrían como diminutos ocasos hasta caer al suelo y consumirse retorciéndose hasta convertirse en tensos muñecos negros.

Avellaneda se escondió en la selva. Muchos otros le imitaban, corrían entre las lianas, se perdían en el interior del laberinto verde e infinito de la selva.

Mucho después, cuando el sol estaba alto en el cielo y cuando casi todos los incendios se habían apagado por sí mismos, volvieron dos volateros. De uno de ellos descendió el coronel. Avellaneda lo esperó al pie de un árbol, aún desnudo y ensangrentado. La gran mancha del hongo ya le había colonizado todo el brazo y se extendía por el pecho.

—¿Avellaneda? Hemos venido a buscarle. Venga, le llevaremos a Paranaibo.

El coronel se acercó lentamente. El militar casi no pudo distinguir rasgos humanos en la cara de Avellaneda, era una máscara impasible, sin gesto. La mirada tan profunda y extraña como el corazón de la propia selva.

—No.

Solo pronunció esa palabra. Sin mirar al coronel, se internó en la jungla.

Avellaneda volvió tres días después. No recordaba nada, apenas tenía memoria de quién era. El dolor de las laceraciones y heridas que le había producido la selva no le molestaba en absoluto. Se sentó en medio del claro, sobre la hierba. Le rodeaban bultos informes. La lluvia había lavado las vigas destruidas, los montones de escombros que lo rodeaban. No había cadáveres. Vivos y muertos habían desaparecido de la zona. Solo algunos insectos zumbaban sobre la hierba. Tomó un puñado y se lo llevó a la boca para masticarla tranquilamente, despacio, dejando que la savia le empapase el paladar con su sabor acre, tan fuerte que casi le hacía llorar los ojos.

La tarde se hizo noche. No llovió aquel día, pero a la mañana siguiente el rocío lo empapaba todo. Avellaneda continuaba sentado entre la hierba alta. Insectos variados habían insertado sus larvas en las heridas abiertas que lucían sanguinolentas y agusanadas menos en donde la gruesa capa del hongo negro cubría la piel.

Con el sol ya alto en el cielo se levantó y caminó con decisión en una dirección concreta, al norte. La selva ya casi había borrado los rastros de los soldados, pero aún quedaban ramas rotas, y alguna pisada y marcas de arrastre. Encontró, entre dos grandes árboles que se abrían en diagonal, un túmulo de tierra recién removida sobre la que ya comenzaba a brotar una hierba fina y muy verde. Escarbó con las manos, despacio, sin ninguna prisa. De vez en cuando se detenía y descansaba a la sombra, comía algún insecto, algún pájaro o reptil que caían en sus manos, y luego reanudaba el trabajo. En dos días descubrió la zanja y comenzaron a aparecer huesos y restos de carne agusanada, carbonizada o pálida y maloliente. Los fue reuniendo en un gran montón.

Cuando la tierra se volvió más dura, señal de que había llegado al final de la zanja excavada por los soldados, dejó de buscar restos humanos y comenzó a transportarlos

a la misión.

No había tiempo en la selva. Una hora era igual a la anterior y la siguiente. Lluvia y sol, oscuridad y luz, verdor y azul intenso. Pasaron días y el trabajo de Avellaneda avanzaba. Había tomado los restos humanos y, ayudado de cañas, ramas y lianas, los había ido distribuyendo por las ruinas en extrañas composiciones. A veces recordaban letras góticas, enormes ues, eñes, jotas hechas con piernas, brazos y torsos desgarrados. Otras eran tan solo pirámides, pequeñas torres torcidas e irregulares, reforzadas por fémures y caderas recubiertas de moscas. Al cabo de unas semanas había una extensión de insanas esculturas erguidas sobre el paisaje de ruinas y selva, de hierba y vigas quemadas.

A la luz incierta del amanecer, Avellaneda esperaba sentado en el claro, comiendo hierba y bebiendo agua de lluvia, en el mismo centro de la locura.

Su expresión solo cambió una vez. Giró la cabeza en dirección al río. Por él subía una embarcación, y la respiración de su motor resonaba como el pecho de un gigante asmático luchando por no ahogarse en el miasma verde de la selva. Los ojos parecieron enfocarse, adquirir propósito. La comisura de los labios, justo en la frontera del avance del hongo negro, se frunció en el atisbo de una leve sonrisa.

Primero serían ellos, los de la comisión de investigación. Luego... el futuro no era claro. Miles de lianas negras entrecruzaban la mirada de Avellaneda y se perdían en el espacio. El hongo ardía y le helaba la piel, allí dónde la cubría, provocándole cataratas de sensaciones intensas. Su mente era un continuo abrir y cerrar de puertas que liberaban y capturaban recuerdos, acciones, potencias, sensaciones.

Todo estaba allí, estallando sobre su piel, ardiéndole en la mente. Comenzaría con aquellos hombres de largos hábitos que ya veía desembarcar y detenerse ante el espectáculo, y continuaría más allá, río arriba y río abajo, más allá de la selva e incluso más allá del mar, hasta que no hubiese nada más, y las lianas negras que se le entrecruzaban en la vista y la mente terminasen de anudar el mundo entero en su tejido continuo.

LA PORTADA

Manuel Calderón

Manuel Calderón Guerra (Madrid, 1975) es diseñador e ilustrador profesional, responsable de la firma CalderonSTUDIO especializada en elaboración de cubiertas de libros y revistas, diseño editorial, cartografía ilustrada, arte conceptual y diseño publicitario para prensa e Internet, además de explorar otros ámbitos como el diseño y escultura para la industria del juguete y el coleccionismo. Su obra abarca todo tipo de temáticas y géneros: fantástico, ciencia ficción, *noir*, terror, histórico, infantil, romántico, erótico, etc.

En los últimos diez años ha publicado más de trescientas portadas para libros y revistas, y cerca de un millar de ilustraciones y diseños para diversos sellos, como Unidad Editorial, La Esfera de los Libros, Ediciones Pàmies, Planeta, Espasa, Timun Mas, Temas de Hoy, Martínez Roca, Círculo de Lectores, La Factoría de Ideas, Equipo Sirius, Grupo Ajec, Parnaso, Ábaco... Ha realizado también un centenar de ilustraciones para juegos de mesa, cartas y rol, entre ellos *The Legend of the 5 Rings* y *A Game of Thrones*.

La portada de *Castillos en el aire* parte de un concepto original creado para la antología *Visiones 2006*, seleccionada por **Mariano Villarreal** para la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, rediseñada para la ocasión.

AGRADECIMIENTOS

La edición inglesa de este libro no hubiera sido posible sin el apoyo de quienes ayudaron a financiar la traducción de los relatos a través de la campaña de crowdfunding. Muchas gracias a: Cristina Macía, www.hombrecillosverdes.com, Cheryl Morgan, Manuel de los Reyes, Javier Castañeda de la Torre, D. L. Young, Gary J. Topp, Fred Bergmann, Dorothy K. Dean, Ángel Trigueros Romero, Elizabeth Bennefeld, Brontë Wieland, Upper Rubber Boot Books, Joris Meijer, Cindy Van Vreede, Sergio Llamas, Terri Bruce, Jim Kelly, Dean Jannone, Steven L. Tietz, Mary Drzycimski-Finn, Murray Moore, Mary Margaret Serpento, Sarena E. Ulibarri, Paula Stiles, Dr. M. J. Hardman, shana, Gary J. Topp, Lou Burke, Joe Monti, Steve Dempsey, Antha A. Adkins, eliza.destroyer.of.worlds, Jennifer Goloboy, Robert M. Alverson, Carrie Patel, Ryan Turner, Ian Sales, Jim Mercereau, D. Franklin, djcashian, David Martínez Herrera, Robin Hobb, wicho, Daniel González, Lola Coll, Ana Rosa Gil Celay, Francisco Serrano Pina... hasta un total de 119 personas en la plataforma Indiegogo, y una decena más mediante suscripción. Espero que os guste cómo ha quedado este castillo.

Y, por supuesto, gracias a todos los escritores, traductores, ilustrador y resto de amigos que nos han acompañado en esta larga travesía ofreciendo lo mejor de sí mismos. Ojalá este sea el principio de una larga colaboración y pronto volvamos a reunirnos para editar un nuevo volumen.